

Volumen I
**Más allá de las pandillas:
violencias, juventudes y resistencias
en el mundo globalizado**

Mauro Cerbino
coordinador

Volumen I
Más allá de las pandillas:
violencias, juventudes y resistencias
en el mundo globalizado



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Inclusión Económica

y Social - MIES

Edificio Matriz, Robles No.850 y Páez

Quito Ecuador

Telf.: (593-2) 398 3000

www.mies.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-296-9

Cuidado de la edición: Santiago Rubio Casanova

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2011

1ª. edición: septiembre de 2011

Índice

Presentación	7
Introducción	
Desencajamiento y crítica del conocimiento sobre jóvenes	9
<i>Mauro Cerbino (Coord.)</i>	
Anatomising Gang Talk	25
<i>Simon Hallsworth</i>	
Jóvenes víctimas de violencias y pandillas, claves de intelección para una aproximación crítica	47
<i>Mauro Cerbino</i>	
Identificaciones de guerra. Rituales de hermandad entre jóvenes delincuentes en la Argentina contemporánea	73
<i>Alejandro Isla</i>	
De las pandillas a la cárcel: vivencias de la detención	93
<i>Cristina Oddone y Luca Queirolo Palmas</i>	
The different faces of Russian street gangs	121
<i>Svetlana Stephenson</i>	
‘Cocaine Queens?’: the transnational transfer of anti-feminist backlash	153
<i>Jennifer Fleetwood</i>	

Las normas del crimen y los jóvenes de San Pablo (portugués)	177
<i>Marisa Feffermann</i>	
Glocalidades, deseos legítimos e ilegítimos: el gran Torino y la Virgen de los Sicarios	197
<i>José Antonio Figueroa</i>	
La Mara como ejercicio de contrapoder	211
<i>Hugo César Moreno Hernández</i>	
El éxito de las pandillas. El fracaso del periodismo	235
<i>José Luis Sanz</i>	

Contenido del DVD

Conferencias magistrales de:

- Teresa Caldeira, Universidad de Berkeley, California, USA.
- Jeff Ferrell, University of Texas at Austin, USA.
- José Manuel Valenzuela, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México

Presentación

Para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador y su Programa de Estudios de la Comunicación fue de gran pertinencia, con sus líneas de acción e investigación, acoger en Quito en octubre de 2010 a los ponentes nacionales e internacionales de la Primera Conferencia Internacional “Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado”, encuentro que constituyó un intercambio de miradas entre algunos de los más reconocidos investigadores en juventud a nivel regional e internacional. Esta publicación recoge estudios propuestos por investigadores provenientes de la academia y de instituciones encargadas de políticas de juventud que establecieron un diálogo que pone especial énfasis en la necesidad de relaciones más estrechas entre el desarrollo de la investigación y la elaboración de políticas de atención.

Luego de hacer un recorrido por escenarios en Latinoamérica, Estados Unidos, Inglaterra, Rusia, Italia y España, estos estudios coinciden en que las problemáticas de juventud tienen que ser leídas, en primera instancia, desde condiciones estructurales que marcan las realidades de cada país, luego, en segundo plano, éstas deben ser leídas desde factores que las atraviesan como los consumos culturales globales y, finalmente, desde el cruce de estos dos planos, es decir, a partir de la transformación y sucesivas crisis de los proyectos modernos por movimientos transnacionales que trastocan las relaciones entre el orden estatal y sus instituciones, las políticas y las prácticas culturales. Resultante de este cruce aparece un correlato entre realidades nacionales que antes aparecían como incomparables en

términos de desarrollo, pero que reproducen las mismas formas de exclusión y violencia social. Las formas de resistencia aparecen como una respuesta.

Esperamos que esta publicación, que establece una complementariedad necesaria entre estudios e investigaciones, por un lado, y las políticas públicas, por el otro, tenga un tercer momento indispensable: la incidencia. Es de gran interés para FLACSO sede Ecuador que la proyección de este análisis reflexivo encuentre cabida en proyectos de investigación como en políticas e intervenciones con jóvenes a nivel nacional e internacional. Asimismo, expresamos nuestra convicción de que encuentros de esta naturaleza se deben repetir a futuro para dar continuidad y sostenibilidad a esta primera conferencia, y avanzar en la producción de conocimiento y en la elaboración de políticas públicas que sean capaces de ubicar un horizonte de superación del fenómeno del pandillerismo en beneficio de la juventud.

Adrián Bonilla
Director de FLACSO Ecuador

Introducción

Desencajamiento y crítica del conocimiento sobre jóvenes

Mauro Cerbino

Esta publicación en dos volúmenes reúne algunas ponencias que fueron presentadas en la ciudad de Quito en el mes de Octubre de 2010 en el marco de la conferencia internacional “Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado”, las mismas que se concentran alrededor de dos temáticas: por una parte, la producción de conocimiento sobre jóvenes y sobre pandillas, que incluye propuestas teóricas e investigaciones de corte etnográfico, reunidas en un primer volumen, y por otra parte, propuestas de análisis de modelos de intervención con jóvenes y de política pública de juventud, que conforman el segundo volumen. Tanto las investigaciones y elaboraciones teóricas como analíticas de política pública y modelos de intervención, provienen de investigadores que trabajan en diferentes países de América Latina, España, Italia, Estados Unidos e Inglaterra. Todos ellos, desde la academia o desde instituciones encargadas de juventud, han hecho una apuesta por intercambiar materiales de trabajo y posturas que buscan desmontar los estereotipos sobre la juventud pandilleril, deconstruir los discursos mayores sobre juventud de la calle –incluyendo al mismo discurso académico–, a fin de producir nuevos saberes que renueven nuestros presupuestos sobre juventud, violencia y resistencia en un mundo de consumos globalizados: saberes que incluyan una apuesta por la incidencia política en materia de juventud.

El pandillerismo, entendido como un signo evidente de un malestar juvenil que no debe ser reconducido a una conducta desviada de la norma social, es el síntoma de un malestar general que se anida en el seno mismo

de la crisis del orden y del pacto social. Es, además, un fenómeno que tiene que ser pensado aplicando una perspectiva socio-histórica y psicosocial en cada país, que permita ubicarlo como un producto de acontecimientos e imaginarios nacionales y globales a la vez, con los cuales entra en una relación de continuidad, y no al margen de ellos.

El pandillerismo es el síntoma de condiciones sociales estructurales como consecuencias de las construcciones socio-históricas de las que cada país se dota. Sin embargo, es pertinente tener en cuenta que, junto con los problemas relacionados con el debilitamiento del pacto social, de todos modos se asiste a la estructuración de un orden social, económico, político y cultural basado en una ideología dominante, el autoritarismo o en la coerción según cuanto señalan varios autores/as que han reflexionado sobre los tiempos contemporáneos.

En síntesis, las agrupaciones juveniles denominadas pandillas, son el síntoma, al mismo tiempo, de dos condiciones en las que se encuentran las sociedades contemporáneas. Por un lado, el malestar que viven estas sociedades a causa del debilitamiento del pacto social de una modernidad en crisis que se muestran incapaces de reconstruir, dado que se esfumaron las promesas de emancipación y bienestar que están en el centro de su proyecto. Por el otro, son el síntoma de un tipo de orden social, que se anida en el mismo seno de la modernidad, bajo las formas de un autoritarismo cuyas estructuras jerárquicas representan la concreción más clara de la época en la que se vive. Ubicar los elementos historiográficos que, más allá de los *factores sociales*, hacen posible este fenómeno, es uno de los retos para las/os investigadoras/es en este campo.

Quienes pretendemos investigar adentrándose a descifrar los significados y las prácticas de un fenómeno como el pandillerismo juvenil, tenemos la tarea de mostrar los elementos que lo componen como un síntoma. Para ello, no se debería partir asumiendo una posición moral *a priori*, que adquiere sentido y es posible en la medida en que plantea la existencia de un pacto social como si éste se ubicara por fuera de la realidad que estudia, porque los pandilleros lo habrían roto. La visión moralizante de quien investiga no podría dar cuenta del hecho de que, en contra de una idea aún dominante en los estudios de juventudes y violencias, los/as jóvenes pandilleros/as no solo no atentan contra el orden social cuando se

los acusa de colisión o de abierta complicidad con el crimen organizado, sino que son ellas/os quienes cargan, concretamente, aunque no podría decirse de modo exclusivo, con el problema general que vive la cultura contemporánea, de desfallecimiento del orden social, y la crisis que atraviesa el planteamiento de un nuevo pacto civilizatorio.

Ahora bien, a toda esta discusión hay que añadirle otra realidad y es la que está planteada en el título de este encuentro: más allá de las pandillas. Hay un sinnúmero de juventudes haciendo resistencias desde otras trincheras políticas, culturas, sociales, religiosas, etc., de jóvenes que debemos de tomar en consideración. ¿Quiénes son? ¿Cómo lo hacen? ¿Dónde están? ¿Cuál es su agenda?, etc., son algunas de las preguntas que queremos poder contestar.

A partir de estas consideraciones la conferencia internacional “Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado” pretende abrir una reflexión en torno a las contribuciones que se han realizado en este campo desde una perspectiva crítica. Al mismo tiempo, se propone construir un espacio de intercambio a partir de la presentación y discusión de las experiencias de intervención con las organizaciones juveniles de la calle, incluyendo además una revisión comparativa de los marcos jurídicos y penales en esta materia. Finalmente, el simposio fue un espacio para identificar las herramientas conceptuales, metodológicas y de intervención, capaces de estructurar los insumos necesarios para alimentar la elaboración de políticas públicas en materia de juventudes y violencias.

Para estos fines, la Conferencia Internacional estuvo dividida en tres ejes problemáticos que buscan tratar, de modo diferenciado, cuestiones de juventud.

Primera pregunta: ¿qué sabemos? ¿Cómo lo hemos logrado saber?

La primera parte pretende indagar sobre los hallazgos alcanzados a través de estudios investigativos en temáticas relativas a juventudes y violencias, así como las diferentes metodologías aplicadas para llegar a ellos. En este espacio, se discutió sobre los desafíos teóricos y metodo-

lógicos para pensar y transformar la situación de los jóvenes en el marco del mundo globalizado.

Segunda pregunta: ¿qué se ha hecho desde el Estado, los actores institucionales y organizaciones sociales? ¿Cuál ha sido el resultado desde la perspectiva de los jóvenes?

El propósito del segundo eje es aportar una visión crítica desde las experiencias concretas de políticas públicas estatales de intervenciones con juventudes, así como también analizar las experiencias llevadas a cabo desde otras instituciones u organizaciones sociales. Aquí se pretende realizar un análisis de dichas experiencias desde la perspectiva tanto de quienes las implementan como de quienes las reciben. El propósito de este segundo eje es recabar perspectivas críticas e innovadoras.

Tercera pregunta: ¿qué se puede hacer? Prospectivas de acción social y política.

El último eje fue un espacio de diálogo colectivo entre representantes del Estado, investigadores, organizaciones sociales y jóvenes cuya principal finalidad será aportar los insumos para el diseño de políticas públicas a partir del análisis comparativo de las diversas iniciativas de reflexión e intervención, desarrollado a lo largo de los dos ejes anteriores.

Representaciones y conocimiento sobre jóvenes

El primer volumen de esta publicación está conformado por artículos y ponencias que abordan temas centrales en relación a una epistemología ética, construida desde una postura crítica, en la que la representación de los jóvenes y las representaciones sociales asociadas a los jóvenes, parten de una serie de faltas anteriores como en un ejercicio de alerta y autocrítica: como investigadores, no podemos posicionarnos en la academia a

costa de la fijación del signo de violencia y exclusión asociado a los jóvenes de modo sistemático; no podemos no considerar los universos simbólicos de la cultura de masas en las que esa fijación se reproduce y se estereotipa, como es el caso del cine y, sobre todo, del periodismo mediático; no podemos no considerar las dimensiones transnacionales que permiten la reproducción de condiciones de exclusión ligadas a la migración laboral precaria; el rol de las instituciones carcelarias y la instrumentalización del género, la raza o la clase como argumentos para las políticas de representación de los ‘jóvenes violentos’; la necesidad de expansión del capital transnacional como garantía y justificación para la institucionalización de la violencia, la paralegalidad, el narcotráfico, el contrabando y el sicariato. Así haremos un recorrido desde Inglaterra hasta Brasil, pasando por Italia, España, México, Colombia, Ecuador, de modo que se pueda entregar una mirada muy compleja de lo que son las condiciones globales, al mismo tiempo que ponemos luz sobre algunos nichos de un pensamiento crítico y transnacional.

En su artículo “Anatomising Gang Talk”, Simon Hallsworth afirma que las pandillas se conocen a través de discursos que hay que analizar a partir del concepto de *gang talk*. Esta expresión define a todos aquellos discursos que provienen de sujetos que no son parte del mundo de las pandillas sino que están interesados en contar o construir relatos sobre los pandilleros: periodistas en busca de una historia; activistas queriendo intervenir en sus organizaciones; encargados de política pública que quieren hacerlos desaparecer; entre otros. Estas enunciaciones se producen a partir de informaciones sobre prácticas pandilleras que dan lugar a representaciones de la pandilla, pero que no son representaciones *desde* la pandilla (el autor distingue “gang representation” de “representation of gang”). Estas representaciones de la pandilla son lugares de poder. El discurso sobre la pandilla resulta en un entramado de fantasías que no tiene su asidero *real*. Por ello el *gang talk* podría entenderse también como un ‘control del imaginario’, en el que la fantasía es construida al reducir el universo de las pandillas a los términos maniqueos de lo bueno y de lo malo, aún cuando éstos no son interpretados directamente en términos morales sino en función de un ‘mal transcendental’ al que el signo pandilleril estaría asociado. El estereotipo y la imaginización dominantes en

el discurso sobre pandillas están en el origen de la respuesta desproporcionada y punitiva que dan la ley y el orden.

El artículo de Alejandro Isla, “Identificaciones de guerra. Rituales de hermandad entre jóvenes delincuentes en la Argentina contemporánea”, muestra cómo los jóvenes de los sectores populares en la Argentina llevan el signo de ser ‘enemigos’ del orden público. Como consecuencia del entramado histórico argentino el orden público es una instancia al servicio de la guerra, que sea ésta la guerra interna de la política (la dictadura), la guerra externa del Estado (contra Chile o Inglaterra), las guerras locales de la policía (contra los pibes chorros). Estos jóvenes no son vistos como un signo de un problema estructural mayor de la sociedad argentina sino que son construidos como verdaderos enemigos alrededor de los cuales se articulan determinadas prácticas de guerra y se consolida un campo discursivo de exclusión y fragmentación social.

Cristina Oddone y Luca Queirolo Palmas proponen una reflexión sobre una investigación realizada en la cárcel con un joven preso en una cárcel y con sus relaciones fuera de ella. “De las pandillas a la cárcel: vivencias de la detención” es una etnografía de un joven chileno recluso en una cárcel de Génova condenado a 13 años de prisión por haber asesinado a otro joven de su misma edad. Ha cumplido con más de dos años de reclusión al momento de la investigación. Los investigadores fungen de puentes entre el recluso y un grupo de familiares, amigos y colaboradores denominado *Banda Ancha*, hacen el rol de *chasquis* contemporáneos que llevan y traen videomensajes de la cárcel al grupo y del grupo a la cárcel, amparados en el salvoconducto que se les otorga por ser profesores universitarios haciendo investigación de campo. Esta etnografía *sui generis* permite una reflexión particular sobre la experiencia carcelaria, que le da al trabajo un doble interés: por un lado, el tratamiento de la problemática que relaciona migración precaria y reclusión carcelaria y por otro lado, la problemática epistemológico-metodológica que ubica una vez más al investigador-puente en el origen de la producción de la información y del conocimiento y, en consecuencia, en un lugar de particular responsabilidad ética. Sobre la cárcel italiana, el segundo país en tener la proporción más grande de migrantes reclusos en Europa después de los Países Bajos, se hacen algunas lecturas: si bien las cárceles aparecen bastante limpias y abastecidas,

y con bajos niveles de asinamiento, éstas son un lugar dentro del cual se desarrollan modos de habitarla de muy distinta naturaleza. La cárcel puede ser vivida como *proyecto*, como *casa* o como *paréntesis*. Para el joven miembro de los *Vatos Locos*, será la ocasión de dar sentido tanto al interior como al exterior, a partir de una integración forzada a la sociedad italiana a partir de la puesta en suspenso de la identidad individual.

Svetlana Stephenson, a su vez, nos permite con su artículo “Las diferentes caras de las pandillas rusas (*The different faces of Russian street gangs*)” conocer la realidad de las pandillas juveniles rusas en condiciones globales de la cultura y la economía transnacional pero que tienen características particulares ligadas a condiciones locales. Svetlana Stephenson hace un estudio comparativo entre las organizaciones juveniles en Kazán y Moscú. Kazán es la capital de la República de Tatarstán, parte de la Federación Rusa. En esta ciudad situada a 800 kilómetros de Moscú en la rívera del Volga, las organizaciones juveniles de tipo pandillero y jerárquico están basadas en la solidaridad y la protección mutua, y se caracterizan por una organizatividad emprendedora y socialmente aceptada. No corresponden a estratos bajos únicamente; en los últimos diez años se han sumado a los jóvenes de extractos obreros muchos otros hijos de empresarios y profesionales liberales como médicos, abogados y hasta de policías. La comunidad y aún los padres aprueban esta pertenencia y proveen, en algunos casos, del dinero para las cuotas. Es una manera de legitimar una organización paralela de estructuración de un orden callejero, cuando la inseguridad no logra ser combatida desde las instituciones formales. Esta es una consecuencia de las sucesivas crisis económicas debidas a la liberalización, que han provocado la búsqueda de ‘carreras’ alternativas y paralelas. En este sentido, existen *gangs* que, dentro de sus roles ligados a lo local, se ocupan de organizar actividades comunitarias, construcción de iglesias o mezquitas, o auspiciar a la policía local. Se trataría de *communitas* (Turner) normativas en donde los límites de su poder estarían en acuerdo con el límite del poder de otras instituciones como la policía. Esto, a diferencia de pandillas de Moscú, en donde se trataría más bien de *communitas* espontáneas, con menos miembros y menos acuerdos locales que limiten sus conductas, dependientes de las redes territoriales y sociales que ya existen en la ciudad de Moscú.

El artículo de Jennifer Fleetwood “Reinas de la Coca: tranfer transnacional de un contragolpe antifeminista” (*Cocaine Queens?: the transnational transfer of anti-feminist backlash*) muestra cómo el discurso feminista está siendo usado para explicar el involucramiento de mujeres en el tráfico de drogas, especialmente en el caso de aquellas que la prensa sensacionalista ha dado en llamar las reinas de la cocaína (‘the cocaine queens’). Esta arremetida sería parte de un contragolpe antifeminista, para desactivar el signo de la resistencia asociado a las luchas de género, lo cual parece tener consecuencias a nivel de legislación. Según Fleetwood, habría tres dimensiones a considerar: el discurso antifeminista como dispositivo para describir las ‘pandillas femeninas’ y para generar contenidos mediáticos desde el ‘noroeste’ global (northwest); luego hace una conexión entre el involucramiento de las mujeres en el tráfico de drogas y el tipo de sanciones que se aplican; finalmente, analiza cómo los conceptos sobre crimen y castigo viajan desde el norte global hacia el sur como parte de una política transferida sobre la ‘guerra antidrogas’. La misma respuesta antifeminista parecería tener consecuencias también para activistas y académicas.

En su artículo “Las normas del crimen y los jóvenes de San Pablo”, Marisa Feffermann aborda la problemática de la criminalidad juvenil asociada al narcotráfico en São Paulo, Brasil. La dimensión del comercio de drogas en la actualidad constituye un problema estratégico y político de implicaciones sociales enormes. Un control biopolítico y militar a nivel global se organiza, y una política de Estado se impone para controlar el uso de espacios públicos y privados. Tanto la globalización como la promiscuidad entre ilegalidad y legalidad a nivel del Estado, resultan propios de las políticas neoliberales que generan relaciones de dependencia de la economía con respecto a los capitales del narcotráfico. La violencia y la criminalidad resultan ser partes imbricadas en la legalidad y se constituyen en condiciones necesarias de la mercantilización y de la financiación. Los altos flujos de dinero producen una situación de corrupción extrema en esferas oficiales y particulares que se vuelven un medio propicio para garantizar la reproducción de poderes legitimados por la violencia y el miedo, así como por la exaltación de los relatos de las experiencias personales de los jóvenes. La ausencia de atención del Estado sobre asuntos de educación y empleo, el vacío de legalidad y de atención social, hace de

esos jóvenes personas más vulnerables al llamado del consumo. Transformarse en consumidores los hace sentirse incluidos, ser valorados. Los jóvenes vendedores ('trabajadores' de la industria del tráfico) tienen obligaciones y cumplen reglas de trabajo. Esas reglas son vistas como reglas claras a diferencia de la hipocresía de las reglas del estado burgués, es decir, éstas no disfrazan las relaciones de dominación. Es así que estos jóvenes viven de modo radical las contradicciones de la sociedad actual.

En "Glocalidades, deseos legítimos e ilegítimos: El Gran Torino y La Virgen de los Sicarios", José Antonio Figueroa muestra cómo dos películas apuntan, a partir de dos estrategias narrativas distintas, hacia la estereotipación del signo del joven marginal. En *El Gran Torino* de Clint Eastwood aparece la situación de joven asiático al margen de la asimilación cultural estadounidense y asociado a la violencia pandilleril, quien, desubjetivizado, busca obtener objetos de consumo por vía ilegítima. En palabras de Figueroa, el film "promueve el máximo culto a la mercancía y al consumo, simultáneamente se generan las condiciones en las que la marginalidad es el único destino de vastos estamentos poblacionales", sobre todo en aquellos grupos étnicos objetos de formas de dominación y colonialidad, en este caso específicos relacionados con la guerra de Vietnam. En el caso de *La Virgen de los Sicarios*, tanto la novela de Fernando Vallejo (1994) como la película de Barbet Schroeder (2000), se trata de una historia de 'realismo sucio' que explota las miserias de Colombia y de Medellín en particular a través de la estereotipación de la juventud marginal a partir de la puesta en escena del signo dominante: el goce narcisista, misógino y fascista. Mostrando la fetichización de la mercancía y del consumo en la globalización posmoderna, la película oculta la ausencia del Estado colombiano: desregulación, centralización y privatización constituyeron óptimas condiciones para el desarrollo del narcotráfico, la paramilitarización y el sicariato. En el Medellín de Vallejo, el caos y la violencia se atribuyen a la reproducción acelerada de la población pobre.

Para Hugo Moreno, joven investigador mexicano que desarrolló su investigación en El Salvador sobre las maras, estas organizaciones constituyen síntomas de la caducidad de los poderes políticos y de los tradicionales poderes fácticos dominantes en la sociedad salvadoreña y se constituyen en formas de contrapoder, pero que no tienen aspiraciones revolu-

cionarias o emancipatorias en base a la transformación social, sino que cumplen con la promesa de inclusión en el consumo y en el ejercicio de un poder violentamente legitimado. Esta postura teórica se explica desde la posibilidad de que nuevas formas de subjetividad permitan nuevas formas de contrapoder.

Cierra este primer volumen una reflexión en tono de opinión periodística que hace José Luis Sanz en su ponencia “El éxito de las pandillas, el fracaso del periodismo”, en el que describe desde un lenguaje de crónica sus impresiones de El Salvador, desde un punto de vista personal y casi indignado, tratando de ubicar las causas y los efectos de las pandillas en El Salvador. Sanz muestra cómo se ha naturalizado la división y la inmovilidad social en ese país centroamericano, y cómo el silencio del Estado de bienestar a cedido paso a un Estado represor y cómplice de una clase empresarial irresponsable y moralista. El poder político que disputan las maras salvadoreñas genera una sombra enorme en aquellos que pueden producir discursos críticos. La prensa no adolece solo de ser amarillista y contenedora de estereotipos como otros países, sino que sufre de ser alarmista y de reproducir la sensación de miedo que acalla a todas las voces críticas. Sanz confiesa que se ha fracasado al intentar crear condiciones para el análisis y para la transformación social. Es por esto que la voz de Sanz resulta importante: abre una nueva perspectiva sobre el rol del periodismo frente a la violencia juvenil que no deslinda la responsabilidad crítica de su práctica y ejercicio cotidiano.

Sobre políticas públicas de juventud y proyectos/modelos de intervención con jóvenes

El segundo volumen de esta publicación reúne tres tipos de aproximaciones: por una parte encontramos trabajos de investigadores académicos que analizan las metodologías de intervención a partir de experiencias de investigación-intervención; por otro lado hallamos el trabajo de encargados de proyectos que desde organizaciones no gubernamentales o desde gobiernos locales recogen experiencias y comparten datos sobre modelos de intervención, elementos para las políticas de juventud y sobre datos

estadísticos; finalmente, presentamos las reflexiones que realizan académicos sobre las políticas públicas relacionadas con juventud y violencia, teniendo como antecedente investigaciones específicas realizadas sobre los *modus operandi* de las organizaciones juveniles de la calle y el tipo de atención brindada y la información producida por parte de las autoridades públicas en función de elaborar políticas públicas de juventud. Se trata de una respuesta alternativa a las preguntas formuladas en el primer volumen sobre el rol del investigador y los aportes necesarios para una incidencia real en la transformación social.

En la ponencia que abre este segundo volumen, “Fundamentos y estrategias para la intervención psico-social con agrupaciones juveniles de la calle”, el equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, Bárbara Scandroglio, Jorge S. López, Saray García y Nelly Delgado, analizan la situación de jóvenes inmigrantes en España. En ese escenario, a decir de los autores, los intereses políticos y mediáticos consiguen estrechar la asociación entre agrupaciones juveniles de la calle y delincuencia o crimen organizado lo cual construye “una percepción distorsionada que permite manipular el fenómeno para objetivos políticos, ideológicos y sociales que nada tienen que ver con el mismo: controlar la percepción de amenaza de la población civil, justificar medidas de control y prevención fundamentalmente policiales y penales”. La situación de estereotipo y criminalización de sus actividades y la falta de acceso al poder y a los canales de comunicación con la justicia o la defensa, hace de estos jóvenes más vulnerables que otros. Es por esto que, en muchos casos, ellos se organizan para reproducir condiciones de protección mutua y de solidaridad que, en lugar de inducir al crimen, podrían constituirse en organizaciones criminógenas. Potenciar las capacidades organizativas de las agrupaciones resulta interesante desde ese punto de vista como lo demuestran la mayoría de casos analizados, en esas circunstancias los autores recomiendan que la intervención con grupos juveniles tenga en cuenta la *Investigación-Acción-Participativa*, el *empowerment*, y el análisis psico-social. “A nivel individual, se proponen acciones como: la concienciación sobre los factores socio-políticos que afectan la propia auto-estima, la propia eficacia y la forma de afrontar los problemas; la potenciación de la capacidad de escoger y dirigirse hacia el cambio deseado; la promoción de las habilidades

para la toma de decisiones y las habilidades de comunicación e inter-relación; o la facilitación del conocimiento y acceso a los recursos. A nivel microsociedad y relacional: la potenciación de la participación en grupos y asociaciones; la potenciación de la reorganización en grupos autónomos; la promoción de estilos de liderazgo democrático y sistemas de toma de decisión eficientes, reduciendo los estratos jerárquicos y promoviendo la elaboración de valores comunes; o la facilitación a los grupos del acceso a la información y los recursos. A nivel meso-social: la potenciación de redes de relación; la potenciación de sinergias entre agentes comunitarios (asociaciones, organizaciones, agentes institucionales...); o la promoción de acciones para la recuperación del poder de decisión en el contexto propio". Así, los proyectos de intervención y la política pública de juventud debe encaminarse a fortalecer la organizatividad juvenil y distinguirla claramente del crimen organizado, el narcotráfico, la inseguridad y otros asuntos relacionados con la globalización de los mercados de capital.

El artículo de Dina Krauskopf, "Violencia y políticas pertinentes de juventud", resume claramente las causas y condiciones que están en el origen de la violencia juvenil demostrando que no es una violencia primordial ya que ésta es consecuencia de otras violencias y exclusiones, y que depende de un círculo de reproducción de la violencia del que es responsable una política inadecuada. Las acciones violentas de los jóvenes que aparecen como síntomas de una sociedad violenta en la que la violencia se naturaliza, son reprimidas con gestos violentos por parte del orden público que convierten a los jóvenes en enemigos directos. En lugar de que estas políticas transformen a los jóvenes en ciudadanos en ejercicios de sus derechos, los transforman en opositores del orden, lo cual se debe, desde la perspectiva de Krauskopf, a un error de origen que explica el por qué de la relación tan conflictiva entre el Estado y el sujeto juvenil: no se ha tomado en cuenta la vitalidad y creatividad del joven para repensar y renovar la sociedad en la que vive; al contrario, se ha esperado del joven que se adapte a la sociedad tradicional y que se conforme con políticas de juventud paternalistas y asistenciales. Si la política pública de juventud es la representación de los intereses de los jóvenes en la sociedad, entonces ésta requiere no solo de proyectos de atención a los jóvenes sino de programas de atención a la sociedad no juvenil para alfabetizarla en asuntos juveniles; requiere además

de una Ley que la respalde y de una serie de reglamentos, programas e incentivos que permitan la participación juvenil. Los niveles de prevención de las instituciones públicas deberían ser diferenciados, y considerar tanto las afirmaciones como las omisiones cometidas en asuntos de juventud.

En “Ethnographic Encounters: Civil Society Campaigns against El Salvador’s *Mano Dura*”, Sonja Wolf analiza la problemática relacionada con la implementación del Plan Mano Dura en El Salvador que consistió en la aplicación de una política represiva contra los mareros, sin programas de rehabilitación o prevención sino únicamente basado en la sanción, el castigo y la prohibición, lo cual produjo abusos de derechos humanos frente a los cuales algunas instituciones y ONGs reaccionaron proponiendo programas alternativos. FESPAD, Homies Unidos y el Polígono Industrial Don Bosco desarrollaron políticas y programas de rehabilitación y empoderamiento logrando solo un éxito parcial debido a la dificultad de incidir en el contexto local de modo estructural o al menos sostenido, sin embargo, mostrando una mínima forma de organización de la sociedad civil frente a las políticas de represión.

Mónica Cerón Díaz propone en “Paradigmas asociados a las políticas de intervención en respuesta a las pandillas”, un análisis comparativo de los programas de política pública destinados a contrarrestar las pandillas en El Salvador, Guatemala, Honduras y Chiapas-México. Hay puntos comunes a estos enfoques: en ningún caso se asume el rol del Estado y su enorme responsabilidad en cuanto a la ausencia de barrios aptos para la vida y de condiciones que garanticen el mínimo desarrollo de los jóvenes como ciudadanos y como miembros de una comunidad, atendidos, con derechos y con acceso a servicios básicos, educación, salud y empleo. Los puntos de divergencia tienen que ver más con el nivel de violencia y de represión empleadas en el control de poblaciones con programas como Mano Dura o Súper Mano Dura, en función de los réditos y afinidades políticas en cada uno de los países. En Centroamérica los programas se parecen, sin embargo, los efectos de los programas tienen diferencias proporcionales: mientras más represivo más aumenta la tasa de homicidios en ese país. En Chiapas tendió, contrariamente a bajar. Además, en el caso de Chiapas se trataba de una intervención más integral ya que se trataba del Estado y no de ONGs como en el caso de los otros países de América

Central, en donde el Estado no existe como un proyecto de sociedad sino que se limita a reproducir situaciones de dependencia o de colonialidad.

Por su parte Silvia Guemureman, en su trabajo “Los casos de violencia juvenil, las teorías de las subculturas criminales y los miedos sociales”, acuerda que la violencia juvenil no es una violencia ligada a los consumos y modas sino que es estructural y que se manifiesta inter e intraclase; es utilizada como un asunto propio de lo juvenil para poder penalizar la acción juveniles. Para Guemureman la “respuesta judicial típica, la dilación y la penalidad líquida” son formas de unir los intereses de la política y los miedos sociales en función de criminalizar a los jóvenes y de reducir así su participación ciudadana. La penalidad líquida sería aquella que se expresa sin consecuencias para los jóvenes que son parte o familia de los poderes fácticos y la penalidad pura y dura es la que se aplica a los jóvenes marginales.

En “Políticas de seguridad, *jóvenes y vecinos*: las trampas de la *participación*”, Ricardo Fraiman y Marcelo Rossal sitúan su estudio en el barrio de Mavín Norte en Montevideo en 2004, a partir de un acontecimiento en el que un joven es asesinado por un policía, hecho que se constituye en el caso de estudio (disturbios en Euskal Erría), para dar lugar a una discusión sobre la relación de este caso con la situación general de los jóvenes en Montevideo y el discurso de la seguridad; la relación con las fallidas políticas públicas de participación (que producen solamente una ilusión de participación); y la problemática siempre vigente de nuevas formas de exclusión/reproducción de estigmas que ubican en una metodología dialógica a sujetos participantes como *vecinos* (ciudadanos legítimos) y excluyen a jóvenes y niños, hijos de *no vecinos* y habitantes de asentamientos informales (objetos de atención no sujetos participantes en las políticas públicas participativas).

Una visión desde el trabajo de los organismos internacionales fue resumido en la ponencia “Prevención de la violencia juvenil: la experiencia de la UNESCO” de Teresita Escotto-Quesada, quien describe las estrategias interinstitucionales utilizadas para fortalecer los proyectos locales y regionales de desarrollo juvenil y de prevención de la violencia juvenil. Escotto-Quesada hace un listado completo de causas, proyectos y actividades relacionados con la violencia juvenil en América Latina en los que trabaja UNESCO sistemáticamente. De modo complementario, “Inclu-

sión Social de Jóvenes en Riesgo: Acción Social y Política de la Administración Distrital en Bogotá” es una ponencia de corte institucional en la que su autor, Enrique Flórez Romero, Coordinador del Proyecto 265 en la Alcaldía Mayor de Bogotá (*“Ordenamiento y Consolidación de un Sistema Distrital para la Gestión con Enfoque Territorial de la Convivencia y Seguridad Ciudadana en Bogotá”*), hace una síntesis de los lineamientos principales de la política distrital de juventud en Bogotá que muestra que las áreas de educación, información, comunicación –basada en un lenguaje incluyente–, cultura, derechos, salud y recreación son aquellas que han permitido el desarrollo de una atención integral a la problemática de juventud y violencia en Bogotá. Para ello se han articulado las acciones de muchas instituciones que se han sumado como socios estratégicos. Lejos de ser una política asistencialista, ésta busca reconocer la autonomía de los procesos juveniles y las diferencias, y se orienta hacia la integración interinstitucional y la articulación de las ofertas en los distintos territorios físicos, políticos, simbólicos y ambientales.

El segundo volumen cierra con un texto sintético *“Cultura de la violencia y juventudes”* en el que su autora, Miriam Abramovay hace un balance muy general de las definiciones del concepto de violencia; luego, un recorrido por el concepto de juventud, al que extiende la definición de jóvenes pandilleros, y finalmente esboza una conclusión sobre la responsabilidad de las políticas públicas a la hora de reproducir estereotipos sobre lo juvenil y sobre lo marginal, en el sentido de reproducir violencias.

Estos dos volúmenes quieren ser una contribución a los estudios de juventud en el ámbito específico de las violencias y formas de resistencias que los jóvenes experimentan en un mundo global caracterizado por inequidades y miopías que los gobiernos que asumen el papel de conducción política en cada Estado no logran corregir adecuadamente. Así, los textos aquí contenidos quieren ser también un mínimo aporte para la definición de políticas públicas de juventud, especialmente en aquellos países latinoamericanos (que son la mayoría) –para sus administradores y decisores políticos– en los que se observa claramente cómo los jóvenes son víctimas de violencias que la opinión pública y los mismos líderes políticos se resisten a identificar como causas estructurantes de la violencia juvenil, y quienes insisten en afirmar la naturaleza esencial de la juventud como portadora de violencia.

Anatomising Gang Talk

Simon Hallsworth*

In 2007, Tara Young and I examined what we came to term ‘*gang talk*’ in a paper published in the journal *Crime Media and Culture* (Hallsworth and Young 2008). This we defined as ‘the garrulous discourse’ that has as its end the claim that gangs are on the rise and are everywhere around us. The paper was written at a time when, according to various right thinking people and moral entrepreneurs, the UK was witnessing a new and terrible proliferation of armed organised gangs. According to this narrative, the gang, traditionally conceived as a US problem, had crossed the Atlantic and was taking root in the streets of the UK. Our critique of ‘gang talk’ marked our response to the emerging consensus that gangs were overrunning Britain. This was a thesis we challenged and questioned on the basis we found the very premise flawed on empirical, methodological and epistemological grounds.

In a context where more and more European societies appear to have discovered gangs in their midst (Klein, 2001), where the coverage of them is often conducted in sensational terms, a case could be made for suggesting that the problem of ‘gang talk’ is by no means confined to the UK alone. Here I want to return to the question of ‘gang talk’ and explore its nature in more detail. In so doing my aim is to deconstruct a number of archetypal features that are peculiar to this discourse. What I want to

* Sociólogo de *London School for Economics* y de *Leicester University*. Director de la CSER y titular de la Cátedra de Investigación Social en *Department of Applied Social Science*. London Metropolitan University.

argue is that, while there is most certainly a Real world out there populated by gangs (however we elect to define this most elusive of concepts), there exists at the same time a parallel discourse about gangs which is not of the Real and which partakes instead of what I will define as a fantasy about them. There is, I will argue, a structure to this fantasy and in what follows I will examine its constitutive features.

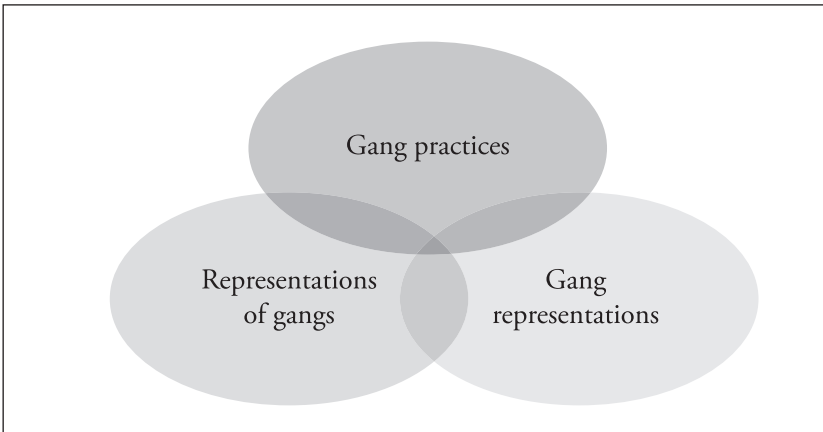
While many academics spend time trying to get to the reality of the gang by conducting research with the aim of adducing facts about them, their academic 'gang talk' while itself often problematic (see Katz and Jackson, 1997) is not the same as the gang talk that animates this parallel gang talking discourse which, as we shall see, has its own *sui generis* character. Unfortunately, and all too often, however, in policy debate, in the media and in the public arena more generally, it is the gang talking fantasy that prevails. As we shall also see, policies to confront gangs are often driven less by a sober appreciation of gang facts but on the basis of gang talking fantasies.

Locating gang talk

By 'gang talk' I mean to designate a discourse on gangs and about gangs that has wide currency. It is a discourse that operates to make meaningful the world of gangs both to those who produce this discourse and to others who are receptors of it. By and large the producers of gang talk (hereafter 'gang talkers') are those with a vested interest in gangs (of some sort) but who are not of the world of gangs. They may be journalists looking for a good story about them; enforcement agencies that want to suppress them; practitioners who want to work with them; the public who are scared of them; or policy makers who have been given the mission of developing policies to suppress them. These are people who by and large do not belong to the street world of gangs they want to talk about and who, consequently, have a distance from this world. They produce as such, to evoke the language of Lefebvre's spatial ontology *representations of gangs* not *gang representations* as those who live gang realities produce them (Lefebvre, 1991). This disjunction is important but often lost on gang

talkers who imagine *their* world and the world of gang members is, in some sense, cognate. It is not. Gang talkers therefore occupy a very different discursive space from those who live the *gang realities* they are trying to comprehend through the gang talk they deploy. Those who live gang realities at the same time live their gang realities in very different terms than the gang talk gang talkers produce about them. Gang talk as such constitutes a discourse of power; it represents a way of framing the world in terms such that those who produce gang talk can comprehend it.

Diagrama N.º 1
Ontologising the gang



Just as it is important to distinguish *representations of gangs* from *gang representations* so it is important to distinguish the order of representations from the world of *gang practices*. This is a material reality populated by social relations within and between groups (gangs and others), relations that are in perpetual movement. This is the order of the Real, not directly legible either to those who live gang realities or to gang talkers who want to comprehend this volatile street world. We live, as Althusser observes, in an 'imaginary relation to our real relations' and this applies in the case of gang talkers as much as it does those who live gang realities (Althusser and Brewster, 1969). Put another way, what is often found in

the narratives that are woven about gangs emanates from the space of the *imaginary* and this certainly remains the case with gang talkers. The same often applies to gang members who, when asked by gang talkers to narrate the truth of their gangs ('tell us about your gangs please?'), often revert to gang talk which is the *de facto* language of control. Gang talk then can also be understood as an expression of the *control imaginary*. Gang talkers inhabit the space of this imaginary, while the gang talk they weave exhibits its contents.

If we accept that fantasies constitute an imaginary discourse produced by an individual or group, which has no necessary basis in reality, but which express the desires and needs of their producers, then gang talk I would argue, can be studied as a constitutive fantasy. Rather than engage with it simply as a rational discourse that is mistaken about its object (they are wrong about the gang for this or that reason), or simply as product of moral panic and which as such exhibits moral panic features (over-reaction to an event, sensational coverage, pathologising an enemy (Cohen, 1972; Goode and Ben-Yehuda, 1994) more can be gained by examining gang talk as a discourse that best exhibits the desire production of its producers. Gang talk then is a control fantasy that reveals the predilections and anxieties and desires of gang talkers more than the truth of the street it aspires to represent.

Sexual fantasists such as masochists often construct elaborate fantasies that enable them to sublimate their masochistic desires. This can involve imagining elaborate settings and situations designed to allow them to experience the pain they crave. Such fantasies often involve enacting carefully established rituals that can involve various props such as whips or uniforms. Fantasies in other words do not remain in people's heads in so far as they can enact them as well. In other words, reality can be remade in their image. Gang talk understood as a collective fantasy also has organisation and structure. The reality of gang suppression initiatives, I will suggest represents how far the real is remade in the image of the fantasy woven about it. To comprehend its nature we must study its component parts and constitutive features.

Reading gang talk as fantasy

If we consider the literary genre of fantasy writing, evoked in novels and cinema such as the Lord of the Rings Trilogy, then what we find distinctive about it is that the worlds in which the novels are set are not just fictional but literally fantastic (Butler, 2009). These are imaginary worlds often populated by imaginary beings set in parallel worlds or worlds set in some remote time. These are magical places populated by magical beings, but at the same time they also possess recognizably human and social structures which are what make them familiar to us.

Gang talk, I would suggest, is not unlike the fantasy genre in so far as it does not capture the reality of gang practices, but a fantasized representation of them. These are found materialized in various journalistic articles, reports and statements about gangs. Gang talk, like fantasy fiction, is an imaginary construction which reflects gangs less as they are, but how they are imagined to be, where what is imagined represents the phantasmagorical desires of gang talkers. This is why, as we shall see, the gang, as gang talk imagines it, has a sensational appearance that has little to do with a material reality that is often elsewhere. As we shall also observe, gang talk is also populated by similar tropes to those reproduced in fantasy fiction, particularly in its evocation of a world reduced in Manichean terms to evil forces that are on the move and which must be vanquished by those of the Good.

To study gang talk then we need methodologically to treat it as a self-enclosed, self-referential universe of meanings that has a distinctive structure we need to interpret. To study this we need to look at how the gang is precisely imagined and this invites us to study it as fantasy construction. As we shall see this is a fantasy about groups imagined in terms equivalent to what Katz and Jacobs identify as a 'transcendental evil' (Katz and Jackson, 1997). Gang talk then is rumination about the nature of the evil that gangs are and which they embody. In Garland's terms, to study gang talk is thus to engage with what he terms 'the criminology of the other' because it is as 'Other' that the gang is fantasized (Garland, 1996). The question I now want to pose here is what precisely is it that is 'Other' about them?

To address this I will consider the underlying archetypes that animate gang talk. This involves practically examining gang talk as a narrative composed out of a series of mutually self-reinforcing tropes. There are I will suggest five that require consideration. The first I label 'the shock of the new'; integral to this is the idea that gangs are a persistent novelty in the society where they are discovered. The second I identify as 'here be monsters' which explores the demonic attributes gang members are imagined to possess. The third, 'they are organising as we speak', reflects that aspect of gang talk which imagines the gang as a group moving from a state of disorganisation to progressive organisation; the fourth, 'armed and dangerous', examines the 'new weapons of choice gang members are supposed to possess; while in the fifth and final 'they are out to get you' explores how gangs are imagined as organisations that penetrate and corrupt social life. These tropes it must be emphasised are not entirely distinct, in gang talk they blur seamlessly together.

For the most part the evidence I adduce to explore and substantiate the elements of gang talk are derived from the UK experience. As a case study the UK is relevant because it is undergoing something of a moral panic about gangs now conceived as the country's premier 'folk devil' (Hallsworth, 2011). As with other moral panics the gang has found itself at the centre of moral outrage from a state that has now delegated an array of alarming coercive powers to enforcement agencies, now mandated to control and suppress them; many taken 'off the shelf' from the USA. The media continue to report the gang in sensational terms while enforcement agencies, in what has become a burgeoning new anti-gang industry, have produced an on-going blizzard of reports about them.

The shock of the new

British history is rich with groups that might well be said to constitute what we today call gangs. In the middle ages then were known as 'canting crews'; in the 17th century the highwayman Dick Turpin belonged to what was known as the Essex Gang (Hallsworth, 2005; Harris, 1971). In his novel *Brighton Rock*, Graham Greene narrates the tragic history of a

would be gang member Pinky, set in Brighton during the period between the first and second world war (Greene, 1975); while in the novel *Clockwork Orange*, Anthony Burgess paints a dystopian British future populated by gangs (Burgess, 2000). Gangs, in other words, have always been around and people have always been fascinated by the lives of gangsters.

Despite being a perennial feature of street life in many neighbourhoods gang talk constitutes the gang as an entirely new phenomena. Like the Nomads, all of a sudden they have arrived and from nowhere. Worse, they are proliferating. As Geoffrey Pearson observes in his classic study of the Hooligan, the public is eternally caught up in a form of historical amnesia about a past characterised in warm glowing colours set among what is often painted as bleak dystopian present (Pearson, 1983). Captivated by the shock of the new; the idea that they have discovered something the like of which has never been witnessed before, Gang talkers produce a fantasy of the present characterised by an immense rupture with the past. Nor is it only the public that is captivated with the discovery of a new criminal epoch dawning; academics can also fall into the same trap as witnessed by claim advanced by John Pitts in the UK that gangs today mark 'the new face of youth crime' (Pitts, 2008).

Here be monsters

It is not only the infinite novelty of the gang menace that captivates gang talkers; what also animates their discourse is the idea of the good society being invaded by outsiders. Integral to this idea is that of a monstrous organised counter-force penetrating the social body. If we consider the nature of what is monstrous about the gang then one of its most evident features is that its members are almost always imagined to belong to a minority ethnic group. The legacy of deeply inscribed racism, it could be observed, invariably reflects itself in gang talking narratives. And this explains, why in the UK, the gangs are invariably Black, Asian, Albanian and Russian. This also explains why group offending is never found in the middle class suburbs, though fears of wealthy areas being penetrated by

gangs, as we shall see, itself forms a potent trope within gang talk. Like the un-dead in *Buffy the Vampire Killer*; the gang member is conceived as someone who is essentially different from the indigenous population. And like the un-dead in *Buffy the Vampire slayer*, this is a population that cannot be reasoned with but only coercively controlled.

Monstrousness is also bound up with the idea prominent in gang talking discourses that the gang member is essentially different from the good member of society. Gang members conceived within the control imaginary are therefore people conceived of as essentially different. They may be born different or once subject to the fatal embrace of the gangster (having been 'groomed' or 'recruited') they become different. Here are the signs and symptoms that define those who have been subject to such a process, as imagined by the authors of a report into serious youth violence in the UK. A report which, to define a typical and recurring feature in the gang talking literature, adduces absolutely no evidence at all to support its claims.

Gang identifiers: Child withdrawn from family; sudden loss of interest in school. Decline in attendance or academic achievement (although it should be noted that some gang members will maintain a good attendance record to avoid coming to notice); being emotionally 'switched off', but also containing frustration / rage; started to use new or unknown slang words; holds unexplained money or possessions; stays out unusually late without reason, or breaking parental rules consistently; sudden change in appearance – dressing in a particular style or 'uniform', similar to that of other young people they hang around with, including a particular colour; dropped out of positive activities; new nickname; unexplained physical injuries, and/or refusal to seek / receive medical treatment for injuries; graffiti style 'tags' on possessions, school books, walls; constantly talking about another young person who seems to have a lot of influence over them; broken off with old friends and hangs around with one group of people; associating with known or suspected gang members, closeness to siblings or adults in the family who are gang members; started adopting certain codes of group behaviour e.g. Ways of talking and hand signs; expressing aggressive or intimidating views towards other groups of young people, some of whom may have been friends in the past; scared when entering certain areas; and concerned by the pres-

ence of unknown youths in their neighbourhoods (London Serious Youth Violence Board, 2009).

In reading the above an array of continuities can be established between the way the gang member is being identified today and older myths and stereotypes that the US reproduced about dope fiends in the 1940s and 1950s. Everyday stories about how decent, well-behaved kids from respectable families became demented and depraved addicts having been forced to take the evil 'weed' by a drug dealer. As with the dope fiend, we find signs of dropping out of the good society as a marker of gang belonging (broken off with old friends, dropping out of positive activities) as we do signs of entry to a new monstrous gang order (adopting certain codes, new nickname, etc.)

Monstrousness is also evident in the activities that gangs are alleged to engage in. In such imaginings it is as if the gang is accorded almost satanic qualities. This is often found in the eternal fascination gang talkers exhibit towards what are often imaged as the rituals gang members indulge in. Initiation ceremonies often garner considerable and salacious interest. And several circulate though evidence attesting to their reality is often difficult to locate as gang research attests (Decker and Van Winkle, 1996). A popular one is that gang members 'sex girls in'; another is that to be a member of a gang you have to kill someone; another that you randomly shoot at a car and its occupants. In the UK the media suddenly reported the growth in London of a gang that allegedly would forcibly convert young men to Islam. While there are certainly cases that might confirm the stereotype, most often these are control fantasies, attempts by people who are not of the street to comprehend in a distorted way an outside imagined in monstrous terms. A similar refrain can also be identified with the fascination gang talkers display towards what is often now referred to as 'the recruitment strategies of the gangs'. For Thrasher writing in the early twentieth century gangs were organisations that 'spontaneously formed' (Thrasher, 1927); today gang members 'recruit' or 'groom' their members and victims.

Taking the idea of the gang member as abnormal monster to its logical conclusion, images of an atrophied brain were presented by members of the Wave Trust, a proselytising organisation steeped in biologically

reductionist theories of crime, at practitioner conferences and seminars about gangs in the UK, with the implication that this is what the brain of a gang member looks like (Hallsworth, 2011). The brain, in question was that of a seriously neglected three year old Rumanian orphan. Leaving aside the vexed question of whether an image of a neglected child can be used as proxy for a gang member, a senior member of the British Police used the same slide at a conference in Rome convened by the European Union to discuss Gangs.

They are mobilising as we speak

It is not enough that the gang has arrived in the form of an alien invader, what also animates gang talk is the sense that the gang is evolving in ever more lethal directions. The narrative runs like this. 'Once upon a time the groups were disorganised; but now they are organising as we speak'. And later: 'see now, they have accumulated highly organisational features'. At its most developed this aspect of gang talk works by conceding to the gang bureaucratic attributes that best describe the structure of corporations and armies. In this projection a street reality which are most often composed of loose, amorphous, fluid and rhyzomatic, networks becomes reconstructed in terms that best describe the organisations that gang talkers typically inhabit. And so the gang is ascribed with elaborate divisions of labour and a complex vertical hierarchical structure.

This attempt to *corporatize the street* by projecting upon it attributes that best define formal social institutions is by no means new. To return to the medieval ages the Canting Crew was imagined in organisational terms that corresponded to that of the medieval guild. Entry to the *Company of Thieves* required a solemn oath while the Canting order was imagined to possess 12 orders presided over by the 'Dimbler Dambler', the Prince of Thieves (Harris, 1971). Move forward to the 1950s and the same process can be observed in the USA, nowhere more brilliantly worked through than in Cressey's evocation of the Mafia as a shadow corporation (Cressey, 1969). This fantasy of organised crime as a criminal corporation involved conceding to it a pyramidal structure presided over

by the Godfather, supported by a company lawyer (the 'consigliere') run by various middle managers (the Lieutenants) who run the street soldiers. This model it could be observed can also be found exemplified in the Godfather movies. The same process can also be seen at work in the UK today, in accounts of gangs that rework street terms like 'elders' (older gangsters), 'youngers' (younger men), 'tinies' (young children) and 'wanabees' (would be gangsters) and transforming this into a bureaucratic gang structure (see Pitts, 2008; Antrobus, 2009).

To deploy the terminology of the philosopher Gilles Deleuze, gang talkers are invariably arboreal in their predilections (Deleuze and Guattari, 1988). By arboreal he meant to designate a way of thinking about the world which is profoundly tree-like in structure. Hence their predilection for always finding within gangs tree-like divisions of labour, and pyramidal command structures. This also explains why they are inherently unable to understand the real world of gang practices which are largely rhizomatic, or grass like. Given that the control imaginary is constructed in arboreal terms, where gang talkers live the round of their life in arboreal institutions, it is unsurprising that the ontic horizons of the control imaginary are themselves shaped in arboreal tree like way. This explains why they relentlessly corporatize the street.

Armed and dangerous

As the attraction of gangs is bound up ineluctably with the violence that gang members do it is unsurprising that much of gang talk is concerned with what are often referred to as the 'new weapons of choice' of gang members. To a degree this aspect of gang talk is also bound up with the idea that as the gangs become more organised, so they are likely to carry weapons, while the weapons they carry become more lethal.

In the UK the gang talking narrative that surrounded the contemporary (re)discovery of the gang exhibited precisely this narrative. The gangs were no longer fighting with fists; they were now carrying knives and were increasingly arming themselves with guns to sort out their 'gang wars'. If that was not enough, the gang was also beginning to innovate by

using what the media and other right thinking people liked to term ‘new weapons of choice’. According to Acting Deputy Assistant Commissioner Steve Allen: ‘Pit Bull-type dogs had become a weapon of choice for gang members, drug dealers and street corner thugs’ (BBC NEWS, 2009). A refrain also picked up by the RSPCA who felt qualified to state

Dangerous dogs are widely used by gangs and criminals to intimidate and cause injury to other people and also some animals. The possession of them is often closely associated with other worrying elements of ASB and gang culture, including knife violence and drugs (RSPCA, 2010).

Nor is it only dangerous dogs that the gangs are now using as their ‘new’ weapon of choice for apparently they have many. According to a report by ROTA (Race on the Agenda)

Sexual violence and exploitation are significant weapons used against females associated with, or involved in, gang violence. Rape has become a weapon of choice, and used against sisters, girlfriends and on occasion mothers, as it is the only weapon that cannot be detected during a stop and search. (Firmine, 2010)

Unfortunately when you look for the evidence that provides the ground from which these sensational claims are deprived, it is nowhere to be found. In the ROTA report, ostensibly based on ‘research conducted with 350 women with gang connections’, the only evidence that gangs rape mothers is a single unsubstantiated claim made by one woman who claims to ‘know’ mothers who have been raped. In the case of the reports made that link gangs to dangerous dogs then no evidence is supplied at all except that of the anecdotal form.

The invaders are here

To fears about the ‘new weapons of choice’ of the gang are compounded various fears and anxieties about the level of coercive control the gangs are alleged to exercise over social life in the places where they are found. In

his analysis of the New Face of Youth Crime, for example, John Pitts claims to have identified what he terms super extended gangs that coercively exercise total control over social life in the estates where they are based. These gangs, he argues, force young people to become gang members and should they refuse then they are violently assaulted. These he terms 'reluctant gangsters'. Another part of this fantasy of total control takes the form of imagining that the gang ruthlessly use and exploits the vulnerable, particularly young children and women. In a report produced by London Councils we are told

One London project working with girls who are involved with gangs reports that nearly all of the girls they have contact with have been raped by male group members. Some senior gang members pass their girlfriends around to lower ranking members and sometimes to the whole group at the same time (London Serious Youth Violence Board, 2009)

In addition to coercively using young women for sexual pleasure gangs are also imagined to 'groom' the vulnerable and by so doing entice them into a life of vice and crime.

Gang members often groom girls at school and encourage / coerce them to recruit other girls through school / social networks. There is also anecdotal evidence that younger girls (some as young as 10 or 12) are increasingly being targeted, and these girls are often much less able to resist the gang culture or manipulation by males in the group. The girls often do not identify their attackers as gang members and tend to think of them as boyfriends. They may also be connected through family or other networks.

Girls are often groomed using drugs and alcohol, which act as disinhibitors and also create dependency. Girls may also be used as mules to transport drugs, which frequently involves trafficking within the UK (London Serious Youth Violence Board, 2009)

Again we are back to the idea of the gang as a satanic cult which works to corrupt the moral universe of the good society whose safe spaces they can penetrate with impunity. These provoke dark fears and often ruminations about the corruption of the young. In 2007 for example school inspec-

tors in the UK felt qualified enough to observe a burgeoning gang culture in the playgrounds of the schools they visited; while in the ROTA report on the sexual violence of gangs one of its key findings was that:

Girls who carry firearms and drugs for their boyfriends often live in areas that are not perceived to have a 'gang-problem', may attend grammar or private all-girls schools will rarely be under any form of surveillance or be known to any specialist services such as children's or youth offending services have their own bank account where their boyfriend can store his money (Firmin, 2010).

This is a pretty good summation of the gang talking reality that is to be found in the UK today where fears of gangs abound. All nicely brought together in this, one of the 'key findings' of the ROTA report. Note what is being evoked, the world of childhood innocence corrupted, a world where decent girls who attend their privileged girls school, are targeted by evil gang members who force them to carry their criminal goods, which are 'rarely under any form of surveillance' by formal authorities. Unsurprisingly this report made an instant hit when it was released with its author feted for her sterling work defending young women from predatory gang members.

The Primacy of the Imaginary

None of this is to dispute the fact that gangs exist and can be dangerous. There are gang realities and clearly these need to be comprehended. Guns and knives are most certainly not discursive constructions, not least when used by gang members to shoot each other which they sometimes do. Gangs, as such, are not spectres or chimeras of the control imaginary. That said, as I have tried to show, when gang talkers attempt to engage with the reality of the gang, it is not the reality of *gang practices* that they engage with, what is forged instead is an imaginary set of representations about gangs that typically take the archetypal forms I have described above and it is these that typically take precedence when gangs are being evoked by the wide gang talking fraternity.

These archetypes are deeply ingrained in the social imaginary more widely. The image of the gang, in this sense, parallels archetypes about fearsome outsiders everywhere. Historically, elements of these can most certainly be found in the folk literature and fairy tales, they also provide the stable of much fantasy literature that also hinges on the arrival into the good society of dark subterranean forces that mean it harm. In our insecure age, primordial fears about the *Other* enjoy wide dissemination. If we were to study the fears and anxieties that surround terrorist groups then these both reproduce older Orientalist modes of thinking (Said, 2003) but such fears are themselves closely articulated with the kind of gang talk described here (See for example: Graham, 2010). And so we find a world reduced to Manichaean terms, the good healthy (white society) and confronting it the feral menace that threatens to overwhelm it unless beaten back. In a recent paper McGuire explores further what it is about the Other than constructs it as such (McGuire, 2011). To arrive at this we need, he argues, a science of abnormality, a teratology; in effect, a science of monsters. Gang talk in this sense is one of our society's potent teratology's, a contemporary update on primordial fears about the Other deeply inscribed in western culture.

Why are these teratology's resurrected in the space of our contemporary? The answer to this is that they are performative; they provide an interpretative grid through and by which murky difficult chunks of reality may be readily comprehended. They offer a ready-to-hand vocabulary that puts messy reality into context and place. Not least, gang talk provides a vocabulary about gangs that everyone can quickly recognise even if, as I often suspect, many have never met gang members.

Teratology's like 'gang talk' are never neutral discourses; they do not operate only at the level of explaining what the gangs are doing now. What gang talk does is simultaneously appeal to deeply inscribed fears, phobias and anxieties the good society has about its monstrous outside in its very evocation of it. Fears grounded on primordial ontological insecurities that gang talk mobilises, harnesses and then translates into widespread fear and indignation. In so doing gang talk also establishes the emotive register than comes to define the control response. Fears easily translated through media amplification spirals into the demand for coer-

cive action against enemies reduced to terms of absolute essentialised difference.

Fantasies are not merely fictions that can be discarded if they have been falsified. People cling to them with faith, rather like scientists attached to paradigms that has been falsified but who refuse to accept the failure of their science. And so it is with gang talk, the Philistogen theory of the street. It produces a self-referential reality that everyone readily comprehends. Given this, what gang talkers tend to want to find, is not evidence that challenges the gang talk that constitutes their orthodoxy, so much as a further iteration of the archetypes. Let me take this argument further. Academics who do respectable gang research, whose findings either challenge the orthodoxies of gang talk or which fail to deliver the sensational truth of gangs, are those most likely to be ignored. This has certainly been the situation in the UK. If, however, the researcher appeals directly to the archetypes embedded in gang talk (they are here, they are expanding, they are corporatizing, etc) then the findings will almost invariably be celebrated and widely reported –and funding is likely to follow.

And when we come to study policy formation in respect to gangs the same logic applies. Gang suppression is less a rational proportionate response to a threat whose nature is carefully identified in a world dominated by ‘evidence driven policy’; it conversely takes the form of a set of knee jerk responses, where overwhelming force is used to address the problem of the gang, when the only evidence being marshalled is that produced through gang talk. And this takes me back to where I began with the distinction between the reality of the gang and the constitutive fantasy that we call ‘gang talk’. In a world where reality is reconstructed in the image of the fantasy, gang suppression programmes are invariably constructed within the imagery of gang talk and its constitutive archetypes. And this also helps explain the often wildly disproportionate responses that gangs often attract. Wars often declared against an imagined evil, rather than a proportionate response to social problems posed by unruly groups.

Let me provide a terrifying example to illustrate this point, in this case, the Federal Government’s response to the plight of the predominantly Black victims of Hurricane Katrina. Within 24 hours of a catastro-

phé that would see New Orleans buried beneath an avalanche of water, what was the single worst humanitarian crisis in recent American history became reconstructed, literally overnight, as crisis of law and order. Instead of seeing the Black population as victims cruelly abandoned by a government seemingly impervious to their plight, the dominant narrative –and one that appeared within hours of the catastrophe, was constructed in the image of gang talk. And this is why despite the visible presence of victims a dominant theme in the reporting of Katrina was of black looters, armed black gangs on the rampage and black rapists. And so reality was itself re-ordered in the image of gang talk. And the power of gang talk was such that when the authorities eventually returned to the abandoned city; it returned as much as an invasion force with orders to shoot lawless elements on sight, than as a rescue effort. The fact that the stories of black criminality were found to be wildly overstated gives salience to the argument I am making here; gang talk populated the control imaginary and this over-determined the visual reality of an abandoned black population that the racist control imaginary could not comprehend as victims.

But gang talk can also produce unforeseen consequences in its Othering of the gang. To understand this however we must return to the insights of Labelling theory as this was articulated in the work of Becker and Goffman many years ago. As Becker argued, labels are potent objects, they exist not only as vehicles through which deviant groups become classified as deviant by those with the power to label, they determine both how agents of social control respond to and perceive the rule breakers; they can also help shape the way rule breakers subsequently perceive themselves, often in the manner of a self fulfilling prophesy (Becker, 1963). Gang talk in this sense is a potent way of labelling groups; it defines what they are, the magnitude of their difference; the appalling nature of their crimes. It establishes them as a public enemy and legitimates their treatment as such. Living with the burden of stigma, as Goffman's work demonstrated is difficult, in so far as it often forces those stigmatised to acquire a deviant personality (Goffman, 1963).

The Gang talk that saturates the USA is illustrative of this process. By classifying entire generations of ghetto youth as a public enemy, by legitimating their treatment as such, so the preconditions have been created

where the culture of the ghetto responds to and works to accept the labels that have been produced. These may then be thrown back in the face of the white mainstream excluding society. “We will be the nightmare you imagine us as” arises as a predictable response. This is, not least, a fact recognised by organic intellectuals within the Hip Hop movement; one exemplar would be the group ‘Public Enemy’. Tupac Shakur’s groups ‘Thug Life’ and ‘Outlaw Immortalz’ also reflect the pervasive sense of persecution and demonisation directed at the ghetto and its gangs, as indeed do his raps. Looking more widely here are some raps from the song ‘Nigga Witta Gun’ by Dr.Dre

Who is the man with the masterplan?
A nigga witta motherfuckin gun
Who is the man with the masterplan?
A nigga witta motherfuckin gun
D-R-E
A motherfucker who’s known for carryin gats
and kick raps that make snaps
Adapts to any environment that I’m located at
If you see me on the solo moves best believe that I’m strapped
.4-4, .tre-8 or AK-47
Cos slowly but surely send you on a stairway to heaven
Just put my finger on the trigger and pull back
and lay a punk motherfucker flat
(Dr Dre: 2011)

In a nutshell, every white suburban middle-class nightmare about black gangsters condensed into lyrical form. And the kids in the UK are waking up to this process, as in response to pervasive demonising rhetoric of gang talk, they too begin to assume the form of the very Public Enemy Gang Talk positions them as. And this takes us logically then to the final irony: *the unintended consequence of Gang Talk is that it constitutes the Other it designates.*

Conclusion

Trying to have a reasoned debate on gangs in any society is difficult. The object of enquiry does not lend itself to easy definition as the academic gang literature attests. And real problems arise, as Katz and Jacobs argue, from the way gangs are often reproduced in academic discourse. But attempting to get to the reality of the gang is also bedevilled by gang talk of the kind I have tried to identify here. This remains a populist discourse through and by which the reality of the gang is understood by a population of gang talkers widely distributed in the public at large. This is a discourse about gangs which is not shaped by the realities of the gang but which represent instead projections of the control imaginary in the form of representations of gangs organised around highly emotive demonic archetypes. Unfortunately, policy is also shaped by Gang talk which also may help explain the often disproportionate and punitive response gangs invariably provoke.

Bibliographic references

- Althusser, L. y B. R. Brewster (1969). *For Marx*. Londres: Allen Lane.
- Antrobus, S. (2009). "Dying to Belong: an in depth study of street gangs in Britain." En *Centre for social Justice*. Última visita 2011 [Versión electrónica en <http://www.centreforsocialjustice.org.uk/>]
- Becker, H. (1963). *Outsiders*. New York: Free Press.
- Burgess, A. (2000). *A clockwork orange*. Londres: Penguin.
- Butler, D. (2009). *Fantasy cinema: impossible worlds on screen*. Londres; Nueva York: Wallflower.
- Cohen, S. (1972). *Folk devils and moral panics: the creation of the Mods and Rockers*. Londres: MacGibbon and Kee.
- Cressey, D. R. (1969). *Theft of the nation: the structure and operations of organized crime in America*. New York; Londres: Harper & Row.
- Decker, S. H. y B. Van Winkle (1996). *Life in the gang : family, friends and violence*. Cambridge, Inglaterra; Nueva York: Cambridge University Press.

- Deleuze, G. y F. Guattari (1988). *A thousand plateaus: capitalism and schizophrenia*. Londres: Athlone.
- Dr. Dre (2011). "Niggas widda gun lyrics", Última visita 30 de marzo 2011 <http://www.sing365.com/music/lyric.nsf/Nigga-Witta-Gun-lyrics-Dr-Dre/F284B5AC67107749482568870025F589>.
- Firmin, C. (2010). "Female Voice In Violence Project: A study into the impact of serious youth and gang violence on women and girls". *Race on the Agenda*. [Versión electrónica en <http://www.rota.org.uk/pages/default.aspx>]
- Garland, D. (1996). "The limits of the sovereign state: strategies of crime control in contemporary society". *British Journal of Criminology* 36(4): 445-471.
- Goode, E. y N. Ben-Yehuda (1994). *Moral panics: the social construction of deviance*. Oxford; Cambridge: Mass., Blackwell.
- Goffman, E. (1963). *Stigma, Notes on the Management of Spoiled Identity*. Nueva York: Prentice Hall.
- Graham, S. (2010). *Cities under siege: the new military urbanism*. Londres: Verso.
- Greene, G. (1975). *Brighton rock*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Hallsworth, S. (2005). *Street crime*. Cullompton: Willan.
- (Ed.) (2011). "Gangland Britain: Realites, Fantasies and Industry". *Youth in Crisis: Gangs Territory and Violence*. Londres: Routledge.
- Hallsworth, S. y T. Young (2008). "Gang Talk and Gang Talkers: A Critique". *Crime, Media, Culture* 4(2): 175-195.
- Harris, M (1971). *1811 Dictionary of the Vulgar Tongue*. Illinois: Digest Books.
- Katz, J. y J. Jackson (1997). "The criminologists gang". *Blackwell Companion to Criminology*, C. Sumner (Ed.). Londres: Blackwell.
- Klein, M. W. (2001). *The eurogang paradox: street gangs and youth groups in the U.S. and Europe*. Dordrecht - Boston: Kluwer Academic Publishers.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Basil Blackwell.
- London Serious Youth Violence Board (2009). Safeguarding children affected by gang activity and / or serious youth violence. Report for London Councils.

- McGuire, M. (2011). Strategic Leadership in Network: The Effect of External Factors on Advocacy Efforts. Public Mangement Research Conference, Syracuse, June 1-4, 2011, (págs. 1-32). Nueva York.
- Pearson, G. (1983). *Hooligan: a history of respectable fears*. Londres: Macmillan.
- Pitts, J. (2008). *Reluctant gangsters: the changing shape of youth crime*. Cullompton: Willan.
- RSPCA (2010). “Briefing Note on Dangerous Dogs” Última visita 2010 [Versión electrónica en <http://www.politicalanimal.org.uk/assets/files/NewDangerous%20dogs%20brief%2004.03.10.pdf>]
- Said, E. W. (2003). *Orientalism*. Londres: Penguin.
- Thrasher, F. M. (1927). *The gang : a study of 1313 gangs in Chicago*. Chicago: The Chicago University Press.

Jóvenes víctimas de violencias y pandillas, claves de intelección para una aproximación crítica

Mauro Cerbino*

Introducción

De modo dominante la opinión pública, fuertemente estimulada por determinadas representaciones mediáticas sobre la violencia e incluso por algunos enunciados académicos, atribuye a los jóvenes la responsabilidad de muchos de los actos violentos, especialmente en los países de Latinoamérica en los que hay una inmigración latinoamericana considerable, reproduciendo con ello modelos de oposición binaria entre agresores y víctimas. Dentro de dicho esquema, los jóvenes son vistos factualmente como portadores de violencia, en particular cuando se trata de organizaciones de tipo pandilleril. Se inscribe en esta postura un caso ya ejemplar: la acción de las maras centroamericanas, quienes darían cuenta de los altísimos niveles de crueldad que involucran las acciones protagonizadas por grupos de jóvenes, que evidencian, de este modo, su supuesta desadaptación social.

Además de tematizar una perspectiva que cuestione los postulados que cimentan la opinión pública dominante respecto a los vínculos entre jóvenes y violencia, mostrando sus inconsistencias, en el presente trabajo avanzamos un conjunto de reflexiones conceptuales tendientes a mostrar a las pandillas juveniles como objeto de una doble violencia estatal (insti-

* Doctor en Antropología Urbana por la Universidad Rovira i Virgili de España; profesor investigador y director de la revista Íconos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede Ecuador.

tucional y moral). Se trata de superar los modelos de oposición binaria que invisibilizan los lugares y las condiciones donde las violencias se persiguen incesantemente unas a otras, dibujando un círculo que hace inviable el establecimiento de esa oposición. Igualmente, problemáticas son las dos caras de la misma moneda, y ambas deben ser, de forma indistinta, consideradas conceptualmente y prevenidas desde las políticas estatales. Ahí donde un sujeto o un colectivo actúan como agresor o victimario, también está inscrito el signo contrario: el ser víctima, a su vez, de otra violencia que muchas veces permanece oculta o se pretende inexistente. Por supuesto, estas afirmaciones no apelan a la ausencia de responsabilidad de quienes cometen actos de violencia, ni tampoco a la aplicación de atenuantes, lo que sostenemos es que la reflexión sobre tal problemática no ha sido suficientemente elaborada: es imprescindible repensar la violencia juvenil y pandilleril inserta en el círculo de las violencias, como un modo para problematizar la distinción entre víctimas y victimarios.

En este sentido, el texto que sigue propone una reflexión sobre la violencia pandilleril, su naturaleza compleja y sus características más importantes. Para ello, problematizamos el tema de la responsabilidad de las acciones violentas de los jóvenes, los modelos de relacionamiento con el otro, y las condiciones de posibilidad de emergencia y mantenimiento de las acciones violentas, entendidas desde la consideración de problemas sociales estructurales que son de tipo cultural, social, económico y familiar. Dichas discusiones se inscriben en la perspectiva macro de un esquema circular de las violencias que, sin duda, permite complejizar seriamente la temática.

Violencia pandilleril

La literatura sobre jóvenes ha ido construyendo cada vez más, agendas de investigación en las que la problemática de la violencia ha ido ocupando un lugar central. Así, frente a los ámbitos de análisis tradicionales, tales como empleo, educación, salud y más recientemente, culturas e identidades juveniles, la violencia ha ganado terreno, instituyéndose como un objeto de análisis específico. En particular, la violencia pandilleril ha sido

uno de los temas a los que se han dedicado numerosos esfuerzos en distintas latitudes.

Según la mayoría de los estudios consultados, el ‘espectro’ de la violencia juvenil protagonizada por pandillas recorre prácticamente toda América Latina y, además, estaría en ascenso¹. Existen publicaciones de organismos internacionales o adscritos a gobiernos de la región, como el Informe de 2005 de la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (WOLA, 2006), el cual señala: “La actividad criminal de estas pandillas juveniles asola a las comunidades y algunas de estas pandillas bien podrían estar a punto de embarcarse en el crimen organizado” (Thale, 2005: 1).

En otros casos, se afirma que la acción violenta de las pandillas representa una real amenaza para la seguridad nacional de los países donde operan (Santacruz Giralte et al., 2001; Rodríguez, 2006; CEPAL, 2008). La problemática de la violencia ligada a la acción pandilleril encuentra especial atención en varios estudios realizados en Centroamérica acerca del fenómeno de las maras, siendo la Mara Salvatrucha (M13) y la Mara Barrio 18 las que se enfrentan en todos los países de la subregión, a excepción de Costa Rica y Nicaragua, país este último donde, sin embargo, se registra presencia de pandillerismo juvenil.

Nos centramos en las consideraciones contenidas en una publicación dada a conocer en México (ITAM, 2006), dividida para cada país centroamericano, en la que se señala en sus conclusiones que, si bien la violencia pandilleril es un problema común en todos los países, no existen estudios que profundicen sobre el significado y las formas de la violencia y las cambiantes condiciones de su constante transformación. Se hace hincapié en constatar que las políticas y acciones represivas de ‘mano dura’ de los gobiernos centroamericanos no solo no han disminuido la violencia juvenil, sino que han agravado la situación en dos sentidos: primero, porque, encarcelando a miles de jóvenes sospechosos de pertenecer a las maras, han permitido que éstas consoliden su papel como organización que protege a los sujetos juveniles hasta proyectarse como una verdadera instan-

1 Para Centroamérica, véase Aguilar y Carranza (2008), Acevedo (2008), Cruz (2005; 2006), Guobaud (2007), Gaborit (2005), Rubio (2006), Fournier (2000), para toda la región: BID (2006), wola (2006) y Concha-Eastman (2000).

cia capaz de operar por medio de redes de apoyo y socorro. En segundo lugar, las políticas represivas han tenido una directa incidencia en el recrudecimiento de la violencia juvenil intra e interpandillas, además de la violencia hacia los jóvenes por parte de las autoridades de gobierno marcada por los abusos policiales. En dicho estudio se problematiza la violencia juvenil de las pandillas, relacionándola con las violencias políticas, las guerras civiles y conflictos militares suscitados en los países centroamericanos en los años ochenta y noventa². No se trata solo de la relación directa entre estos hechos y las fuertes oleadas migratorias hacia Estados Unidos, en las que miles de jóvenes centroamericanos experimentan sus primeros contactos con pandillas latinas en ese territorio, especialmente en Los Ángeles. Se muestra también cómo las guerras y los conflictos internos han creado un ambiente propicio para el ejercicio de la violencia pandilleril en esos países (Martel, 2007; Nateras, 2007; Cruz, 2005).

En este punto, cabe subrayar que la generación de las mencionadas políticas de ‘mano dura’ tiene como cimiento conceptual la perspectiva que concibe a los jóvenes únicamente como autores de acciones violentas. Dicha mirada responde, en parte, a la tradición de estudios de *gangs*, de cuño norteamericano, basada fundamentalmente en una “perspectiva patológica y desviacionista”³, que interpreta el fenómeno de las pandillas como organizaciones que se dedican principalmente a actividades ilícitas, criminales y violentas (Hall, 1997; para una revisión crítica de estas posturas ver Brotherton y Barrios, 2004⁴). Catalogar a los grupos juveniles de pandillas como *desviados* es un modo para esconder las desigualdades de las ciudades contemporáneas, así como los aspectos culturales que configuran la acción social que desempeñan los diversos grupos juveniles (Venkatesh, 2003).

Recién con las investigaciones de la denominada “Escuela de Chicago”, asistimos a una importante revisión de la perspectiva desviacionis-

2 Un interesante estudio realizado sobre las sociedades marcadas por el posconflicto y su vinculación con el deterioro de la democracia, como escenario para pensar el surgimiento de pandillas juveniles violentas, se encuentra en Wielandt (2005).

3 Sus orígenes se remontan a la criminología de comienzo del siglo XX en los Estados Unidos.

4 Brotherton y Barrios en el libro ALKQN (2004) tratan, precisamente, de deshacerse de esta tradición criminológica presente en los EEUU, y que enmarcan en una ciencia social positivista, asumiendo de modo crítico una perspectiva de “criminología cultural”.

ta, que incluye un viraje hacia una aproximación interpretativa basada en la constatación de que las *bandas juveniles* se articulan alrededor de un espacio de creación cultural en los intersticios de la sociedad. (Thrasher, 1927; Whyte, 1943). Thrasher enfatiza la *formación espontánea* que caracterizaría a estas organizaciones, aunque luego, en su definición ya clásica, señala un conjunto de tipos de comportamientos que las van estructurando por medio, sobre todo, del conflicto en las *áreas intersticiales* de las grandes urbes (Feixa, 1998). Por su parte Whyte, por medio de un conjunto de sólidas investigaciones, en términos de trabajo de campo y observación participante con miembros de bandas, va desarrollando aún más la idea según la cual las organizaciones juveniles forman sus propias sociedades relativamente independientes de la influencia de los mayores, y que la naturaleza del grupo no es prioritariamente delincuencial sino de solidaridad comunitaria (Whyte, 1943).

Pese a estos aportes, terminologías como *comportamientos desviados*, *destructivos* o *antisociales*, aún están presentes en la tradición norteamericana de estudios de *street gangs*, de la que, se han apropiado, entre otras, instituciones policiales como el FBI, para el cual el combate a las pandillas supone estrategias y acciones similares a las que se realizan en contra de las organizaciones criminales no juveniles.

Ahora bien, nos interesa problematizar las tensiones entre lo individual y lo colectivo en cuanto a la violencia pandilleril. Retomando detalladamente el trabajo realizado por Carlos Mario Perea en el conjunto de investigaciones del mencionado proyecto del WOLA, allí se establece que el ejercicio de la violencia pandilleril responde a necesidades, tanto de tipo individual como colectivo. En el caso de las pandillas mexicanas, lo que prima en la administración de la violencia es la dimensión colectiva; es decir, no está permitido y se castiga el acto violento (sobre todo el asesinato) que no sea por motivos ligados a la acción grupal, y el castigo puede ser la expulsión. Perea establece una diferencia con las agrupaciones pandilleras de Colombia, argumentando que entre éstas no solo está permitido el uso de la violencia para fines personales, sino que, incluso, representa una condición para el ascenso en el grupo. Cabe señalar que, en ambos casos, se intenta concebir la violencia pandilleril a partir de una especie de 'economía del acto violento', ya que éste representa un recurso y una

inversión con los que se puede alcanzar una mejor posición dentro del grupo o, cuando es mal empleado, determinar la salida del miembro que no ha respetado el código colectivo que establece claramente las reglas que permiten su utilización.

Aquí cabe la siguiente pregunta: ¿qué significa plantear esta discusión en términos de una economía del acto violento? Fundamentalmente, implica apartarse de aquellas aproximaciones conceptuales que tienden a naturalizar la violencia juvenil, estableciendo una asociación directa entre la edad y el comportamiento violento, y que no tienen en debida consideración las condiciones históricas de mediano y largo aliento que estructuran la vida nacional de los países o de los lugares –barrios, comunidades y ciudades– donde operan las pandillas. También significa ubicar el problema de la violencia en un contexto más amplio que en la exclusiva esfera de la moral, teniendo en cuenta que el recurso de la violencia es algo que se sitúa fuera de una distinción simple y dicotómica entre quienes serían potenciales portadores y quienes no, entre ‘malos’ y ‘buenos’, entre ‘víctimas’ y ‘victimarios’.

De allí que el desafío es repensar la violencia juvenil no como expresión de comportamientos desviados de la norma social establecida o como signos de una patología juvenil sino, más bien, como el terreno en el que muchos jóvenes encuentran lo mismo que aquellos que no recurren a ella: el reconocimiento en un espacio social altamente competitivo y conflictivo, como el que plantea la modernidad contemporánea (Santacruz y Concha, 2001; Perea, 2006; Cerbino, 2006).

Violencia, responsabilidad y respeto

En la misma línea, se trata de pensar el problema de la responsabilidad de los actos violentos de sujetos juveniles, ya no en términos puramente individuales, sino desde la perspectiva de la co-responsabilidad social e individual, simultáneamente. Veamos de qué se trata.

Es bien conocida la polémica tesis sostenida por Arendt (2005) –quien realizó por encargo del semanario estadounidense *The New Yorker* la cobertura del juicio en contra del ex-militar nazi Adolf Eichmann en Jeru-

salén—, cuando señaló que la actuación de este criminal, lejos de ser entendida como la manifestación demoníaca y especialmente malvada de un sujeto cuyo comportamiento sería excepcional, debía ser reconducida a la aplicación mecánica e irreflexiva de procedimientos burocráticos y administrativos ya establecidos. A esto Arendt llama *la banalidad del mal*, cuya implicación principal es que no se puede atribuir la responsabilidad a una persona —Eichmann— por los hechos cometidos, dado que ‘simplemente’ cumplía de modo normal con una rutina asignada y ordenada, lo que le imposibilitaba saber que, en efecto, estaba obrando mal. De este modo, según Arendt, el criminal difícilmente podía sentirse responsable por los actos cometidos.

Al analizar los distintos modos en que los miembros de grupos pandilleros ejercen la violencia, como producto de una estructura basada en relaciones verticales y jerárquicas, es posible rastrear una cierta dimensión de la banalidad del mal: en el funcionamiento del grupo pandillero, el hecho de acatar cualquier tipo de orden que un superior imparta, hace razonable pensar en una escasa responsabilidad del que, en nombre de aquella orden, comete un acto violento. En muchas ocasiones (como en el caso de las pandillas juveniles de México según Perea, 2006), la actuación individual no consensuada es considerada atentatoria a la integridad del grupo, y por otra parte, la decisión que el grupo o su líder tome en cuanto a la necesidad de cumplir una ‘misión’ que involucra el uso de la violencia, hace muy difícil que exista un margen para desatender esa decisión. La presión del grupo (la fidelidad, la pertenencia o la hombría), y la sanción prevista para el ‘desertor’ (tildado de cobarde y el sometimiento a castigos corporales) son tan intensas que la misión ha de llevarse a cabo sin titubeos. Dichas consideraciones ponen al descubierto que, junto con la cuestión de la responsabilidad individual del sujeto pandillero, se abre otra problemática, la de la corresponsabilidad del grupo o del entorno más amplio⁵.

5 En este sentido, conviene mencionar que esta suerte de *dilución* de la responsabilidad individual cuando el acto violento ha sido ordenado por un superior jerárquico no se ha limitado, en el contexto latinoamericano, al debate sobre organizaciones pandilleras y, por el contrario, fue esgrimida por miembros de las fuerzas armadas como argumento justificatorio de crímenes contra la humanidad perpetrados durante las dictaduras que gobernaron los países del

En la mayoría de los países latinoamericanos, se han puesto en marcha Códigos de la Niñez y la Adolescencia inspirados en la Convención de los Derechos del Niño aprobada por la ONU en 1989 y suscrita por casi todos los países de la región a excepción de los EEUU. La Convención, y por ende sus códigos, pasan de considerar a niños y adolescentes como *objetos de tutela* a reconocerlos como *sujetos de plenos derechos*. El cambio de perspectiva supuso el abandono de la doctrina denominada “situación irregular”, con la que juristas, sociólogos y, en general, propulsores de la acción de “los salvadores del niño” se referían a las circunstancias de peligros materiales y morales producidas por las sociedades modernas, cada vez más urbanas e industrializadas (Platt, 1982: 31). En base a esta doctrina, niños y adolescentes eran tratados como si fueran naturalmente dependientes de las instancias adultas de control, y considerados como individuos inmersos en situaciones de vulnerabilidad y riesgo, potenciales generadores de peligro para sí mismos y para el resto de la sociedad. En consecuencia, requerían de constante vigilancia y protección, aunque fuese en contra de su propia voluntad.

Una de las más importantes consecuencias de la transformación radical que significó el abandono de la doctrina de la situación irregular, es la que tiene que ver con la distinción entre inimputabilidad penal y responsabilidad ante la ley. Ser responsable significa que el adolescente es considerado como alguien con capacidad suficiente para reflexionar sobre sus actos y, por lo tanto, para responder por ellos. Por medio de actos de habla, con los cuales el sujeto adolescente expresa las ideas que ha podido elaborar en torno a un determinado acontecimiento en el que participó, es que se despliegan sus capacidades de reflexión/responsabilidad. Todo acto de habla se compone por un modo propio y particular de generarlo y por una dimensión colectiva que lo atraviesa y lo enmarca. No es solo la persona la que habla, lo hace también y por su intermedio, el entorno social en el que esa persona se desenvuelve. Por ello, el problema de la responsabilidad no puede ser considerado exclusivamente un asunto individual, que es, a nuestro parecer, el modo como lo conciben los Códigos,

Cono Sur en la década del 70. Recordemos que, en el caso de Argentina, el argumento se encarnó en la denominada “Ley de Obediencia Debida” que, hasta su derogación en el año 2004, impidió el juzgamiento de cientos de militares genocidas.

siendo la co-responsabilidad –social e individual a la vez– una dimensión que debería ser contemplada: es imprescindible situar la responsabilidad del sujeto juvenil a la luz de condiciones colectivas⁶.

Judith Butler, reflexionando sobre los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, se pregunta precisamente sobre la relación entre responsabilidad individual y condiciones globales que dan forma a esa responsabilidad. Algunos de sus interrogantes resultan particularmente interesantes para nuestro caso: “[d]e qué modo la violencia radical se vuelve una opción, cómo es que para algunos se presenta como la única opción viable, bajo ciertas condiciones globales? ¿A qué tipo de violaciones responden? ¿Y por medio de qué recursos?”. Butler advierte que no se trata de desresponsabilizar al individuo atribuyendo las culpas a las condiciones. Afirma que: “[m]ás bien se trata de volver a pensar la relación entre condiciones y actos”. Y prosigue: “nuestros actos no son autosuficientes, sino condicionados. Actuaron sobre nosotros al mismo tiempo que actuamos, y nuestra ‘responsabilidad’ descansa sobre la articulación de ambos” (Butler, 2006: 40-41).

Ahora bien, llegados a este punto, buscamos recalcar otro elemento que tiene que ver con la construcción del ‘respeto’. Se trata de un componente destacado en el trabajo de Perea, como dimensión fuertemente asociada al ejercicio de la violencia pandilleril. Por una parte, se observa la necesidad de sostener lo que los mismos jóvenes llaman *el respeto* y, por la otra, lo que opera es un cierto manejo del miedo. También resulta útil subrayar la reflexión en torno a la relación entre violencia juvenil y niveles de cohesión social que se observa en los lugares de México donde actúan las pandillas.

El respeto es el valor más apetecido por el grupo –señala Perea (2006); véase también Bourgois (2003)– porque representa el ‘termómetro’ con el que se mide la relación con las otras pandillas y su propia supervivencia y, además, es el mecanismo que permite obtener el reconocimiento interno entre los demás integrantes del grupo. La reflexión de Perea apunta a ubicar la noción de respeto de los jóvenes pandilleros en una dimensión más

6 Ésta es una consideración fundamental que se desprende de la perspectiva ecológica aplicada al análisis social. Una revisión general de esta perspectiva se encuentra en Musita et al. al (2004).

amplia, en el sentido que suelen otorgarle los sectores populares. En éstos, el respeto es lo que garantiza la convivencia, porque la existencia de todos los días depende, en buena medida, de saber respetar a los demás, especialmente en ámbitos de precariedad social.

Al contrario, en dichos ámbitos sociales, entre los miembros de los grupos pandilleros, se exige reconocimiento por medio de lo que designan como ‘respeto’, no para su integridad o dignidad, sino para demostrar su capacidad de violencia o brutalidad. De este modo, la noción de ‘respeto’ adquiere, por las evidencias empíricas que los relatos de miembros de pandillas realizan, algunos matices que tienden a problematizar su concepción tradicional, relacionada con el intercambio, la reciprocidad y el reconocimiento mutuos. Sennett (2003: 13) señala que: “la sociedad tiene una idea dominante: la de que tratándonos unos a otros como iguales afirmamos el respeto mutuo”. Sin embargo, es irreal pensar que existe una estructura social de igualdad, la consecuencia de ello, siguiendo a Sennett (2003), es que en la búsqueda del respeto, la debilidad no tiene lugar. Se puede considerar que el significante ‘respeto’, utilizado por los pandilleros, apunta a definir una acción de compensación. La que se da por un permanente vacío de respeto padecido a lo largo de sus vidas tempranas: el no respeto de sus padres hacia ellos (la indiferencia, la escasez de afectos); el no respeto y no reconocimiento de empleadores u otros hacia sus padres (relaciones de explotación o de inferiorización) y el no respeto de los otros estamentos de la sociedad hacia los jóvenes (miradas estigmatizantes hacia los jóvenes populares, la falta de reconocimiento como actores y como sujetos que no caben en la rígida escala de niveles sociales).

Con la falta de respeto, afirma Sennett, no se reconoce a la persona que es objeto de aquélla, y esto hace que se vuelva invisible como un ser humano integral y que, de ahí, su presencia no importe. Por su parte, Bauman señala claramente: “[c]ada vez que se plantea la cuestión del ‘reconocimiento’, es porque ciertas categorías de personas se consideran relativamente desprovistas de él y juzgan a esto como una injusticia” (2001: 78).

En investigaciones anteriores (Cerbino, 2006), hemos abordado el problema de la envidia –en el sentido precisamente de invidencia– como uno de los factores desencadenantes de la búsqueda de respeto por parte

de los pandilleros. La necesidad de compensación de esta invisibilidad ciertamente no se traduce en una medida proporcional, lo que significa que las respuestas frente a la invisibilidad asumen el carácter de una exageración en relación con lo que se quiere corregir, que es la falta de respeto. La humillación del 'otro' pandillero, del enemigo o de quien pueda resultar 'objeto' para la afirmación y supremacía, es el signo evidente de esa exageración que, como tal, no es proporcional ni a la reparación ni a la compensación. Por lo tanto, el 'respeto', mercancía altamente codiciada entre los miembros de las pandillas, se pensaría como la metáfora más significativa de las condiciones de desigualdad estructurales de la sociedad, y también como el síntoma de una incapacidad: la de los sujetos juveniles, de procesar por otros medios la falta de reconocimiento. Sabemos, desde el psicoanálisis y antes, a partir de las reflexiones de Hegel sobre la dialéctica del amo-esclavo, que la búsqueda del reconocimiento es una cuestión fundamental para todo ser humano. Una lectura que sintetiza ambas perspectivas es la que afirma que nunca obtendremos un reconocimiento pleno, alcanzable por medio del cumplimiento, asimismo de una identidad plena con nosotros mismos en la victoria frente a un enemigo, porque la victoria es el momento de una pérdida mayor: la de la conciencia de un auto-bloqueo presente en uno mismo, que funciona como "la externalización de una autonegatividad que ningún 'otro' puede hacer desaparecer" (Zizek, 1990: 260).

El recurso de la violencia en las pandillas, utilizado para actos diversos que van desde el robo y el asalto a la pelea callejera y el asesinato, tiene que comprenderse a partir de que los jóvenes pandilleros aplican un complejo mecanismo imaginario-simbólico que sostiene el 'tipo' de afirmación necesaria para dar sentido a su acción y, por supuesto, a su existencia. Es bajo el "régimen de la visibilidad"⁷, como una de las condiciones constitutivas de la modernidad, que se estructura para el sujeto un modo de ser a través del 'ser visto', del goce escópico que lo alimenta. Esto obliga, de alguna manera, a que los sujetos contemporáneos sostengan una lucha permanente para proyectarse por medio de su visibilidad. De esta

7 Según Rancière (2000), un régimen de visibilidad es la capacidad de ver y decir, se refiere a la relación entre poder y condiciones de producción, en función de la exposición.

lucha no escapan los mundos juveniles, por el contrario, encontramos en éstos los signos de su radical agudización, envueltos como están en una corriente dirigida por el mercado del consumo, el cual, como afirma Young (2003: 25), promete “no meramente la satisfacción de deseos inmediatos, sino también la generación de esa expresión característica de finales del siglo XX –*estilos de vida*.”

Ahora bien, la mayoría de los jóvenes, organizados o no en colectivos y también de manera individual, actúan a través de complejos ámbitos imaginarios, sostenidos a partir de la apropiación de bienes simbólicos que circulan, sobre todo, en los medios de comunicación y que representan la materia prima para las adscripciones identitarias, la afirmación y la diferenciación social. A través del concepto de *socioestética*, Rosana Reguillo (2000) avanza el tema, proponiendo que la misma opera como un elemento importante de las culturas juveniles en la construcción de la identidad relacional (igualdad + diferencia). Sin embargo, para ‘otros’ jóvenes, aquellos que forman parte de las pandillas, esa apropiación de bienes simbólicos queda subsumida a un uso *abultadamente imaginario* de la relación con el ‘otro’, dado que lo que se vuelve imprescindible para la acción pandillera es la construcción de una escena conflictiva en la que las prácticas de la confrontación, sobre todo con otras pandillas, asumen el significado de una afirmación de superioridad que es posible, en la medida en que el otro es *inferiorizable*. Dada la naturaleza relacional de las construcciones identitarias entre los jóvenes pandilleros, el respeto hacia el otro para hacerse efectivo en la relación entre dos pares o dos pandillas requeriría de apelar a un tercer elemento que trascienda a ambos; es decir, a los posicionamientos imaginarios y parciales que atañen a cada pandilla, el cual sería la condición necesaria para hacer factible y establecer un vínculo social *en la diferencia*. Constatamos que ese tercer elemento no se apela, por lo cual el respeto se da en el enfrentamiento entre dos. El dispositivo de apelación a un tercer elemento queda desactivado. Esto se traduce en un *encapsulamiento imaginario de la diferencia*, que termina por echar las bases de una autoexclusión que, a su vez, reduce todas las posibles relaciones sociales a una única relación conflictiva con la ‘otra’ pandilla.

En la mayoría de literatura existente sobre organizaciones pandilleras, es posible advertir con claridad cómo la acción violenta se limita básica-

mente a la disputa entre dos pandillas: la violencia, entendida como el uso de la fuerza física, representa la puesta en escena de ese abultamiento de la condición imaginaria de relacionamiento con el otro. Las formas que asume esta condición son consecuencia de una serie de factores sociales, culturales y económicos que se observan en los momentos actuales en las sociedades contemporáneas y no solo latinoamericanas. En palabras de Young:

a estos jóvenes se les prohíbe la entrada a la pista de competición de la sociedad meritocrática; sin embargo, se quedan pegados a la pantalla de sus televisores y a los otros medios de comunicación que seductoramente presentan los espléndidos premios de una sociedad adinerada. Ante esta negativa a ser reconocidos, los hombres jóvenes recurren, en todas partes del mundo, a lo que debe ser casi una ley criminológica universal, es decir, a la creación de culturas del machismo, a la movilización de uno de sus pocos recursos, cuales son la fuerza física, la formación de bandas y la defensa de sus propias zonas. Ya que otros les deniegan el respeto, crean una subcultura que gira alrededor del poder masculino y el “respeto” (2003: 29).

De este modo, es posible hablar de una especie de ‘tribalización’ de los grupos pandilleros, siendo radicales tanto el desconocimiento del otro como su configuración exclusivamente como enemigo (Martín-Baró, 2003), cuya existencia y significado es la de ser *solo* el medio para la afirmación de uno⁸. La consecuencia es que, muy lejos de ser una impugnación del orden constituido, se reproduce y da continuidad a un sistema dominante cuya supremacía actual, en palabras de Kaminsky (2000: 169), se sostiene en “la estrategia política de la exacerbación individualista, en el primado de las entidades atomísticas y sus identidades”; lo que se corta brutalmente son los “entres”. O en la reflexión de Bauman (2004: 18-19), cuando afirma que el sistema dominante tiene cabida en la modernidad que se anuncia como un proceso civilizador que, sin embargo, funciona como un proceso de civilización de un tipo de hombre que

8 Martín-Baró (2003: 143) señala que el ‘enemigo’ es el estereotipo por excelencia en las situaciones de polarización social: “El estereotipo del enemigo puede desempeñar un papel significativo en el desarrollo de un conflicto, en la medida en que contribuye a endurecer la polarización y a bloquear los mecanismos de comprensión y acercamiento entre los rivales”.

implica la incapacitación forzosa de otro y que promueve un modelo de funcionamiento de las relaciones sociales basado sobre la coerción. El autor argumenta en torno al supuesto proceso civilizador de la modernidad lo siguiente:

La modernidad se legitima a sí misma como un ‘proceso civilizador’, un proceso continuo que consiste en convertir lo áspero en suave, lo cruel en benigno, lo basto en refinado. Sin embargo, como en la mayoría de las legitimaciones, esto es más un anuncio que una presentación de la realidad. En cualquier caso, esconde tanto como revela. Y lo que se oculta es que solo por medio de la coacción que perpetrar pueden las agencias de la modernidad mantener a raya la coerción que han jurado aniquilar; que el proceso civilizador de un hombre es la incapacitación forzosa de otro. El proceso civilizador no es una cuestión de desarraigo, sino de *redistribución* de la violencia (2004: 18-19).

Este modelo tiene que ver, entre otros planteamientos, con lo que Connell (1987) define como el discurso de la *masculinidad hegemónica*. Un discurso que articula y da sentido (de modo exclusivo) a las prácticas y usos lingüísticos que demuestran tener coraje, virilidad, valentía, respeto y honor. Respeto y virilidad remiten a un discurso autoritario, dominante en la mayoría de los países latinoamericanos, que hace de las tradicionales oposiciones binarias fuerte/débil, grande/pequeño, superior/inferior, dominante/dominado, las categorías en las que se sustenta. En ausencia de capacidades de aplicación de otros recursos simbólicos y de apropiadas condiciones estructurales en los territorios en los que actúan las pandillas, es a través de la violencia, hablada y practicada, como los jóvenes pandilleros obtienen un lugar prominente, el ejercicio de un poder que afianza la posición y el liderazgo al interior de estos grupos. Hacer ‘carrera’ y escalar hacia puestos de mando depende así de la demostración constante de saber defender a los otros miembros –lo que es posible por medio de la capacidad de reacción y de pelea– y la demostración de saber armar la ‘bronca’ (el choque, la gresca) buscándola y haciéndola posible provocando a otra pandilla o simplemente en los actos de agresión a transeúntes en la calle.

La valentía y la hombría plasmadas en actos violentos en los que siempre existe un otro como objeto y víctima, se configura también en el uso de un lenguaje (y una *coba*) que se inscribe en el mismo marco valorativo, como lo señala también Alonso Salazar, refiriéndose al caso de pandillas en Colombia, donde el “parlache” es un “lenguaje que no es gratuito, sino portador de una axiología donde la agresión y la desvalorización del otro están en un lugar de preeminencia” (1998: 124).

Las organizaciones pandilleras inscriben su acción en un “afuera simbólico” y un desbande imaginario cuando, a nivel de la sociedad o de la nación en su conjunto, se han deteriorado los dispositivos culturales que garantizan la cohesión o el lazo social. A partir de este deterioro, se producen nuevas formas de guetización, como consecuencia del desmembramiento social y, a su vez, aparece el debilitamiento de estrategias de convivencia. En palabras de Bauman: “[c]uanto más tiempo permanecemos en un medio uniforme [...], más probabilidades hay de que ‘desaprendamos’ el arte de llegar a fórmulas conciliatorias y a un *modus convivendi*” (2006: 34).

Si observamos bien, se trata de uno de los argumentos más sólidos para concebir a la organización pandilleril como una estructura ‘neotribal’, la cual no es más que un síntoma evidente de la descomposición social que en su conjunto padecen las sociedades contemporáneas, las cuales fosilizan las diferencias, las separan y las vuelven inconciliables.

Algunos investigadores resaltan el carácter evolutivo hacia manifestaciones de violencia de las organizaciones pandilleras, siendo que en un inicio funcionan como un grupo de amigos y un dispositivo de integración social al barrio (Rocha, 2006), como una organización de tipo fraternal que brinda a sus miembros autonomía respecto de la autoridad adulta (Goubaud, 2008), o como la conformación de grupos juveniles que sobrevivían en las marginalidades de las grandes ciudades (Cruz, 2005).

Según estos autores, la evolución hacia el recurso de la violencia y a la acción delictiva se debe, entre otras causas, a una mayor jerarquización y consolidación de la estructura organizativa, como consecuencia de las medidas represivas adoptadas por los gobiernos centroamericanos, una cada vez mayor clausura identitaria relacionada con el control de un territorio claramente delimitado, como el del barrio y, especialmente, la reite-

rada incapacidad de los gobiernos para pensar políticas públicas dirigidas hacia la juventud en general.

Recluida en la delimitación del barrio, la pandilla opera por medio de demostraciones de fuerza y ofrece así un espacio de protección hacia las amenazas que provienen de otros barrios en los que actúan otras pandillas. Se instaura de este modo un mecanismo por el cual “la existencia de pandillas en otros barrios es un aliciente para tener una pandilla en el propio barrio” (Rocha, 2006: 6); de ahí que la actitud de los moradores de estos barrios sea ambigua hacia el pandillerismo: “muchos habitantes de los barrios solo perciben a los pandilleros externos como dañinos” (Rocha, 2006: 6). Los barrios a los que se refiere Rocha son los que pertenecen a las zonas urbano-marginales de Managua, en Nicaragua; uno de éstos, llamado Reparto Shick, se describe como un gigantesco conglomerado de barrios donde viven más de cuarenta mil habitantes, como consecuencia de sucesivas migraciones que llevaron a la gente a luchar para conseguir los servicios básicos. Ello se cumplió gracias a las luchas encabezadas por líderes comunitarios que en el pasado hicieron posible obtener la dotación de luz y agua, calles asfaltadas, escuelas y otras infraestructuras para el barrio.

Sin embargo, en la actualidad, los líderes han desaparecido y no han podido ser reemplazados por otros, debido a que como señala Rocha: “[n]o es época de luchas comunitarias, sino del cada quien por su cacaste. Los sueños actuales tienen una dimensión más diminuta e individual” (Rocha, 2006: 6). Reparto Shick es un barrio dormitorio y dominio de desempleados, donde la única sociabilidad o presencia pública colectiva que marca la vida es la de las sectas religiosas o la de la pandilla, ambas actúan excluyendo, habiendo sido excluidas, y ambas recurren a la construcción de identidades primarias, significados y códigos morales propios.

La descripción de este barrio de Managua nos obliga a reflexionar sobre la relación existente entre un conjunto de condiciones de vida de los barrios (más allá de los aspectos ligados a las desigualdades económicas) y la constitución de pandillas juveniles. Se trata de condiciones que muestran el fracaso de los dispositivos que posibilitan el mantenimiento del tejido social y la reproducción de la vida en comunidad, basada en reglas de respeto mutuo y reciprocidad. Esos dispositivos son de naturaleza social, cultural y psicológica, y para citar algunos haremos referencia a, 1) las for-

mas rituales de convivencia, como las actividades sociales públicas y de vecindad que convocan a la colectividad y la hacen partícipe de la construcción del tejido social; 2) la presencia de referentes claros, distribuidos en el territorio, que permiten las prácticas cotidianas del ocio, de la recreación y del tiempo libre y que cumplen con la función de aglutinantes de las agrupaciones juveniles; y 3) las formas inhibitorias de tipo moral que operan como amortiguadores ante situaciones conflictivas y posibilitan el autocontrol porque canalizan las tensiones por medio de la aplicación de otras modalidades de actuación (no violentas), que de este modo terminan por sublimar esas tensiones.

Bourdieu (1999), reflexionando sobre lo que denomina “efectos de lugar” y sobre los “suburbios problemáticos”, advierte que “las evidencias más sorprendentes y las experiencias más dramáticas” que ahí se viven o se ven, tienen su origen en un lugar completamente distinto, son lugares que se definen por una *ausencia*: “esencialmente, la del Estado y todo lo que se deriva de éste, la policía, la escuela, las instituciones sanitarias, las asociaciones, etcétera” (1999: 119. Cursivas en el original).

Las consecuencias de esta ausencia se reflejan en las modalidades de circulación de capital simbólico y su aprovechamiento para la reproducción social. Por medio de una comparación, no solo física ni solo económica entre el “barrio elegante” y el “barrio estigmatizado” (el del suburbio), Bourdieu hace notar que, en el primer caso, se trata de un barrio que, funciona como un “club fundado en la exclusión activa de las personas indeseables, consagra simbólicamente a cada uno de sus habitantes”, en cuanto al barrio estigmatizado, éste “degrada simbólicamente a quienes lo habitan, los cuales, a cambio, hacen lo mismo con él, ya que al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten sino su común excomuniación” (Bourdieu, 1999: 124).

Estas reflexiones ponen al descubierto que las condiciones sociales del barrio generan una conflictividad interna, que a su vez da lugar a manifestaciones violentas de grupos pandilleros, ante lo cual cabe decir que esas condiciones sociales las causan factores que no se ubican en el mismo contexto barrial y que se originan en la incapacidad de las administraciones públicas de dotar a los barrios periféricos de condiciones adecuadas.

De ahí que “es indispensable reubicar el Estado y el destino de un barrio (sea aristocrático o desheredado, noble o infame) en la *serie diacrónica de las transformaciones históricas* de las cuales es expresión material, transformaciones que jamás hallarán su fuente y su principio en el seno del barrio en cuestión” (Wacquant, 2007: 22. *Cursivas en el original*).

La circularidad de las violencias

Actualmente, entre los investigadores de la violencia juvenil y el pandillerismo existe cierto acuerdo interpretativo en torno a la necesidad de inscribir tales fenómenos dentro de los procesos históricos de mediano y largo aliento, en los contextos públicos relacionados con los ámbitos culturales, sociales y económicos, así como en el contexto privado de la familia en cada país. De los modos como se han concebido y puesto en marcha los proyectos de nación, construyendo estos contextos y ámbitos que organizan la reproducción de la vida de los sujetos juveniles, dependerá en última instancia la emergencia, consolidación y los niveles de violencia relacionados con el pandillerismo.

Masculinidad hegemónica, ausencia de espacios lúdicos de recreación, debilitamiento de la función simbólica de los ritos de cohesión, son algunos elementos que asoman en el ámbito de lo cultural. Inseguridad y conflictos, riesgos de disolución del lazo social como deriva de la ausencia de referentes colectivos en el espacio público y su privatización, barrios que demuestran no ser aptos para la vida porque están desprovistos de infraestructura básica, son elementos que problematizan lo social. Desempleo, subempleo y precariedad laboral, empobrecimiento, falta de oportunidades laborales, contradicción entre poder adquisitivo y ampliación del consumo, tienen que ver con lo económico.

Y, finalmente, en el ámbito de la familia, se observa la crisis que ésta atraviesa como núcleo primordial de distribución de afectos, de socialización básica, de seguridad *yóica*, de atribución de roles y del ejercicio diario de violencia simbólica y psicológica (inferiorización del sujeto adolescente y juvenil), así como física. Sintéticamente, se afirmarí que la acción de las organizaciones pandilleriles responde a un conjunto de

condiciones que hacen de la marginación social, económica y simbólica su terreno más fértil.

Es menester explicar las diferentes formas de violencias ubicándolas en un esquema circular: las que se ejercen desde arriba (desde una estructura social desigual) y desde abajo (reacción de los sectores populares a esta estructura) (Wacquant, 2007) y, por el otro, debido a la ausencia de ‘amortiguadores’ que son posibles y se activan cuando los sujetos tienen un capital social y simbólico⁹ lo ‘suficientemente’ grande. La utilización de estos capitales dependerá, sin embargo, de que exista un ambiente en el cual estén garantizadas la circulación de recursos y las condiciones estructurales apropiadas que tiendan a institucionalizarlos. De lo contrario, como señala Wacquant: “[e]n un universo de recursos básicos y con una *alta densidad de predadores sociales*, la confianza no está para nada asegurada, de manera que todos deben cuidarse de la violencia, al mismo tiempo que estar listos a valerse de ella en cualquier momento” (2007: 90. Las cursivas son mías). De ahí que el empleo de la violencia o su padecimiento resulten ser las dos caras de la misma moneda.

Siguiendo a Bourdieu, el círculo de las violencias puede ser representado como la expresión de la violencia inerte de las estructuras económicas y mecanismos sociales transmitidos por la violencia activa de la gente, la cual se ejerce cada día en las familias, fábricas, talleres, bancos, oficinas, comisarías de policía, cárceles, incluso hospitales y escuelas, esta violencia cotidiana es, en última instancia, el producto de aquella violencia inerte. De ahí que Bourdieu hable de una ley de conservación de la violencia, con la que se entendería que, debido a que toda violencia se paga, hay que evitar sembrarla (citado por Bourgois, 2005). Bourgois nos da más elementos para pensar el círculo de la violencia, los cuales nos permiten afirmar que los actos de violencia no pueden ni deben ser considerados bajo la simple óptica de la responsabilidad personal de quien los comete, ya que son reconducibles a condiciones estructurales que hay que tomar en

9 Bourdieu y Wacquant (1995: 82) definen como capital social la suma de los recursos, actuales o potenciales, correspondientes a un individuo o grupo, en virtud de que éstos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es, la suma de los capitales y poderes que semejante red puede movilizar.

cuenta (Martín-Baró 2003)¹⁰. Bourgois establece una tipología de la violencia mediante la cual distingue entre *violencia política* (la que administran las autoridades oficiales o su oposición), *violencia estructural* (en términos de desigualdad de condiciones políticas y económicas), *violencia simbólica* (las humillaciones y la inferiorización sistemática) y, finalmente, la *violencia cotidiana* (la que se expresa en los entornos microinteraccionales de la familia o del barrio). Cada vez que hablamos de violencia, deberíamos hacer el esfuerzo de ubicar el tema en el cruce posible de estas cuatro tipologías, y no reducirla a una sola causa como a menudo se hace cuando, por ejemplo, se indica a la pobreza como única causa¹¹. De acuerdo con Zizek, el problema que se nos presenta es que, mirando de frente a las manifestaciones de la violencia, al horror que nos produce y a la piedad que nos suscitan las víctimas, tendemos a perder la capacidad de pensar más a fondo lo que él define como una tipología de la “violencia invisible”. Ésta contempla especialmente las formas de violencia objetiva y sistémica, o sea, el modo “catastrófico del funcionamiento bien aceitado de nuestros sistemas económicos y políticos” (Zizek, 2007: 8. La traducción es mía), y que impide que el lugar de observación de las violencias (subjetiva y objetiva) sea el mismo, puesto que la primera de éstas se observa como si se diera en el vacío de la otra.

Alonso Salazar (1998: 163), citando un trabajo de investigación realizado por Ugalde en algunos barrios de Caracas, señala: “como en un círculo vicioso, la violencia finalmente es la respuesta a la falta de esperanzas en la vida, que se produce precisamente por la violencia de la que se es objeto, casi da lo mismo vivir que morir, se acorta la distancia entre las polaridades, y la violencia y la muerte, en tanto definen el modo de vivir, establecen toda una cultura de la muerte”.

10 Pienso que puede entenderse también como violencia estructural el contexto subyacente a la producción de lo que Martín-Baró (2003) denomina *trauma social*, para referirse a las implicaciones no exclusivamente individuales sino, más bien, colectivas de situaciones de guerra o conflictividad prolongadas como las que se presentaron en los años ochenta en El Salvador, y que han terminado por constituir lo que el autor llama *normal anormalidad*; sobre el trauma, retornaré a propósito de los tatuajes faciales.

11 Amartya Sen (2007) alerta en contra, precisamente, de la visión simplista de lo que define como *reduccionismo económico* por medio del cual se asocia la violencia con la pobreza de manera lineal.

En una entrevista realizada a un miembro de una pandilla ecuatoriana hace algunos años, éste se refirió a que siempre asomaba en él la imagen de su muerte, “ahí botado en la calle como un perro”, decía, y, sin embargo, con los hermanitos a su alrededor para enterrarlo con los honores del grupo. La incorporación de que la muerte, como una posibilidad nada remota, siendo más bien cotidiana, es una condición que dice mucho de cómo el uso de la violencia se ha interiorizado en las agrupaciones pandilleriles y de que se borra una distinción clara entre ser victimario o víctima de ésta.

Por su parte, Reguillo habla de una especie de “transferencia” de responsabilidades cuando se trata la violencia sin tener en cuenta los contextos sociopolíticos en los que se despliega, haciendo aparecer a los jóvenes, especialmente a los de sectores marginales, como los responsables directos de la inseguridad en las ciudades. La investigadora mexicana, además, capta muy bien la relación entre condiciones de marginación y exclusión en las que están inmersos muchos jóvenes de las periferias de las ciudades latinoamericanas y el ejercicio de la violencia. En este sentido, advierte: “La marginalidad y la exclusión son condiciones que se aprenden, se vuelven piel, se hacen conducta y ésta es una violencia mayor” (1995: 72).

Llegados a este punto, a modo de cierre, es plausible sostener que las interpretaciones efectuadas en torno a la problemática de la violencia de tipo pandilleril juvenil tienden a concentrarse en las acciones violentas protagonizadas por estos grupos y a invisibilizar, al tiempo, la existencia de las violencias institucionales de las que son objeto estos mismos jóvenes. Esta mirada parcializada es posible en la medida en que ha sido incapaz de incluir una reflexión sobre lo que aquí hemos denominado como *círculo de las violencias*, de las cuales la de tipo pandilleril es una expresión más, cuyo tratamiento, desde la perspectiva analizada en este texto, permite romper o complejizar la oposición binaria y mutuamente excluyente de agresores y víctimas de las violencias. Estas reflexiones tal vez repercutirían profundamente en las políticas de juventud en Latinoamérica y podrían subvertir las visiones ya anquilosadas e impotentes que insisten en justificar la aplicación de ulteriores medidas represivas en los sectores juveniles de extracción popular que reiteradamente han sido objeto de políticas excluyentes.

Lo que vislumbramos con claridad es que nos enfrentamos a una escena en la que priman los elementos de una profunda injusticia, que por momentos parecería apoyarse en la búsqueda de una venganza hacia esos jóvenes, quienes con sus manifestaciones estético-políticas, como los tatuajes (de cuerpo y rostro), han osado desafiar el ‘orden impuesto’. Dichos jóvenes son parte de la producción de un residuo más (Bauman, 2005) de los actuales ordenamientos sociales, los mismos que necesitan de aquéllos para seguir funcionando como lo han hecho hasta ahora. Habrá que descifrar con mayor pregnancia empírica los dispositivos funcionales de la economía política de esos ordenamientos sociales y su relación con el significado de la acción del Estado, su naturaleza, las transformaciones o reiteraciones que lo caracterizan en la actualidad, para seguir dando cuenta de en qué modos se despliegan las violencias institucionales.

Bibliografía

- Arendt, Hannah (2002). *Sulla violenza*. Parma: Le Fenici Tascabili.
- Bauman, Zigmunt (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- (2004). “El retorno de la violencia”. En *Modernidad y violencia colectiva*, Jesetxo Beriain (Ed.). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- (2005). *Vidas desperdiciadas, la modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- (2006). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI .
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J.D. Wacquant (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourgois, Philippe (2003). *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2005). “Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”. En *Jóvenes sin tregua, culturas políticas de la violencia*, Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (Eds.). Barcelona: Anthropos.

- Brotherton, David y Luis Barrios (2004). *The Almighty Latin King and Queen nation. Street politics and the transformation of a new city gang*. New York: Columbia University Press.
- Butler, Judith (2006). *Vida Precaria*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- CEPAL (2008). *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cerbino, Mauro (2006). *Jóvenes en la calle: cultura y conflicto*. Barcelona: Anthropos.
- Connell, Robert (1987). *Gender and Power*. Londres: Polity Press.
- Cruz, José (2005). “Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica”. Informe para el Centro de Estudios Centroamericanos. Visita 19 de febrero de 2009 en <http://www.uca.edu.sv/publica/ued/eca-proceso/ecas_anter/eca/2005/685-686/art5-eca-685-686.pdf>.
- Feixa, Carles (1998). *De Jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.
- Goubaud, Emilio (2008). “Maras y pandillas en Centroamérica”. *Urvio. Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*. N.º 4, 35-46.
- Hall, Stuart (1997). *Representation. Cultural Representation and Signifying Practices*. Londres: Sage-Open University.
- Kaminsky, Gregorio (2000). *Escrituras interferidas. Singularidad, resonancia, propagación*. Buenos Aires: Paidós.
- Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) (2006). “Informe sobre pandillas juveniles transnacionales en Centroamérica, México y Estados Unidos”. Informe inédito. México, Centro de Estudios y Programas Interamericanos (CEPI).
- Jiménez-Ocampo, Sandro (2008). “Etnografía y crisis: algunos debates y una práctica de investigación en contextos de violencia”, *Nómadas* N.º 29, 34-47.
- Lévinas, Emmanuel (1977). *Totalité e infinito*. Milán: Jaca Book.
- Martel, Roxana (2007). “Las maras salvadoreñas: nuevas formas de espanto y control social”. En *Las maras: identidades juveniles al límite*, Alfredo Nateras, José Manuel Valenzuela y Rossana Reguillo Cruz (Coords.). México: El Colef/Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Juan Pablos.

- Martín-Baró, Ignacio (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- Musitu, Gonzalo (2004). *Introducción a la psicología comunitaria*. Barcelona: UOC.
- Nateras, Alfredo (Coord.) (2002). *Jóvenes, culturas e identidades*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- (2007). “Adscripciones juveniles y violencias transnacionales: cholos y maras”. En *Las maras: identidades juveniles al límite*, Alfredo Nateras, José Manuel Valenzuela y Rossana Reguillo Cruz (Coords.). México: El Colef/Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Juan Pablos.
- Perea, Carlos Mario (2006). “Pandillas en México”. Informe de investigación de la Red Transnacional de Análisis sobre Maras y Pandillas. Visita el 12 de mayo de 2010 en <<http://interamericanos.itam.mx/maras>>.
- Platt, Anthony (1982). *Los “salvadores del niño” o la invención de la delincuencia*. México: Siglo XXI.
- Rancière, Jacques (2000). *Le partage du sensible, esthétique et politique*. París: La Fabrique.
- Reguillo, Rossana (1995). *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. México: ITESO.
- (2000). *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategia del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Rocha, José Luis (2006). “Lanzando piedras, fumando ‘piedras’. Evaluación de las pandillas en Nicaragua 1997-2006”. Cuadernos de Investigación de la Universidad Centroamericana, N.º 23. Managua: UCA.
- Rodríguez, Ernesto (2006). *Políticas públicas y marcos legales para la prevención de la violencia relacionada con adolescentes y jóvenes: estado del arte en América Latina 1995-2004*. Lima: OPS-GTZ.
- Salazar, Alonso (1998). “Juventud y violencia”. En *La construcción de lo juvenil. Reunión nacional de investigadores sobre juventud*, J. A. Padilla Herrera (Comp.). México: Causa Joven.
- Santacruz Giralt, María y Alberto Concha (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”/Instituto Universitario de Opinión Pública.

- Sen, Amartya (2007). *La povertá genera violencia?* Milán: Il Sole 24 ore.
- Sennett, Richard (2003). *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- Thale, Geoff (2005). “En la conferencia se aborda el problema de la violencia de las pandillas juveniles en América Central”. Visitado el 15 de Noviembre de 2010 en <www.wola.org>.
- Thrasher, Frederick (1927). *The Gang: A study of 1,313 Gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- Venkatesh, Sudhir (2003). “A Note on Social Theory and the American Street Gang”. En *Gangs and Society. Alternative perspectives*, Luis Barrios, David Brotherton y Louis Kontos. New York: Columbia University Press.
- Wäcquant, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Washington Office on Latin America (WOLA) (2006). “Pandillas juveniles en Centroamérica: cuestiones relativas a los derechos humanos, la labor policial efectiva y la prevención”. Vista en octubre de 2010 en <www.wola.org>.
- Whyte, William Foote (1943). *Street Corner Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wielandt, Gonzalo (2005). *Hacia la construcción de lecciones del posconflicto en América Latina y el Caribe. Una mirada a la violencia juvenil en Centroamérica*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Young, Jock (2003). *La sociedad excluyente: exclusión social, delito y diferencia en la modernidad tardía*. Madrid: Marcial Pons (Ediciones Jurídicas y Sociales).
- Zizek, Slavoj (1990). “Más allá del análisis del discurso”. En *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, E. Laclau. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2007). *La violencia invisible*. Milán: RCS Libri.

Identificaciones de guerra. Rituales de hermandad entre jóvenes delincuentes en la Argentina contemporánea

Alejandro Isla*

El contexto

Para que estéticas y retóricas de formas de extrema violencia penetren, se asuman y extiendan en la sociedad¹ bajo un régimen democrático, se requiere de un ambiente propicio conformado, en parte, por la confluencia de procesos históricos² y de crisis políticas y sociales contemporáneas. Es indispensable además, que el Estado mediante sus agencias de control, especialmente la policía, marque ‘enemigos’ en sus discursos públicos, como en sus prácticas cotidianas. Los jóvenes, y especialmente los de sectores populares pasaron en la etapa a convertirse en ‘peligrosos’, ‘violentos y altamente indisciplinados’ y, por ello, ‘enemigos’ de las fuerzas públicas. Es el caso de Argentina, caracterizado por particulares dinámicas institucionales heredadas de la última dictadura militar que pretendió, como las anteriores, refundar la república mediante una revolución ultraconservadora, eliminando lo que sus gestores consideraron el huevo de la serpiente: el peronismo y su poder en los sindicatos. Es por ello que prefiero hablar de *formaciones de violencia* y no solo de *subculturas* juveniles.

Las ideas de orden y formas de represión que adquirió la dictadura impactó fuertemente en las instituciones del Estado y la sociedad. De

* Antropólogo, Investigador del CONICET y FLACSO – Argentina.

1 Pues siempre la trasgresión es parte de la vida cotidiana de cualquier cultura, en una sociedad o en un grupo.

2 Ecos de un pasado duro y aún palpitante.

ésta, por una multiplicidad de razones, amplios segmentos de clases altas, medias y también de sectores populares apoyaron la dictadura en sus inicios (24 de marzo de 1976) y primeros pasos, generando complicidad y luego culpa, al ir descubriendo o sospechando los verdaderos designios que la acompañaron hasta fenecer en 1983.

Más allá de las torturas generalizadas, los crímenes y desaparición de personas, desde el inicio hasta su final, su lógica política y retórica diaria fue el ejercicio y la invocación a sucesivas y a veces superpuestas 'guerras': guerra contra la 'subversión y el terrorismo' (las diferentes guerrillas) y guerra contra los 'corruptos' (gobierno de Isabel Martínez y los sindicalistas), guerra contra Chile (por unas islas en el extremo sur) y, por fin, guerra contra Gran Bretaña (por la cuestión de Malvinas).

Discursos y prácticas de 'guerra' lejos estuvieron de cumplir con la moralidad invocada en las proclamas de *limpieza de la corrupción, de las ineficiencias del Estado y de los subversivos*. En las prácticas, de las fuerzas armadas y de seguridad, a menudo acompañadas por civiles, estuvieron involucradas en secuestros extorsivos, asesinatos, robos de propiedades y otros crímenes del estilo, más allá de las consabidas y juzgadas violaciones de los derechos humanos.

Para lograr operatividad y eficacia represiva, manteniendo formas de clandestinidad, el Ejército, la Armada, la Aviación, armaron bandas, que acompañados por miembros de las fuerzas de seguridad³, conformaron lo que se denominó como Grupos de Tareas (GT). Éstos operaban con la infraestructura y el apoyo logístico del Estado, además de contar con la suficiente autoridad para ordenar 'zona liberada' a la dependencia policial que controla el territorio donde se encontraba su 'objetivo'. Esto generó en sus miembros un compartido sentimiento de inmunidad y la extendida creencia en el derecho al *botín de guerra*, que supuestamente otorga el haber *arriesgado la vida por la patria*. Apropiándose de personas, propiedades y fortunas, se desarrollaron durante años bajo la protección de la legitimidad que otorga el Estado, anclado en sus biografías, resaltado en sus uniformes y galas. Se habituaron al saqueo y a prosperar en la impunidad.

3 Gendarmería, Prefectura y las diferentes policías, acompañadas de civiles.

En el escenario post dictadura (1983), las *fuerzas armadas* después de algunos ramalazos (levantamientos *cara pintadas*) sufrieron profundos cambios⁴. Por contraste, las *fuerzas de seguridad* (especialmente las diferentes policías) prácticamente no han sufrido modificaciones desde aquellas épocas tanto en sus prácticas, como en sus discursos⁵. Estos han mantenido, como herencia de etapas totalitarias, lógicas de guerra en cuanto a la segmentación social y a la *construcción de enemigos*. El más visible de todos ellos en el período que abrió la democracia, es el de grupos de jóvenes de sectores populares que comenzaron a identificarse como los *pibes chorros*.

En la última dictadura se transformaron, además de otros aspectos de la sociedad y cultura, las relaciones entre las nuevas generaciones de delincuentes con los antiguos, ‘veteranos’, o más propiamente ‘ladrones’ (Isla, 2007). En el mundo de la ilegalidad y el delito cambiaron también las relaciones de la policía⁶ con la sociedad y el propio mundo del delito, sobre lo que haré alguna mención a lo largo del texto. Me concentro en el primer aspecto: la irrupción de una nueva subcultura de jóvenes trasgresores y / o delincuentes y sus contrastes con la cultura ‘normativa’ dominante y la de los *ladrones*.

Ladrones es una autocalificación de la elite del mundo del delito, que se abroga una recia moralidad (‘tener códigos’, ‘gente de códigos’), robar de *caño* (con arma de fuego), y que se distinguen de otros tipos de delincuentes claramente: no solo de los violadores, –en las antípodas de aquellos en relación al honor, y entonces en la estratificación de las diferentes subculturas delictivas– sino de un sinnúmero de subespecies y variedades de delincuentes. Es un mundo complejo, fragmentado, y muy estratificado. Participar de la ilegalidad no homologa sus participantes, ni permite una entrada a todas sus subculturas⁷.

4 Habían quedado profundamente cuestionadas y debilitadas por la derrota de la guerra de Malvinas que nunca terminaron de absorber.

5 Recién en el inmediato presente y después de varias muertes perpetradas o instigadas por la policía federal el gobierno creó un Ministerio de Seguridad (el 15/ 12/ 2010) cuya titular ha prometido castigar la corrupción y los delitos de ‘gatillo fácil’, que comete esa fuerza.

6 O mejor, las policías, ya que cada una de las 23 provincias dispone de una, regulada de acuerdo a criterios locales.

7 Considero que coexisten varias subculturas de ilegalidad con fronteras muy claras para quienes

Es importante entonces definir *subculturas*, como estilos, valores y prácticas contrapuestos a los propios del estilo nacional dominante, promulgado por instituciones del Estado, como la escuela, la iglesia, el campo de la salud, la justicia, etc. (Clarke, Hall, Jefferson y Roberts, 1998). ‘Contrapuesto’, puede entenderse como alternativo en general o a veces, como ‘resistencia’.

Sin embargo, el centro de este artículo es el desentrañar las claves del pasaje de una subcultura, caracterizada por la trasgresión a normas de convivencia y el delito menor, a otra en la que adquiere estéticas y simbología de guerra, acompañadas de una lógica y prácticas en el mismo sentido, que marcan territorios y el cuerpo de los participantes. Hay un pasaje marcado por una serie de rituales entre una subcultura juvenil que consume droga y de vez en cuando roba pasacasetes de autos para sustentar aquel consumo y la diversión (Rojas, 2000⁸) a una subcultura donde se exalta el robo a mano armada y la guerra a muerte con la policía. Aquí llamaré a esos enclaves culturales ‘formaciones de violencia’⁹, caracterizados por códigos de lealtad estrictos y prácticas de socialización marcadas por la violencia física.

Los Pibes Chorros

La aparición de los *pibes chorros* con sus propuestas culturales y los cambios que ello introdujo en el mundo de la trasgresión y la delincuencia, es relativamente reciente. Es un fenómeno que puede situarse a fines de los ’80 cuando el país fue envuelto en las crisis hiperinflacionarias, los desencantos de la recién alcanzada democracia (1983) y en la paulatina deslegitimación de gran parte de la dirigencia política.

Esto se puede definir estrictamente como subcultura, en el sentido de Clarke et al. ya que constituyeron un estilo caracterizado por la música

participan en ellas y para la policía. No concuerdo con las posiciones que los engloban en una cultura delictiva’ (Míguez, 2008)

8 Especialmente claro en la historia de Camila Belén, en la que explicita la adrenalina que produce el robo y su relación con el sexo, pág. 87 y sigs.

9 La idea de *formaciones de violencia* está inspirada en la obra de Allen Feldman (1991), si bien el caso argentino lejos del irlandés, observaremos similitudes y contrastes.

(cumbia villera), la indumentaria, la manera de caminar y hablar, los lugares de esparcimiento (la bailanta) y los consumos intensos de drogas y alcohol. Los *pibes chorros* se fue constituyendo como subcultura de jóvenes de sectores pobres y especialmente villeros.

Este estilo se diseminó en las periferias urbanas y especialmente en los cordones densamente poblados de la Ciudad de Buenos Aires. Pero también en el resto del país entre jóvenes de sectores populares. Sus códigos o moralidades, se constituyeron como alteridad del 'orden establecido', que los invitaba a una vida mejor y al consumo de mercancías de lujo, por todos los medios masivos, pero que los dejaba 'afuera' del mismo, por las retracciones de la ocupación formal o que la oferta de empleos inestables, completamente precarizados en sus ingresos y en sus condiciones sociales; como peones de construcción (changarines), cartoneros o cirujas, limpia vidrios de los automóviles en las calles, etc.

Ese orden dominante o 'establecido' fue cotidianamente representado por la policía en sus barrios, y en sus lugares de esparcimiento, como bailantas, recitales de rock, partidos de fútbol. A su vez, la policía que ya los identificaba como 'enemigos', no solo como recurso retórico hecho público en los medios por sus jefes, sino que acompañó sus discursos con prácticas represivas sobre los jóvenes en plazas y calles, como con golpizas y torturas en las comisarías cuando eran detenidos. Hay varios casos emblemáticos de jóvenes asesinados, como de varios 'desaparecidos' en democracia luego de haber sido detenidos¹⁰ (ver Tiscornia, 1990; y Pita, 2001).

En el caso de Argentina no aparecieron *maras* sino bandas juveniles con presencia territorial que se autodenominaron *pibes chorros*. Dentro de esta amplia y difundida subcultura, algunos grupos identificados con ese apelativo se constituyeron en pequeñas bandas que decidieron enfrentamientos a muerte con otras y con la policía. Habían asumido prácticas de robo con armas de fuego. Sus trasgresiones fueron cada vez más violentas e implicaron más riesgos. Ellos marcan su cuerpo y su 'alma' para juramentarse en mutua lealtad y en el enfrentamiento con la policía. Esto tiene claros efectos identitarios, como afirmación frente a otro poderoso,

10 No es que todos los reprimidos fueran *pibes chorros*, sino que los 'enemigos' para la policía eran los jóvenes de sectores populares, especialmente cuando se manifestaban en recitales o en actos políticos.

agresivo y altamente desvalorizante, y también como establecimiento de una frontera nítida donde empiezan y terminan lealtades.

De todas formas, las trasgresiones y delito de los jóvenes se fueron incrementando al compás del crecimiento del delito en general.

Jóvenes y delito

La cantidad de delitos *denunciados* en Argentina subió exponencialmente después del 83, y ello es conjeturable a partir de que la ciudadanía comenzó a depositar confianza y esperanza en las instituciones del Estado. De todas formas, que uno de los indicadores comúnmente usado de delito haya crecido el 328% en 20 años (Ver Gráfico N.º1) está marcando formas pronunciadas de fragmentación social.

Gráfico N.º 1
Cantidad de delitos (Según causas radicadas en juzgados)

1982	1992	2002
313.315	519.139	1.340.529
65,6%	327,9%	159,22%

Fuente: Instituto Nacional de Reincidencia Criminal

También se registró un fuerte aumento de delitos cometidos por menores. Ello fue acompañado por cambios en la modalidad o calidad del delito: fueron cada vez más violentos, además de bajar las edades de los menores que los cometían.

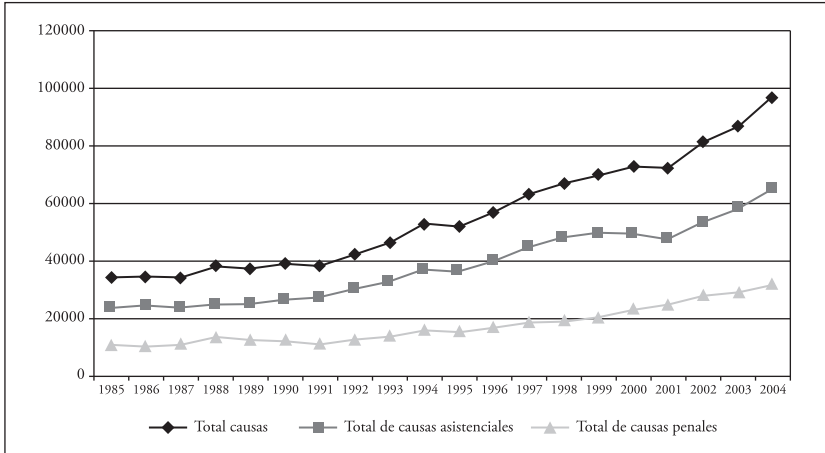
En el periodo, los motivos de mayor crecimiento relativo en el delito juvenil fueron: el rubro inespecífico “otros”¹¹ que se multiplicó cinco veces, le siguieron en crecimiento “lesiones” que se triplicaron, y luego “faltas y contravenciones” que crecieron un 142%, el rubro “varios” un 89%, y los robos un 85% (Míguez y Roigé, 2006: 20). Los datos nos advierten acerca de un importante crecimiento de la judicialización lo que ha implicado que, en menos de una década, el sistema haya duplicado las causas abiertas anualmente, expresando un impacto demográfico importante para el funcionamiento del sistema. El mayor componente que explica la intervención judicial sobre la vida de niños y adolescentes es el llamado “asistencial” que remite a situaciones de desamparo, desprotección y vulneración de derechos y no la trasgresión a la ley. No obstante, dentro de este crecimiento, ha sido la judicialización penal la que ha presentado en el periodo un crecimiento levemente mayor. El crecimiento exponencial de las intervenciones de la justicia de menores, se deben a situaciones de desarraigo, vinculadas a la vulnerabilidad de derechos. Aumento de la judicialización de menores por trasgresión a la ley penal.

En el Gráfico N.º 2 podemos observar el crecimiento en la provincia demográficamente más importante del país: Buenos Aires.

Sintéticamente observamos en el Gráfico N.º 2 (Roigé, 2010) los siguientes aspectos a destacar: 1. Al inicio de 1985: 34 382 causas abiertas a niños/adolescentes, para el año 2004 este número asciende a 97 162 causas, expresando un crecimiento superior al 182%; 2. Tomando como referencia la *relación entre causas judiciales y población menor de edad*, hallamos que la proporción de niños y jóvenes judicializados a lo largo del periodo representó 7,9 causas judiciales abiertas por cada mil menores de edad en el año 1985. 3. En el año 2004 (después de dos décadas) ese porcentaje asciende a 19,8 causas por cada mil menores expresando un crecimiento relativo superior al 151%.

11 “Otros” o “varios” más abajo, pero con una cifra altísima, demuestran las arbitrariedades a las que son sometidos los jóvenes. Allí, supongo se incluyen figuras como el “desacato”, la “desobediencia a la autoridad”, “la vagancia”; figuras que pueden no estar en el código penal, pero que las diferentes policías provinciales, auspiciadas por jueces y sistemas políticos locales promueven.

Gráfico N.º 2
Evolución de la judicialización de menores (número de causas abiertas)
Provincia de Buenos Aires (1985-2004)

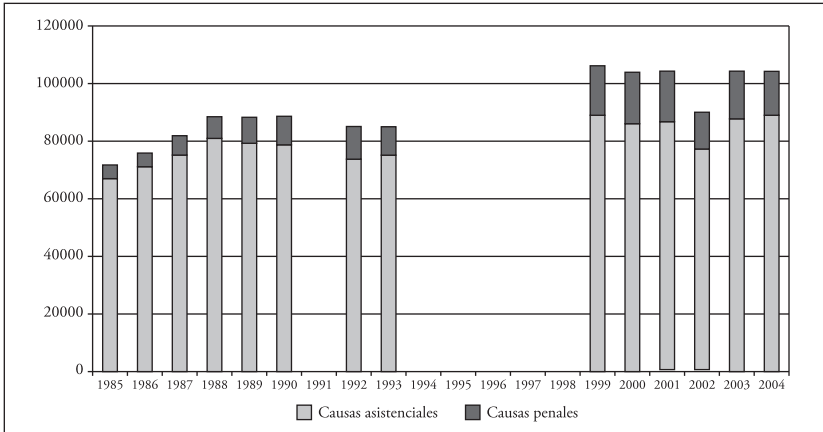


Fuente: Instituto Nacional de Reincidencia Criminal

Queda claro al analizar más de cerca las situaciones particulares a través de los expedientes, que analizó Roigé (2010), que una gran mayoría de las historias de internación de menores, reflejan desocupación y subocupación de los padres y pobreza en sus condiciones de vida pero, además; evidencian niveles significativos de conflictividad, desintegración y descomposición vincular. Lo que pareciera sugerirnos este nivel de deterioro hallado en los expedientes, es una relación entre el sistema de minoridad con sujetos producto de una exclusión social prolongada e inclusive intergeneracional que no lograría ser contemplada en indicadores más coyunturales, como la detención en Institutos.

Además del crecimiento del delito en general, se observa el crecimiento de causas ‘sociales’: chicos y jóvenes que deben ser asistidos por falta de familia o situaciones hogareñas conflictivas con violencias de todo tipo.

Gráfico N.º 3
Evolución de la proporción de internados según tipo de causa
Provincia de Buenos Aires (1985-2004)



Fuente: Instituto Nacional de Reincidencia Criminal

Aunque como se muestra en el Gráfico N.º 3 crecen las causas penales (no asistenciales) a partir de fines de la década de los '90. Los delitos producidos por los jóvenes, y aun por chicos, van siendo cada vez más violentos. Por otro lado, ciertas policías provinciales tienen un grupo de chicos y jóvenes identificados bajo causas penales que una vez cumplidas y en libertad, vuelven a ser objeto de persecución y detención. Como lo llamaba Alejandra Roovers (2003) el “elenco estable”: o sea, un grupo que frente a cualquier problema suscitado en el barrio, lo vuelven a detener, aumentando la reincidencia¹². “Salimos de la cárcel con un blanco en la espalda”, me decía años atrás un joven ladrón, para describir esta situación.

12 El paso por el Instituto es un tránsito obligado para los chicos de la calle; una vez que por allí pasaron, quedan con una marca que se hace más luminosa en su barrio: cualquier cosa que ocurra la policía los irá a detener. Hasta el 2006, un experto como García Méndez se refería a la cuestión legal de la minoridad: “¿[s]erá casual que la Argentina ostente el triste record de poseer al mismo tiempo la legislación más antigua y atrasada de la región para los menores de 16 años (la Ley Agote de 1919), la institucionalidad más inútil y perversa (un Consejo Nacional del Menor que gasta más del 80% de su presupuesto en Buenos Aires, la provincia más rica del país) y el sistema más brutal de América Latina para los menores de 18 y mayores de 16 (único país de la región con sentencias de reclusión perpetua a menores de edad)? (“El código – Frankenstein”, nota en diario Página12, 3 de octubre de 2004).

Para explicar el crecimiento del delito, de las causas asistenciales y la aparición de ‘los pibes chorros’, es necesario destacar brevemente algunas condiciones sociales, culturales, políticas en la Argentina de los últimos tiempos.

Aspectos centrales de las crisis arrastradas

La democracia inaugurada en 1983 tuvo una pesada carga, proveniente de la dictadura, en términos de transformaciones de las relaciones sociales que habían sido la base de la identidad y de la construcción de subjetividades desde mediados del Siglo XX. Estos procesos debemos resumirlos en: 1. Des-industrialización con la consiguiente pérdida de empleo ‘estable’ que había sido una característica del desarrollo argentino. Esto se acompañó con una decreciente participación de los salarios sobre el PBI: en 1955 alcanzaba al 54%, acompañándose, por supuesto, con pleno empleo; 2. Ese proceso de des-industrialización que comienza a mediados del 75 (algo antes del golpe) producirá desempleo y trabajo en negro. Se comienzan a perder las llamadas popularmente “conquistas sociales”: el pago de horas extra, jubilación, obra social, aguinaldo, y otras mejoras en las condiciones de trabajo. 3. La precarización del empleo tendrá graves consecuencias en la organización al interior de hogar: la mujer-esposa debe salir a trabajar, con el consiguiente derrumbe del rol de proveedor, clásico del hombre. Además, de la crisis hogareña y de identidad, hartamente conocidas y estudiadas en toda América Latina y que se denominó como “proceso de feminización de la fuerza de trabajo”, ocurre que gran parte de los hogares populares se caracterizaba por el ‘padre ausente’ o ‘temporario’. Muchos de estos hogares eran y son matrifocales, no teniendo la mujer parientes cercanos o amigos, con quien dejar a sus hijos cuando ella va al trabajo. Esto implica también una ruptura en los lazos familiares tradicionales en términos generacionales.

Así, muchos de los denominados ‘pibes chorros’, son jóvenes que desde niños se criaron en ‘la calle’ sin adulto referente; o con adultos envueltos en una crisis de identidad, con alcoholismo, golpes a la esposa, abuso a esposa e hijos, etc. Cuyos padres, a su vez, no conocieron el empleo esta-

ble y en muchos casos sus abuelos tampoco. O sea, es la tercera generación que está fuera del mercado de trabajo ‘estable’, en un país que, desde mediados de los 50 y hasta el 75, tuvo una baja desocupación abierta, que osciló entre el 5% y el 8,5 % de la PEA.

En los '90 además, se desarrollaron tres procesos agresivos, que se sucedieron y engarzaron armónicamente con la fragmentación social y descomposición de servicios sociales públicos, que había introducido la dictadura. Por lo cual en los '90 *desigualdad, desempleo, empobrecimiento y deslegitimación de las instituciones* resultaron sus mayores consecuencias. Fue a principios de aquella década, bajo la presidencia de Menem, luego de las crisis de hiperinflación del 89 y el 90, cuando se expanden rápidamente y cambian las culturas delictivas: 1. El mercado de drogas para consumo masivo. Agravándose a fines de los '90 con la introducción del *paco* (pasta base) (Epele, 2010); 2. El mercado de armas, con diferentes procedencias que implicaban cierta estratificación, pero estaban al servicio de quien las pudiera y quisiera pagar. 3. El tercer cambio fue más lento, pero quizás más corrosivo que los otros dos: la instalación de una cultura de la impunidad y la erosión de la confianza en instituciones fundamentales del Estado. Se instala la creencia mayoritaria de que: “todos los gobernantes, políticos, jueces, son ladrones, estafadores; algunos hacen algo y otras además de llevársela toda¹³, no hacen nada’. Esto terminó en la crisis del 2001 con el “que se vayan todos” (gobernantes y políticos en general) cuyos ramalazos hasta hoy persisten.

Hubo además, durante el ‘menemato’, un debilitamiento general de instituciones constitutivas del Estado argentino lo que coadyuvó con esos tres procesos. Incluso, fueron menoscabadas las instituciones que habían caracterizado a la república desde fines del XIX como ‘la escuela’, en términos de su función específica: la educación universal como propuesta de integración social. La ley federal de educación, de mediados de los '90 fragmentó la iniciativa y el control sobre los fondos del Estado nacional, dejando en manos de los gobernadores de las provincias el manejo de esos fondos. Muchos de ellos los utilizaron para sus campañas políticas u otros fines personales.

13 El dinero, los fondos públicos.

El resultado fue que para el año 2003 el 47,8% de la población urbana era pobre, cifra que alcanzaba el 57,8% para el grupo etario de 14 a 22 años¹⁴. Estos datos demuestran los cambios radicales en la estructura socioeconómica de la Argentina. En el presente se desarrolla un amplio debate entre quienes sostienen que poco se varió de esa cifra de pobreza, a pesar de los planes sociales incrementados. El INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) cayó en un fuerte descrédito a partir de su intervención.

Como hemos señalado al principio, estos fenómenos sociales no se pueden desligar de otros históricos con mucha violencia (en todos sus tipos) como la última dictadura, dejando secuelas en diversas instituciones del Estado (nacional, provinciales y municipales). En el tema que nos toca son principalmente importantes los resabios que quedaron en aquellas instituciones encargadas de la 'seguridad y el orden social', como 'la policía' y 'la justicia', ambas poco transformadas por los diferentes gobiernos que inauguraron la democracia en 1983¹⁵. Secuelas, cuya demostración más actual y tenebrosa es la desaparición de un testigo de cargo en los juicios contra uno de los jefes de los centros de detención y eliminación de personas de la última dictadura. Es el caso del albañil López, que lo 'desaparecieron' a fines del 2006. Otro dato que coadyuva lo dicho, proporcionado por la CORREPI (Coordinadora contra la represión Policial) indica que desde 1983 hasta el 2000 se habían registrado 833 casos de jóvenes muertos de los sectores populares en manos de la policía¹⁶. Allí además, sabemos –por los trabajos de antropólogos en villas miserias de nuestro equipo– muchos casos de muertes y desapariciones no se denuncian, por diversos motivos.

14 Datos de los 28 conglomerados urbanos EPH – INDEC, (segundo semestre del 2003).

15 Un artículo pionero en este sentido fue el realizado por Oliveira y Tiscornia, 1991.

16 La CORREPI tiene representación principalmente en la provincia de Buenos Aires y en la Capital Federal. O sea, que esa cifra es con seguridad mayor.

Volviendo a los Pibes Chorros.

Cuando Trasher (1927)¹⁷, frente al torbellino de la inmigración masiva y la ciudad en crecimiento, propuso que las pandillas se fundaban como una respuesta espontánea y organizada a la desorganización social, inauguró líneas muy fructíferas. La pandilla les brinda a sus miembros algo que la sociedad no puede darles, apareciendo como un sustituto de la familia, en término de espontaneidad y naturalidad de los vínculos en su interior. Esta se constituye a partir de la solidaridad nacida en la calle, donde los jóvenes se encuentran casualmente en espacios públicos y abiertos: en la vecindad. El estudio señalaba que las características de la pandilla eran la de un grupo cuyos vínculos transgreden las normas establecidas pero, a su vez, refuerzan lazos básicos de las estructuras orgánicas urbanas.

La fraternidad y la lealtad definen ‘la pandilla’, siendo su acción colectiva, entre otras, el robo. De las acciones colectivas en particular las de transgresión, surgirán los principios morales de la pandilla o banda (como mejor se denomina en Argentina). Principios emanados de la misma desorganización social imperante, buscarán sus miembros engendrar un orden social adecuado y compartido que contrasta con el de la sociedad global; al menos en la percepción de los miembros. La banda proporciona protección y, además, fortalece a sus miembros.

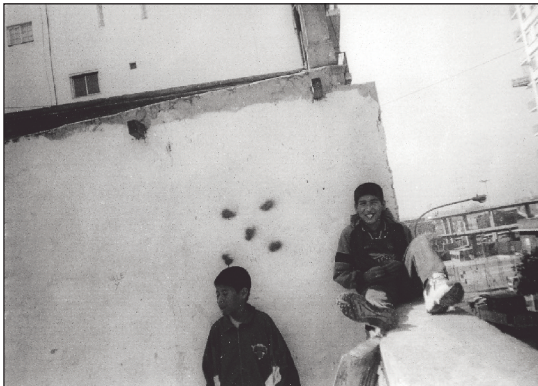
Uno de los elementos que más aglutinan es la oposición con los símbolos y representaciones del orden establecido: aquí ‘la policía’ es emblemática como ‘el otro’, ya que ella como institución representa el orden dominante en el territorio local, en el ‘reino’ de la banda. Esto se agrava con la percepción compartida por el conjunto de la sociedad sobre la corrupción policial y su baja eficacia. En numerosos estudios en Villas (Puex, 2003; Isla – Mancini, 2008) de donde salen los *pibes chorros*, se observa al policía como una persona prepotente, abusiva de su poder, arbitrario, por supuesto corrupto, muñido de la impunidad de ser parte del Estado. La oposición simbólica que genera ‘la policía’, proporciona el

17 De la primer Escuela de Chicago; sus sociólogos se abocaron al estudio del “conflicto” describiendo sus características con excelentes etnografías.

elemento de mayor cohesión de identidad al interior de la misma banda, pero también genera apoyos y articulaciones entre bandas fuertemente enfrentadas. El peor insulto en estos ambientes, y frente al cual la persona no puede dejar de responder con violencia física a costa de perder completamente el respeto, es que lo llamen ‘policía’, o sus sinónimos en el argot popular: vigilante, yuta, rati, botón, gorra.

Este odio generalizado a la policía en algunas bandas se sedimenta o asume con lenguaje y *prácticas de guerra*. Para ello se realizan un tatuaje que en el mundo de la delincuencia significa “muerte a la policía”. Esta es la inscripción de ‘los cinco puntos’ como se muestra en la Foto N.º 1 (Grinschpun, 2005) tomada de chicos de la calle que moran en los alrededores de uno de los grandes terminales de tren de la Ciudad de Buenos Aires. Los ‘cinco puntos’ se representan como la figura del 5 en el dado, y significa ‘cuatro ladrones matan a un policía’.

Foto N.º 1
Los cinco puntos



Fuente: archivo particular (Grinschpun, 2005)

Esta inscripción debe realizarse en el cuerpo. Cuando este proceso comenzó a mediados o fines de los '90 los ‘pibes’ se lo tatuaban en partes muy visibles como antebrazos, o pecho. Como muchos de ellos fueron asesinados por la policía al ser detenidos y advertir ese símbolo, lo fueron tatuan-

do en partes íntimas de su cuerpo¹⁸, pero mostrables a sus pares. Lo cual indicó que no era solo una resolución individual, sino que debía ser compartida por su banda y realizada, en muchas ocasiones, por otros miembros de la misma banda, frente a los ojos del resto. Concretamente estamos frente a un rito de pasaje *strictu sensu*, ya que a partir de allí, quienes lo llevan en su cuerpo saben que si son detenidos no se salvan de la *viaba* (una dura paliza) que muchas veces termina en la muerte.

A partir de allí, el miembro tatuado se ha juramentado frente a los demás que no se dejará apresar por la policía y que además intentará matar algún policía. Sus prácticas clandestinas de tiro realizadas como juegos en las zonas abandonadas de la ciudad tienen como ‘blanco’ de prueba la policía. Obsérvese en la Foto N.º 2 (diario La Nación 04/06/1999: 11) la imagen del ‘polígono’ popular descubierto por la policía: el dibujo de un policía sobre la puerta de chapa de un galpón desarmadero de autos robados con dos inscripciones de “muerte a la policía” en sus costados. La *serpiente atravesada por el puñal*, a la izquierda, y los *cinco puntos*, a la derecha. Sobre la cabeza del figurín: Gorra (que significa también policía en el lenguaje popular).

Foto N.º 2

Dibujo en la puerta del desarmadero popular
descubierto por la policía



Fuente: Diario La Nación (04-06-1999)

18 También las maras centroamericanas cambian sus hábitos de tatuaje frente a la represión (Santamaría: 2006)

Esta simbología muestra la mixtura de dos épocas de la delincuencia en su combate con la policía. La serpiente atravesada por el puñal, es un juramento del individuo para afrontar su combate con coraje y decisión; además de ser un símbolo muy difundido en diferentes cárceles de América Latina, con idéntico significado. Los cinco puntos son un emblema reciente de esa confrontación asumida por algunas bandas o grupos de *pibes chorros* que llevan la confrontación simbólica con la policía y el Estado, a una práctica guerrera del todo o nada. Es necesario aquí retomar e insistir sobre el papel (en discursos y prácticas) que juega la policía y sus conducciones político-administrativas en este enfrentamiento. Muchas veces se señala desde su cúpula a los jóvenes en general como posibles delincuentes, y a los de sectores populares, como peligrosos y amenazas para el orden social. Cuando son detenidos, frecuentemente, reciben *palizas* en el patrullero o en las dependencias policiales, simplemente por merodear o por ‘contestar mal a la autoridad’, o por portar algo de droga. Esas *palizas* (la *viaba*; una innegable forma de tortura) ha llevado a muchos a la muerte y otros han quedado ‘estropeados’ de por vida.

Es esta interacción violenta que se emprende desde el Estado sobre una población estigmatizada-objetivo, en un contexto de fragmentación social y profunda deslegitimación de las autoridades gubernamentales, la que produce formaciones de violencia, cuando miembros de la subcultura de los *pibes chorros* se marcan su cuerpo y su alma con los cinco puntos. En todas estas transformaciones influye no solo la violencia de los grupos, como *performance* y procesos identitarios (rituales de integración y pasaje), sino un sinnúmero de factores dinámicos, cambiantes, heterogéneos espacialmente (en un misma villa puede haber varias bandas que responden a estilos distintos) y fragmentados.

Los *pibes chorros* con la cumbia villera, sus tatuajes, su argot, expresan una subcultura de la trasgresión y el delito, y a pesar de que muchos dicen *que perdieron los códigos* (que no tienen moral), se debe concluir que demuestran una moral diferente y alejada de la de los ladrones, ‘veteranos’, que los observan azorados. Las subculturas del delito se han distanciado generacionalmente. Los veteranos expresan que estos jóvenes delincuentes son cada vez más agresivos, con un uso ‘irracional’ de la violencia. No planifican sus robos, sino que los realizan ‘al boleo’, al azar, y frecuente-

mente con mucha droga encima; entonces, frente a cualquier contratiempo o desavenencia en el hecho, tiran a matar y a mansalva. A veces sus robos consisten en un pantalón vaquero desgastado o un par de zapatillas usadas de marca, para revenderlas y comprar una dosis.

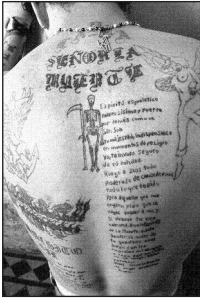
En este tipo de hechos pueden usar una violencia completamente descontrolada, aun si la víctima les entrega lo que le exigen. Dentro de los ladrones haber tenido un enfrentamiento circunstancial a balazos con una patrulla policial en el asalto, por ejemplo a un banco, otorga prestigio y jerarquía. También si en el enfrentamiento uno de los policías cayó abatido. Sin embargo, ellos no buscan este enfrentamiento. Su objetivo era el banco, y en ese momento apareció la policía. Muchas veces, se ha planificado un hecho cuidadosamente y cuando se está frente al mismo aparecen imponderables; por ejemplo, un policía de ronda, lo cual puede postergar el asalto para cumplir con los planes y el hecho salga 'lo más limpio posible'.

Esta lógica del uso controlado de la violencia subordinado al logro 'limpio' del hecho, marca diferencias entre las subculturas del delito y especialmente distancias generacionales. Otra característica de la subcultura de jóvenes delincuentes que contrasta con la de los veteranos es el no reconocimiento de la ley, del Estado (Kessler, 2002: 348). En general, amplios sectores en la Argentina comparten una percepción ambigua de la norma, pero en el caso de muchos de estos jóvenes se hace difícil determinar hasta dónde reconocen lo que es delito, de lo que no lo es. De allí también el reconocimiento voluntario, en la declaración testimonial, de 'hechos' delictivos graves (como haber cometido un asesinato) frente al juez, prácticamente sin apremios ilegales de por medio.

Sin embargo, hay *pibes chorros* que salvándose de la muerte prematura que siempre los asola (sobredosis, mezclas de drogas de resultados impredecibles, peleas entre bandas, gatillo fácil policial, novias celosas...) pueden integrarse –especialmente en la cárcel– al mundo delictivo de los *veteranos*¹⁹. Éstos en su trayectoria, son mucho más protectores de su vida

19 Para entendernos, un *ladrón* o *veterano* en la jerga, puede tener 22 o 25 años. Son sus pautas de conducta frente al robo, la droga, la tortura, el comportamiento frente a la justicia, la cárcel, su pareja, etc., lo que marca las diferencias. Sin embargo, los *pibes chorros* son, en su mayoría, chicos que oscilan entre los 9 o 10 años y los 18.

Foto N.º 3
Ariel, 22 años



Fuente: Batalla y Barreto,
2005

y la de sus camaradas. De allí que uno de los estilos de tatuajes que se practican grupos de veteranos está relacionado a la devoción y culto de San La Muerte. Como se muestra en la foto (de la obra de Batalla y Barreto, 2005) siguiente de Ariel, un ladrón de 22 años.

Además de la cuidada estética del tatuaje, que indica devoción y súplica, quiero resaltar dos lógicas opuestas: ésta de evitación del enemigo, protección frente a sus balas y enfrentamiento en última instancia; la otra, de los cinco puntos, de ataque y eliminación del enemigo. A pesar de ello, comparten territorios entre sí y también con la policía, como el barrio y la cárcel, y la calle más allá del barrio. En muchas geografías urbanas las actividades están mezcladas, confundidos los roles; en ellos, por ejemplo, la venta y distribución de la droga está auspiciada y protegida por la policía. Inclusive las drogas más nocivas como el *paco* son repartidas por los *transas* frecuentemente protegidos por la policía local. Los *transas* son odiados por las diferentes bandas, pero indispensables para negociar y conseguir la dosis. No obstante, las bandas buscan lograr autonomía y muchos de sus conspicuos integrantes les va la vida en ello²⁰.

Estas bandas, miradas desde el sistema o desde el mismo territorio (sus barrios o villas), donde surgen y operan, contribuyen a la fragmentación social, la inseguridad local, y son una permanente amenaza de violencia incontrolada. Pero miradas desde su interioridad, perspectivas y propias prácticas, uno no puede descartar interpretarlas como formas marginales de resistencia, gritos desesperados en las escasas alternativas de vida que les otorga un capitalismo salvaje.

20 Por ejemplo, como el caso del Frente Vital, un pibe de una villa del Conurbano norte de Buenos Aires muy querido y respetado en su territorio, pues asistía y repartía el botín del robo entre los vecinos y que fuera asesinado por la policía (Alarcón, 2003)

Bibliografía

- Alarcón, Cristian (2003). *Vida de Pibes chorros. Cuando me muero quiero que me toque cumbia*. Buenos Aires: Norma.
- Clarke, John, Stuart Hall, Tony Jefferson y Brian Roberts (1998) [1975]. “Subcultures, cultures, and class”. En *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, S. Hall y T. Jefferson (Eds.). Londres: Routledge.
- Epele, María (2010). *Sujetar por la Herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Feldman, Allen (1991). *Formations of Violence. The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. Chicago: The University of Chicago Press
- Grinschpun, Alejandra (2005). *Otra Mirada. Buenos Aires fotografiada por los chicos que viven en sus calles*. Buenos Aires: Editado por “Los Chicos de la Calle”.
- Isla, Alejandro (2007). “La calle, la cárcel y otras rutinas de los ladrones”. En *Seguridad Ciudadana: experiencias y desafíos*, Lucía Dammert (Ed.). Valparaíso: Red URB-AL .
- Isla, Alejandro e Inés Mancini (2008). “Bajo sospecha: orden y seguridad en sectores populares de Buenos Aires”. En *Argentina - Estado, Democracia y Seguridad Ciudadana. Aportes para el Debate*, PNUD. Buenos Aires.
- Kessler, Gabriel (2002). “Entre fronteras desvanecidas. Lógicas de articulación de actividades legales e ilegales en los jóvenes”. En *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*, S. Gayol y G. Kessler (Comps.). Buenos Aires: Manantial/ Universidad General Sarmiento.
- Míguez, Daniel (2004). *Los pibes chorros: estigma y marginación*. Buenos Aires: Colección Claves para todos.
- (2008). *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Buenos Aires: Biblos.
- Míguez, Daniel y Mariana Roigé (2006). “El sistema de minoridad de la provincia de Buenos Aires. Una aproximación descriptiva”. Documento de Trabajo, N.º 2. Argentina: FLACSO.

- Oliveira, Alicia y Sofía Tiscornia (1990). “La construcción social de imágenes de guerra”. *Cuadernos del CELS*, N° 1. Argentina. Octubre 1990.
- Pita Arenal, María (2001). “La construcción de la maternidad como lugar político en las demandas de justicia. Familiares de víctimas del terrorismo de Estado y de la violencia institucional en Argentina”. *Revista de historia de las mujeres*. Vol. 8, N.º 1 (enero-junio 2001). Granada, España: Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada.
- Puex, Nathalie (2003). “Las formas de la violencia en tiempos de crisis. Una Villa Miseria del Conurbano Bonaerense”. En *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y Transformaciones sociales en los noventa*, A. Isla y D. Míguez. Buenos Aires: Editorial de Las Ciencias.
- Roigé, Mariana (2010). *Niñez, marginalidad y políticas públicas. Análisis de un dispositivo estatal*. Buenos Aires: Colección Violencia y Cultura, Libros de la Araucaria.
- Rojas, Patricia (2000). *Los pibes del fondo. Delincuencia urbana. Diez historias*. Buenos Aires: Norma Editorial.
- Roovers, Alejandra (2003). “Los Jóvenes Tutelados. Un ‘Elenco Estable’”. En *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y Transformaciones sociales en los noventa*, A. Isla y D. Míguez. Buenos Aires: Editorial de Las Ciencias.
- Santamaría, Gema (2006). “Las maras centroamericanas, una identidad que ha dejado de tatuarse: posibles lecciones para las pandillas mexicanas”. Paper N.º 9, Instituto Tecnológico Autónomo de México, ITAM.
- Trasher Frederick (1927). *The gang. A study of 1313 Gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.

De las pandillas a la cárcel: vivencias de la detención

Cristina Oddone* y Luca Queirolo Palmas**

Ser chasqui¹

Génova, así como otras ciudades europeas impregnadas por la *diáspora latina*, dio vida a una efervescente escena juvenil en la que se entretienen los lenguajes de las pandillas, nuevas apropiaciones lúdicas de los espacios públicos, innovaciones musicales y estéticas, prácticas predatorias en la economía de la calle y proliferación de trabajos *low cost*, pánico moral y miradas excluyentes por parte de la sociedad receptora, además de repetidas intervenciones represivas jugadas entre cárcel y deportaciones. Desde el 2005, durante varias investigaciones, observamos estos mundos de cerca y de forma participada tratando, por una parte, de elaborar y difundir un imaginario no patológico de la juventud migrante y de sus formas expresivas y, por otra parte, de confrontarnos con el lenguaje de la *hombria*², que

* Investigadora y profesora de la Universidad de Génova. Asociada al Departamento de Estudios Antropológicos (DISA) Universidad de Génova.

** Investigador y profesor de la Universidad de Génova

1 “Los chaski o chasqui (en quechua: chaskiq, aquel que recibe) eran corredores ágiles y bien adiestrados que entregaban mensajes, documentos reales y otros objetos a lo largo del Tahuantinsuyo (o Imperio Inca), sobre todo al servicio del Sapa Inca” (Wikipedia, la enciclopedia libre).

2 Los jóvenes que hemos encontrado durante éstas y otras investigaciones sobre las culturas de la calle, entienden por *hombria* una forma socialmente reconocida de afirmar la propia masculinidad, en términos de fuerza, violencia, respeto, protección y dominio; dicha categoría es una dimensión incorporada de las relaciones de género, y puede ser analizada siguiendo la perspectiva de la violencia simbólica en el dominio masculino (Bourdieu, 1999)

estructura, en parte, las relaciones de la calle (Queirolo Palmas, 2009; 2010); en varias ocasiones nos encontramos involucrados en situaciones de mediación de los conflictos y en la construcción de agendas públicas que permitieran un encuentro entre instituciones locales, operadores de los medios de comunicación y pandillas.

El presente aporte nace de una experiencia reciente de mediación que nos ha llevado a fungir, en calidad de investigadores, de puente y mensajeros que han unido el mundo de la calle con el de la cárcel³. En el intento de detener una represalia, después del asesinato de un joven de los *Vatos Locos*⁴ de 17 años de origen chileno, se creó una red de sujetos y grupos informales para restablecer un plan de comunicación entre los actores involucrados en el conflicto. En la primavera del 2010, chicos que habían hecho parte de pandillas, algunos padres, asociaciones, organizaciones, educadores y centros sociales, así como investigadores universitarios confluyeron en el colectivo *Banda Ancha*. A partir de una carta escrita por David, preso por homicidio y él también ex-miembro de los *Vatos Locos*,

3 Las reflexiones que presentamos están centradas en los testimonios que nos han ofrecido los sujetos de nuestra investigación: cuatro jóvenes de 23 – 24 años, residentes en Génova después de haber vivido un trámite migratorio a través de reagrupaciones familiares, y que de distintas maneras han hecho la experiencia de la cárcel, en un periodo de su vida marcado por el paso de la adolescencia a la edad adulta. La investigación duró 6 meses y se llevó a cabo tanto en la cárcel de Chiavari, como en Génova, entrevistando repetidamente a los protagonistas y compartiendo momentos de vida cotidiana con ellos.

4 Los *Vatos Locos* son un grupo de origen chicano, ya mencionados en el texto de E. Bunker (“La educación de un ladrón”, 2003) y, en los años cuarenta, ubicados en la ciudad de Los Ángeles. Más tarde su logo es publicitado a través de una película exitosa del año 1993 (“Sangre por Sangre”) que pone en circulación más ampliamente el imaginario vinculado al grupo. En las entrevistas realizadas para investigaciones anteriores en Génova y Milán, los jóvenes pertenecientes a distintos grupos citaban a menudo la película. Sin embargo, a diferencia de otras experiencias, no existe una estructura organizativa transnacional, ni una literatura propia (códigos, biblias, etc.). En el caso de Génova, se trata de un grupo conformado por jóvenes de distintos orígenes (colombianos, peruanos, chilenos, italianos) que son, en parte, el reflejo de la composición mestiza del hampa del centro histórico de la ciudad. Un ex-miembro describe así la diferencia entre los *Vatos* y los demás grupos con finalidades más *sociales*: “En el grupo de los *Vatos* la realidad era completamente distinta. Eran chicos, son chicos, que tienen otras expectativas. “[...] Los *Vatos Locos* no se sentían tanto una pandilla. Era un círculo, un grupo, muy definido, muy restringido. No se fiaban de otras personas. La mentalidad era muy distinta, nos interesaba vestirnos bien, tener siempre plata en el bolsillo, hacer los chéveres, ésta era la mentalidad. Era un ambiente un poco más maleante. Ahí te fijabas mucho más en la plata, y se fumaba un montón. Tal vez nos sentíamos un escaloncito superiores a los demás, eso” (Entrevista a David, 4 de octubre de 2010).

además de amigo de Andrés, el joven asesinado, empieza un intercambio de mensajes entre *adentro* y *afuera*. La carta, que habla de “examen de conciencia”, de “felicidad”, de “sentido de la vida”, invita a evitar la violencia, el odio, la venganza y produce sus efectos circulando entre los jóvenes de la escena de las pandillas.

Como investigadores elegimos ubicarnos entre cárcel y calle, promoviendo dentro del grupo de los *Vatos* una memoria acerca de su ser también autores y no solo víctimas de violencia y muerte. Elegimos generar una reflexión centrada en la ambigüedad de la división de los roles entre víctima y victimario, propia de todo circuito de venganza. Los jóvenes que encontramos y que fueron los animadores de este proceso –Pedro, de origen ecuatoriano, dentro del colectivo *Banda Ancha*, Pancacho de origen chileno, hermano de la víctima, David, nacido y crecido en Perú, desde la cárcel– dieron vida a un interesante taller de diplomacia de la calle poniendo en juego sus cuerpos, sus conocimientos, su *cara*, sus relaciones afectivas y familiares. Nosotros como investigadores nos hemos convertido en instrumento y medio de comunicación entre estos sujetos, gozando de la posibilidad del acceso a la cárcel gracias al capital simbólico de la institución universitaria. El video fue el instrumento de nuestra mediación; a través de la grabación en video de mensajes entre adentro y afuera, generamos la posibilidad de *reagrupación* entre amigos lejanos, unidos por un fuerte vínculo afectivo construido en la calle. El audiovisual ha demostrado ser un eficaz instrumento y lenguaje de mediación, justamente por la posibilidad de influir en el aspecto emotivo: para Pedro y Pancacho el poder *escuchar* y *ver* al otro –David, el amigo recluido desde hace ya tres años, que no pueden visitar en la cárcel por sus antecedentes penales– se convirtió en una experiencia muy fuerte desde el punto de vista emotivo. Las expresiones, los gestos, la voz de David desde el interior de la cárcel de Chiavari, marcados por una experiencia tan dura, fueron la afirmación de su presencia, le otorgaron un status de respeto, se transformaron en un precioso testimonio de sus vidas. Sería imposible alcanzar a David, por el régimen al que está sometido, si no fuera por la mediación del registro audiovisual –los mensajes videograbados– y por nuestro rol de carteros. Dirigirse a David se vuelve la ocasión para *reflexionar* y *generar una narración* sobre las propias vivencias. La palabra y la imagen,

en el doble proceso de producción y recepción, llegan a ser los goznes de la reconstrucción de una presencia, aunque sea en diferido: David *sale* de las rejas de la cárcel, Pedro y Pancacho *entran*, rebasando, de alguna manera, los límites al acceso. Justamente, gracias a la dimensión de la afectividad entre los sujetos de la investigación y por la puesta en común de las experiencias de cada uno, fue posible generar una reflexión acerca de las vivencias dentro de las pandillas y de la cárcel, poniendo en discusión la venganza como solución. Nuestra investigación se desarrolla en la reconstrucción de esta intimidad entre amigos, que contribuimos a crear y a la que asistimos. Las reuniones y los eventos organizados por el colectivo *Banda Ancha*, sostenidos por nuestro trabajo de *chasqui*, permitieron ‘ganar tiempo’ en el momento en el que el responsable del homicidio de Andrés no tenía un nombre. Pocos meses después, hacia el final de junio de 2010, se identificó un responsable del homicidio, hecho determinante para los familiares y los amigos de la víctima, en espera de justicia por la muerte de Andrés.

A partir de nuestra ubicación en el espacio abierto por el conflicto y la mediación, queremos desarrollar aquí una serie de reflexiones sobre el nexo cárcel–migración–calle y sobre las vivencias de la privación de libertad entre los jóvenes *pandilleros*⁵.

La cárcel como dispositivo de la vida.

La cárcel representa un lugar y un dispositivo que captura una parte significativa de las biografías migrantes en Italia y fuera de ella; las captura no solo porque las encierra al interior de lugares y perímetros de una existencia privada de la libertad, sino también porque instituye una memoria social/familiar y una instancia de posibilidad para cada biografía migrante. Las cárceles italianas están llenas de migrantes culpables de delitos que ningún ciudadano podrá jamás cometer –la falta de documentos– o en virtud de condiciones de funcionamiento del sistema jurídico/represivo

5 Los *pandilleros* son los miembros de una *pandilla*, un grupo en parte dedicado a tráficos ilícitos o actividades criminales (distinto de las bandas, en las que puede estar presente exclusivamente la finalidad social de la mutua ayuda, del tiempo libre y de la efervescencia juvenil).

(la dificultad de probar una residencia habitual para acceder al arresto domiciliario, el déficit de capital social para gozar de las penas alternativas, el pánico mediático sobre las migraciones que genera una selectividad étnica en los controles de policía en los espacios públicos, las dificultades en conseguir recursos económicos para garantizarse una defensa de calidad, etc.), instituyendo así en la administración de la pena una clara línea del color que separa *nacionales* y *no*, *autóctonos* y *alóctonos*, *nativos* y *bárbaros*, *ciudadanos* y *súbditos coloniales* (Hage, 2002). En esta perspectiva, los datos relativos a la encarcelación de los migrantes son reveladores no tanto de su mayor propensión al crimen, sino de una mayor propensión social a la criminalización de determinadas categorías de sujetos (Melossi, 2002, 2008; Sbraccia, 2009). La cárcel nos dice mucho acerca de la sociedad en la que vivimos: toda sociedad genera formas punitivas que corresponden a los propios imperativos económicos y políticos. La considerable presencia de los migrantes en las cárceles italianas es el resultado de la inversión en políticas represivas dirigidas a contener y enjaular las migraciones, material y simbólicamente. En las prisiones italianas, uno de cada tres detenidos es extranjero (24 675 personas sobre 68 121 detenidos); de todos los detenidos presentes otra tercera parte —el 27%— resulta ser tóxico-dependiente (95,4% de sexo masculino; 4,6% de sexo femenino)⁶. En Italia la tasa de sobrerepresentación (6,59), resultado del cotejo entre la población extranjera presente en la sociedad y la población extranjera recluida, es el más alto en Europa después de los Países Bajos (Melossi, 2008; Re, 2008).

Desde sus orígenes, la cárcel fue concebida como una experiencia rehabilitadora. Desde el punto de vista del *pensamiento de Estado*, la finalidad explícita de la pena es la reeducación del sujeto criminal y su conversión, a los fines de la reinserción en la sociedad. El *tratamiento* tiene como objetivo la resocialización o reintegración social del detenido. Para una gran parte de los detenidos, en cambio, la cárcel es esencialmente un contenedor en el que son descargados y dentro del cual experimentan el peso de una venganza social y la negación de los propios derechos humanos: hacinamiento, abusos por parte de guardias y otros detenidos, suici-

6 Sitio del Ministerio de la Justicia: www.giustizia.it. 2010.

dios, utilización recurrente de sicofármacos, escasez de recursos y rigideces burocráticas en realizar intervenciones sociales dentro del espacio de reclusión⁷. Tal como subrayan Sbraccia y Vianello (2010: 125) a propósito de la finalidad reeducadora,

se trata de un programa que nunca ha desaparecido, ni siquiera con la declinación del ideal rehabilitador, y la consecuente reinención de la cárcel en función meramente neutralizante y contenedora que se ha dado en los últimos veinte años, justamente porque está profundamente vinculado a los orígenes de su legitimación. Pero se trata sobre todo de un programa que resiste tenazmente a las continuas evidencias empíricas con respecto a la profunda ineptitud de la pena de prisión para cumplirlo.

Justamente a causa del aislamiento del cuerpo social, la cárcel demuestra el fracaso de la rehabilitación a la vida en sociedad. A través de varios procedimientos de admisión dirigidos a la estandarización, a la eliminación del *bagaje de la identidad* del detenido, se obtiene una gradual mortificación de la persona, ante la cual los *internados* reaccionan de distintas maneras (Goffman, 1961).

Según mi opinión la cárcel, como ya dije, te priva de tu identidad. No puedes hacer nada que no dependa de la decisión de otro. También cuando quieres hacer ejercicio, quieres ir a correr, tienes que hacer una solicitud por escrito al comandante de la cárcel, al director de la cárcel, para que te autorice a ir al gimnasio o a hacer un poco de deporte. Te despoja de todo, de la comida... y luego te priva de la libertad, que es la cosa más importante que existe. [...] Pero, como tú decías, si tuviera que explicar a un niño qué es la cárcel, le diría al niño solo que la cárcel es un lugar en donde te privan de tu identidad, donde no puedes hacer nada de tu voluntad. [...] Tienes que ser cuidadoso en todo porque ya no eres libre. Siempre está la mirada de alguien que te observa... es como decir la casa del gran hermano. Están siempre las cámaras que te apuntan y está siempre alguien que te mira (Transcripción entrevista a David: 30 de septiembre de 2010).

7 “VII Rapporto Nazionale sulle condizioni di detenzione: da Stefano Cucchi a tutti gli altri”. Antigone, 2010.

En el momento en el cual la experiencia de la detención produce un alejamiento de sí mismos, es el “sistema de los privilegios” el que “suministrará al internado una estructura sobre la cual fundar la propia reorganización personal” (Goffman, 1961: 76). En “Asylum”, Goffman distingue cuatro distintas formas de adaptación de los internados (adaptaciones secundarias): 1. El *retiro de la situación*, es decir el desinterés del individuo ante el contexto, que lo lleva al rechazo de cualquier forma de socialización y al aislamiento, que se manifiesta en actitudes depresivas, silencio y pasividad; 2. La *línea intransigente*, o sea el rechazo de la autoridad penitenciaria que lleva también a manifestaciones violentas ante las normas de la institución; 3. La *colonización*, es decir las estrategias que el detenido aplica para sobrevivir al sistema dentro de las reglas establecidas por la institución, tratando de sacar el mayor provecho individual dentro de las posibilidades que tiene a disposición; 4. La *conversión*, o bien la adecuación disciplinada al orden de la institución, sin manifestar formas de resistencia o rebeldía al sistema, limitándose a “cumplir las reglas”.

Estas adaptaciones secundarias demuestran que la cárcel, en cuanto espacio social, es un universo estratificado, en el cual no todos los detenidos tienen las mismas capacidades/posibilidades de *trabajarse el sistema* (Goffman, 1961) para sacar beneficios en términos de dignidad, oportunidad, aperturas hacia lo externo. Actuando sobre el cuerpo y el alma del detenido, la cárcel cumple su doble función: produce y contiene. A través de la pena de la reclusión, su finalidad es la de producir individuos obedientes y disciplinados.

El sistema de la penalidad correctiva actúa de forma completamente distinta. El punto de aplicación de la pena no es la representación sino el cuerpo, el tiempo, los gestos y las actividades de todos los días; el alma también, pero en la medida en que es sede de costumbres. El cuerpo y el alma, como principios de comportamiento, forman el elemento que ahora es propuesto a la intervención punitiva. Más que sobre un arte de representaciones, esto debe reposar sobre una manipulación refleja del individuo (Foucault, 1976: 141).

Por medio del aislamiento del individuo del cuerpo social, la cárcel contiene las *escorias*; el paso del *estado social* al *estado penal* (Wacquant, 1999; De Vito, 2009) ha hecho de la cárcel un verdadero “contenedor de marginalidad”⁸ que castiga sobre todo a los sujetos “no garantizados”.

Aquí nos interesa poner de relieve las representaciones que produce la intimación de la cárcel como posibilidad y como experiencia en la vida de los sujetos que encontramos en el curso de la investigación: jóvenes, varones, de origen migrante, miembros o ex-miembros de pandillas. Pondremos en evidencia tres modalidades distintas de vivir la experiencia de la cárcel: la cárcel como *proyecto*, la cárcel como *casa*, la cárcel como *paréntesis*. La experiencia de la cárcel no se reproduce de forma estándar para todos los detenidos, cada uno encuentra maneras distintas de *habitar la institución* de forma activa, encontrando espacios para la acción positiva dentro de los pliegues del sistema. Procederemos de manera transversal a partir de las adaptaciones secundarias descritas por Goffman; a través de las biografías de los jóvenes entrevistados, interpretaremos cuáles son las distintas formas de habitar la dimensión de la reclusión, cruzando permanentemente prácticas creativas de colonización, de conversión y de retiro de la situación.

La cárcel como proyecto

David Jesús Díaz Pereira era “Chívolo” en los *Vatos Locos*, David para la madre y la hermana, Jesús para la administración penitenciaria y para los magistrados, Paco para sus compañeros de celda. David estudia, trabaja, practica deporte, participa de todas las actividades a las que logra tener acceso, tiene coloquios con el educador y el siquiatra, se encuentra con los voluntarios de organizaciones religiosas, lee, cocina, juega cartas. Todas estas actividades marcan la organización de la jornada y llenan la vida de David de proyectos.

8 Expresión utilizada en el 2000 por el director general de la Administración penitenciaria, Giancarlo Caselli (De Vito, 2009).

Si yo ahora confío en mí mismo es porque sé que las cosas que hice me llevan hoy a creer en lo que estoy haciendo. En dos años tal vez logro graduarme de bachiller, el año pasado saqué el diploma, hay personas aquí adentro que me quieren un montón. Me enteré de la universidad y son todas cosas que, poco a poco, logran concientizarme de mis cualidades, de lo que valgo, de lo que puedo hacer en el futuro (Transcripción entrevista a David: 4 de octubre de 2010).

Al final yo creo que el ser humano se adapta a todo. Se adapta a un trabajo, a una novia, a una relación, y créeme que el ser humano se adapta hasta a la cárcel porque parece extraño pero son dos años y medio que yo llevo acá adentro pero te soy sincero: por un lado me pesa, por otro lado no me pesa. No me pesa porque éste que estoy pasando acá adentro no es tiempo perdido. No es tiempo perdido porque me ha ayudado a recapacitar, a entender los verdaderos valores de la vida, a surgir, y a integrarme mejor en un país que no es el mío. Que lamentablemente me toca estar aquí y tengo que integrarme y ya. Otras opciones no tengo (Mensaje de David a Pancacho. Transcripción entrevista 17 de mayo de 2010).

Si el recorrido de David en la cárcel está marcado por proyectos, en sus relatos emergen también los rasgos del detenido común, la otra cara de quien usa la cárcel como proyecto: el adicto por un lado, el deprimido por el otro.

Hay detenidos que de pronto tienen la idea fija de las mujeres, de la droga, del Ser.T. (Servicio para tóxico dependencias). Hay muchas cosas. [...] Hay gente que está allí, que se embute de sicofármacos, que está todo el día en la cama. Para ellos las jornadas no tienen ningún sentido. Se les ve. (Transcripción entrevista: 30 de septiembre de 2010).

Son detenidos sombra, que han elegido el *retiro de la situación* como forma de supervivencia: muestran desinterés hacia cualquier actividad, se refugian en la depresión o en la anestesia de los sicofármacos como forma de evasión. David, y con él un núcleo reducido de detenidos, vive la cárcel como un espacio en el cual acumular recursos: escuela, títulos y competencias lingüísticas, deporte, obras religiosas, trabajo, terapia y ayuda psicológica. Su cárcel no es un paréntesis sino que está marcada por tiem-

pos largos: la separación del mundo externo durará en total 13 años. Este espacio-tiempo debe ser vivido, administrado: se vuelve un tiempo de vida y ya no un lapso suspendido entre un delito y otro. Llega a ser un lugar donde habitar, en el cual renacer: una nueva vida que surge de la experiencia de la cárcel y que acompaña el paso de joven a adulto.

La reflexividad, el trabajo sobre sí mismos y la capacidad de producir un discurso crítico sobre la propia biografía, también son bienes diversamente distribuidos en el mundo de la prisión. En los años setenta, las administraciones penitenciarias temían que dicha reflexividad generara un fenómeno de politización de los *comunes* puestos en contacto con los prisioneros políticos; en el mundo de las pandillas una reflexividad que hemos encontrado varias veces, frecuentemente marcada por la experiencia de la cárcel, concierne el acceso al discurso y a la práctica de lo *religioso*⁹. En este caso, la reflexividad asume el tono de la redención y parece, de alguna manera, reflejarse en la finalidad reeducadora presentada por la institución.

Por eso te digo que la cárcel hace recapacitar a todos. Con eso no les estoy diciendo: vengan a la cárcel al menos por un mes, por dos meses, por tres meses. Eso no se lo deseo a nadie, pero cuando la vida te golpea fuerte, duro, tu ahí te das cuenta del verdadero sentido de la vida que no es seguramente la violencia o la rabia que estaba en todos nosotros mucho antes (Mensaje de David a Pancacho: 17 de mayo de 2010).

Según mi opinión el discurso reeducador de la cárcel existe, pero te lo creas por ti solo. Ahora, si yo me estoy reeducando, me estoy reeducando yo, seguramente no me está reeducando el director, no me está reeducando el sicólogo, no me está reeducando el educador. Me estoy reeducando yo aquí dentro. (Transcripción entrevista a David: 30 de septiembre de 2010).

Cuando estaba afuera, yo aceptaba ser católico por dogma, porque me lo había transmitido mi madre. Nunca me había ido a leer el Evangelio, nunca había leído la Biblia. Era católico, les decía a todos que era católico, solo porque mi madre me había bautizado, nunca iba a misa, nunca pisaba una Iglesia, por ninguna parte. Estas preguntas me las he plantea-

9 Durante los 5 años de investigación sobre los Latin King de Génova y Milán asistimos a la conversión de varios líderes del grupo en pastores y militantes de iglesias evangélicas.

do aquí adentro [...] Te planteas estas preguntas: pero ¿Dios existe? Si estoy aquí, ¿el Señor me ha seguido? Si dicen que Dios ama a todos sus hijos ¿por qué, entonces, a mí no me ama? ¿Por qué yo terminé aquí?, si realmente me amaba entonces ese día no me hubiera dejado salir... Estas preguntas te las planteas, pero al final somos nosotros quienes nos creamos nuestra trayectoria, nuestro destino, y seguramente no es el Señor quien te detendrá en el momento en el que te equivocas. El Señor te da a luz y te dice 'haz tu vida', luego, al final, llegamos a la conclusión, las historias buenas y las historias malas y por tanto para mí es así. Ahora soy religioso justamente por este motivo, porque tengo la esperanza, por medio de la religión, tengo la esperanza de que todo lo que hago sobre la tierra en esta vida no sea desperdicio. Por eso soy religioso, sobre todo por eso. (Transcripción entrevista a David: 4 de octubre de 2010).

David, hijo de la migración latinoamericana en Génova –madre empleada doméstica, padre en los Estados Unidos– antes estudiante desertor, luego operario cualificado en los astilleros, luego *malandro* dedicado a la *vida loca*¹⁰, hoy está recluido por haber matado a un joven de su misma edad en una discoteca. La relación de David con la cárcel no es un paréntesis, sino un proyecto. “¿Cómo me reconstruyo y represento como individuo, entrado en la cárcel a los 20 años, teniendo como horizonte una reclusión de 13 años, de los que he cumplido solo 3?” Una primera práctica es la que Goffman definió como *trabajarse el sistema*: conocerlo, construir relaciones, obtener accesos a los premios, acceder a miradas y oportunidades externas. Trabajarse el sistema como una adaptación secundaria que es “para el internado la prueba de su querer todavía ser dueño de sí mismo, capaz de un cierto control sobre su comportamiento: a veces una adaptación secundaria llega casi a ser un margen de defensa del *sí*, una ‘cirugía’ en la cual se siente que el alma reside” (Goffman, 1961: 82).

Una segunda práctica concierne a la producción de un discurso y de una reflexión crítica y no instrumental acerca de la propia vida *pandillera*.

10 *Malandro* es el término con el cual en varios países latinoamericanos se denomina a aquel que vive de actividad predatoria en las economías de la calle; los *malandros* habitan el imaginario de las comunidades de los barrios populares de las grandes ciudades de América Latina. El estilo de vida del *malandro* es la *vida loca*, un conjunto de riesgo, embriaguez, fascinación, crimen, venganza y adrenalina, machismo y honra, que intenta neutralizar, a través de un relato *distinto*, el estigma asociado al *malandro*.

Éramos ovejas perdidas. Los chicos como yo, los latinoamericanos que están en las pandillas, son chicos que no tienen el valor de afrontar su ideología. No tienen personalidad. Es un problema de autoestima. Ahora lo logro también solo. Antes no daba un paso sin Pancacho, sin Cristian. Ahora estoy bien conmigo mismo, camino también solo. (Extraído del diario de campo: 10 de junio de 2010).

En virtud de estas prácticas, David acepta con entusiasmo el encuentro y el trabajo intenso que le proponemos: le resultamos útiles, material y simbólicamente. Colaborar con la Universidad le ofrece créditos para los procesos, al mismo tiempo lo sustrae de los tiempos muertos de la rutina carcelaria.

Afrontamos el tema sobre la confianza hacia nosotros. Se siente libre en la elección de colaborar con nosotros, le interesa, se vuelve para él una ocupación, puede serle útil para los procesos. Es un río desbordante, lo detenemos nosotros para intentar comprender juntos lo que estamos haciendo, adónde queremos ir. Nosotros somos su ventana hacia el mundo y para el imaginario de un detenido esto es mucho. Él es nuestra ventana hacia un mundo del cual quiere hablar sin reticencia. (Extraído del diario de campo: 10 de junio de 2010).

Por lo que se refiere a los investigadores universitarios, constituimos la fuente de un posible premio a los fines procesuales, y al mismo tiempo, como mediadores en el conflicto, le asignamos un papel –aquél salvífico de *testigo* desde la cárcel– que le permite expiar su propia vivencia de la pena y converge con su representación de la escena de las pandillas como patológica y deficitaria. En el trayecto de mediación asistimos al cruce de varias miradas sobre la experiencia de las pandillas. El mensaje para *Banda Ancha* se convierte, para David, en una suerte de mecanismo redentor: representa para él la posibilidad de hacer algo, de actuar en el mundo externo para compensar el delito cometido.

Yo antes pertenecía a una pandilla, como hacen muchos de ustedes, pero mira ahora donde he terminado. Estoy acá adentro, tengo que pagar una condena, recién estoy comenzando, ya son más de dos años que llevo

aquí, y todavía tengo que hacer muchos más años. Tengo amigos afuera que han estado en pandillas y han perdido la vida. Tantos muchachos como ustedes también han tenido amigos y lastimosamente han tenido amigos que han perdido la vida. Muchachos que han estado en pandillas y han sido denunciados, muchachos que han estado en pandillas y han terminado presos, muchachos que han estado en pandillas y están en arrestos domiciliarios o tantas otras cosas. (Mensaje para Banda Ancha. Transcripción entrevista a David: 17 de mayo de 2010).

Pedro, amigo de David, después de haber pasado por la cárcel durante un breve periodo, optó por salir de las pandillas y emprender otro itinerario biográfico: es panadero de noche, para al mediodía y se va a la casa a dormir. Está Katia, su compañera, Nadia, su hija de un año, y luego el boxeo, el padre, *Banda Ancha*. Tiene que lograr conciliar su nueva vida con la herencia de la experiencia en las pandillas, con la responsabilidad ante su grupo de amigos, la fidelidad a los códigos compartidos.

Otro conflicto manifestado por Pedro se refiere al mensaje de Chívolo sobre Banda Ancha. Según él está demasiado arrepentido. Chívolo¹¹ expresa un rechazo total a la experiencia de las pandillas, al menos en el mensaje sobre *Banda Ancha*, mientras Pedro está convencido que es importante no olvidar las relaciones, la solidaridad, la amistad, las noches compartidas. (Extraído del diario de campo: 19 de mayo de 2010).

También para Pedro la cárcel ha sido una intersección biográfica fundamental en la elección de *cambiar de vida*. En el video mensaje que graba para David el 19 de mayo, dice entre lágrimas: “Yo recibí dos señales de parte de Dios. La primera fue la cárcel. Y luego me ha mandado a mi hija. Con estas dos cosas aprendí qué tenía que hacer” (Extraído del diario de campo: 19 de mayo de 2010). Aunque no asume el valor de proyecto —y en esta perspectiva se ubica mejor en la que llamamos la vivencia del *paréntesis*— también Pedro reconoce el efecto de redención de la cárcel en su trayectoria.

11 Apodo que era usado para David en el tiempo en que hacía parte de los *Vatos Locos*.

David, con tonos más fuertes y condenado a una pena muy larga, redescubre paradójicamente la propia libertad¹² en su misma privación. Este recorrido de *renacimiento* está relacionado con su especial experiencia de reclusión: el hecho de estar en la sección protegidos, en una cárcel relativamente pequeña y poco problemática¹³, la relación privilegiada de amistad que supo construir con algunos detenidos.

Las dimensiones del proyecto, de la redención, de la reflexividad, de la transformación a través del paso carcelario, se mezclan entre ellas y constituyen un campo en el cual los sujetos reinterpretan el proyecto penitenciario que afecta el cuerpo y el alma del detenido.

La cárcel como casa

La cárcel es también una casa, producida por las instituciones, que disciplina la vida más íntima de los detenidos privándolos de la libertad e infantilizándolos para cada actividad (la *preguntita* para hacer compras, una llamada, recibir una visita, se transforma en elemento de ese ritual de degradación que es propio de toda institución total). Pero la cárcel es también un espacio de resistencia dentro del cual los detenidos intentan *construir su casa* en contra o al margen de los reglamentos penitenciarios. No es un caso si los estudios sociológicos sobre la cárcel pusieron reiterada-

12 “Y por otro lado me pesa, porque es normal, cada ser humano quisiera ser libre, quisiera ser libre físicamente, porque mentalmente yo me siento más libre que muchas otras personas que están afuera, eso sí, sin duda. Yo soy mucho más libre que tantas personas que están afuera, eso sí lo creo. Pero físicamente no soy libre, aquí tengo poca autonomía. Tienes que comer a una cierta hora, te encierran a una cierta hora, vas a bañarte a una cierta hora, estudias a una cierta hora, a trabajar a una cierta hora (...) Es feo. Créeme que si uno no tiene la fuerza de voluntad, la fuerza de alma que tengo yo, para mí tantas personas en mi lugar ya hubiesen caído o se hubiesen hecho llevar por malas amistades” (Transcripción entrevista a David: 17 de mayo de 2010).

13 La cárcel de Chiavari alberga al momento 105 detenidos. El informe de Antigone sobre las condiciones de detención en las cárceles italianas describe el instituto como “una pequeña cárcel relativamente bien organizada y con condiciones generales de detención no degradantes. La dirección de la cárcel tiene una buena relación con los detenidos y organiza muchas actividades de tipo formativo y cultural. El espacio es limitado y la cárcel se encuentra frecuentemente en una situación de hacinamiento, con respecto a una capacidad de aproximadamente 65 unidades. Tanto el espacio disponible en las celdas, como los espacios comunes, son absolutamente insuficientes, especialmente en la Sección Especial. No obstante esta situación claustrofóbica, los espacios se presentan limpios y ordenados” (www.associazioneantigone.it).

mente en evidencia la existencia de un código informal de los detenidos (Sudnow, 1983) que sirve para producir dignidad, éticas de comportamiento y jerarquías entre la población reclusa. La casa habitada por los detenidos tiene un propietario, el Estado, personificado en el cuerpo de administración penitenciaria: *los guardias*. Ante ellos, los detenidos marcan continuamente la línea de frontera, la que Goffman definía como la separación entre internados y personal.

P: ¿Se puede ser amigos de un guardia?

R: No...no. Para mí, no. Ellos parten del presupuesto de que son superiores a nosotros. Personalmente yo he llegado a esta conclusión. En los cursos a los que asisten nos pintan como la basura de la sociedad, que nosotros no contamos nada, que estamos realmente en un nivel inferior al de ellos.

En virtud de esta separación los internados se construyen como colectivo, desarrollando códigos éticos, valores, sanciones y formas de solidaridad.

P: ¿Cuáles son las cosas nobles que puedes hacer en la cárcel?

R: Ayudar a los demás detenidos. Para mí ésta es la cosa noble en la cárcel. No tener prejuicios con respecto a los demás detenidos. Aquí he visto a muchas personas, a muchos detenidos que siempre tienen prejuicios con respecto a los demás, al tipo de delito, a las cosas que han hecho, pero al final, según mi opinión, cuando entramos en la cárcel somos todos iguales. Por cierto hay delitos más feos. Algunos horribles, esto se sabe. [...] Aquí, entre nosotros, cuando es posible nos damos siempre una mano, y esto me lo han enseñado sobre todo aquí adentro, a ser coherente y en especial a ser tolerante con las personas. [...] A veces saber cerrar un ojo o saber dar una mano, aún cuando no es la cosa más justa para hacer. Somos todos hombres, somos todos seres humanos y lamentablemente vivimos esta situación carcelaria y de verdad, si eres egoísta aquí en la cárcel, imagínate afuera.

Aquí es completamente otra realidad. Aquí es realmente la vida, la vida cotidiana la que te enseña a ser solidario con los demás. Es justamente la situación que te pone a hacer estas cosas, pero realmente porque te las sientes dentro. Porque te las sientes de verdad dentro, fuera de aquí estas cosas te las imponen. Afuera no haces todas estas cosas de manera cris-

Le pedimos a David que nos dibuje su celda. A partir del mapa nos ilustra todo un mundo de dinámicas y relaciones de convivencia: la gestión del espacio, del tiempo, del poder. La organización del espacio es espejo de las relaciones entre las personas que lo habitan. La presencia de P¹⁴. es evidente, ocupa espacio, lo transforma, lo estructura. Los dos televisores en los rincones de la habitación nos relatan el ocio pasivo de cuatro de sus compañeros de celda. Otros dos, ex-policías, evitan cuidadosamente la televisión. Leen. P. tendrá unos ochenta libros sobre la repisa que *hizo poner* en la celda. De él es el calendario sobre el cual se marcan en rojo las audiencias, en verde los exámenes de la universidad, y toda una serie de coloquios, encuentros, eventos. No organiza solo el espacio, sino que administra y maneja también el tiempo (Extraídos del diario de campo, mayo de 2009).

Tres mesitas. Varios banquitos para convicto, de los que se ven en las películas sobre las cárceles. Un tiempo jugaban cartas, pero peleaban demasiado, ahora sobre todo cocinan juntos. “Es lo que nos da más satisfacción. Somos capaces de gastar también 200 euros al mes por persona”. Nos cuenta los rituales de sus jornadas. Por la mañana todos se levantan temprano y juntos limpian la celda de arriba a abajo. Evitan escribir en las paredes –entre otras cosas está prohibido por el reglamento– y rehúsan colgar afiches, imágenes de mujeres desnudas y fotos personales –‘esas son cosas de convictos’. El color predominante en la celda es el blanco. Hace poco pintaron las paredes. Los cuidados minuciosos que dedican a sí mismos y al espacio en el que viven, es una de sus estrategias de supervivencia. De esta manera, no se abandonan a la desesperación, se mantienen activos, organizan formas de trabajo colectivo, salvaguardan su dignidad. Antes que nada frente a sí mismos. Y luego obtienen credibilidad y respeto también frente a los demás. Legitiman su autoridad en su auto-gestión. Si alguien no se les acopla bien en la celda, encuentran la manera de que lo trasladen. [...] Además, mediante la descripción gráfica del espacio emergen una serie de rituales de la cárcel. Dibujando las ventanas nos relata la ceremonia de golpear las rejas. Se realiza todos los días, cuando los guardias tienen el derecho de entrar en la celda: hacen el recuento y golpean las rejas para asegurarse de que no hayan sido limadas. Pero este rito marca inevitablemente el paso del tiempo, el ruido cotidiano producido por este gesto es una campanita que les recuerda a los detenidos su condición de presos. (Extraídos del diario de campo: 4 de octubre de 2010).

La práctica del cuidado de sí mismos (Foucault, 1998a) y del cuidado del espacio que se habita es una de las formas de los procesos de resistencia hacia el despojo de identidad y la estandarización de la institución total: *hacer casa*. La colonización de los espacios se yergue en contra de la colonización de la vida íntima producida por la institución y encuentra uno de los signos de afirmación de dignidad en los objetos:

En una cultura en la que la tenencia de bienes materiales hace parte en tan amplia medida de la concepción que un individuo tiene de sí mismo, el ser privados de ellos significa ser agredidos al nivel más profundo de la personalidad” (Sykes, 2004: 243).

La privación de todo objeto relacionado al anterior status social se transforma fácilmente en el símbolo de la nueva situación de ineptitud personal. El cuidado de sí mismos es una forma de disciplina autoimpuesta, además de representar una dimensión de la autodeterminación personal resistente al sistema. El cuerpo, la celda, los compañeros de celda son todo lo que se tiene y que es posible *manejar y construir*. Así como para los jóvenes *pandilleros* en la calle, el cuerpo es un texto sobre el cual escribir —a través de los tatuajes, el corte de pelo, los gestos, las formas de vestir— también en la cárcel el cuerpo es expresión de símbolos y de identidad. Después del despojo practicado por la institución, el cuerpo se convierte en espacio de autodeterminación, instrumento, medio de comunicación.

Los jóvenes que entrevistamos han pasado por varios institutos carcelarios: Marassi, la gran casa de detención de Génova con aproximadamente mil detenidos, Chiavari e Imperia, dos pequeños institutos, ubicados en ciudades de provincia, extrañas a la cultura juvenil y metropolitana de la migración latinoamericana y de las pandillas. David tiene una mirada crítica sobre Marassi: “si hubiera sido un delincuente común y no un protegido¹⁵, en Marassi hubiera terminado en celda con otros latinoamericanos y me hubiera quedado dentro del mundo del que provenía”. El tras-

15 David, autor de un homicidio en el contexto más amplio del conflicto entre pandillas sobre el territorio de la ciudad, vive el régimen de protección desde el inicio de su internación por miedo a las represalias por parte de otros detenidos. Es por esto que comparte la celda con otros sujetos especiales: policías, carabinieri, mafiosos.

lado a la cárcel de Chiavari ha sido paradójicamente un trayecto de movilidad social y cultural: del mundo de las pandillas juveniles al de los adultos italianos. Comparte la celda en la sección protegidos con un arrepentido de mafia y con varios policías y carabinieri arrestados por varios delitos (narcotráfico, violencia hacia prostitutas, infiltraciones ambiguas en el cruce entre mafia y política). Estar en esa celda le ha permitido a David adquirir una óptima competencia de la lengua italiana, leer periódicos y revistas de política y actualidad, conocer bien el sistema judicial, respirar por ósmosis historias privadas que reflejan la historia más general del país (arrepentidos, mafia, terrorismo), encontrar figuras adultas de referencia, construir un proyecto adentro, vinculado con el afuera.

La cárcel es ahora su ambiente, su casa, su espacio personal, el espacio de las relaciones que lo están atravesando y, como todo espacio doméstico, genera sus inercias, sus dependencias, sus contradicciones.

Porque después a la cárcel te acostumbras. Parece una paradoja pero la gente que entra y luego sale es gente que realmente ya no puede hacer sin la cárcel. Porque la cárcel es una estructura tan bien organizada, tan bien centrada, que aquí no te falta la comida, no te falta una cama donde dormir, no te falta la televisión, no te falta la escuela, no te falta nada. Cuando es tu turno de trabajo también trabajas. Hay personas, porque las he visto y ellas mismas lo admiten, que se sienten mucho mejor en la cárcel que afuera, que llevan una vida mucho mejor en la cárcel que afuera. Hay gente que realmente necesita de la cárcel, es esto en lo que yo no quisiera caer. La monotonía es tan simple, fácil para ellos que en un determinado momento se vuelve hasta bonita. Si salen, se encuentran en un mundo afuera en donde la comida te la tienes que conseguir, tienes que cocinar. A veces el trabajo no es suficiente, la familia te ha abandonado, de pronto estás solo y no sabes dónde ir a dormir, ¿qué haces? Vas a delinquir, para que te lleven a la cárcel donde sabes que lo tienes todo. (Transcripción entrevista a David: 30 de septiembre de 2010).

Pedro y Aquíles, ex-líderes respectivamente de los *Manhattan* y de los *Latin King*, producen, en cambio, discursos distintos a partir de su experiencia discontinua de la cárcel.

Estamos en un partido del torneo de fútbol antirracista, una de las iniciativas creadas por los compañeros del centro social Zapata para sostener el itinerario de mediación. Juegan, de hecho, los equipos de muchas pandillas de Génova, entre las cuales los *Vatos Locos*, con una camiseta dedicada a Andrés, y los *Latin King*. Pedro está aquí por parte de *Banda Ancha*, para recolectar plata para la madre de Aquiles y la madre de David. Pedro me habla por primera vez de su experiencia de la cárcel (menos de un mes en dos momentos, por delitos de los que luego resultará inocente): ‘en tanto allí dentro estás solo, y ves cuán frágiles son las relaciones afuera. Antes, todos amigos y solidaridad para la pandilla, luego, cuando estás adentro, no aparece nadie. Te queda la familia, yo redescubrí a la familia gracias a la cárcel. Y luego era como volver al patio del colegio, veías a todos los amigos que habías dejado por la calle y que habían llegado a Marassi. Había una especie de alfombra mágica que hacía que los latinoamericanos acabaran en las mismas celdas, y así para los marroquíes, los mafiosos, los italianos. En cierta forma me sentía en casa, éramos todos latinos en la celda’ (Diario de campo: junio de 2010, Sestri Ponente).

En Marassi éramos todos *latinos*. Ahí estaba en una celda de colombianos, todos presos por droga. Cocinábamos juntos, era como estar en casa. Jugábamos cartas, después estaba el estudio. También en el patio los latinos están con los latinos. No tienes que pensar en las cosas de afuera; cuando entras en la cárcel ya no cuentan. No cuentan las rivalidades que había afuera, una vez que estás adentro. Eres un detenido, eres como todos los demás. Si piensas en lo que hay afuera, la cárcel te duele el doble. Nunca estaba solo, un año en Marassi voló. Cuando me trasladaron a Imperia, terminé en una celda con un marroquí. Estaba deprimido, no sabía qué hacer, me llegó a faltar esa dimensión de familiaridad y de compartir que había en Marassi. El tiempo pasaba lentísimo. No veía la hora de salir. En Imperia inclusive dejé de asistir a la escuela, y así no me gradué de la primaria, que había empezado en Marassi. La cárcel la utilicé para desintoxicarme, para salir de la dependencia de las sustancias. En la cárcel entra de todo, puedes encontrar fumo, maría, cualquier droga. Llega con los familiares o con los guardias. La mayor parte de los detenidos son adictos y toman el jarabito (metadona) que pasa el Sert. Por tanto si los guardias te ven que estás drogado, no entienden si fumaste, te drogaste o si tomaste el jarabito. En la cárcel todos tienen ojos de drogados. (Entrevista a Aquiles, octubre de 2010).

Para Aquíles y Pedro, la experiencia de la cárcel está relacionada con una temporalidad reducida (*un paréntesis*, como veremos más adelante); no existe un proyecto de cambio radical vinculado con la permanencia en la cárcel. *Hacer casa* significa reconstruir o apoyarse a una familiaridad lo más posible parecida al mundo de los afectos que se ha dejado afuera: estar entre latinos en la celda te asegura una construcción del nosotros no relacionada con un proyecto de movilidad cultural del espacio de los migrantes al espacio de los italianos, sino fundamentada sobre una resistencia de tipo *étnico* a la degradación de la propia identidad producida por la institución penitenciaria. De manera que las distintas prácticas de *home making* analizadas aquí varían en función del *habitus* que se genera en el encuentro entre biografías individuales, código de los detenidos vigente en un determinado contexto de reclusión, formas y fuerza de la reacción institucional.

La cárcel como paréntesis.

Muchos de los sujetos entrevistados en este recorrido tuvieron experiencias de varios tipos con el sistema judicial, represivo, penitenciario: del juzgado de menores a la deportación, de las órdenes de expulsión coleccionadas como títulos honoríficos al ingreso obligado en asilos, de las palizas de la policía a la detención detrás de las rejas. Vidas interceptadas por los excesos que producían: riñas, violencias sobre personas y cosas, pequeñas violaciones de la propiedad privada. Nunca nos topamos con grandes delitos por grandes apropiaciones; en la experiencia italiana, las pandillas representan, en primera instancia, una cultura juvenil que usa la violencia de manera espontánea y expresiva y seguramente no lo hacen según una lógica instrumental-racional para cercar y sellar espacios de negocios en la economía ilegal (Queirolo Palmas, 2009). Escuchemos la experiencia de Pancacho relativa a las consecuencias de un viaje *de trabajo* al extranjero.

Yo el año pasado, cuando ya había nacido mi hijo, buscaba un trabajo mas no me salía, tú sabes muy bien, por mi situación con mis documen-

tos. Me fui a Bélgica, me fui a robar allá y caí preso. Caí preso y la pasé muy feo. La pasé muy feo de verdad allá. De verdad. Allá estaba todo el racismo. No salía al patio. Todo estaba mal. No veía a mi familia. No podía hablar bien con ellos, no podía hablar bien por teléfono, porque imagínate, solo el minuto valía cinco euros y la pasé muy mal Chívolo. Yo me imagino como debes estar pasándola tú. Que yo al menos, gracias a Dios, me hice seis meses, tú tienes que hacerte tanto y es lo que más me duele. [...] Ya gracias a Dios estoy aquí afuera y me hizo cambiar mucho eso, Chívolo. Ya ahora no quiero hacer nada, no quiero robar, no quiero vender nada. Quiero solo un trabajo. (Transcripción mensaje de Pancacho a David: 13 de mayo de 2010).

El tratamiento carcelario es así una puntuación de las vidas, una coma que separa un ciclo de otro, un momento recurrente que produce un horizonte de posibilidad y que, en virtud de la economía de las prácticas subyacente no genera el capital simbólico de *hombria*, dureza y profesionalismo en el crimen que se podrá gastar en la calle. En las percepciones que observamos, quien termina encerrado es más *estúpido* y menos *listo* que los demás; acabar adentro no produce dignidad, más bien indiferencia, conmisericordia, lejanía.

Veía a los chicos que salían de la cárcel, chicos que eran adictos cuando entraron, al salir se volvían aún peor. Por tanto, para mí no eran personas para imitar, no eran un punto de referencia. (Transcripción entrevista a David: 30 de septiembre de 2010).

De los testimonios que recogimos, para estos jóvenes la cárcel no es la etapa de una cadena de montaje que produce el criminal cualificado, sino una experiencia como otras que puede marcar sus vidas y que está presente en el panorama social y familiar dentro del cual crecen. La economía de la vida reúne ganancias del trabajo precario, ganancias de economía ilegal, además de los beneficios de tipo simbólico relacionados con la propia inscripción en la escena de las pandillas; si por un lado existe siempre la amenaza del desempleo, por otro lado aletea la posibilidad de la cárcel.

Wacquant (2002), en un análisis del sistema penal estadounidense, analiza el gueto como “cárcel etno racial” y la cárcel como “gueto judicia-

rio". La cárcel, al igual que el gueto, es un espacio de *reserva*, tiene la función de relegar una población legalmente denigrada que, a su interior, desarrolla las propias *instituciones*, una identidad y una cultura específicas. Según el análisis de Wacquant, la cárcel es, por un lado, el complemento del gueto, o más sencillamente del universo de exclusiones que rodean determinadas categorías de sujetos, por otro lado la etapa posible de un juego y quien termina adentro es un perdedor o utilizó mal los naipes que tenía a disposición. El desemboque carcelario se inscribe en una dimensión de *edgework* (Lyng, 2005) en el ámbito de los mercados del trabajo *postfordisti* y de la economía simbólica de las prácticas en la escena de las pandillas. Riesgo, embriaguez, construcción de una ciudadanía a través del acceso a bienes materiales y simbólicos. Robar no es solo un medio para conseguirse unos bienes, sino que se convierte en desempeño, una experiencia corporal que genera adrenalina. Es, al mismo tiempo, manifestación de un malestar y desafío a la norma, vivida con el propio cuerpo: hay que ser astutos, rápidos, inteligentes, saber olfatear el peligro, saber hasta qué punto arriesgar, saberse mover solos y coordinarse con los compañeros. Es una aventura, uno se divierte y juntos se celebra o el triunfo o el fracaso.

Sentíamos el riesgo, la adrenalina, luego nos reíamos también a carcajadas porque realmente nos sentíamos a veces más avispados que el vendedor, más avispados que el propietario del almacén. Porque salíamos de allá todos tranquilos y ese ni siquiera sabía que le estábamos desvalijando el almacén. [...] Nosotros queríamos hacernos un poco más los guapos, o sea que cada fin de semana estrenábamos ropa nueva. [...] Para mí era de verdad el hecho de hacerse ver. Era justamente ésta la lógica. Hacerse ver, hacerse notar y sentirse un poco superiores a los demás, ahí estaba la cosa. [...] A veces partíamos de verdad premeditados. [...] Otras veces partíamos así tranquilos para comer algo, yo me compraba unos zapatos o unos pantalones, qué sé yo... dábamos una vuelta por los almacenes y decíamos, bonito... y ahí entraba realmente el riesgo, decíamos: intentemos, veamos cómo está la situación. Si había la posibilidad de cogerlo se cogía, si no se cogía lo mismo, de alguna forma la encontrabas. [...] Pero algo que quería decir es que no es que nosotros lo hacíamos como trabajo. Algunos tenían su empleo, veníamos de familias que estaban bien; lo hací-

amos más, como tú decías, a veces por el aburrimiento, a veces porque, aunque las familias podían darnos de todo, no es que todos los fines de semana podías ir donde tu mamá o tu hermana para decirle: dame plata que me tengo que renovar el guardarropa. Era un vicio, sí. Era un vicio como fumarse caños. (Transcripción entrevista a David: 30 de septiembre de 2010).

El hurto como juego, el hurto como vicio, el hurto como mecanismo de inclusión simbólica se contraponen al estilo de vida del ladrón profesional: un trabajo para mantenerse a sí mismo y a la propia familia.

Algunos habían sido realmente educados a robar. Habían crecido así. Habían crecido con la madre y el padre que robaban. El hijo robaba, el hermano robaba, para ellos era realmente un estilo de vida. Para nosotros, para otros no era así. Nosotros teníamos familias que trabajaban, otros tenían las madres, las hermanas que hacían otros trabajos. Bien o mal la plata de una u otra parte entraba. (Transcripción entrevista a David: 30 de septiembre de 2010).

La cárcel, como etapa posible, al igual que la deportación o la orden de expulsión, es naturalizada y desacralizada en su capacidad de definir un límite entre lícito/ilícito, bien/mal, justo/injusto; no es una pena moral, sino una incumbencia, una experiencia biográfica siempre posible, junto con otras; diversamente de la actitud redentora, la reflexividad de algunos de los sujetos encontrados en el transcurso de la investigación, y que han cruzado el universo judicial por pequeñas penas y pequeños delitos, consiste en naturalizar la cárcel como intersección constante e intermitente en la biografía colectiva de la juventud hija de las migraciones.

De la calle a la cárcel, y retorno

A través del cruce de cuatro historias, unidas entre ellas por una común pertenencia a las pandillas en su calidad de élite de la calle (Katz, 1988), intentamos leer el encuentro de una cultura juvenil de la calle con la cárcel, como institución crucial del Estado en la gestión de las migraciones

y de la que podemos llamar sociedad post-migratoria según Martiniello (2000). La metodología de acercamiento al campo a través de la grabación de video-mensajes nos ha colocado como investigadores en un espacio intermedio, en nuestro papel de *chasqui*, revelando algunas ambigüedades. Por una parte el uso de la cámara como instrumento de mediación nos ha permitido acceder a una dimensión muy íntima entre los sujetos involucrados, preciosa a los fines de la investigación; por otra parte nos encontramos en el papel de *voyeur* que asisten a conversaciones privadas, en las que emergen las vivencias, las confidencias, el dolor compartido. Los materiales visuales producidos quedan como archivos privados para uso interno, sin la posibilidad de una proyección pública que expondría a los jóvenes testigos a riesgos personales; el uso del video ha sido de todas formas fundamental en el proceso investigativo y en la mediación dialógica entre los distintos sujetos.

El advenio de una sociedad carcelaria, en Italia como en otros países, documenta el paso a una gestión preventiva de las *nuevas clases peligrosas*, identificando *a priori* las poblaciones que constituyen una potencial amenaza para el orden social y moral (Pitch, 2006), instaurando así una inquietante transformación desde estado social al estado penal (Wacquant, 1999). Colocándonos de todas formas fuera de cualquier perspectiva celebrativa de la función rehabilitadora y terapéutica de la cárcel, el hilo rojo que quisimos seguir en el curso de esta investigación concierne el impacto moral de la *mano derecha* del Estado (Bourdieu, 1993) –reeducar, rehabilitar, vigilar, castigar– sobre las biografías que observamos. Bajo este enfoque, la cárcel nos pareció como una de las muchas instituciones sociales cruzadas desde arriba y desde abajo por lógicas y prácticas asimiladoras, lógicas de exclusión, lógicas multiculturales; llegar a ser italianos a través de la cárcel, llegar a ser *escorias* a través de la cárcel, llegar a ser migrantes a través de la cárcel. La institución penal, tal como las escuelas y los lugares de trabajo, es uno de las principales arenas que intercepta y reconstruye las biografías de una sociedad post-migratoria y la alta incidencia de ciudadanos extranjeros o de origen extranjero detenidos representa el interés del Estado en capturar y disciplinar, directamente a través de la pena e indirectamente a través de su función espectacular, los cuerpos anómalos de los jóvenes de origen migrante: su encarcelación se

convierte en el signo último de su posteridad inoportuna (Sayad, 1999) dándole aspecto de tratamiento. Sin embargo, los jóvenes que encontramos experimentan prácticas de resistencia y de *agency* que no concuerdan con las pretensiones de *conversión* presentadas por la institución: *hacer casa*, *poner entre paréntesis*, transformar la detención en un *proyecto* personal que usa instrumentalmente cualquier recurso y relación disponible, constituyen formas creativas para no sucumbir bajo los rituales de degradación y despojamiento propios de toda institución total. Al mismo tiempo, la cárcel es también un lugar en el cual los aspectos específicos del contexto pueden marcar la diferencia: la capacidad de proyección y la calidad de la dirección, los compañeros de celda, las relaciones con el personal, la permeabilidad con el territorio se vuelven condiciones y posibilidad para la reinterpretación de las vivencias carcelarias, de la misma manera como en la institución escolar cuentan, además de los programas y de los procedimientos estándar, las dinámicas de grupo, las relaciones con los docentes, la composición en términos de capital cultural, económico y social de los estudiantes.

Consideramos absolutamente preliminar el itinerario de investigación realizado. El interrogante que nos planteamos, y que permanece abierto, concierne a la producción de una narración biográfica a partir de la experiencia carcelaria: los jóvenes de origen migrante ¿cuáles éticas y cuáles visiones del mundo construyen a través del efecto de la pena? ¿Cómo se vuelven a articular, en el caso de las pandillas, los valores de mutua-ayuda, respeto, *hombria*, fascinación por el riesgo? ¿Cómo se vuelve a definir la masculinidad después de haber cruzado las mallas de una institución que en la disciplina, en la autoridad, en el reglamento indiscutible pone en escena la pretensión y la ambición del poder *paternal* (o *paternalista*) del Estado? ¿Cuál es el impacto de estos *ethos* y *habitus* carcelarios en la escena de las culturas de la calle? ¿Cuáles, ... las articulaciones? Si la calle, como lugar y experiencia de la exclusión pero también del protagonismo, produce la cárcel, también la cárcel –experiencia masiva para los jóvenes que han frecuentado la cultura de las pandillas en Génova y Milán– produce la calle, derramando en ella cuerpos transformados, éticas y visiones del mundo. Tendríamos por tanto que aprender a leer la cárcel en una sociedad post-migratoria en sus funciones de *espejo* –espejo de la cons-

trucción de una categoría de sujetos como enemigos y *bárbaros*— pero también en su función de *prisma*, de producción del social y de derramamiento en éste de cuerpos y *habitus* tratados y reconstituidos por la imposición de la pena y por el protagonismo de los detenidos.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1988). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- (1999). *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bunker, E. (2003). *La Educación de un ladrón*. Barcelona: Alba De Vito,
- De Vito, C. (2009). *Camosci e girachiavi. Storia del carcere in Italia 1943-2007*. Bari: Laterza.
- Foucault, M. (1976) *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI
- (1978). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- (1998). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I*. Madrid: Siglo XXI.
- (1998a). *L'etica della cura di sé come pratica di libertà. Archivio Foucault*. Milán: Feltrinelli.
- Goffman, E. (1960). *Asylums. Le istituzioni totali: i meccanismi dell'esclusione e della violenza*. Torino: Biblioteca Einaudi.
- (1979). “La ritualizzazione della femminilità”. *Studi Culturali*, 1/2010 (pg 37-70). Bolonia: Il Mulino.
- Hage, G. (2002). *White Nation: Fantasies of white supremacy in a multicultural society*. Nueva York: Routledge.
- Katz, J. (1988). *The seduction of crime. Moral and sensual attractions in doind crime*. Perseus Books Group.
- Lyng, S. (2005). *Edgework. The sociology of risktaking*. Routledge.
- Martiniello (2000). *Le società multietniche*. Bolonia: Il Mulino.
- Melossi, D. (2002). *Stato, controllo sociale, devianza*. Milán: Mondadori.

- (2008). “Il giurista, il sociologo e la ‘criminalizzazione’ dei migranti: che cosa significa ‘etichettamento’ oggi?”. *Studi sulla questione criminale*. Nuova serie di “Dei delitti e delle pene”, Año III, N.º 3. Roma: Carocci Editore.
- Queirolo Palmas, L. (2009). *Estetiche r-esistente. Capitale simbolico e organizzazioni Della strada*. En *Dentro le gang. Giovani, migranti e nuovi spazi pubblici*, L. Queirolo Palmas. Verona: Ombre Corte.
- Re, L. (2008). “La detenzione degli stranieri nelle carceri europee”. En *Jura Gentium*, 1 [Versión electrónica].
- Sayad, A. (1999). *La doppia assenza. Dalle illusioni dell'emigrato alle sofferenze dell'immigrato*. Milán: Raffaello Cortina.
- Sbraccia, A. (2009). *Migranti tra mobilità e carcere. Storie di vita e processi di criminalizzazione*. Milán: Franco Angeli.
- (2010). *Sociologia della devianza e della criminalità*. Bari: Editori Laterza.
- Schwarz, H. y J. Jacobs (1975). *Qualitative sociology. A Method to the madness*. Nueva York: The Free Press.
- Sykes, G. (2004). “La società dei detenuti. Studio su un carcere di massima sicurezza”. En *Carecere e Società liberale*, E. Santoro. Torino: Giappichelli.
- Sudnow, D. (1983). “Reati normali. Aspetti sociologici del codice penale nella difesa d'ufficio”. En *Etnometodologia*, A. Dal Lago. Bologna: P. P. Giglioli.
- Ventakesh, S.A. (2002). *American Project: the rise and fall of the American Ghetto*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wacquant, L. (1999). *Parola d'ordine tolleranza zero. Le trasformazioni dello stato penale nella società neoliberale*. Feltrinelli.
- (2002). “De la esclavitud al encarcelamiento masivo”. *New Left Review*. ISSN 1575-9776, N.º. 13.

Páginas Web:

www.associazioneantigone.it

www.giustizia.it

The different faces of Russian street gangs*

Dr Svetlana Stephenson**

To paraphrase Marx and Engels the spectre of the gang that is now haunting Europe seems to be no less threatening than the spectre of communism was once for the bourgeoisie. The gangs, which appear to exist everywhere –from Paris and London to Moscow and Budapest– are presented in public discourse as manifestations of archetypical evil. They breed and multiply; they seduce the innocent; they threaten all that is good in society; and the only possible strategy to fight them is to eradicate them, while trying to save those unfortunate individuals who live their lives in close proximity to the ‘possessed’, i.e. their neighbours, friends and families. Gang suppression strategies, gang injunctions, gang ASBOs –a whole arsenal of measures, many imported from the US, is now being deployed in an effort to deal with the threat (Hallsworth, 2011).

In this messianic battle, however, it is easy to lose touch with reality and become oblivious to the fact that there is no such thing as ‘The [evil] gang’. Firstly, this falsely monolithic construction covers a plethora of

* Dr Svetlana Stephenson, Faculty of Applied Social Sciences, Ladbroke House, London Metropolitan University, 62-66 Highbury Grove, London N5 2AD, email: s.stephenson@londonmet.ac.uk, tel.: 0207 133 5030, fax: 0207 753 5763.

** Dr Svetlana Stephenson is a Reader in Sociology at London Metropolitan University. Her publications include articles for *The Sociological Review*, *Europe-Asia Studies*, *International Journal of Comparative Sociology*, *Slavic Review*, *Social Justice Research*, *Work, Employment and Society*, *Criminal Justice Matters*, *Radical Philosophy* and many other publications. She is the author of *Crossing the Line. Vagrancy, Homelessness and Social Displacement in Russia*, Ashgate, 2006.

groups and associations. The ‘gang’ can be a street peer group, a territorial fighting formation, an illicit entrepreneurial organization or a criminal association. Secondly, the gang is not some socially isolated and pernicious entity, a parasite feeding on the social body. Gangs share many elements of the local cultural traditions. They can be a part of the wider social regulation in their neighbourhoods, and in certain social ecologies and historical periods can come to accommodations with a variety of non-state and state agencies. A systematic comparison of gangs with different *modus operandi* can help to provide a more nuanced understanding of these complex social institutions, and to prevent misguided and harmful strategies for dealing with them. In this chapter, I will set out this argument using the case-study of street organizations in the Russian cities of Kazan and Moscow.

The evidential basis for this paper is as follows. I use the results of a research project conducted in Kazan and Moscow in 2005-7, which involved interviews and focus groups with active members of different types of street social organizations. In Kazan the project team conducted 32 in-depth interviews with active members of organized entrepreneurial gangs aged 17-35, all male (although some of the gangs are mixed, the vast majority of gangs have only male membership). In Moscow we interviewed 23 members of the street territorial networks, aged 12-17, male and female. The membership of these groups is younger than that of Kazan gangs, and includes girls and young women (although young men represent the core). Access to interviewees –gang members– was achieved using the snowballing technique, building upon initial contacts with street youth, as well as the local residents, friends, neighbours and former school-mates of the researchers. In Moscow we also conducted six focus groups with members of territorial groups (all of these groups were conducted in the school for juvenile delinquents in the South-East region of Moscow)¹. We also interviewed former mem-

1 Apart from the author, the project team included Aleksander Shashkin, Aleksander Salagaev, Rustem Safin and Rustem Maksudov. The project was funded. The school is an ‘educational institution of a closed type’. It belongs to the Moscow city department of education. Its students are referred to it by courts for minor offences (mainly hooliganism and theft), as an alternative to criminal punishment. By Harry Frank Guggenheim Foundation.

bers of street organizations; local young people who were not members; teachers, parents and school psychologists; and representatives of the police (militia) and the State Prosecution service (Prokuratura) in both sites².

Kazan Gangs: Autonomous Ruling Regimes

The city of Kazan is the capital of the Republic of Tatarstan, part of the Russian Federation. It is situated on the Volga river, about 800 kilometres from Moscow. In Russia, a later modernizer, the tradition of violent youth territoriality, street-by-street, area-by-area fights and honor battles is traced by many anthropologists to archaic village culture, where these fights were an important part of male socialization (Bernshtam, 1988; Shchepanskaya, 2001). As in other areas of Russia, both rural and urban, the cultural imperative for young boys was to spend time on the streets, with their mates, play and fight, and support each other against attacks from strangers. Kazan street peer networks, formed by young men and reinforced by common threat and conflict (cf.: Thrasher, 1927) were sites of togetherness, reciprocity and unmediated communication. While Thrasher talks about such associations as gangs, to use Victor Turner's definition, they can be seen as *communitas*, unstructured communities arising out of experience of liminality, such sharing a rite of passage (1992, 1995).

The development of the Kazan gangs in their modern incarnation, as agents of economic and social power in their neighbourhoods, started between 1970 and 1975, when youth territorial groups found a role as violent enforcers in the shadow economic markets. This period saw the appearance of shadow producers (*tsekhoviki*) in the Soviet Union, when managers of state companies began 'off-the-books' production and distribution of goods. The new unregulated economic sector needed its structures of informal protection and enforcement, and these were provided by the so called *thieves-in-law* (a closed society of professional

2 For a detailed discussion see Stephenson (forthcoming).

criminals) (Gurov, 1990; Salagaev, 2001). Young boys and men, brought up in the culture of tough masculinity, and involved in the networks of solidarity and reciprocity, and in some cases also having informal leadership, were a highly valuable resource for the *thieves-in-law*, who turned into 'violent entrepreneurs' (see Blok, 1974; Volkov, 2002), agents using violence for economic gains. Some of the local youth groups became 'violent entrepreneurs' themselves, fighting off the efforts of the thieves to use them. The groups developed structures of leadership, internal discipline and started to use weapons. Other youth groups, who did not want to be subsumed by expanding entrepreneurial gangs, organized into more rigid structures, fighting to protect their territory from 'annexation'. This process mirrors the history of the American street gangs, where some gangs emerged not just as spontaneous youth organizations, but were also organized by adults – businessmen, racketeers or politicians (Wacquant, 2006), or developed in order to protect their territory from new violent groups.

At the end of the 1980s, the Soviet Union went through a deep crisis, associated with economic liberalization and the end of the one-party state. Kazan's economic sector, especially the key employers (military production companies) was hit very hard, and young men began to find that transition into industrial jobs held by their fathers was no longer attractive, nor even viable. Many young men began to develop 'alternative careers' in the informal and illegal economy. It was at this time that new co-operative businesses and private enterprises were also emerging. A vast array of entrepreneurial activities suddenly opened up at street level (outdoor markets, small stalls and kiosks, parking lots, street drug trade and prostitution). State law enforcement was highly ineffective and corrupt, and could not guarantee safety for the businessmen or enforce business deals and obligations. Many of the existing street gangs moved to control the economic opportunities on their local turf, taking 'dues' from people involved in the street-level economy. New groups were also formed for the same purpose. The same period saw a violent division and re-division of the city territory.

By the mid 1990s, following these gang wars, the Kazan *violent entrepreneurs* managed to establish domination in their local areas and form what I would call 'autonomous ruling regimes'³. The gangs put other par-

ticipants in the street space, both economic agents and non-gang young people into a variety of situations of dependency, collecting 'protection money' and dues. In the process, the structure of the group, its self-presentation and the normative organization of violence changed considerably. The gangs developing age-based social stratification, structures of recruitment and promotion, strong normative codes of conduct, and turned themselves into sovereign agents in the neighbourhoods. At the same time the essence of the gang as *communitas*, a street fraternity sharing collective identities and vision of the world, remained, despite the emergence of more formal structures of leadership and subordination⁴. The members were expected to spend much of their leisure time together, come to regular meetings, give altruistic support to other members of the gang in case of need and be ready to sacrifice themselves to the gang's cause.

Other features of the gang in its earlier incarnation as a peer group (such as attachment to the territory, tight links with the local community, its patriarchal culture) have also remained. All these legacies proved to be highly functional for the gang's new role as the local autonomous ruling regime.

The Kazan gang as a local institution

The social basis of the gang is the local territory. The gang is even called 'the street' (*ulitsa*). Different gangs are commonly named after the area in which they are formed (Mirnovskie, Shaturovskie, 56th quarter, Sotsgorod, Telestudiya, etc.), and their members are called the 'lads' (*pat-sany*). The gangs are ethnically mixed, reflecting the mixed and highly assimilated local population⁵ and tend to be young men from the age of

3 This is similar to Italian mafia families, which, according to Letizia Paoli, have remained *communitas* in their essential features, while developing vertical structures of subordination (Paoli, 2003).

4 Although there is police evidence that Tatars are overrepresented in the gangs (Salagaev and Shashkin, 2005, p.155).

5 This is similar to the changes in the social composition of Italian mafia families from 1950s - 1970s, although one difference is that mafia members must have no personal or family links to the police (Arlacchi, 1986).

16-17 up to over 30s with the leaders (the gangs' founding fathers) reaching up to 50. They have substantial memberships, up to 300 people in some areas. Younger boys from the age of 13, who are involved in the local street peer groups, have contacts with the gangs who they aspire to join, but as yet cannot be accepted as formal members.

According to local experts, before the mid 1990s gang members tended to be young men from working class backgrounds, school drop-outs and delinquents. But over the years, as the gangs became institutionalized in the neighbourhood, they started to attract young men from well-off and highly educated families. The majority of our interviewees were university students or graduates. Many came from the families of businessmen, doctors, lawyers and the police⁶. While far from all the parents were aware of their sons' gang involvement, some knew and indeed encouraged it. We were told of occasions when parents gave the young men money to enable them to meet their obligatory contributions to the common fund, *obshchak*, so that they could continue to be in the gang and avoid sanctions for non-payment.

The gang became an institution that locals could turn to if they became victims of crime, committed by people outside the area, whose permission was needed if somebody wanted to open a small business in the neighbourhood, and whose leaders sometimes participated in community projects, building local mosques and churches, providing money for organized events and celebrations, or 'sponsoring' the local police.

The gang's structure

The gang is a hierarchical structure with age-bounded cohorts (there are typically three or four age groups) and a ruling elite –the veterans of over 30 years of age– 'the authorities' (*avtoritety*). Each gang has a leader, who retains this role for life, unless he is incarcerated or dies. The gang also elects a 'supervisor' who monitors all the cohorts, apart from those in the

6 The disjunction between the low status of these boys at school and a high status in the street context is reminiscent of Cohen's (1955) analysis of delinquent subcultures.

highest age group. He is present at all gang meetings and is expected to spend a lot of time observing the rank and file. Each cohort has its own supervisor elected by the next oldest age group from its ranks. The younger lads are controlled more rigidly, and are often punished by their supervisors (fined, beaten up and even expelled from the gang) for various violations of discipline: for example, non-attendance at meetings, non-contribution of money to the common fund, fights with their mates. Transition into higher strata, and to higher status in the gang, is predicated on age and on merit, assessed by a person's behaviour in crisis situations, his bravery and wit, his willingness to support other members of the gang, and his business qualities. The capacity for extreme violence, often a prized quality in other gang ecologies (Yablonsky, 1962; Anderson, 1999), is not a quality that the Kazan gangs value or encourage. On the contrary, people who engage in gratuitous violence are expelled from their 'street'. Every two to three years the gang recruits new members, forming a new stratum, with existing members moving up to more senior groups. There are no initiation rituals, but gang members check each recruit's reputation in the neighbourhood and test his understanding of the gangs' norms of conduct (*ponyatiya*).

Every gang has regular meetings (*skhodniaki*) where business is discussed and at which they give money for the common fund. According to our respondents, these meetings are often very brief affairs (lasting as little as 25-30 minutes) but attendance is obligatory, and if a lad misses one without a reason, he can be punished.

The gangs' rules demand that the punishment is fair and predictable. If a lad violates the group discipline he is usually punished by being marched through a row of older lads (but no more than 30 people), each of whom strikes him with their fists (but never legs) on the head or the upper body two or three times. Sometimes the lads are fined, but it is prohibited to punish for the same act twice (for example, by combining physical and material punishment).

Although the group is hierarchically structured, it can still be described as a fraternity, a closed male society with strong interpersonal bonds and essential equality of status. All members belong to an honoured category of the lads and are entitled to respect and considerable

autonomy –provided that they follow the discipline and rules of the gang. The older lads are not allowed to exploit the younger ones, nor to punish them without a good reason, humiliate them or appropriate their common fund. All the lads have a right to have their own patch (*delyuga*) –for example, a kiosk, gaming parlour or market stall– from which they can extract individual income (although they have to pay tax on it to the common fund). The older *avtoritety* make sure that the younger lads have access to the street productive resources, notwithstanding the fact that their own business interests may be no longer associated with the street.

The solidaristic nature of the gang is very well illustrated by the way that the common fund is collected and spent. All members contribute a weekly or monthly sum, plus up to two thirds of the personal income gained from gang-related activities. The fund is collected by the cohort's supervisor who can then allocate it for a variety of needs. The gang fund supports limited social security (help to incarcerated members or their relatives, payment for medical treatment, money for funerals); legal protection (bribes to police officers and investigators, payment to lawyers, payment of fines) or business needs of the gang (money for investment, petrol and car hire for when the lads go to organized fights or mediation meetings with rival gangs). Nobody can use the fund for any other purposes, and embezzlement from it is punished very severely and leads to exclusion from the group.

The code of conduct

Having developed from a relatively disorganized *communitas* of street peer groups, the gang becomes a type of what Victor Turner called normative *communitas*, an association bound by a moral code and a system of group rules (Turner, 1992, 1995). The discourse of the lads is saturated with references to these rules, or 'notions' (*ponyatiya*). They are invoked when the gang members talk about fights (they need to be seen as fair), or about their behaviour in their own group, their public self-presentation, speech acts and manner of walking and dressing. The notions are extremely important for the group, because they make it a

strong and disciplined unit, capable of successful domination in the world of the streets. They make it possible to develop successful businesses. But above all, I would argue, the notions underpin the social order of the streets, where the lads are positioned as the aristocracy, a closed and morally superior group entitled to subjugation of other groups and appropriation of their resources.

The norms and notions of the gang in its previous incarnation –i.e. those associated with construction of the dominant masculinity (toughness, bravery, quick reaction to possible provocation) as well as the imperative to stand for ones' mates– remain in place. The imperatives of a traditional patriarchal culture are related to the prohibitions on attacks against women and children, or old people, or even prohibition to attack a young man if he walks his girlfriend home (although this notion, we heard, is becoming a thing of the past). The lad must not engage in gratuitous and extreme violence. He should not attack anyone without a reason (although, as the lads admitted, the reason can always be found). These moral prescriptions associated with the traditional construction of the dominant masculinity are not unique to the gang, but form a part of a wider Russian culture (Kosterina, 2006) , and this explains the ease with which the gang recruits local young people –they already implicitly 'understand the notions'.

What makes the gang's code of conduct specific is the fact that it supports the gang's self-production as a status group, the ruling stratum on the street. Weber's analysis of a status group as differentiated from other groups on the basis of prestige, honour or religion (Weber, 1946) seems highly appropriate for this social organization. While religion plays little role in the everyday lives of the lads, the imperatives of prestige and honour are paramount.

The borders of the status group are clear cut and diligently maintained. The lads belong to an exclusive society, and should be never confused with the subjugated commoners –*lokhs* or *chukhans*– or other youth groups (*cherts*). There are considerable anxieties about not being taken for a commoner, or displaying behaviours which are attributed to the latter. For example, the gang's rules demand that a lad should never be seen to be morally hurt or upset by someone's actions (such vulnerability is an

attribute of *lokhs*). He should never be the victim of extortion nor give in to pressure. If somebody calls him a *lokh* or a *chert*, he has to fight. Sometimes potential new recruits are tested by being called *lokhs* by the gang members. If they do not fight, they are turned away. Some economic activities are prohibited for a gang member: he cannot trade (this would make him into a member of the subjugated group), but he can control or own the business of other traders (for example, market traders or increasingly, drug pushers). A more bizarre prohibition is that a lad cannot be a transport conductor –this is humiliating for him and the street.

Being sovereign agents in their own territory, the lads would only accept parity of status with members of other territorial groups. “With some of them we are friends, with some we are enemies... The lads make war and peace, but in any case, they are lads, and you can only deal with them” (Nosok, 27 years). Other young people, and their ways of life or subcultural styles, are of no interest to the lads. Talking about other youth groups, 19-year old Tadjik says: “We don’t care about them. The question is –who belongs to this or that group? If a lad from the street plays in a rock band, he does not stop being a lad. And if a *chukhan* does not have long hair or black leather clothes, he will not become a lad.” Summarising the lads’ attitudes to non-affiliated young people, 17-year old Almaz says, “We do not respect them, they all live like dummies, without notions”. The non-affiliated youth are objects of domination, and in practical terms can be subjected to extortion or racket, not because of their style of clothes or social backgrounds, but because they are a priori inferior to the lads. The lads themselves do not identify with any youth subcultures, and while many of them are interested in football and support specific teams, they do not participate in football-related violence. There is no warfare against members of other youth groups (rather than competing gangs) and the gangs do not attack people simply because they belong to a specific group, such as ethnic or racial minorities, or walk into the gang’s territory. Younger members may start individual fights with someone who they think did not show them enough respect, but overall the gang does not define any other groups, except competing gangs and the police, as enemies. As twenty-six year old Ispug said, “We do not like those people

who try to prevent us from doing our business. This includes the cops, who, under the pretext of following the law, deprive the streets of protection opportunities” [*kryshevanie*].

The gang’s criminal economic activities and violence

One of our interviewees, twenty-four year old Ruslan, characterized the key aim of his group in the following way: “Once we have won our place under the sun, we have one aim: to work, and to keep on working”. This entrepreneurial ethos was shared by most our interviewees. Work consists of offering protection to businessmen, mediating in disputes, and personal and group investment into small business. With the youngsters controlling small scale economic operations, the leaders move to control (and increasingly own) large businesses, such as networks of supermarkets, agricultural holdings, and large-scale drug business.

Violence (or its threat) is an essential resource for this illegal business, and the group cultivates what Volkov calls a “reputation for resolve, or other qualities enabling effective control of possible threats” (2002: 71). For the gang to remain a successful enterprise, it must, as many of our Kazan interviewees stressed, become a recognized force in the city. It can then enjoy an influx of new members, expand its business interests and deal more successfully with the demands of the city authorities and law enforcement agencies.

As I have already mentioned, when they were busy ‘winning a place under the sun’ the gangs were involved in serious violence, but from the mid 1990s the gang wars subsided. The gangs try to control their younger members (who may have violent tendencies) and resolve conflicts peacefully. Once the gang has become an established force in the city, the actual use of violence becomes less necessary and even counterproductive for the group’s interests. Ruslan reported that “we do not fight that often, we try to live quietly and make money. Those youngsters who provoke fights and are looking for trouble, get expelled as elements harmful for the street. So if nobody touches us, we will not get at them. Otherwise of course, we fight and fight very violently”.

The pacification of gangs has also been noted by many of the agents of law enforcement. As M., a representative of the city police said, “The gangs now act in a more reasonable, more intelligent way. There are no more demonstrations of brute force”.

Collective fights

The gang tries to limit any uncontrolled aggression by its members and avoid being dragged into confrontations with other gangs. Fights with other streets are regulated by the need to have a reasonable pretext for violence (such as retaliation for previous assault or response to verbal humiliation) and by prohibition of the use of guns and knives. Nevertheless, conflict between individual members of different gangs or collective disputes over business can easily flare up, and can lead to organized warfare, normally involving the ‘soldiers’ from the younger age cohorts. These conflicts are often resolved through negotiation between the leaders, but if these fail, the younger lads will drive into the territory belonging to the rival gang and attack as many of the gang members as possible. This involves obtaining ‘intelligence’, the addresses of the local lads, and finding the ways to catch them unawares at home or on the street. It is not uncommon to take ‘hostages’. These days (unlike the more violent early periods of the gang’s development) the aim of these wars is to settle scores and demonstrate the gang’s strength, not to kill or maim their adversaries. Sometimes, however, violence overflows and in the heat of the moment the lads can seriously injure or even kill their enemies.

As far as local the non-affiliated youth are concerned, the imperative for the lads is to avoid violence (apart from the cases where their status as local rulers is questioned). The role of the lad as a member of the territorial ruling regime is performed through specific self-presentation. The notions demand that the lad should be careful about what he says. One of the rules is ‘the lad said – the lad did’, meaning that the intentions, claims and promises should have direct and immediate consequences. The lads are not allowed to make empty displays of weapons, and having

produced a knife or a gun should be prepared to use it. This acts to limit the use of such weapons in conflict.

Successful performance of the membership of the ruling regime makes it possible to create discursive domination over the victim, rather than use physical violence. Thus, it is considered to be highly important for the young people to be able to get what they want through the use of verbal techniques ('to be able to speak properly') Gang members are very proud of their capacity to construct the 'right' interaction without the use of physical violence in order to make the victim 'voluntarily' part with his money or possessions (see also Salagaev and Shashkin, 2002; Volkov, 2002) . This capacity means that the threat of legal sanctions for assault or robbery is reduced, and the gang can proceed with its normal business.

The gang and wider society

The gang is not the only power institution in the neighbourhood. While the lads' have almost total control over the local street space, gang members also study in schools and colleges, and interact with the police and employers in the legal sector. Gang members try to inscribe themselves both within their own 'alternative' order and the larger social order in a way that makes it possible for them to successfully navigate both worlds.

For example, in their role as students, the members do not perform their gang identities in a negativistic or aggressive way, and try to play by the rules set by the teachers and lecturers. This seems to be in sharp contrast with young gang members in some American schools, who consistently challenge the school authorities (Garot, 2010), or with the rebellious and negativistic subculture of the English working class lads described by Paul Willis (1977). The Kazan lads' behaviour in schools was described by O., a Kazan high school teacher, in the following way:

I'll tell you that a true gang member, who has a place in the gang's structure, is never rude [to teachers]. He is politeness itself. He will always say 'hello', will help you carry heavy things. Although it's all obviously a 'performance' for the external audience, he will attend all the classes, so that

de jure he will not break the rules. You try to prove that he is doing something wrong outside school...If you challenge him, he looks you openly in the eye and says, prove that I am doing that. And you ask the whole class and they will all confirm that he does nothing wrong.

Similarly, while there is no love lost between the gangs and the police, there is a mutual appreciation of the limits of each institution's power. For example, M., a long-serving representative of an investigative department of one of the police precincts, told us about his negotiations with a gang:

I used to have my own company [sic] , and four people came to my office and started saying that they live there, that this was their territory and that I should pay them. I told them: if you can protect me from the largest gangs in Kazan –Khadi-Taktash, Kvartaly, Centralnye– then come to me, and I will pay you. But I have a different proposition. You can ask me for help when you are incarcerated, and I can help you to get your sentences reduced. One of them was from my area, he recognized me and they just got up and went, and I saw no more of them.

Police use their contacts with *avtoritety* to control low-level criminality and violence of the younger gang members, and this becomes an important tool of crime control (alongside more 'traditional methods' of arrest and prosecution).

Another informant, N., district police investigator, explained:

We know them, they know us, and if something happens, then the older members of the gang are sitting in my office, and I tell them firmly: "Listen, lads, you must solve the problem, if you do not solve it, I will solve it myself. But then I will not look at who of you is right and who is wrong, I will close your shops, take your cars to the car pound and then you'll be trying to get hold of me for years". This normally works and they say themselves: "Fine, we will solve the problem, everything will be all right.

Moreover, while most of the younger gang members have little interest in what goes outside the life of their area, some are actively building political connections. Eighteen year old Timur told us about his mate, also a young gang member, who goes to the meetings of the regional branch of

the country's ruling party, 'United Russia': "This lad cannot string two words together properly. I asked him, why do you need all this? And he explained that he develops useful connections". The older *avtoritety* are frequently represented in the local democratic bodies and even in the Russian Parliament. But equally, the gangs' resources and networks are seen as highly important for the lads' future. Almost all of the gang members we talked to planned to combine legal careers (in government, business, law, or on construction sites) with continued involvement in the life of the criminal fraternity.

Moscow: Territorial Elites

Like other Russian cities, Moscow has a tradition of youth street socialization, which takes place in peer networks of various levels of organization (Gromov, 2009). Some areas host youth territorial groups, which reproduce themselves from generation to generation. Boys and young men of school age spend time together in the courtyards of residential blocks of flats and 'defend' the local territory from outsiders. While older Moscow residents remember the whole of the city being divided into different groups' territories, nowadays these groups tend to be concentrated at the outskirts of the city, in residential projects built in the 1970s-1980s for working class people recruited by the Soviet industrial planners to work at the local factories. This pattern of territoriality confined to the city periphery seems to be characteristic of large urban settlements in Russia, although in small and medium-sized towns territorial groups tend to be geographically more dispersed (Golovin and Lurie, 2008).

In the late 1980s and early 1990s many of the Moscow groups started developing on similar lines to those seen in Kazan, transforming themselves into 'violent entrepreneurs', developing racket and protection networks. This was particularly the case in the depressed Moscow suburbs of Lyubertsy and Solntsevo (Gromov, 2006). But by the 2000s, with the growing economic prosperity in the Moscow region, these groups started to disintegrate and their members (those who survived the violent gang wars) turned to legitimate or semi-legitimate activities.

In 2005-7, when we conducted our research, Moscow youth territorial groups were largely engaged in what would seem to be 'recreational violence', attacking passers-by and harassing their weaker peers for money or mobile phones. But the violence was far from purely anarchic and situational. It had its organization and logic, but unlike the Kazan gang's violence, it was not aimed at being sovereign agents in their neighbourhood, but, I would argue, at reproducing the lads' status as a core reputational group. They see themselves as members of an honourable male group, forming the core of street sociability in their neighbourhood and feeling superior to those young people who do not participate in their street pursuits. Coming from working class backgrounds, they may lack resources to succeed in the formal structures of the society (such as education or employment), but when it comes to controlling social interactions in a courtyard, park, street and other local arenas, it is they who have an upper hand. Their street power is sustained not by their individual fighting prowess or knowledge of a violent 'code of the street', but by their membership of the privileged peer group.

The network as a local institution

Street networks in Moscow typically comprise several friendship groups of six to eight members living in the same block of flats or blocks of flats from the same or neighbouring courtyards. The core contingent of the friendship groups are aged from thirteen to seventeen.

The members of territorial groups in Moscow (who, like their Kazan peers, also call themselves the 'lads'), hang out together on the streets in the warm time of year, or in underground cellars and lofts during winter, listen to music, go to football matches or the cinema, make trips to local forests to enjoy a barbeque in the summer or go skiing in winter. Little boys and sometimes girls from the age of seven or eight ('the little ones') can affiliate themselves to the network, although they are not considered real members, and they do not take part in collective practices of violence. Unlike ethnically mixed Kazan gangs, contemporary Moscow networks tend to be composed of ethnic Slavs. This does not mean that young

members of ethnic minority groups are not present in these territories. On the contrary, as the housing prices in these peripheral areas of Moscow are relatively low (at least compared to more central areas), they have attracted significant migration, particularly from the Caucasus and Central Asia, creating inter-ethnic problems. But, while members of other ethnic communities increasingly live side by side with the lads in their blocks of flats, according to our interviewees, they cannot normally become members of their groups.

Unlike members of Kazan gangs, Moscow lads not only sustain close relationships with other members of their street groups, but actively socialize with their classmates and young people from other areas. Many have strong identifications with football teams, and participate in football-related violence. However, their predominant identities and concerns are territorial, linked to the 'defence' of their local turf.

While the members of the Kazan gangs come from a variety of social backgrounds, Moscow territorial groups unite young people from predominantly working and low class backgrounds. Although peripheral to the booming Moscow economy and largely deprived of access to the prospects of spectacular enrichment which possess many Muscovites' imaginations, the local communities where these territorial networks took root cannot be called excluded or seriously deprived. In the 1990s, with the economic crisis and collapse of law and order following the end of the Soviet Union, some of these territories lost much of their industrial base and became seriously criminalized. But by the beginning of the 2000s, with economic recovery and increased power of the Russian state, mafia activities had largely subsided, as had group crimes committed by teenagers (Nurgaliev, 2006). As a prosperous city with very low levels of official unemployment throughout the 2000s (under 1%), Moscow seems to present sufficient opportunities for mainstream educational and labour mobility. Our young interviewees were generally optimistic about their chances of either going to university or getting jobs as skilled manual workers, with a common aspiration for young men of becoming car mechanics or opening their own car service stations. In any case, for young males, the period of Army conscription (between 18 and 20 years at the time of our fieldwork) presented an almost inevitable precursor to adult life.

Most of our interviewees were poorly integrated into society by the system of education. Almost all were psychologically alienated from school, where they struggled academically and where they felt the odds were against them. Many missed weeks and months of school. For the time being their main habitat was the street. Here they could prove their worth and learn important social competencies which they felt would serve them well in the later life, turning them into 'true' men able to stand up for themselves.

Group's structure

Unlike the youth territorial ruling regimes of the Kazan type, the Moscow networks have no strong social organization (although some have informal leaders), no distinctive age stratification, no organized entry or exit, and no obligations to pay money into a collective fund, nor do they follow the same norms of internal discipline.

The Moscow network seems instead to be a classic case of Turner's spontaneous *communitas*. Our interviewees described the culture of sociability and solidarity existing among street youth, and the normative requirement for a young man to be part of a street network (instead of spending his time doing homework and following the prescriptions of family and school). In the interviews and focus groups young people emphasized the following imperatives for a lad's behaviour: "A normal lad should always have friends in the territory where he lives", "He has to have a group", "A lad can't run away if his friends are in trouble. He has to rush to help his friends if he sees that they're in trouble. If he pretends that he can't see anything, he's not a lad". "A lad doesn't lie, doesn't snitch. He doesn't help the police".

Similarly to the Kazan gangs, concern about respect towards other members of the territorial network, including the younger lads ['the little ones'], was expressed in many interviews: "One shouldn't humiliate others, be they older or younger". "If you can do something yourself, you don't ask a little one. Let's say there is a pack of cigarettes, and he's sitting over there, and you tell him, "Go get me the cigarettes". That's wrong. If an older guy sees this, he'll hit you. You must respect the honour of oth-

ers and their dignity”.

While feeling that they were the members of the reputable core of the local youth, the lads despised the young men who do not join their street groups and back down from fights, the so called *botanists* (a category similar to the American ‘punks’ or ‘herbs’ (Wilkinson, 2003). The status of the lads as members of the core youth group in the street is confirmed through their treatment of *botanists*, who are almost never subjected to physical assaults, but who can be humiliated, harassed and also in some cases forced to pay ‘tribute’.

Territorial peer networks as street elites

The Moscow lads see themselves very much as the masters of the local streets. They ‘police’ their piece of turf, courtyard or district, fight with their ‘enemies’ and intruders from other areas, and in doing so act upon the ageless prescriptions of how a male of their age group should behave outside home. Moreover, they place a high emphasis on collective rules of ‘respectable’ violent conduct and specifically, on verbal rather than physical techniques of intimidation. Far from the imperative to prevail individually over randomly picked victims, their violent practices are guided by the aim of the reproduction of their collective dominance in the local space. As the interviews showed, this is reflected in their socialization into the rules and prescriptions of violent conduct, their categorizations of appropriate enemies, their self-representation as a local youth’s reputational community, and developed repertoires of performative violence.

The Moscow lads’ groups, I suggest, can be categorized as territorial groups seeking elite status. This leads to quite specific violent practices, which are different from those of the delinquent peer groups seeking situational domination by any means available described by Anderson (Anderson, 1990, 1999) and Katz (Katz, 1988), or from the organized gangs of Kazan using violence for the purposes of sustaining their sovereign control over their neighbourhoods.

The lads’ collective identity construction as the representatives of the local turf becomes juxtaposed to that of the ‘enemies’. Young people who

are members of youth subcultural groups (for example, punks or rappers), members of other street groups, or visible homosexuals can all be designated as enemies and subjected to violent attacks. Ethno-nationalist discourse is an important part of the construction of “us” and “them”, and people from Central Asia or the Caucasus become suitable victims for the lads. These people (lumped together under the designation of ‘blacks’) are also associated with transgression and pollution. They, it is claimed, intentionally violate Russian customs and traditions, have a higher birth rate than the locals and will soon outnumber the latter, and they allegedly bring drugs into Russia and corrupt its youth (it is worth noting that many of the lads we talked to habitually consumed drugs themselves).

The lads also develop defensive obsessions and fears of the outside. In interviews and focus groups they explained that one or two people coming from a different area may be or may not be attacked depending on the mood of the local lads. But any sizeable group risks sanctions – “they may come back home without money, without mobile phones, and beaten up as well”. Increasingly, young people from exclusive residential developments built on the borders of the lads’ own turf are seen as the lad’s enemies. The lads resent the intrusion of affluent outsiders into their territories, and attack them to show ‘who is the boss’.

The lads perceive themselves as collective masters of the streets. Their ownership of the local territory is sustained through effective performances that are meant to show people with ‘subordinate’ masculinity (Connell, 1987), the *botanists* and *lokhs*, that they are marginal to the local street community. As with their Kazan counterparts, the Moscow lads achieve this through their self-presentation, particularly through specific verbal skills. This is how the lads, participants of a focus group with 16-17 year old boys, described their use of such conversational devices in such encounters:

“You can talk to a guy for five minutes and he will give you everything, and he won’t even go to the police”.

“Say you see a guy standing there drinking beer. You’ll have a cigarette, but you’d still go to him and ask for one. And you will pretend you are upset, you urgently need money because somebody is not returning their debt. And you’ve lost your mobile phone. Let’s sell yours, and tomorrow

we'll get you the money back. You must understand, mate, shit happens. He's not comfortable, but after you talk to him for 20 minutes, he gives you his mobile phone, and you leave him your phone number, which isn't real".

"I sit and talk to him, and I can see from his reaction that he is nervous. And I say, 'Come on; give me your mobile phone. I'll get it back to you in an hour'. He doesn't know what to do, and I draw a line –that's it. I need it now." And he gives me his mobile phone. I take it and walk away with it."

"I tell him, give me the money; I'll give it back to you tomorrow. He gives me the money, and tomorrow I'll tell him to get lost. He'll become a 'sufferer' [a passive victim, liable for further extortion] forever".

The code of conduct

Like the Kazan gangs, the Moscow lads also follow certain normative prescriptions, although the role of the 'notions' in their lives seems to be much more limited, and mainly relates to their self-construction as the core status group among the local youth. While their hegemonic masculinity needs to be constantly confirmed, they also have to establish some semblance of 'fair play', at least on the level of post-hoc justifications and rationalizations. There has to be some parity of forces for an honourable victory over enemies. For example, it is not considered proper for ten youths to attack one, to fight with women or children, or to start a fight with those who are physically weaker, the *botanists*.

Nevertheless, we heard of frequent occasions when such attacks do happen. No sanctions exist for violation of any normative prescriptions, except for stealing from one's mates, living them in trouble or snitching to the police –in these cases beating and expulsion from the group inevitably follows. The weakness of normative brakes on violence is inevitable as the street unit obsessively looks for the 'Other', and enemies are found from the available territorial, ethnic and cultural groups. Sometimes a minimal marker of an 'alien' identity it is enough to mobilize aggression. For example, as Russian young men often perform their street masculinity by walking and drinking beer from a can or a bottle,

this practice can mark them as suitable enemies. If a guy walks with a can of beer in his hands in an alien territory, he risks being attacked.

“Let us take E., for example. He is the leader in the 1st micro-district. He would not try to get at a twelve-year old. If somebody is walking home from school with a briefcase, he would not touch him. But if a guy from outside the district walks with a beer in his hand looking all clean, then he would tell him, Let me stain your clothes a little. And so it [violence - SS] starts...” (Andrei, 14 years).

The lad's criminal economic activities and violence

Sharing many of their pursuits with mainstream youth, the lads were also involved in criminal and violent activities. Some of them sustained their street lifestyle by petty crime (mainly through stealing and shoplifting). The nature of crime was primarily social rather than economic –any money ‘earned’ by delinquency was quickly spent on playing gaming machines and on beer, alcohol and marihuana, consumed together with friends. The lads stole cars –sometimes to sell for tiny sums of money to local criminals, but often simply for fun, to do some joyriding and then abandon the vehicles.

While criminality was generally episodic and was not displayed by all the groups or their members, everybody was involved in violent control over their neighbourhood. This included intimidation of the non-affiliated youth, and warfare, aimed to ‘protect’ their territories and prove their elite status on the streets. Some of the lads extorted money, watches and mobile phones from other young people (non-affiliated local youth and outsiders who ‘intruded’ into the local territory). Others were not involved in any acquisitive crime and only participated in fights. Unlike in Kazan, there are no institutionalized neighbourhood gangs that recruit young people for organized crime. For most of the lads street crime, if it happens at all, is inseparable from the overall goal of reproduction of the group as collective masters of the street. Young men use it to confirm their power in their area, demonstrating the right to dictate the rules of behaviour to other participants of the street space. Street victimization is

only partially oriented towards material gains, being an instrument of sustaining the group's territorial domination (see also Dowdney, 2005; Hallsworth, 2005; Rodgers, 2009).

This social nature of crime was perhaps best expressed by fifteen year-old Alexei, who, answering my question, how to qualify the fact that his group made passing teenagers give them their mobile phones, and broke open game machines, said: "There were no criminal acts on our part. One can say that this was bad behaviour. We grow up, and with time absorb something from the street. Unlike the kids who walk the streets with their Mums. There are given everything. And us... When we have no money, we must think of something". The fact that 'bad behaviour' may constitute criminal offence does not negate the fact that for the young people this behaviour is contingent on their street way of life. It allows them to continue their collective street existence. The bad behaviour is supposed to stop when they grow up, become adults, start work and family and leave the street groups.

Collective fights

One of the key cultural practices of the Moscow lads is arranged combat –a ritual where members of different territorial groups meet to stage a fight under certain conditions and limitations.

There are frequent occasions in the lads' lives when one or several of them become outnumbered by members of a street group from a different area. Such a situation may be resolved without paying a high physical cost or becoming dishonoured by running away. The young men can fall back on their status as members of an honourable caste of 'warriors' and request parity of forces with the members of a different territorial group. They might make a case for postponing the fight to a future date, when the balance of forces would be fairer. As 17-year old Mikhail said, "If I am caught on my own in enemy territory, I wouldn't want to be beaten up. I'd say, listen, I am on my own, and there are several of you. Let me get together with my lads and we will sort it next Sunday".

Apart from being a way to resolve individual confrontations, arranged combats are used by different street groups to test their strength, settle

disputes or confirm territorial boundaries. In Moscow as in many other Russian urban areas, these fights tend to take place in neutral areas or, in a trope reminiscent of medieval culture, on a bridge over a river separating two areas, or, in winter, on a frozen river (Golovin and Lurie, 2005).

Arranged combat limits the risks and dangers of violent confrontations. While neither a *botanist*, nor, say, a young punk or a rapper (people who do not belong to the 'master' caste) can make such a case successfully, the members of the street elite group can be allowed by their opponents to postpone the fight and turn it into a staged form. The lads agree in advance on the approximate number of fighters and whether weapons (such as chains, clubs or knuckledusters, but never guns or knives) can be used. The friends of the lads often come to watch the fights and record them on their mobile phones (later these videos end up on YouTube). The fight is turned into a festivity which celebrates violence and unleashes collective emotions and energies.

Arranged fights are perhaps the only events in the life of a territorial group in which a young man must participate. If he is summoned to such a fight, he must have a very good reason not to come; otherwise his reputation can suffer irreparably. Apart from being away at the time, a mother's illness is the only acceptable excuse.

The Kazan gangs never engage in staged collective fights (although the older members remembered such events), which they see as pointless and 'childish'. Their warfare moved away from such archaic rituals. Apart from anything else, the Kazan lads would not want to be publicly seen in large numbers having fights, as this would put them under risk of prosecution which is bad for business. Nevertheless, the Kazan gangs' periodic military operations and the arranged combats of the Moscow groups' serve similar aims: strengthening of solidarity bonds within the groups, mobilization of the lads for the defence of each other's and collective honor, and confirmation of the territorial boundaries. In both cases, agreed-upon rules of collective fights limit violence to more controlled and ordered forms (Bloch, 1986; Ben-Ari and Fruhstuck, 2003; Girard, 2005; Collins, 2008).

The territorial networks and the wider society

As I have already mentioned, the lads tend to do badly at school. They are often viewed by teachers and school psychologists as stereotypical young delinquents. It would be wrong, however, to describe them as somehow marginal or socially excluded. In fact they are over-included in the local space, where all their most important interactions take place. They participate in ground-level social regulation, but unlike the Kazan gangs, they have little real power. While being a core street status group, they have no influence or authority apart from the situational control over local *botanists* and *lokhs* or ‘intruders’ coming into the lads’ territories.

The lads are not the only agents of violence in the territory. There are other formal and informal power structures there as well. The lads try to establish ‘good’ (often meaning corrupt) relationships with representatives of the local police force. Far from challenging police authority or openly ‘disrespecting’ the representatives of law and order, some lads proudly reported their ‘friendship’ with junior policemen and boasted of the fact, that if they are arrested and taken into a police station, their mates or older members of neighbourhood networks will be able to arrange their release.

For all the poetry of violent endeavour, the cult of masculinity, risk and spontaneity, the lads orientate themselves very well among the different vectors of violence transecting the urban environment, and they try to move carefully between them in order not to get into trouble. However much they may want to have a joy ride in an expensive foreign car, they would rather steal a cheap Lada than risk crossing a rich car owner, who may have ‘real force behind him’. They also avoid making trouble in the city centre. As participants of focus groups reported, “There are many racketeers in the centre. There is big money there. That is why it’s tougher there”; “You never know who you may come up against there”. They only travel to the centre of Moscow to have fun, go to a cinema or a bar or play in gaming arcades. Thus, violence is territorially bound, with the lads attempting to control their piece of turf without challenging other power regimes.

Conclusion

As Mike Davis has argued, contemporary gang studies often avoid looking at the complex realities of street organizations and fail to explore their histories. He points out that while gangs indeed share a “generic logic—the informal ownership of the street through a local monopoly of force”, specific configurations of these informal spatial monopolies remain occluded by the tendency of mainstream criminology towards overgeneralization and pathological representation of adolescent street cultures (Davis, 2008: xii). With some notable exceptions (for example, Rodgers, 1999; Kontos et al., 2003; Brotherton and Barrios, 2004), current gang literature lacks a systematic examination on the gangs as solidaristic social organizations, whose existence is not limited to instrumental pursuit of criminal ends and/or destructive violence.

The literature on street violence tends to view violence as an individual resource, used by sections of disadvantaged youth living in low-income areas to compensate for the lack of mainstream opportunities and achieve street reputation, status, or access to limited goods. Low-class young men are seen to mobilize violence in a project of individual identity construction, to displays of dominant masculinity and campaigns for respect. Street violent actors are also commonly seen as profoundly individualistic, fatalistic and displaying distrust of anyone else on the streets (Messerschmidt, 1993; Barker, 2005; Mullins, 2006).

Even for Elijah Anderson, who explicitly posited the existence of the ‘code of the street’ in US ghetto areas, the main focus of such a code is seen too as affirmation of individual reputation and respect rather than any collective projects. Individuals must observe the code in order to avoid being victimized and get access to scarce goods. As Anderson argued, in the predatory culture of the streets, those who subscribe to its ‘code’ “tend to approach all persons and situations as part of life’s obstacles, as things to subdue or to ‘get over’. To get over, individuals develop an effective ‘hustle’ or ‘game plan’, setting themselves up in a position to prevail by being ‘slick’ and outsmarting others” (Anderson, 1999: 37). Ultimately, through cunning and ruthless behaviour, ghetto youth ensure their individual survival.

The case-studies of Moscow and Kazan street organizations have demonstrated that in both cases young people pursue projects of collective reproduction. The lads follow the imperatives of traditional masculine socialization which dictate the need for young boy to grow up as a part of collectivistic structures, participate in street brotherhoods and learn mastery over violence in the group context. While masculine socialization presupposes aggressive displays of domination, in the process of socialization in established street cultures, the lads acquire the ability to avoid extreme confrontations and use cultural knowledge –rules of self-presentation, including manners, talk etc.– in order to prevail without using excessive and unnecessary force. Other practices described in this chapter –participation in violent rituals such as arranged fights and organized warfare– serve to regulate street interactions and may act to reduce the threat of extreme violence.

In certain historical situations, when, as occurred in Russia in the 1990s, the state loses its capacity to create effective systems of law and order, and ordinary citizens experience life as profound social crisis (Shevchenko, 2009), the street gang may become one of the few institutions united by immediate bonds of solidarity and trust. As Hesse explained when writing about the Sicilian mafia,

Because of the weakness of the coercive machinery of the state there is an absence of a legal order and of the sanctions which lend dependability and durability to relationships in heteronomous groups. But this lack has no bearing on the possibility or stability of relationships in autonomous groups whose norms are not sanctioned by public law... The bonds within these primary groups or informal groupings are felt clearly and as an obligation (Hesse, 1992: 37).

The ability of street organizations to sustain close personal bonds and collective identities, coupled with their capacity to manage violence, allows these groups to become agents of economic, social and political power in their neighbourhood, and participate in power-sharing with state institutions. This requires reconfiguration of the gangs' practices and a much stronger self-organization. Non-instrumental street violence, directed at categorically defined enemies, such as ethnic minorities, members of

youth subcultural groups or people of different economic status (which is a feature of Moscow territorial networks) loses its currency for Kazan-type entrepreneurial gangs. They have their sights fixed on placing their groups at the heart of larger political economy and systems of social regulation. This requires control over excessive violence to which younger members may be prone, and accommodation with a range of formal institutions, from the police to schools and universities.

As we have seen, over the last 40 years, Russian street social organizations have developed very different structures, and *raison d'etres*. Some have remained street peer groups, aspiring to be reputational youth elites. Others have moved to become 'violent entrepreneurs' and autonomous ruling regimes. This proves that there is no such thing as 'the gang'. Young people's organizations are historical agents, reacting to, and influencing, the wider re-configuration of social order.

Any interventions with the 'gangs' need to take account of the group's specific characteristics. While for some young men their street associations are a part of their transition to adulthood, others see them as vehicles to alternative careers and social mobility. For the control agents to use the same repressive sledgehammer to all of these groups would be totally misguided. Also, the 'war against gangs' may even inhibit scenarios where more effective control can be achieved over the gangs' criminality and violence through negotiation rather than engaging in a destructive spiral of violence, persecution, incarceration and more violence.

Bibliographic references

- Anderson, E. (1990). *Streetwise: Race, Class, and Change in an Urban Community, Chicago*. Londres: University of Chicago Press.
- (1999). *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*. Nueva York; Londres: Norton.
- Arlacchi, P. (1986). *Mafia Business: The Mafia Ethic and the Spirit of Capitalism*. Verso.
- Barker, G., (2005). *Dying to Be Men: Youth, Masculinity and Social Exclusion*. Londres: Routledge.

- Ben-Ari, E. y S. Fruhstuck (2003). "The Celebration of Violence: A Life-Fire Demonstration Carried out by Japan's Contemporary Military". *American Ethnologist*, 30 (4): 540-555.
- Bernshtam, T. A. (1988). *Molodyozh V Obriadovoi Zhisni Russkoi Obshchiny Xix - Nachala Xx Veka: Polovozrastnoi Aspekt Traditsionnoi Kultury*. Leningrado: Nauka.
- Bloch, M. (1986). *From Blessing to Violence: History and Ideology in the Circumcision Ritual of the Merina at Madagascar*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Blok, A. (1974). *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960: A Study of Violent Peasant Entrepreneurs*. Oxford: Blackwell.
- Brotherton, D. y L. Barrios (2004). *The Almighty Latin King and Queen Nation: Street Politics and the Transformation of a New York City Gang*. Nueva York; Chichester: Columbia University Press.
- Cohen, A. K. (1955). *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*. Glencoe, Ill: Free Press.
- Collins, R. (2008). *Violence: A Micro-Sociological Theory*. Princeton - Nueva Jersey; Woodstock: Princeton University Press.
- Connell, R. (1987). *Gender and Power: Society, the Person, and Sexual Politics*. Cambridge: Polity.
- Davis, M. (2008). "Foreword. Reading John Hagedorn". En *A World of Gangs: Armed Young Men and Gangsta Culture*, J. Hagedorn (Ed.). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Dowdney, L. T. (2005). *Neither War nor Peace: International Comparisons of Children and Youth in Organised Armed Violence*. Rio de Janeiro: Viva Rio / ISER / IANSA, 7Letras.
- Garot, R. (2010). *Who You Claim: Performing Gang Identity in School and on the Streets*. Nueva York: New York University Press.
- Girard, R. (2005). *Violence and the Sacred*. Londres y Nueva York: Continuum.
- Golovin, V. V. y M. L. Lurie. (2005). "Boi Na Mostu, Ili S Kem Voyuyut Podrostki". En *Mir I Voina: Kulturnye Konteksty Sotsialnoi Agressii*, I. O. Ermachenko y L. P. Repina (Eds.). Moscow: IVI RAN.

- (2008). “Ideologicheskie I Territorialnye Soobshchestva Molodyozhi: Megapolis, Provintsialnyi Gorod, Selo”. *Etnograficheskoe obozrenie*, 1: 56-70.
- Gromov, D. V. (2006). “Lyuberetskie Ulichnye Molodyozhnye Kompanii 1980-Kh Godov: Subkultura Na Pereput'e Istorii”. *Etnograficheskoe obozrenie* (4): 23-38.
- (2009). *Molodyozhnye Ulichnye Gruppirovki: Vvedenie V Problematiku*. Moscow: IEA RAN.
- Gurov, A. (1990). *Professionalnaya Prestupnost'*. Moscow: Yuridicheskaya literatura.
- Hallsworth, S. (2005). *Street Crime*. Cullompton: Willan.
- (2011). “Gangland Britain? Realities, Fantasies and Industry”. En *Youth in Crisis? 'Gangs', Territoriality and Violence*, B. Golston (Ed.). Londres y Nueva York: Routledge.
- Hesse, B. (1992). *Beneath the Surface: Racial Harassment*. Aldershot: Avebury.
- Katz, J. (1988). *Seductions of Crime: Moral and Sensual Attractions in Doing Evil*. Nueva York: Basic Books.
- Kontos, L., D. Brotherton y L. Barrios (2003). *Gangs and Society: Alternative Perspectives*. New York: Columbia University Press.
- Kosterina, I. V. (2006). “Skinkhedy I Gopniki: Raznye Liki Agressivnoi Maskulinnosti”. En *Konstruirovaniye Maskulinnosti Na Zapade I V Rossii*, I. A. Shkolnikov y A. V. Shnyrova (Eds.). Ivanovo: Ivanovskii tsentr gendernykh issledovaniy.
- Messerschmidt, J. W. (1993). *Masculinities and Crime: Critique and Reconceptualization of Theory*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield.
- Mullins, C. W. (2006). *Holding Your Square: Masculinities, Streetlife, and Violence*. Cullompton: Willan.
- Nurgaliev, R. (2006). “Speech in the State Duma”. En www.mvd.ru/news/8185.
- Paoli, L. (2003). *Mafia Brotherhoods: Organized Crime, Italian Style*. Oxford: Oxford University Press.
- Rodgers, D. (1999). *Youth Gangs and Violence in Latin America and the Caribbean: A Literature Survey*. Washington DC: the World Bank.

- _____ (2009). "Living in the Shadow of Death: Gangs, Violence and Social Order in Urban Nicaragua, 1996-2002". En *Youth Violence in Latin America*, D. Rodgers y G. A. Jones (Eds.). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Salagaev, A. (2001). "Evolution of Delinquent Gangs in Russia". En *The Eurogang Paradox: Street Gangs and Youth Groups in the U.S. And Europe*, M. Klein, H. J. Kerner, Ch. L. Maxson y E. Weitekamp. (Ed.). Dordrecht Boston: Kluwer Academic Publishers.
- Salagaev, A. y A. Shashkin (2002). "Nasilie V Molodiozhnykh Gruppirovkakh Kak Sposob Konstruirovaniya Maskulinnosti". *Zhurnal Sotsiologii i Sotsialnoi Antropologii*, 1 (5): 151-160.
- _____ (2005). "After-Effects of the Transition: Youth Criminal Careers in Russia". En *Youth-Similarities, Differences, Inequalities. Reports of the Karelian Institute*, V. Puuronen, J. Soilevuo-Grønnerød y J. Herranen (Eds.). (Vol. 1). Joensuu: University of Joensuu.
- Shchepanskaya, T. B. (2001). "Zony Nasiliya (Po Materialam Russkoi Sel'skoi I Sovremennykh Subkulturnykh Traditsii)". En *Antropologiya Nasiliya*, V. V. Bocharov y V. A. Tishkov (Eds.). Sankt-Peterburg: Nauka.
- Shevchenko, O. (2009). *Crisis and the Everyday in Postsocialist Moscow*. Bloomington; Indiana: Indiana University Press.
- Stephenson, S. (artículo no publicado). "The Kazan Leviathan: Russian Street Gangs as Agents of Social Order". *The Sociological Review*.
- Thrasher, F. M. (1927). *The Gang. A Study of 1,313 Gangs in Chicago*. Chicago: University Press.
- Turner, V. W. (1992). *Blazing the Trail: Way Marks in the Exploration of Symbols*. Tucson: University of Arizona Press.
- _____ (1995). *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Volkov, V. (2002). *Violent Entrepreneurs: The Use of Force in the Making of Russian Capitalism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Wacquant, L. (2006). "Three Pernicious Premises in the Study of American Ghetto". En *Gangs in the Global City. Alternatives to Traditional Criminology*, J. M. Hagedorn (Ed.). Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

- Weber, M. (1946). "Class, Status, Party". En *From Max Weber: Essays in Sociology*, H. H. Girth y C. W. Mills (Eds.). Nueva York: Oxford University Press.
- Wilkinson, D. L. (2003). *Guns, Violence, and Identity among African American and Latino Youth*. Nueva York: LFB Scholarly Pub.
- Willis, P. E. (1977). *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*. Aldershot: Ashgate.
- Yablonsky, L. (1962). *The Violent Gang*. Nueva York: MacMillan.

‘Cocaine Queens?’: the transnational transfer of anti-feminist backlash

Jennifer Fleetwood*

In 2010, The Miami Herald declared *Women break through glass ceiling - of drug-dealing underworld* (2010). The article describes two women from Latin America who are allegedly ‘Queen Pins’ in the international cocaine trade. Is feminism really to blame? And what are the implications of claims like this for criminal justice in the global North West where this report originates and in Latin America where both women appeared in court?

This paper documents how feminism is increasingly being used to explain women’s involvement in the cocaine trade, especially those women the press have labelled ‘the cocaine queens’. This can be understood as part of an anti-feminist backlash. This poses a significant challenge for resisting gendered oppression, given that feminism is an established strategy for resistance. The second part of this paper examines the implications of backlash for criminal justice in the global northwest, specifically in reference to drug trafficking offences (which here refers to international trafficking rather than street level trade). Research has concluded that policies premised on ‘equality’ punish women disproportionately. This backlash has international implications; these same policies have been exported to Latin America through the ‘war on drugs’. Although Ecuador has successfully resisted the imposition of such poli-

* University of Kent, UK. The author would like to formally thank FLACSO and John Jay for inviting her to the First International Conference ‘Beyond Gangs’ in Quito, Ecuador, October 2010. This was an extremely fruitful and inspiring 3 days. Special thanks to Mauro Cerbino and Luis Barrios.

cies in recent years, questions remain about the need for gender sensitive criminal justice policies. Three sets of connections underpin the paper. Firstly, I will be making connections between anti-feminist discourses used to describe 'gang girls' and media reports about the 'cocaine queens' global northwest. Secondly, I draw out the connections between these anti-feminist discourses and the way that women's involvement in the cocaine trade has been punished. Thirdly, I examine how the above concepts about crime and punishment travel between the global north and south through the transfer of policies through the 'war on drugs'. This paper concludes by considering the implications of anti-feminist backlash for activists and academics.

From mules to monsters: the 'new female criminal'

Until recently, women in the international drug trade were portrayed almost exclusively as drug mules. In the early 1990s western media focussed on the 'plight' of drug mules; in the UK and the USA, reports focussed on black women from third world countries specifically. In 1993, The New York Times described a mother from Haiti who was 'terrorized by thugs into strapping a pound of cocaine to her body' who eventually had the charges against her dropped. Around the same time, The London Guardian reported on the plight of foreign national mules imprisoned in the UK. The Guardian quoted a representative of the National Association of Probation Officers:

They are the exploited pawns of the drug barons and are being punished as if they were master criminals... These women often come from remote Third World communities. They embark on their trips without the faintest idea of the sentencing policy of the British criminal justice system. The Government must introduce a sentencing distinction between the evil traffickers and their courier victims, who should get shorter terms. (Harry Fletcher, cited in Guardian, 1990)

Both reports characterise the typical drug mule as a victim and as exclusively female. Portraying women as mules (and only as mules) relies on and reinforces gendered dichotomies in which men are assumed to be the brains of the business and women are the bodies; men are powerful and women are passive. This dichotomy perpetuates gendered stereotypes of women as essentially caring and passive whilst at the same time reinforcing the myth of the evil (male) trafficker as a ‘suitable enemy’ (Christie, 1994).

In recent years a competing discourse has emerged: that of the ‘cocaine queen’. In direct contrast to previous discourses which emphasised victimisation, this ‘new’ discourse emphasises women’s agency. Media interest has shifted from women mules towards women who allegedly occupy significant roles in the cocaine trade, for example Sandra Avila Beltran (from Mexico) and more recently Angela Sanclemente (from Colombia). Reports have unvaryingly depicted them as stereotypical *femmes fatales*, amoral, vacuous women who use their good looks instrumentally (rather than to please men) (Jewkes, 2004). Sandra Avila Beltran (or ‘The Queen of the Pacific’) is described as a powerful player in the drug trade. Reports claimed that she was involved in drug trafficking at a high level and was laundering millions of dollars. News reports attribute her success in the drugs industry to the way she ruthlessly employed her sexuality: “she seduced many drug king-pins and upper echelon police officers, becoming a powerful force in the cocaine world through a combination of ruthless business sense, a mobster’s wiles and her sex appeal.” (The New York Times, 2010)

Reports revel in the fact that she succeeded in a trade steeped in violence as a woman. Misogynistic media reports described her as ‘sexy’, ‘stylish’, ‘graced with both charm and beauty’ (Newsweek, 2007; The Guardian, 2007). Avila Beltran was acquitted, although this was barely covered in English language news (Associated Press Online, 2010). Angela Sanclemente was arrested in May 2010 in Argentina after ‘going on the run’. CNN reported that she was the ‘queen pin’ of an international drug smuggling operation which employed female models as drug mules (2010). CNN describe how she allegedly ‘spent tuition fees on silicone breast implants’ and lied to win a beauty pageant as evidence of her

ambition, ruthlessness and vanity (2010). Interestingly, both articles make explicit their subject's expensive tastes in fashion. On the one hand, this appears to be an attempt to denigrate their financial power and successes in the drug trade. On the other it appears to make characterise them as a caricature of the post-feminist consumer: empowered, selfish and vain.

More significantly, media reports have claimed that women's success in the drug trade is a new phenomenon which has resulted from the emancipation of women. This is made explicit in an article in *The Miami Herald* titled *Women break through glass ceiling-of drug-dealing underworld* (2010). The *Miami Herald* cites Victor Ronquillo, (author of a biography of Beltran) who claims that: "It has a lot to do with what is happening in society. Women begin to take on a leading role and this is also reflected in narco-trafficking" (2010). In the UK, Tony Thompson, in an article in the *London Guardian* titled, *Britain's girl gangsters are getting ready to fight their way to the top*, claims that the effects of female emancipation can be found at all levels of organised crime. From all-girl gangs named 'Girls Over Men' to Angela Sanclemente's 'all-women gang that smuggles cocaine', Thompson's message is clear: women's participation in crime is the dark side of female liberation (*The Observer*, 2010). Like the above articles he cites an expert, who claims that "Women were largely relegated to subordinate roles as girlfriends and gofers. Now they are taking over dominant roles in traditionally male dominated gangs" (Anne Milgram, Attorney General for New Jersey). Worryingly, this same discourse is being extended beyond women at the top, to women in the lowest roles. In 2004, two sisters (Aluwakemi Osagie and Natasha Osagie) from Liverpool were convicted of conspiring to import cocaine into the UK. There is very little evidence that they played an active role in the trade. They were just 20 and 21 when they were arrested entering the UK with a large quantity of cash. The article reports that they were recruited to carry drugs by an older man, who allegedly ran a drug trafficking 'empire' (and who was arrested at the same time). Nonetheless, the headline describes them as 'Coke Queens' (*Liverpool Daily Echo*, 2004).

The idea that women's participation in crime will rise as a result of emancipation is not new. In the 1970s sociology Freda Adler famously

claimed that: “as the position of women approximates the position of men, so does the frequency and type of their criminal activity” (1976: 251). Furthermore, she thought that as women became emancipated like men, they would seek the same kinds of security and status “criminal as well as civil, through established male hierarchical channels”. (1976: 11). Adler’s theory is based on a misunderstanding of emancipation as women becoming *like* men (rather than having equal rights and opportunities). Furthermore, Adler’s claims have been frequently disproved (see for example Box and Hale, 1983). In spite of this, the idea that female liberation contributes to female crime endures. Most recently, women’s participation in gangs and violence has been interpreted as evidence that women are acting in the *same ways* as young men. Feminism has been explicitly blamed for young women’s participation in the street level drug trade, gangs and violence in the UK and the USA, even though very little evidence exists to support this (Chesney-Lind and Eliason, 2006; Batchelor, 2007; Batchelor, 2009; Young, 2009).

Likewise, there is little evidence that there are more women in organised crime now than there have ever been. Although there has undoubtedly been an increase in the size of the drug trafficking trade since the 1970s (UNODC, 2009) and whilst it is certainly the case that there are now more women in prison for drugs offences (and especially drug trafficking offences), this cannot be interpreted as a straightforward reflection of increased participation in the drug trade. Historically, (long before second wave feminism in the 1970s) a very small number of women successfully occupied key roles in the international drug trade. Most famously, ‘La Nacha’ allegedly controlled heroin supply in Juarez from the 1930s to the 1970s and Griselda Blanco (aka The Miami Godmother) imported cocaine from Colombia to the USA in the 1970s (Campbell, 2009). Contemporary research in Juarez/El Paso found small numbers of women at all levels of the international cocaine trade (Campbell, 2008). I recently conducted over 70 interviews with imprisoned drug traffickers in Ecuador (Fleetwood, 2009). Interviews with men and women from a variety of levels of the trade revealed that a small number of women can and do take leading roles in the business. Almost all of the male cocaine traffickers that I interviewed could think of at least one woman that they

knew who worked at a similar level. This was true at all levels, from mules to recruiters, middlemen, brokers and managers of organised groups. I found, as Campbell did, that the number of women decreases higher up the hierarchy, so most women can be found at the lowest level of the cocaine trade, as drug mules. So, although the numbers of women in the international cocaine trade may have increased (in line with the expansion of the drugs trade) this does not indicate a change of women's position overall.

My research also explored women's motivations for getting involved in the international cocaine trade. I interviewed women from all over the world including Latin America, Europe, Africa and South East Asia. Despite the diversity of this group, many cited economic need particularly in relation to providing for their children, parents and partners. This included everything from food and clothing to better housing and education. Although the meanings of these things varied between national contexts there was a degree of similarity. One respondent, Amanda came from north America. She lost her job following a financial crisis and shortly afterwards her partner left her with debts and unpaid bills and four children to look after. Working as a mule was therefore an immediate way to solve the impending threat of homelessness for her family:

I had to pay my rent in a week or the marshal was gonna come n padlock my door, I had nowhere to go. My mother was being evicted too so if I was gonna go live with my mum, she was gonna get kicked out also so... everybody would be in the doghouse. (Amanda, mother of four, mid twenties).

Angela, a single mother from Africa, was employed however as a domestic worker could not afford to send her children to school. As a child, she did not have access to education due to apartheid. As a single parent who worked in an unskilled job bringing her children up after apartheid, working as a mule enabled her improve her children's opportunities in line with new expectations and possibilities. For both, the need to materially provide for their family was a strong motivation (Fleetwood, 2010). Both women were motivated by locally meaningful ideas about parent-

hood: indeed arguably, both are motivated by a very traditional idea of motherhood. These motives neither reflect a feminist ideology nor a world where women can be said to have equal opportunities. Women drug mules frequently come from countries in which feminism has provided very few opportunities for women. Although a minority of women have experienced greater opportunities for material success under global capitalism, neoliberal globalisation has exacerbated the poverty experienced by women in the global south, meaning that women are in a worse position economically than ever. Thus, economic globalisation disproportionately affects poor and ethnic minority women who may turn to the informal (or illegal) economy as a means of survival (Sudbury, 2005). Thus, ironically, women’s participation in the international cocaine trade has more to do with the feminism of poverty on a global scale rather than the emancipation of (some) women.

The myth of the ‘emancipated female criminal’ can be interpreted as a form of anti-feminist backlash (Chesney-Lind and Eliason, 2006). Writing in the USA in the early 1990s, Susan Faludi claimed that the possibility of women gaining equality had been met with an anti-feminist backlash (1992). Just as women’s rights had started to gain ground, the accomplishments of feminism were systematically undermined, mainly by men who were threatened by the upheaval in the gender order. In short, the anti-feminist backlash turns the claims of feminism on its head. It is premised on the claim that equality has been achieved and therefore it is women’s emancipation (not their oppression) that is problematic: feminism is bad for women and for society. In the USA, women’s emancipation is repeatedly blamed for everything from eating disorders to the stress of managing family and a job (Faludi, 1992). Similarly, the newspaper articles above ignore all available evidence to claim that it is not women’s oppression that contributes to their offending, but their emancipation. There is an additional layer of complexity here however. The backlash against the ‘cocaine queens’ is not only anti-feminist, but is combined with xenophobic discourses about crime and (illegal) immigration in the west. Arguably, this discourse also plays on public and private misgivings about the number of women in the USA being cared for by women from the global south (Ehrenreich and Hochschild, 2003).

The war on drugs: equality with a vengeance in the USA and UK

Anti-feminist backlash occurs at a cultural level where feminism is symbolically denigrated in the media, but also an institutional level (van Wormer, 2008). In the criminal justice sphere, discourses about equality, and the 'war on drugs' combine to make women 'equally' punishable. As van Wormer describes it: 'You, as the equal of a man, will be punished like a man'. (2009: 327). This punishment disproportionately affects women who occupy the most marginal positions. This is especially true in the realm of drug policy where apparently 'gender-blind' policies which have had a devastating effect on women.

Mandatory minimums

Mandatory minimum sentences for drug offences have had a devastating effect on women users, and dealers in the USA (Raeder, 1993; Gaskins, 2004). They were introduced to reduce unfair disparities between sentences (Oliss, 1994). However, in setting mandatory minimum terms of custody for drug offences, mandatory minimums rule out the significance of mitigating circumstances such as family responsibilities and poverty thereby effectively judging women according to a male standard of justice (Chesney-Lind, 2002). As a result, female drug users and dealers were more likely to receive a custodial sentence and the length of sentence increased (Chesney-Lind, 2002: 89). Mandatory minimum sentences have contributed to the dramatic increase in the number of women in prison –in fact the number of women in prison rose at a faster rate than the number of men not only in the USA but in most nations in the global north (Sudbury, 2005). Drug trafficking is also subject to mandatory minimum sentences. The infamous Rockefeller Drug Laws in New York explicitly tie the length of sentence to the weight of drug imported excluding mitigating circumstances. Although harsh drug laws were intended to punish drug traffickers, most of the women sentenced under this law were disproportionately poor, single parents from the global south (Huling, 1996).

In the UK, sentence guidelines propose maximum (rather than mandatory minimum) penalties. Likewise, mitigating factors are excluded from sentencing decisions, allegedly to prevent drug traffickers from recruiting poor and vulnerable people (Green, 1998). Furthermore, pre-sentence reports¹ were trialled for foreign nationals but were later abandoned (Green, 1998: 165). Since the majority (72%) of drug importers are foreign nationals, this has resulted in the systematic abandonment of mitigation in trial and sentencing (Green, 1998: 165). As a result, sentences are dictated by the weight and class of drug. Research on drug couriers arrested in London’s Heathrow Airport in the 1990s, concluded that the offender’s nationality, role, gender and having children were not statistically significant predictors of the sentence (Harper et al., 2000: 100). In 2007, the average sentence for importing a Class A drug (cocaine or heroin) was seven years and four months (Sentencing Advisory Panel, 2009: 4). Disregarding family responsibilities and national contexts which may motivate women to work as a mule punishes them disproportionately. At present, a drug mule and a professional trafficker would get the same sentence; as would someone with no childcare responsibilities and someone who did. The same standards of justice are applied to mules who cannot know what they are carrying compared to a professional trafficker who does (Fleetwood, forthcoming). The myth of gender equality makes opposing this blatant inequality very difficult.

Wives and girlfriends

Wives and girlfriends of drug traffickers have also been subject to ‘equality with a vengeance’. The assumption that women are ‘emancipated criminals’ underpins the way that Federal conspiracy laws have been used against wives and girlfriends in the USA. Famously, Kemba Smith was

1 Pre-sentence reports “contains information about the character, personality and social and domestic background of the defendant; educational record and information about employment (if any), assessment of impact on victim and risk of reoffending.” Home Office (2000). A guide to the criminal justice system in England and Wales. London, Crime and Criminal Justice Unit in the Home Office Research, Development and Statistics Directorate. (p.36).

sentenced to twenty four years imprisonment as a result of her boyfriend's involvement in the drug trade. Even though she had not handled or sold drugs she was subject to the mandatory minimum sentence (Chesney-Lind, 2002: 90, Gaskins, 2004). Similarly, conspiracy charges bring the same penalties to bear on wives and girlfriends of drug dealing or drug trafficking men in the UK. Above, I described the case of the Osagie sisters who were arrested as part of a larger organisation. They were sentenced to eight years imprisonment (above average) despite being convicted with others who clearly played a much more significant role (Liverpool Daily Echo, 2004). Similarly, a single mother who was tried alongside two men for conspiring to import Class A drugs to the UK was sentenced to 13 years, much more than the men who were sentenced for only eight and nine years (The Daily Mail, 2008). Phone calls between the woman and her boyfriend were presented in court as evidence that she had been involved in the importation of drugs. Similarly, during research in prisons in Ecuador, I encountered several international and Ecuadorian women who had been arrested with their partners. Most had no idea that their partner was carrying drugs until they were arrested. It was also common to hear of women who had packages of drugs placed in their luggage by boyfriends or friends. Although men were also arrested with packages they had not agreed to carry, the deception rarely took place within the context of a relationship. Thus, gender inequality shapes both the causes of women's entry into the drug trade, and their criminalisation.

Transnational incarceration: drug mules imprisoned in the global north

Foreign national women imprisoned for drug offences in the global north bear the brunt of the anti-feminist backlash played out in the 'war on drugs'. Punitive sentencing policies for drug trafficking have driven an upward surge in the number of women serving long prison sentences outside of their home country, most notably in the UK (Joseph, 2006; Reynolds, 2008) the USA (Huling, 1996; Sudbury, 2005), Canada (Lawrence and Williams, 2006) and Australia (Easteal, 1993). The last

decade has seen a 150% increase in the number of foreign nationals imprisoned in England and Wales (who now comprise 15% of the total prison population) (Hammond, 2006), largely for drug offences (Prison Reform Trust, 2004; Reynolds, 2008: 76). The portion of women prisoners who are foreign nationals is much higher at 20% (Ministry of Justice, 2009: 6)². Furthermore, women in prison for drug importation offences are disproportionately from black and other ethnic minorities (Sudbury, 2002). Whilst on one hand this disparity may reflect national differences in women’s participation it may be the result of racial bias in profiling (Ruggiero and South, 1995: 116) and/or greater publicity about black women drug mules in the press which may result in a higher portion of black and ethnic minorities being stopped and searched (Díaz-Cotto, 2005).

Whilst women bear the brunt of the ‘war on drugs’, foreign national women imprisoned far from home suffer a double punishment. As foreign nationals, they do not have access to parole or home release (which effectively increases their sentence). During an average of eight years in prison, language barriers make it difficult to participate in education programs. Furthermore, since women are more likely to be carers of children and family, their incarceration affects them and their families (Fleetwood and Torres Forthcoming). Unlike national women, their family cannot visit and phoning home is prohibitively expensive (Bhui, 2007). The consequences of transnational incarceration are too many and serious to be dealt with adequately here. However in brief: ‘spiralling incarceration rates, rampant overcrowding and systemic human rights violations are common features of women’s imprisonment from Lagos to Los Angeles’ (Sudbury, 2005a: xiv). Life in prison far from home is very difficult for men and women; there have been a high number of inmate deaths and suicides of foreign national inmates in the UK. (Bhui, 2007; Sudbury, 2005: 167).

2 Nonetheless, most foreign nationals in prison are men: 10 512 men compared to 838 women (Ministry of Justice 2009: 6).

North to south: transnational transfer of the anti-feminist backlash through the 'war on drugs' in Ecuador

The 'war on drugs' has frequently been described as a 'war on women' (Chesney-Lind and Pollock, 1994, see also Sudbury, 2005). This is true not only in the global north but also in the global south due to the transfer of ways of conceptualising and punishing deviance through the 'war on drugs' (Wacquant, 2007; 2008). Cavadino and Dignan refer to this process as: 'penal globalisation': "the transfer of penal ideas and crime control policies across national borders" (cited by Reynolds, 2008: 75). Policies which are falsely premised on gender equality have been transferred from the global north to the global south through the 'war on drugs' resulting a double punishment for women involved in the cocaine trade.

Gender equity in drug laws

The war on drugs is a catalyst for mass incarceration in the USA model around the globe. Latin America has been particularly affected by penal globalisation since the drug war has profoundly shaped international relations in the region (Youngers, 2005; Youngers and Rosin, 2005). Across Latin America: 'the United States has supported, and in some cases even drafted, repressive drug laws whose application has served primarily to jail the bit players: consumers, coca growers and mules who transport small amounts of drugs.' (Neild, 2005: 62)³. Similarly, Ecuador 'adopted counter measures that did not correspond to the reality on the ground but was rather a result of the imposition of US drug control in the Latin America' (Edwards and Youngers, 2010:2). Drug legislation in Ecuador (Law 108) was developed based on ideas developed in the USA, including mandatory minimums. It did not correspond to existing legal and constitutional structures and contradicted elements of the constitution

3 In Bolivia, attempts to reform mandatory minimums have been blocked by the USA (Diaz-Cotto, 2005: 145).

(Edwards and Youngers, 2010). Furthermore, the law did not differentiate between use, dealing and trafficking, nor between different drugs, so hypothetically, the same sentence could be given to someone arrested with a small amount of marijuana for personal use and someone arrested with a kilo of cocaine for export. Although officially drug use was decriminalised, the criminal justice did not have the capacity to make this a reality: legal representation was inadequate and the inversion of proof made it extremely difficult to get a verdict of not guilty (Edwards, 2003).

These drug laws have had particularly gendered effects. In 2005, an astonishing 76% of women and 28% of men in prison were accused of, or sentenced for drug offences⁴ (Núñez and Gallardo, 2006: 8)⁵. Although Ecuador is a specific case, it echoes similar patterns across Latin America where the number of women imprisoned for drug trafficking offences has risen at a dramatic rate since the 1980s (Olmo, 1990; Diaz-Cotto, 2005; Pontón and Torres, 2007). It is clear that the ‘war on drugs’ has disproportionately affected women. The high number of women mules in prison have been frequently understood as collateral damage in the drug war: “one of the by products of the anti-trafficker push of the 1980s has been the number of women caught up in the drug enforcement effort” (Dorn, Murji et al., 1992: 189). In fact, despite their lowly status, drug “couriers are the central target of customs border control” (Green, 1998: 12).

4 Although importantly, the country’s drug law (Law 108) does not differentiate between international trafficking and local level drug crimes.

5 A survey of women in prison found that: “16, 4% of all inmates said that they had been involved in international trafficking of drugs, 13,4% for trafficking at a regional/national level and 13,1% said they had been detained for consumption of drugs (in spite of the decriminalization of consumption since 1998)”. (Pontón and Torres, 2007: 67, my translation). Historically, this represents a significant change in the profile of female crime in Ecuador. In the 1980s, only 17% of the female prison population were sentenced for drug crimes compared to 76% currently (Pontón and Torres, 2007: 64). Female prison populations across Latin America have been transformed by ‘Drug War’ policies in the last 20 years (Pontón and Torres, 2007).

Drug mules as intentional targets in the 'War on Drugs'

Although there are signs of change, drug interdiction policies intentionally target low level traffickers, particularly drug mules by endorsing policies and technologies which target low level offenders. The UK (and the USA) have exported drug detection scanners to countries deemed to have a problem with drug exportation to the UK (Foreign and Commonwealth Office, 2007; USA Department of State, 2007). These drug detection machines (Ionscanners) test documents, luggage and people for minute traces of drugs and/or explosives. For example, the 'Sentinel II' is a walk-through portal which 'uses gentle puffs of air to dislodge particles trapped on hair, the body, clothing and shoes. Aided by gravity and a downward airflow, these particles are then directed into the Sentinel II for analysis' (Smiths Detection, 2009). The UK funded and exported drug scanners to the Caribbean in 2003 and West Africa in 2006. The deployment of such technologies deliberately targets small-scale drug traffickers as they pass through airports, the majority of whom are drug mules. The results of the introduction of these technologies is dramatic. After an Ionscan machine was paid for by the UK government and installed in Jamaica, the number of mules from Jamaica arrested in the UK fell from 822 to 185 in the first twelve months (and of course increased dramatically in Jamaica) (Whitehall and Westminster World: Civil Service Network, 2007). It is widely agreed that mules were simply diverted to West Africa as a result.

Secondly, international agreements encourage a 'cult of managerialism' whereby governments are required to meet internationally set targets which are tied to aid (Green, 1998: 151). This is explicit in the case of Ecuador. A document was leaked in 2003 which states that:

The USA continues to monitor Ecuador's commitment/obligation in the anti-drug fight. Proof of this is that in 2005 they signed a bilateral agreement which stipulated that for an investment of \$15,7 million in the security of the country, they demanded a 12% increase in the capturing and processing of narco-traffickers and a 10% increase in the capture of

drugs in relation to the year 2004. (Pontón and Torres, 2007: 64, my translation)⁶.

A later report demonstrates that this strategy continued for some years; similar figures can be found five years later (USA Department of State, 2007). Such agreements explicitly target both drugs and people. If drug mules are intentional targets of anti-drug policy and practice, then the numbers of women (and men) in prison as a result of these policies cannot be understood as unintentional ‘by products’. Furthermore, whilst this process has resulted in significant numbers of poor and marginalised men being incarcerated (Edwards, 2003), this has had a disproportionate effect on women since they are more likely to be found in vulnerable positions, for example as a mule.

Resistance: Ecuador

Latin American nations have been critical of the policies and politics of the so-called ‘war on drugs’ and have responded by developing comparably progressive drug policies, particularly for drug users (Jelsma, 2010). In Ecuador specifically, President Correa issued a pardon (or *indulto*) for all ‘micro-traffickers’ in 2008 (those arrested with less than two kilos of drug) (Metaal and Edwards, 2009). A total of 2 300 people who were imprisoned for drugs offences were released (Edwards and Youngers, 2010: 8). Before this, the prison population of Ecuador had reached 17 000 (Metaal and Edwards, 2009: 3).

The pardon has had a significant impact on the women’s prison where three quarters of inmates were charged with or sentenced for drug offences. While I was visiting Quito to attend the ‘Beyond Gangs Conference’ I re-visited the women’s prison (in October 2010). In 2005, visitors could expect to queue for up to an hour in the hot sun (and occasional torrential downpours). Inside the prison the corridors and patio were filled with women and their families, playing, shouting, talking, eat-

6 See also Edwards and Youngers (2010).

ing and jostling for space in the corridors. Overcrowding had reached a critical level with up to five women (and sometimes their children too) sharing a cell. Following the pardon for drug mules, the prison had visibly emptied, the prison was audibly and visibly calmer. I spoke to the small number of foreign national women who were imprisoned for drug trafficking offences. All reported that their cases were processed promptly (in contrast to the situation previously where people routinely waited for unconstitutionally long times to be sentenced). Inmates also reported that most shared a cell with only one other. Some women even had access to education programs in stark contrast to the situation before the pardon (see also Youngers and Edwards, 2010).

Although the pardon (or *indulto*) has directly reduced the number of women in prison and this has contributed to the improvement in conditions in which they were incarcerated, this solution was not oriented specifically towards women. Furthermore, the pardon for drug mules was ultimately a short term solution. The numbers of women in prison are already increasing (Edwards and Youngers, 2010). Nonetheless, long term changes to drug laws have been put in place. Judges have greater flexibility in determining sentences and can take mitigating circumstances into account (Edwards and Youngers, 2010). Although the reintroduction of mitigating circumstances has the potential to result in fairer circumstances for women, this can only happen as long as there is an awareness of the fact that the circumstances which lead to women's offending are fundamentally different to those affecting men. Furthermore, where people accused of drug trafficking are foreign nationals, problems in gaining evidence across international borders persists. Although it remains to be seen what the result of further reforms might be there is arguably a strong case to be made to ensure that gender be an important part of this discussion.

Resistance can also be found in changes in interdiction efforts. It appears that under Correa's government, there appears to be a greater emphasis on intercepting large shipments of cocaine (Youngers and Edwards, 2010: 3). This appears to have resulted from Ecuador's participation in the United Nation's Container Control Programme (UNODC/WCO, 2009). According to the 2010 International Narcotics Control Strategy Report (compiled by the USA Department of State), in

2009 Ecuador seized 43,5 metric tonnes of cocaine: a 98% increase since 2008 (cited in Youngers and Edwards, 2010: 3). Although this massive increase may reflect increases in the quantities of drug being trafficked, it is more likely that this is a result of the increased emphasis on large scale shipments rather than individuals carrying kilo quantities. Focussing interception efforts on drugs appears to be massively successful. Previously, bilateral agreements (like the one mentioned previously) have encouraged a ‘cult of managerialism’ whereby nations have been under pressure to demonstrate results through numbers of ‘narco-traffickers’ arrested and narcotics seized. Although this has been evident previously as performance indicators in public documents such as the USA’s Department of State’s ‘International narcotics and law enforcement’s annual program and budget guide’, this has not been apparent in recent years (see for example USA Department of State, 2011). Nonetheless, it is impossible to know whether quotas for the number of drug traffickers arrested continue to exist unofficially.

Countering the anti-feminist backlash: academia and activism

Whilst portraying women in drug trafficking as ‘cocaine queens’ may not directly shape the criminal justice response, such discourses nonetheless, play a significant role in portraying women as legitimate targets for ‘equal’ punishment. Poor and marginal women suffer the consequences of the anti-feminist backlash disproportionately (van Wormer, 2008). Whilst Chesney-Lind and Van Wormer have demonstrated this at a national level, this chapter demonstrates that the anti-feminist backlash has an international dynamic also: in other words, anti-feminist backlash in the global north has implications in the global south. This is evident in the transfer of policies tied to the ‘war on drugs’ which bring with them a way of conceptualising crime, deviance, and criminal justice responses to it. This chapter has demonstrated that criminal justice policies premised on gender equality (such as mandatory minimum sentences) have disproportionately punished women, particularly those at the margins. Whilst Latin America is an important site of resistance in the area of drug poli-

cy, this resistance needs to incorporate and take notice of the importance of gendered oppression and the importance of incorporating a feminist resistance into this.

Whilst this chapter has focussed specifically on the phenomenon of 'cocaine queens' as a way of illustrating the transnational transfer of anti-feminist backlash policies in drug policy, anti-feminist backlash has implications beyond criminal justice. The anti-feminist backlash has important implications for both activists and academics working in the area of women (and particularly young women) and crime.

Academics

We must resist writing about women offenders in ways that reinforce the anti-feminist backlash. This is particularly salient around the point of structure and agency. Whilst feminist research on women criminals may actively seek to resist employing sexist stereotypes of women as passive in their research, important questions remain about how to write about women's agency in the context of anti-feminist backlash. This is part of the wider task of developing ways of describing and analysing youth deviance in way that resists importing crime discourse (and specifically 'gang talk' (Hallsworth and Young, 2008)) from different national contexts. Furthermore, a new challenge is emerging. The proliferation of new media as well as international crime control have opened up new routes for the transfer of ways of thinking about crime. Therefore, attention needs to be given to understand how discourses about (women) offenders reverberate, not only in the west but internationally; not only in the media but also in policy and politics.

Activists

The anti-feminist backlash has wider importance for strategies of resistance. Media reports of criminal women as 'feminists gone wrong' undermine the advances that women have made towards equality. Furthermore,

by using the language of ‘equality’ the anti-feminist backlash has effectively silenced feminist in the global north (van Wormer, 2009) who are left without a vocabulary to successfully resist. Questions remain about how the language of equality can be used as a tool for resistance. In this way, anti-feminist backlash discourses are deeply damaging for all women, but especially those who may be otherwise marginalised and more vulnerable to the effects of vengeful equity. One possible implication is the need to take up the task of feminism again; to reinforce and remind ourselves of what feminism is: emancipation for all, not just for women. Feminism is not about women becoming ‘like men’ (it never was) but about eliminating forms of gendered oppression in institutions and culture. All the evidence suggests that this benefits all of society and not just women.

Bibliographic references

- Adler, F. (1976). *Sisters in Crime*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Batchelor, S. (2007). ‘*Prove me the bam!*’: *Victimisation and agency in the lives of young women who commit violent offences*. Glasgow: Department of Sociology, Anthropology and Applied Social Sciences, University of Glasgow.
- (2009). “Girls, gangs and violence: Assessing the evidence.”. *Probation Journal* 56 (4).
- Bhui, H. S. (2007). “Alien experience: Foreign national prisoners after the deportation crisis.”. *Probation Journal* 54 (4): 368-382.
- Box, S. y C. Hale (1983). “Liberation and female criminality in England and Wales.” *Br J Criminol* 23 (1): 35-49.
- Campbell, H. (2008). “Female drug smugglers on the U.S.-Mexico border: Gender, crime and empowerment.” *Anthropological Quarterly* 81(1): 233-267.
- (2009). *Drug War Zone: voices from the US-Mexico border*. Austin-Texas: University of Texas Press.
- Chesney-Lind, M. (2002). “Imprisoning women: the unintended victims of mass imprisonment”. En *Invisible punishment: the collateral conse-*

- quences of mass imprisonment*, M. Mauer and M. Chesney-Lind. Nueva York: New Press.
- Chesney-Lind, M. and M. Eliason (2006). "From invisible to incorrigible: The demonization of marginalized women and girls". *Crime, Media, Culture* 2: 29-47.
- Christie, N. (1994). *Crime control as industry: towards gulags, western style*. Londres: Routledge.
- CNN (2010). "Former model arrested in Argentina on drugs charges, May 26th". Última visita 14 de enero de 2010. En http://articles.cnn.com/2010-05-26/world/argentina.model.arrested_1_drug-trafficking-buenos-aires-airport-silicone-breast-implants?_s=PM:WORLD.
- Diaz-Cotto, J. (2005). "Latinas and the War on Drugs". En *Global lockdown: race, gender, and the prison-industrial complex*, J. Sudbury. Nueva York; Londres: Routledge.
- Dorn, N., K. Murji, et al. (1992). *Traffickers: drug markets and law enforcement*. Londres: Routledge.
- Easteal, P. W. (1993). "Overseas-Born Female Inmates in Australia - a Prison within a Prison". *Journal of Criminal Justice* 21 (2): 173-184.
- Edwards, S. G. (2003). *Illicit Drug Control Policies and Prisons: The Human Cost*. Washington: Washington Office on Latin America.
- Edwards, S. G. y C. A. Youngers (2010). *Drug Law Reform in Ecuador: Building Momentum for a More Effective, Balanced and Realistic Approach*. Washington: Washington Office on Latin America.
- Ehrenreich, B. y A. R. Hochschild (2003). *Global woman: nannies, maids, and sex workers in the new economy*. New York: Metropolitan Books.
- Faludi, S. (1992). *Backlash: the undeclared war against women*. Londres: Chatto & Windus.
- Fleetwood, J. (2009). "Women in the international cocaine trade: gender, choice and agency in context". Tesis de doctorado todavía no publicada: Department of Sociology, University of Edinburgh.
- (2010). "Drug mules in the international cocaine trade: diversity and relative deprivation." *The Prison Service Journal* (192): 3-8.

- Fleetwood, J. y A. Torres (Inédito). “Mothers and Children of the International Drug War”. En *Children of the Drug War*, D. Barrett. International Harm Reduction Association.
- Foreign and Commonwealth Office. (2007). “FCO departmental report 2006/7: SP2 Reducing the harm to the UK from international crime, including drug trafficking, people smuggling and money laundering”. [Versión electrónica en <http://www.fco.gov.uk/servlet/Front?pagename=OpenMarket/Xcelerate/ShowPage&c=Page&cid=1176454604813> 09/11/07.” Retrieved 9/11/07, from <http://www.fco.gov.uk/servlet/Front?pagename=OpenMarket/Xcelerate/ShowPage&c=Page&cid=1176454604813>]
- Gaskins, S. (2004). “Women of Circumstance - The Effects of Mandatory Minimum Sentencing on Women Minimally Involved in Drug Crimes”. *American Criminal Law Review* 41 (1533).
- Green, P. (1998). *Drugs, trafficking and criminal policy: the scapegoat strategy*. Winchester: Waterside Press.
- Carvel, John. (1990). “Foreign drug ‘mules’ swell female jails”. *The Guardian*, 30 de julio.
- Hallsworth, S. y T. Young (2008). “Gang talk and gang talkers: A critique”. *Crime, Media, Culture* 4 (2): 175-195.
- Hammond, N. (2006). “National Study: United Kingdom”. En *EU Foreign Prisoners Project*. European Parliament, Brussels: EU Foreign Prisoners Project.
- Home Office (2000). *A guide to the criminal justice system in England and Wales*. Londres: Crime and Criminal Justice Unit in the Home Office Research, Development and Statistics Directorate.
- Huling, T. (1996). “Prisoners of War: Drug couriers in the United States”. En *Drug couriers: a new perspective*, P. Green and Howard League for Penal Reform. Londres: Quartet.
- Jelsma, M. (2010). “Drug Law Reform Trend in Latin America”. En *TNI/WOLA Drug Law Reform Project*. Amsterdam/Washington: Transnational Institute/Washington Office on Latin America.
- Jewkes, Y. (2004). *Media and crime*. Londres: SAGE.
- Joseph, J. (2006). “Drug offences, gender, ethnicity, and nationality - Women in prison in England and Wales”. *Prison Journal* 86 (1): 140-157.

- Lawrence, S. N. y T. Williams (2006). "Swallowed up: Drug couriers at the borders of Canadian Sentencing". *University of Toronto Law Journal* 56 (4): 285-332.
- Liverpool Daily Echo (2004). "Sisters were coke queens". 29 de Abril. Liverpool.
- McKinley, James Jr (2010). "In Mexico, a fugitive's arrest captivates the cameras". *The New York Times*, October 11th, New York.
- Metaal, P. y S. Edwards (2009). "Pardon for *Mules* in Ecuador, a sound proposal". *Series on Legislative Reform of Drug Policies*. Washington: Washington Office on Latin America.
- Ministry of Justice (2009). "Population in custody monthly tables". Boletín del Ministerio de Justicia: Ministry of Justice.
- Newsweek (2007). "Underworld Queenpin: Sexy stylish and female. Meet Mexico's unlikely druglord"- 9 de octubre.
- Núñez, J. y C. Gallardo (2006). *Una lectura cuantativa del sistema de cárceles en Ecuador [A quantitative reading of the prison system in Ecuador]*. Quito: Programa de estudios de la ciudad, FLACSO.
- Oliss, P. (1994). "Mandatory minimum sentencing: Discretion, the safety valve and the sentencing guidelines". *University of Cincinnati Law Review* 63: 1851-1892.
- Olmo, R. D. (1990). "The Economic-Crisis and the Criminalization of Latin-American Women". En *Social Justice-a Journal of Crime Conflict and World Order* 17(2): 40-53.
- Pontón, J. y A. Torres (2007). "Cárceles del Ecuador: los efectos de la criminalización por drogas." *URVIO: revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana* 1: 55.
- Prison Reform Trust (2004). *Forgotten Prisoners - the Plight of Foreign National Prisoners in England and Wales*. Londres: Prison Reform Trust.
- Raeder, M. S. (1993). "Gender Issues in the Federal Sentencing Guidelines and Mandatory Minimum Sentences". *Criminal Justice* Vol 8 (20).
- Reyes, Gerardo y Gonzalo Guillén (2010). "Women break through glass ceiling of drug-dealing underworld". *The Miami Herald*, 28 de marzo, Miami.

- Reynolds, M. (2008). “The War on Drugs, Prison Building, and Globalization: Catalysts for the Global Incarceration of Women”. *NWSA Journal* 20 (2): 72-95.
- Ruggiero, V. y N. South (1995). *Eurodrugs: drug use, markets and trafficking in Europe*. Londres: UCL Press.
- Smiths Detection (2009). “Ionscan Sentinel II. Smiths Detection”. [Versión electrónica en <http://www.smithsdetection.com/eng/Sentinel.php> accessed 31st October 2009]
- Sudbury, J. (2005). “Introduction: Feminist critiques, transnational landscapes, abolitionist visions”. En *Global lockdown : race, gender, and the prison-industrial complex*, J. Sudbury. Nueva York; Londres: Routledge.
- (2005a). “Mules,’ Yardies’ and other folk devils: Mapping cross border imprisonment in Britain”. En *Global lockdown: race, gender, and the prison-industrial complex*, J. Sudbury. Nueva York; Londres: Routledge.
- The Daily Mail* (2008). “Mother jailed for smuggling £3.5m of cocaine into Britain by ‘impregnating’ the drug in camping equipment” 19 de marzo. Londres.
- The New York Times* (1993). “On Sunday; Finding Mercy for Conscripts In Drug War’ July 18”. Domingo, Late Edition - Final.
- Thompson, Tony (2010). Britain’s girl gangsters are getting ready to fight their way to the top. *The Observer*, 23 de mayo, Londres.
- Tuckman, Jo (2007). “Queen of the Pacific has Mexico hooked as she faces drug charges”. *The Guardian*, 6 de octubre, Londres.
- UNODC (2009). “Annual Report”. Vienna: United Nations Office on Drugs and Crime.
- UNODC/WCO (2009). “Container control program progress report 2009, United Nations Office on Drugs and Crime/World Customs Agency” Última visita 31 de enero de 2011. [Versión electrónica en http://www.unodc.org/documents/organized-crime/containerprogramme/Container_Programme_Progress_Report_June_2009.pdf]
- USA Department of State* (2007). “International narcotics and law enforcement: FY 2008 program and budget guide”. Bureau of International Narcotics and Law Enforcement Affairs.

- (2011). International narcotics and law enforcement: FY 2011 program and budget guide, Bureau of International Narcotics and Law Enforcement Affairs.
- Wacquant, L. (2007). “How penal common sense comes to Europeans: notes on the transatlantic diffusion of the neoliberal *doxa*”. En *Criminal justice and crime control*, J. Muncie. Los Angeles; Londres: SAGE.
- (2008). “The militarization of urban marginality: lessons from the Brazillian metropolis”. *International Political Sociology* 2 (56-74).
- Whitehall and Westminster World: Civil Service Network. (2007). “The Public Value Award - Operations Airbridge and Westbridge Team Leaders and the Overseas Operations Manager” Última visita 9 de noviembre de 2007 en <http://www.civilservicenetwork.com/index.php?id=231>.
- Young, T. (2009). “Girls and Gangs: ‘Shemale’ Gangsters in the UK?” *Youth justice* N.º 9.
- Youngers, C. (2005). “The collateral damage of the U.S. War on Drugs: Conclusions and recommendations”. En *Drugs and democracy in Latin America: the impact of U.S. policy*, C. Youngers y E. Rosin. Londres: L. Rienner.
- Youngers, C. y E. Rosin (2005). “The U.S ‘War on Drugs’: Its impact in Latin America and the Caribbean”. En *Drugs and democracy in Latin America: the impact of U.S. policy*, C. Youngers y E. Rosin. Boulder; Londres: L. Rienner.

Las normas del crimen y los jóvenes de San Pablo

Marisa Feffermann*

Uma das questões mais polêmicas da sociedade atual, o tráfico de drogas, não é um fenômeno recente. O consumo de drogas sempre existiu, desde os primeiros tempos da humanidade, para fins religiosos, terapêuticos ou mesmo alimentícios. O problema é a dimensão que o comércio de drogas atingiu nas últimas décadas e sua importância política e estratégica.

Hoje, no entanto, ‘metáfora da destruição’, ‘um dos ícones do mal’, é a condição que o tráfico de drogas ocupa na cultura contemporânea. Agrega-se, dessa forma, a percepção da droga como elemento de *destruição*, e de *desagregação*; desta maneira, há a necessidade geopolítica de se combatê-la militarmente e manter sob controle os países da América Latina e da África. A intolerância para com outras culturas é um acento desse processo.

O controle de drogas é uma forma do Estado exercer e expandir o seu domínio sobre a conduta dos homens e das populações no sentido mais amplo. Isso se soma ao projeto de saneamento da sociedade, que propõe disciplinar o uso dos espaços públicos e particulares. O campo da lei passa a conter os dissonantes, os perigosos, os anormais, os subversivos. Com essa realidade, uma economia produtora e reprodutora do controle do crime surge, gerando empregos úteis e dando potência a inúmeros setores da economia legal.

* Psicóloga del Instituto Paulista. Maestra de la IP / SP / USP Centro para la Investigación de Políticas Públicas - NIPPS

Os circuitos de ilegalidade, estimulados e criados por leis que impuseram proibições, geram dinâmicas e violências próprias, efeitos de poder da imposição primeira que foi a da criminalidade, e que justifica a segurança desenvolvida para enfrentá-las.

Resultante da promiscuidade existente entre o legal e o ilegal, a hegemonia do cinismo prevalece. A violência, tornada banal, permite a transgressão de qualquer conceito de cidadania. A fronteira entre o legal e o ilegal se torna então tenuidade.

A *globalização* tende a responder a uma necessidade de legitimidade e dissimulação do poder econômico e político, poder assimétrico de domínio/dependência, que facultou a difusão e o auge das políticas neoliberais.

A *globalização* faculta um fluxo relativamente livre de capitais por meio de sistemas informatizados que induz à expansão desta indústria ilegal. Pode-se conceber que o mercado ilegal tem surgido como resposta à marginalidade econômica.

Com a expansão do mercado clandestino e da criminalidade, a questão das drogas fugiu a qualquer tipo de controle, ocorrendo o desenvolvimento de organizações criminosas complexas, que têm ligação direta com o mundo oficial, legal.

As relações entre traficantes de drogas e entre estes e o Estado (aparatos repressivos e outras instâncias políticas) são estabelecidas pela cooperação e pela confrontação. Pode-se caracterizar esses traficantes como empresários de um setor econômico ilegal que buscam acumular capital, reinvestir parte dos lucros, conquistar mercados, e diversificar investimentos, mesmo considerando todas as particularidades impostas por tal situação jurídica. Frise-se que o surgimento do capitalismo industrial e da economia em conformidade com a ordem legal tiveram sua origem no mercantilismo, sustentado no tráfico de sedas, drogas e pessoas.

Interessa notar que alguns característicos básicos do tráfico de drogas: a manutenção de redes internacionais para o escoamento de produto ilegal; a conquista de territórios (áreas de influência); a confecção de códigos de conduta intragrupais em organizações hierárquicas; a solução frequentemente violenta de disputas; a influência no aparato repressivo estatal, e, em outras instâncias de governo, serão imprescindíveis para o crescimento da indústria do tráfico.

Esta desvinculação do sistema financeiro da base material da produção torna propício o crescimento de grandes proporções do tráfico de drogas, que, se insere na economia mundial global. E de tão integrada, confunde-se com esta economia. A procura e o consumo de drogas geram e asseguram enorme rendimento e altíssimo acúmulo de capitais, convertendo o tráfico de drogas no segundo grande negócio mundial –depois do de armas– capaz de destruir a imagem de países e redefinir mapas políticos.

Neste contexto em que o capital se faz ubíquo, o índice de desemprego se eleva, as relações de trabalho se tornam precárias, a tecnologia se afirma cada vez mais avançada (especialmente nos meios de comunicação), formando redes e circuitos, contexto no qual o Estado-nação está sendo enfraquecido e a desregulação perpassa todos os espaços da sociedade, o crime global tem campo propício para sua permanência e proliferação.

A globalidade do crime está intimamente associada à forma como hoje o capital se estrutura e um dos seus característicos é a conexão flexível das atividades comerciais por meio das redes internacionais.

Valendo-se da globalidade econômica e das novas tecnologias de comunicações e de transportes, as organizações criminosas operam cada vez mais de forma transnacional. As estratégias assemelham-se às utilizadas na economia global vigente: instalam a produção e a gerência em áreas nas quais os traficantes detêm um relativo controle do meio institucional, isto é, territórios de baixo risco, e priorizam as áreas com procura mais afluente, nas quais podem cobrar preços mais elevados.

A globalidade do crime permite que a organização nos diversos países institua alianças estratégicas no intuito de cooperar com as transações de cada organização, por meio de acordos de subcontratação, prática esta que “acompanha de perto a lógica organizacional” como “a empresa em rede” (Castells, 2000: 205). Afora isso, grande parte da receita dessas atividades é “lavada”, através dos mercados financeiros internacionais. Esse processo precisa ocorrer com grande mobilidade e flexão, considerando que é justamente este movimento constante que impede o rastreamento pelos órgãos de regulação e repressão competentes.

O tráfico de drogas procura manter o controle estrito sobre o seu território, não só impedindo que outros traficantes lá se estabeleçam, mas

também controlando parte da vida comunitária. É construída a “cultura da droga” num espaço social abandonado pelo Estado, no qual as políticas públicas visam atender aos interesses do mercado, a alocação de recursos para atender às exigências da sociedade civil ganha destaque.

Oliveira (2003: 51) aponta esta relação intrínseca entre o capitalismo legal e o dinheiro oriundo de atividades ilegais: “a história está a nos mostrar cotidianamente que o capitalismo ‘honrado’ e ‘civilizado’ e o mafioso nunca andaram muito longe, e um aprendeu com o outro, e freqüentemente se retroalimentam”.

Se esta relação já era próxima, com o advento da globalidade esse processo acirrou-se. Paralela ou conjuntamente a reestrutura do capital, nota-se o crescimento do crime global, e “a formação de redes entre poderosas organizações criminosas e seus associados, com atividades compartilhadas em todo o planeta, constitui um novo fenômeno que afeta profundamente a economia no âmbito internacional e nacional, a política, a segurança e, em última análise, as sociedades em geral”. (Castells, 2000: 203)

Embora o tráfico de drogas seja um fenômeno mundial é importante refletir sobre as singularidades locais da inserção social e da organização do tráfico de drogas, tornando mais concreta a análise com base em constantes que caracterizam sua situação geral.

O Brasil é marcado pela desigualdade socioeconômica e pelo esgarçamento do tecido social, que se mostra na afronta às leis e à autoridade através das transgressões e violências. Se, de um lado, esta afronta pode pa-recer resistência à ideologia dominante, de outro, aparece como reforço dessa ideologia, por exemplo, no tráfico de drogas. Nesse quadro, pode-se considerar o consumo abusivo de drogas como um dos elementos que contribuem para a desintegração da sociedade. Problema muito complexo e contraditório é a questão da legalidade do uso de drogas: o preconceito, o moralismo, e o jogo de interesses econômicos impedem que um debate seja realizado em bases esclarecedoras.

Nesta realidade, vive-se uma tensão onde a violência está disseminada por toda parte. Assim, se mantém a lei do silêncio e o medo permeia quase todas as relações, cumprindo sua função como um dos mecanismos mais eficazes de dominação.

Esse cenário contemporâneo admite a expansão de regiões de comércio e de consumo de drogas “cujas regras, princípios, hierarquias e ética colocam-se à margem dos próprios princípios que norteiam a institucionalização dos direitos e respeito à vida”. (Adorno, 1996: 14)

O Estado brasileiro sempre atuou de forma repressiva no combate às drogas. A polícia quando age de forma arbitrária passa a exercer o papel de legislador, no intuito de mostrar eficiência no trabalho.

A infra-estrutura do tráfico de drogas, no país, foi instituída sobre a preexistente organização do bicho, do contrabando, do roubo e do desmanche de carros. E a lavagem de dinheiro, a partir da imensa evasão fiscal e emissões clandestinas de capitais ao exterior.

A caracterização do tráfico de drogas como crime organizado é polêmica, uma vez que as regiões têm meios distintos de atuação. Apesar de todo o processo global, os característicos locais imprimem um funcionamento próprio. Neste trabalho, o foco específico é a capital de São Paulo, considerando a sua conexão com a dinâmica global.

Raul Cervini Sández (1995: 136) afirma que o maior custo social proveniente do tráfico de drogas organizado refere-se ao impressionante aparato de corrupção que ele promove nas esferas oficiais e particulares, corrupção essa facultada pela volumosa quantidade de dinheiro posta à sua disposição.

O tráfico de drogas está inserido na sociedade em um modo de produção estabelecido, sob a égide de leis objetivas do capital, que coloca o homem como mais uma das mercadorias do jogo econômico. O tráfico, como uma indústria de drogas ilícitas, é uma forma de inserção ilegal de uma parcela da juventude no mundo do ‘trabalho’. Ainda mais, o desemprego estruturado acirrado pelo processo de *globalização*, dificulta o ingresso de jovens no mundo do trabalho legal. O tráfico de drogas, como qualquer indústria, funciona sob a mesma lógica; desta forma, os ‘trabalhadores’, em todas as etapas de produção, são *sacrificados*, e passam por idêntica dominação e pelos sofrimentos advindos das condições sociais injustas reproduzidas na sociedade. Este ‘trabalho’ é também alienado e mediatizado pela economia burguesa. A diferença é que o valor da *força de trabalho* pode de forma explícita significar a própria vida. Nesta pesquisa, considerou-se o tráfico como forma de organização denominada de

‘trabalho’, informal e ilegal, que emprega grande número de jovens na sua estrutura.

Os jovens envolvidos no tráfico de drogas constituem-se por influência desta realidade objetiva. Uma malha que os enreda a cada movimento. Neste emaranhado de fios, que se entrelaçam e se desfazem, vão construindo a sua forma de estar no mundo. Em condições que podem ser consideradas quase irracionais. Beirando à barbárie, em que a palavra e/ou a reflexão é substituída pela força.. No entanto, a todo momento existe a tentativa de se justificar ideologicamente a atuação dos mecanismos repressores como garantia de uma vida mais digna para todos os cidadãos. Desta forma, o Estado se utiliza do seu poder legítimo de força para imprimir o seu princípio, e das artimanhas dos meios de comunicação para corroborar com este propósito.

É uma quimera pensar que num contexto em que uma imensa desigualdade social, e grupos sociais muito pobres, com elevado índice de desemprego e de subemprego, os jovens, atraídos pela possibilidade de um ganho econômico, rápido, impossível de ser obtido no contexto socioeconômico vigente, serão intimidados com a mera perspectiva de punição penal, o que revela novamente a insuficiência do modelo repressor.

Assim, uma inquietação perpassa todo este estudo, que é: “descobrir por que a humanidade, em vez de entrar em um estado verdadeiramente humano, está se afundando em uma nova espécie de barbárie” (Adorno e Horkheimer, 1985: 11).

A realidade de São Paulo

A Região Metropolitana de São Paulo tem aproximadamente 19 milhões de habitantes. A cidade de São Paulo, uma megacidade¹ (Rolnik, 2001: 75), que reúne inúmeras culturas e credos, conectada à economia mundial e nacional, “no entanto, é uma cidade partida, cravada por muros visíveis e invisíveis, que a esgarçam em guetos e fortalezas, sitiando-a e

1 “Critério utilizado pela ONU, a marca de 10 milhões de habitantes, serve para definir as megacidades do planeta”.

transformando seus espaços públicos em praças de guerra” (Rolnik, 2001: 10)

A urbanização do município de São Paulo ocorreu segundo a lógica do mercado, com base na organização espacial da classe dominante e de seus negócios, que assim orientou o crescimento urbano. A especulação e o mercado tornaram-se o eixo de expansão da cidade. Os interesses do Estado e do capital imobiliário confundiam-se, permitindo que empreendimentos ilegais pudessem se realizar sob marco legal.

A indústria deixou de ser um meio para absorção de mão-de-obra, e o setor de serviços não tem a capacidade de substituí-la, e se está diante de uma realidade quase insolúvel em relação a alguns tipos de emprego. Transforma-se o perfil dos trabalhadores: aumenta o número de trabalhadores sem carteira assinada e de autônomos.

A estrutura urbana segregadora concretiza-se cada vez mais, as repercussões desta realidade de confinamento são visíveis particularmente nas populações de menor renda e grau de escolaridade. As barreiras estão à mostra, através de muros e grades, fragmentando a cidade, impedindo o contato com o outro que não pertença à mesma classe social. O sentido de cidadania se esvai, o discurso do medo e da insegurança invade todos os espaços, impedindo que se enxergue esta realidade.

Esta pesquisa, parte de uma perspectiva sócio-histórica do tráfico de drogas no mundo e na periferia de São Paulo, entendendo que estas práticas são indissociáveis do processo de urbanização da cidade de São Paulo. Considera-se que o indivíduo tem significação e se ressignifica na relação com o meio que o cerca. Processo este que é construído historicamente.

Com base nestes aspectos apresentados à CPI do Narcotráfico, é possível pensar que ocorreu a construção de uma organização do crime em São Paulo? Algumas manifestações contra o Estado, em 2003, foram relacionadas ao crime organizado no Estado de São Paulo, primordialmente com a atuação do Primeiro Comando da Capital (PCC), facção de maior influência no Estado. Está-se diante de um grupo que contesta os poderes instituídos.

Alguns juristas e jornalistas acham possível a existência de crime organizado, ao considerar as manifestações sob a organização do PCC –Primeiro Comando da Capital, em São Paulo. Apresentar-se-á algumas opi-

niões de jovens entrevistados nesta pesquisa, as quais revelam que o PCC é uma realidade. Alguns jovens que foram presos afirmam que já foram convidados a entrar no Partido².

O Primeiro Comando da Capital (PCC), organização surgida nos presídios paulistas, que propunha uma convivência entre os presos, pautada em *lealdade*, *respeito* e *solidariedade*. Constitui-se uma irmandade, que possui regras. O ingressante desta organização é denominado irmão, são batizados e devem cumprir todos os pontos do Estatuto; outros estão na posição de *primo*, que devem estar sempre dispostos a ajudar um *primo em situação de necessidade*. O Estatuto afirmava que os ideais de *liberdade*, de *justiça* e de *paz*, visando a *paz entre os ladrão*, depois foi adicionado o princípio de igualdade entre os membros do PCC.

Existe um consenso nas contribuições destes autores, de que esta organização é fruto de deficiência do próprio Estado, ou seja, políticas de Segurança Pública e do sistema penitenciário. Como afirma Blat, (2003: 33): “colocar cento e tantas pessoas dentro de um cubículo acaba gerando uma justa reivindicação, então existiu uma mobilização entre os presos comuns nesse sentido de querer melhores condições de habitabilidade, comida, etc”.

“Entre os anos de 1820 e 1845 já se criticava, entre outros pontos, o fato de que a prisão favorece a organização de um meio de delinquentes, solidários entre si, hierarquizados, prontos para todas as complicitades futuras” (Foucault, 2004: 221-222).

Segundo Porto, (2003: 33), a falha do Estado foi a principal responsável pela constituição desta organização; os líderes do PCC eram presos comuns, “praticaram crimes dentro do sistema porque sofreram uma série de abusos e até como forma de sobreviver”. Esta organização está crescendo e consegue apoio de todos que estão dentro da unidade prisional, e “assim vão se multiplicando.

Ao falar da realidade de São Paulo, Amorim (2003: 34) afirma que o PCC é a força hegemônica que “cresce numa velocidade alucinante. Aparentemente, controla 30 mil detentos em todo o estado [...] Ser do ‘partido’ é uma espécie de credencial que atesta a qualidade do crimino-

2 Primeiro Comando da Capital.

so”. Segundo o autor, as autoridades subestimaram esta organização que criou raízes em quase todo o sistema carcerário paulista.

O Primeiro Comando da Capital ficou conhecido em 1993, quando pessoas ligadas ao sistema penal paulista escreveram relatórios informando sobre a existência e o crescimento do grupo [...]. Em 1996, o *estatuto* do Primeiro Comando da Capital começa a circular no interior das penitenciárias. O documento, tornado público durante a rebelião de 2001, foi publicado no *Diário Oficial do Estado de São Paulo* em 1997, por meio de um requerimento encaminhado pela Comissão Parlamentar de Inquérito da Assembléia Legislativa, que discutia a situação dos presídios (Amorim, 2003: 388)

Está-se diante de vários indícios, particularmente no sistema penitenciário, que apontam para a constituição de uma organização do crime na cidade de São Paulo. Outro ponto importante que se percebe nas opiniões de estudiosos e no Estatuto é a luta dos detentos contra injustiças e opressão no sistema penitenciário. O sistema é a base, contudo, aparece a importância do apoio externo para a manutenção do poder interno, o poder emana de dentro, todavia, é garantido fora da prisão, especialmente com relação à questão econômica, assim estava previsto uma contribuição dos membros do PCC (irmãos) que estavam em liberdade para os irmãos que estavam presos. O poder centralizador do PCC surge em cada linha do Estatuto.

Se, de início, era pautada pelo seu estatuto, que apontava para uma crítica ao sistema penitenciário, hoje em dia, segundo os depoimentos recolhidos nesta pesquisa, passa a se expandir por outros campos fora do presídio, tentando assegurar a sua sobrevivência econômica, com roubo de carga e de banco. O comprometimento dessas infrações com o tráfico de drogas sugere um processo crescente, o que implica transformações no perfil do tráfico de São Paulo. A peculiaridade do PCC é de sua sede estar constituída no presídio, e o contato com outros infratores que estão fora das cadeias. Isto permite a construção de uma rede que busca controlar, em várias regiões, o mundo do crime. Uma hipótese crucial consiste na possibilidade do PCC estar arraigado nas próprias entranhas do Estado, privilégio obtido às custas do suborno de grande parte de seus agentes. A corrupção e, muitas vezes, a intimidação de servidores do Estado, são

caminhos que os agentes destas facções encontram para sua efetivação. Sabe-se que nas penitenciárias de São Paulo não existe só uma facção. Contudo, nas últimas rebeliões, e com o auxílio persistente dos meios de comunicação, o Primeiro Comando da Capital, construiu-se e ganhou legitimidade perante a mídia como o grupo hegemônico.

A relação do PCC com o tráfico de drogas, pela pesquisa aqui exposta é grande, todas os pontos de drogas são registrados. Contudo continuam atuando em assalto a banco e cargas. Cada vez mais imbricado com agentes da segurança pública. Verifica-se um círculo vicioso, em que as perspectivas são apavorantes, o que faz lembrar Adorno (1993: 95): “Na troca da verdade e da mentira, que torna quase impossível manter sua diferença e se transforma num trabalho de Sísifo”.

No presente trabalho, estes indícios aparecem no discurso dos jovens inseridos no tráfico de drogas como um misto de medo, insegurança e exaltação. Nas esquinas e nos bares dos bairros pesquisados, da constância do medo e do silêncio, surge por vezes um ruído, apontando para os possíveis inimigos ou aliados. A ausência e a ineficácia do Estado de cumprir o seu dever cria um vácuo em que tanto o lado corruptível do Estado quanto a organização do crime se entrelaçam, o que pode produzir uma ambiência de terror. O substrato dessa relação é econômico, é a garantia do poder. O Estado, desta maneira, utiliza-se da prerrogativa do uso legítimo da violência para reforçar organizações que facultam a manutenção ou a expansão deste poder. Esta lógica incrustada em cada ação permite a utilização de todos os meios, particularmente dos ideológicos.

Os jovens trabalhadores do tráfico de drogas são considerados, com o empenho da indústria cultural, os responsáveis pela violência, e a um só tempo, as principais vítimas das mortes violentas nas estatísticas policiais. Os jovens desta pesquisa são um apêndice, ora indispensáveis, ora descartáveis, nas conexões internacionais da ‘indústria’ do tráfico de drogas e ocultam os reais beneficiados com esse que é um dos setores mais lucrativos da economia mundial.

Jovens que constantemente são seduzidos pelo apelo do consumo e que não conseguem opor resistência. Consumo que permite uma ligação com a sociedade integrada. Jovens que buscam um emprego formal, mas que são números da estatística de desempregados. São parte da periferia

da sociedade e estão postos em condições marginais. A sua identidade de *ser humano* adquire legitimidade ao passar pelo mesmo processo de massificação de toda a sociedade. No entanto, se estão fora do mercado de trabalho formal, não conseguem satisfazer as necessidades criadas pelos meios de comunicação, de forma ‘legal’. Se condicionam aos apelos da indústria cultural e consomem, não importando os meios para conseguir o que ‘desejam’.

São parte constitutiva de um exército de reserva de mão-de-obra, e a possibilidade de se tornarem ativos é muito remota. Muitos deles ‘optaram’, ou foram ‘empurrados’ para um outro exército, para um caminho de aceno lucrativo - o tráfico de drogas.

Os jovens, nessa estrutura, se não participam da produção, segundo as regras formais do mercado, o fazem de forma legal ao consumirem objetos. Ao utilizarem o dinheiro recebido como pagamento de trabalho realizado no tráfico de drogas, para comprar objetos no mercado legal, ‘lavam’ parte do dinheiro do tráfico e o incorporam à economia formal, “assegurando lucros para os empresários, a manutenção de pontos de trabalho e a arrecadação pública de impostos”. (Cruz Neto, 2001: 142)

A realidade descrita transforma-se, no momento em que estes jovens se tornam consumidores. Quando passam a consumir são valorizados. A sociedade passa a percebê-los como consumidores, não mais de drogas, mas de outras mercadorias ‘fetichizadas’, oficiais e legais. “O ar refrigerado do *Shopping Center* dissipa, por instantes, as barreiras: agora não importa investigar a origem do dinheiro, não interessa se eles moram em favelas”. (Cruz Neto, 2001: 143)

É importante ressaltar que estes jovens são parte constitutiva da economia do tráfico que, do modo apresentado, funciona à semelhança da economia formal, visto que as relações são caracterizadas pela organização do capital. Os trabalhadores, com estes característicos, são peças da engrenagem que movimenta a sociedade capitalista.

Sugere-se que os jovens ‘vendedores’ - ‘trabalhadores’ da indústria do tráfico, têm obrigações e seguem regras de trabalho. O contrato existente nas relações de trabalho é verbal. A punição para o desrespeito de uma regra pode ser a morte. Estes jovens são o elo entre o dono do pontos-de-venda e os consumidores, os fregueses da droga, garantindo sua circulação.

No contrato, uma das condições implícitas é a ‘lealdade’ ao patrão, o silêncio em relação à identidade do dono do ponto-de-venda. Os jovens vendem a sua força de trabalho que envolve o risco, no enfrentamento com a polícia e com os ‘concorrentes’. Vivem a ilegalidade, o sigilo e a necessidade de estar em constante estado de alerta. O uso da arma faz parte deste processo. Nestas condições, passam a pertencer a um grupo, a adquirir objetos de consumo, o que seria quase impossível por outros meios. E também, por causa disto, são reconhecidos e respeitados. Estas atitudes são reforçadas pela sua faixa etária, que em conjunto com o risco e a transgressão tornam estes jovens a parte mais vulnerável desta engrenagem.

As regras no tráfico são estabelecidas para que o comércio ilegal de drogas possa ocorrer de modo satisfatório e lucrativo. Há regras comuns no tráfico, mas as formas de aplicá-las são diferentes. As relações são assimétricas, o poder do dinheiro e do lugar ocupado determinam a situação, mas os elementos que garantem esta relação são, de um lado, o medo de ser morto, ou excluído da comunidade, e de outro, a necessidade de ser aceito no grupo. A manutenção do poder reside na condição de ser respeitado, seja por medo, ou dívida de gratidão. Este poder é mantido não somente à custa de armas, mas por lealdade, confiança, que estes jovens têm para com os donos de pontos-de-venda.

As relações existentes no tráfico de drogas também visam o lucro e a manutenção do poder vigente. Estrutura-se paralelamente uma sociedade que estabelece as mesmas condições de dominação.

Os traficantes se apóiam em sistemas de troca e produção e constroem formas de ação e de contrato para a manutenção de poder legitimado pelas normas vigentes no grupo. Este grupo transgressor das leis –normas de direito tornadas obrigatórias pela força coercitiva do Estado³, encontra formas para, dentro da criminalidade, regular as suas relações. As relações de poder são estabelecidas e legitimadas, tendo como referência os mesmos ícones da sociedade burguesa, o poder do capital.

Estes grupos reúnem condições para construir relações sociais subjacentes à marginalidade, especificamente em relação ao crime. Os valores do processo de sociabilidade possuem traços idênticos aos de uma socie-

3 Definição do dicionário Básico da Língua Portuguesa de Aurélio Buarque de Holanda, Rio de Janeiro, JEM Ed. 1988 .

dade na qual as relações de trabalho ocorrem como forma de exploração. Assim, por atitudes despóticas apresentadas por traficantes-chefe se impõe o respeito pelo medo, ou pelo paternalismo que dissimula o excesso de autoridade sobre a forma de proteção que um grupo mantém-se estruturado. Para os jovens que ‘trabalham’ no tráfico é a possibilidade de um lugar de continência. Constituem-se formas de lidar com os conflitos que ocorrem em um grupo que, sob condição marginal, busca sobrevivência e garantia de poder.

Nestas relações são identificadas regras que não disfarçam a dominação. E nisto difere da hipocrisia das regras do contrato social burguês, em que a dominação está dissimulada e esta máscara torna-se um mecanismo elaborado de manipulação. Pois apesar destas leis, da justiça estatal possuir um caráter universalista, na prática a sua aplicação é desigual e ineficiente para os moradores das comunidades periféricas, que não tem baixo poder aquisitivo. Na realidade, esta justiça estatal se caracteriza por atender de forma desigual e discriminatória, tanto em relação às questões raciais, de moradia e sociais. Desta forma, a lei que se inscreve no Estado democrático, só é exercida para os integrantes da classe privilegiada.

Têm-se a partir destes depoimentos dos jovens alguns indícios de como é o sistema coercitivo do tráfico. Os conflitos da comunidade envolvida no tráfico e no crime em geral são resolvidos por meio de um mecanismo –o debate– em que os interessados se reúnem para discutir, que tem um caráter deliberativo e consultivo. O *Debate* é dirigido por um membro do Primeiro Comando da Capital, que a partir da escuta das partes envolvidas e das testemunhas avalia com o auxílio do ‘torre’ (grupo hierarquicamente superior, que dentro dos presídios, auxilia no veredicto do caso julgado, que buscam garantir as coordenadas políticas da facção). Esse espaço decisório tem como base código de conduta conhecido como “proceder”⁴. Marques (2008) afirma que o “proceder” enquanto substantivo, portanto, alcança essa complexa relação entre “respeito”, “conduta” e “atitude”.

4 Segundo Marques (2008) o proceder “ora é definido, simplesmente, como “regras” (Mendes, 2001: 62), ora como “um código de honra” (Jocenír, 2001: 21), ora como “princípios de honra” (Rodrigues, 2002: 18), ora como “normas de conduta dos detentos” (Jocenír, 2001: 85) Conjunto de normas que eram mais fortes que as leis oficiais do Instituto e que nos governavam, implacavelmente” (Mendes, 2001: 159-160).

Nesse processo, um dos pontos primordiais é a ‘caminhada’ do acusado, isto é, é averiguada a história do acusado, as tuas atitudes e todas as informações sobre o caso a ser julgado. Outros membros do PCC são acionados, para garantir que decisão esteja de acordo com as regras da facção. Muitas vezes o padrinho do irmão é chamado, pois é ele quem em última instância é responsável pelo membro batizado. Considerando que para uma das condições de ingresso na facção é ser apresentado por um membro que o batiza. A partir deste momento, este membro, o padrinho é também responsável pelas atitudes do seu afilhado. Nestes espaços são arbitradas sobre a vida e a morte dos acusados. Os jovens afirmam que é no debate, que eles têm a oportunidade de se defender, consideram este espaço legítimo onde poderão explicitar o teu ponto de vista. Apontam, que todo o movimento, todas as atitudes são consideradas no debate, o olhar, é o mais importante, e este é uma das características definidoras do veredicto. Pois, o olhar *o olho no olho* denuncia quem esta falando a verdade. Os jovens valorizam o debate como o espaço legítimo de resoluções de conflitos e consideram, que estes espaços possibilitam uma escuta verdadeira, alegam que no outros espaços (como a escola, por exemplo), não tem a mesma oportunidade que no debate, quando tem uma segunda chance. Nestes espaços, sentem-se respeitados, são escutados e suas atitudes são examinadas e valorizadas. Assim, é importante não ‘vacilar’, a voz não pode tremer, pois é na presença de testemunhas e de membros do PCC, que o jovem vai defender a tua vida.

O Primeiro Comando da Capital torna-se a forma de se instituir as regras de convivência. Os debates são legitimados pela facção e por alguns membros da sociedade como responsável por garantir a ordem e mediar conflitos na comunidade. No imaginário das comunidades situadas na periferia de São Paulo, este poder coercitivo contrasta-se com as normas constituídas pelo Estado, pois percebem que tem a possibilidade de serem respeitados e escutados.

Um outro aspecto a ser considerado é a violência com que estes jovens vivem no seu cotidiano. O medo, o suborno, a corrupção são discursos que permeiam esta realidade. Na verdade, são os mecanismos discursivos do crime e do poder.

Esta violência está associada a múltiplos fatores: ao *crack* que impulsiona os usuários a todo o tipo de atitude a fim de obterem a droga; à polícia, que como agente representante do Estado, em muitos casos age de forma corrupta e cruel e desta forma o lugar que deveria garantir as leis se imiscui com o lugar do crime. Nesta relação, o tráfico de drogas se perpetua. A violência é exercida também pelo traficante nas disputas entre pontos-de-venda, ou nas punições espetaculares, quando se infringem as regras. O roubo é outro fator de violência, que ocorre em conjunto com este processo. Alguns dos jovens entrevistados ‘trabalham’ no tráfico e roubam/assaltam muitas vezes, para sustentar o próprio vício. A violência se mantém porque é internalizada pelos sujeitos que a sustentam.

Os comportamentos marginais, apesar de neles haver discriminação e de serem sujeitos de punição social e/ou legal, acabam se afirmando e se ampliando, criando estratégias de sobrevivência que instauram novos códigos simbólicos que permitem outra ordem. Estes jovens ‘trabalhadores’ do tráfico ao romperem algumas estruturas, colaboram com a manutenção de outras. Ao pertencer a este universo de relações existentes no tráfico, rompem com os valores da sociedade e passam a fazer parte regras e valores constituintes desta relação.

Estes jovens se constituem na mesma lógica da sociedade capitalista. São atraídos pelos mesmos ícones: competição, poder, astúcia, mulher, dinheiro, arma, carro, entre outros e que lhes dão legitimidade. Forma-se, assim, uma sociabilidade na qual a busca do poder ocorre por meio de elementos de legitimidade semelhantes aos dos jovens que não atuam no tráfico e que ressignificam os modelos do discurso dominante.

O jovem no tráfico, ao não encontrar reconhecimento nas instituições legítimas da sociedade, procura outra forma de ser reconhecido. A falta de perspectiva quanto ao futuro desta sociedade que tornou-o marginal é uma das razões que o motiva a ter um lugar, no qual pode ser respeitado, e obter dinheiro; nas relações do tráfico, o jovem busca a aquisição de bens reconhecidos e socialmente valorizados.

A possibilidade da construção de uma identidade destes jovens, perante a irracionalidade da sociedade capitalista, ocorre também a partir do ato de consumir. A irracionalidade desta ocorre pela exploração do homem e pelas relações transformadas em coisas, marcadas pela troca como

lei universal do mercado. As leis do mercado determinam os vínculos entre os incluídos de qualquer origem. Este jovem é valorizado se absorve as regras e valores da sociedade, de outra forma, e este mesmo jovem é transformado em um exemplo negativo, que supostamente explica todas as desgraças sociais. “A sociedade capitalista desenraíza, exclui, para incluir, incluir de outro modo, segundo suas próprias regras, segundo sua própria lógica. O problema está justamente nessa inclusão” (Martins, 1997: 32)

No discurso dos jovens entrevistados, pode-se perceber a ausência de perspectivas e uma luta pela preservação da vida, movida pela presença da perspectiva de morte.

A complexidade do discurso dos jovens entrevistados permitiu que se contemplassem vários focos que se entrelaçam nas encruzilhadas que a vida lhes apresenta, e que marcam a sua subjetividade. Essa subjetividade é constituída por comportamentos compulsivos, talvez por conta do risco, quando a astúcia é a forma empregada o tempo inteiro na tentativa de contornar as situações opressivas do cotidiano, o que lhes permite tomar decisões até nas piores condições, e a crueldade como resposta a numerosas humilhações sofridas. Há que se considerar que estar em estado de alerta produz nesses jovens a necessidade de criarem mecanismos de enfrentamento que se ajustam o tempo todo. É necessária astúcia para lidar com as artimanhas do seu ‘trabalho’ e do seu cotidiano.

O percurso que essa pesquisa permitiu observar evidencia que o trabalho no tráfico é uma atividade muito arriscada, por inscrever-se na ilegalidade, o que coloca o indivíduo em uma situação de vulnerabilidade às regras do sistema representado quer pela polícia ou pelo traficante. Esse risco é constante e muitas vezes determina comportamentos e escolhas, ressignificando alguns valores, desejos e aspirações. Para os sujeitos desta pesquisa, a morte é uma presença constante, não a morte natural como consequência da velhice –degeneração natural– é, sim, uma morte trágica. Observa-se que a perspectiva de morte faz desses jovens reféns de uma sobrevivência sofrida e angustiada, cada dia de suas vidas lhes é apresentado como uma prorrogação da existência, são os sobreviventes. Aos 18 anos já se consideram velhos. É viver sob a persistência da morte, o que pode justificar suas atitudes compulsivas, como as de viver tudo intensa-

mente e de modo exacerbado, ganham muito dinheiro e gastam de imediato. A vida para os jovens desta pesquisa tem um custo, contudo, arriscar-se vale pelo que se ganha. Os jovens transgridem e pagam um preço por essa possibilidade de liberdade.

A atitude dos jovens analisados nesta pesquisa é de alerta constante. A experiência do risco iminente e a presença agressiva da ordem pública contribuem para a aquisição de certos mecanismos para evitar e/ou reduzir os mesmos. É necessária astúcia para lidar com as artimanhas do seu 'trabalho' e do seu cotidiano. As atitudes desses jovens procuram arrostar o medo e com elas buscam manter a vida. Entende-se que esse processo os coloca no limite inimaginável do estresse que constitui o espaço vida e morte.

No entanto, é contraditório que o tráfico, por seus característicos, possa tirar a vida daqueles que nele se inscrevem e, ao mesmo tempo lhes facultar viver a vida.

A crueldade dos jovens surge também como resposta à humilhação. Desrespeitados, agredidos, vão constituindo formas tão agressivas quanto às quais estão submetidos, para enfrentar qualquer um que designem como inimigos. Isso pode significar a revolta associada à desigualdade social e também à necessidade de reconhecimento. São histórias que mostram como os jovens se submetem e subjugam a outros sujeitos.

Esses jovens, ao buscar uma forma de identificar-se para sair do anonimato numa sociedade que os marginaliza, são lançados em uma situação que mantém e reproduz, na ilegalidade, alguns mecanismos de opressão e dominação do mundo regido pela economia legal. Incluídos dessa forma e, postos à margem por outra, procuram meios de ressignificação. Se trabalhar no tráfico lhes faculta a obtenção de alguns ícones de progresso, essa possibilidade lhes imputa como preço a própria vida.

Esses jovens potencializam a expressão das subjetividades atuais. Subjetividades construídas sob condições objetivas irracionais. Os 'trabalhadores' do tráfico sacrificam-se em um trabalho. Consomem por indução da indústria cultural, e o fazem de forma compulsiva. Sobrevivem por meio da astúcia, elemento valorizado na sociedade do nosso tempo. Por vezes, apresentam, sem disfarçar a violência e a frieza da nossa sociedade.

Revelam, por meio de sua breve expectativa de vida o quanto, nos dias de hoje, o homem é vulnerável e reificado.

Procurou-se produzir uma crítica sobre essa realidade e seus atores. Considerados culpados de todos os males da atualidade, estes jovens denunciam *subjetividade* da sociedade atual. Talvez representem da forma mais veemente as contradições latentes de uma sociedade que, ao negar esta realidade, aproxima-se cada vez mais da barbárie

Bibliografia

- Adorno, R. (1996). *Projeto: “Crianças e jovens em trânsito para a rua”*. Relatório de pesquisa. São Paulo: FAPESP/Faculdade de Saúde Pública - USP.
- Adorno, S. (1993). “Experiência precoce da punição”. En *O Massacre dos inocentes*, J. S. Martins (Org.). São Paulo: Hucitec.
- Adorno, Theodor (1986). “Acerca de la relación entre sociología y psicología”. En *Teoría crítica del sujeto*, H. Jensen (Org.). Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- _____ (1995). *Educação e emancipação*. São Paulo: Paz e Terra.
- Adorno, T. y M. Horkheimer (1996). *Dialética do esclarecimento: fragmentos filosóficos*. Guido Antonio de Almeida (Trad). Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Amorim, C. (1994). *Comando Vermelho: a história secreta do crime organizado*. Río de Janeiro: Record.
- _____ (2003). *CV-PCC: A Irmandade do Crime*. Río de Janeiro: Editora Record.
- Blat, J. C, M. Christino y R. Porto (2003). “Levantando o véu do crime organizado”. *Entrevista a Caros Amigos* Año VI, N. ° 70, enero de 2003: 32-37.
- Castells, Manuel (2000). *Fim de Milênio*. São Paulo: Paz e Terra.
- Cervini y Burguer (1991) “O menino Trabalhador no Brasil urbano dos anos 80”. En *O trabalho e a Rua - crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80*. São Paulo: Cortez Editora.
- Cruz Neto, O., M. R. Moreira y L. F. M. Sucena (2001). *Nem soldados, nem inocentes. Juventude e tráficos de drogas no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Editora Fiocruz.

- Feffermann, M. (1997). *Na Fronteira da Lei e do Fora -da- Lei- Um estudo sobre o discurso de crianças e adolescentes da periferia do município de São Paulo*. Disertación de maestría - Instituto de Psicologia. São Paulo.
- Horkheimer, M. y T. W. Adorno (1978). *Temas Básicos de Sociología*. São Paulo: Cultrix.
- Jocenir. (2001). *Diário de um detento: o livro*. São Paulo: Labortexto Editorial.
- Marques, Adalton José (2008). “Proceder’ e relações políticas entre presos do Estado de São Paulo”. En *Sistemas de justiça criminal e segurança pública em perspectiva comparada: administração de conflitos e construção de verdades*. São Paulo: NUFEP/UFF.
- Martins, J. S. (1997). *Exclusão Social e a nova desigualdade*. São Paulo: Editora Paulus.
- Marx, K. (1999). *Para a crítica da Economia Política do Capital e O rudimento e suas fontes*. São Paulo: Editora Nova cultural.
- Oliveira, F. M. C. (2003). “Dinâmica Global e Dinâmica Local: Tensões e contribuições”. En *O clássico e o novo. Tendências objetos e abordagens em ciências sociais e saúde*, P. Goldemberg, R. M. G. Marsiglia y M. H. A. Gomes (Orgs.). Rio de Janeiro: Editora Fiocruz.
- Porto, R. (2003). “Levantando o véu do crime organizado”. En *Caros Amigos*. São Paulo: 01/2003 N.º 70.
- Rocha, L.C. (1994). *A prisão dos pobres*. Tesis de doctorado, Instituto de Psicologia da USP. São Paulo: 1994.
- Rolnik, R. (2001). *São Paulo*. São Paulo: Publifolha.

Glocalidades, deseos legítimos e ilegítimos: el gran Torino y la Virgen de los Sicarios

José Antonio Figueroa*

Introducción

En este trabajo propongo una exploración crítica sobre las representaciones estereotipadas del deseo de los jóvenes socialmente marginalizados a partir de dos películas: el Gran Torino, dirigida por Clint Estwood y La virgen de los sicarios, dirigida por Barbet Schroeder y de la novela de Fernando Vallejo que dio origen a esta última película. Quisiera mostrar cómo las imágenes que se expresan acerca de la violencia de las pandillas son representaciones que sirven para ilegitimar el deseo que suscitan en sectores marginalizados los objetos, cosas y mercancías en un mundo globalizado.

El tema del deseo que suscita el consumo de mercancías y la represión que se ejerce sobre ciertos estamentos poblacionales que lo expresan son vías especialmente importantes para abordar el estudio de la globalización en los grupos marginales. Su estudio permite ver el impacto que tienen entre algunos de estos grupos las transformaciones del capitalismo tardío y del neoliberalismo que se expresan a partir de, al menos, dos acontecimientos contradictorios: por un lado, el desmonte del estado de bienestar y de las organizaciones políticas que lo hicieron posible, como los sindicatos y las organizaciones clasistas y por otro, el papel central que juega el

* Antropólogo. Magíster en Antropología Andina. Doctorado en Antropología Social Universidad Rovira I Virgili, Tarragona, España. Instituto de la Ciudad. Profesor Asociado de FLACSO,

consumo como la realización de los individuos en la era postmoderna. En la globalización neoliberal las corporaciones financieras, de bienes y servicios, han impuesto una retórica en la que el mercado y la satisfacción del deseo individual se convierten en un *ethos* dominante. Amparadas en una ideología en la que se valida el éxito como la imposición del más fuerte en una supuesta libre competencia, en el neoliberalismo las grandes corporaciones dominantes han diseñado un sistema en el que las opciones de vida de muchos de los jóvenes marginados se reducen a la ilegalidad o a la prisión.

Las descripciones de las pandillas en el Gran Torino y en la Virgen de los Sicarios revelan cómo la clasificación de deseos legítimos e ilegítimos se profundiza en el capitalismo tardío y muestra la eficacia del uso político del crimen como una de las incertidumbres más grandes por las que atraviesan las sociedades contemporáneas.

El héroe, los Hmong y el objeto del deseo

El año 2008, Clint Eastwood estrenó lo que muchos han especulado será la última película que protagonice como actor. En el gran Torino, Walt Kowalski, un veterano de guerra, racista y gruñón, vive en una localidad que, aunque imprecisa, muchos ubican en el Detroit post-industrial. En esa ciudad que había sido cuna del emporio automotriz norteamericano, se dieron los primeros experimentos neoliberales que condujeron a su desmantelamiento y en la película la ciudad aparece asediada de bandas de negros, latinos y asiáticos, principalmente de la etnia Hmong.

Como ritual de iniciación, un grupo de jóvenes Hmong fuerzan al joven Thao a entrar a su pandilla y a robar un automóvil Gran Torino, propiedad de Walt Kowalski. El auto es el objeto del deseo y aparece como un icono nostálgico de la gran producción automovilística de la Ford, y fue muy popular entre 1968 y 1976. Afirmando la vieja tradición norteamericana del derecho a la defensa de la propiedad por parte de individuos armados, Kowalski evita el robo de su auto por parte de Thao en una noche en la que, sin embargo, no pudo ver al ladrón. En un momento en el que los pandilleros intentan llevarse por la fuerza a Thao, estos son detenidos

por Walt. En señal de agradecimiento y como muestra de confianza, la familia de Thao cuenta a Kowalski sobre la grave falta que el joven había cometido en su contra. Enterado, Kowalski decide redimirse a sí mismo mediante una tutoría al joven Hmong y protegiéndolo a él y a su familia de las bandas que asolaban al vecindario. La misión redentora de Kowalski se cumple a medias ya que muere a mano de los pandilleros. En su testamento, para gran sorpresa de la audiencia, no dejó el Gran Torino a su nieta, sino a Thao, quien logró así una entrada tutorizada a la comunidad norteamericana.

En la película de Eastwood, las pandillas son un pretexto para la propia redención del protagonista y están allí porque permiten retratar un cuadro en el que las bandas de jóvenes asiáticos, negros y latinos han roto el sueño americano. Por la importancia que la película adjudica al derecho a la autodefensa de la propiedad privada, basado en la enmienda de 1851, la muerte de Kowalski podría mostrar el fracaso de la acción justiciera de los individuos sobre los nuevos bárbaros. A tono con las imágenes conservadoras de Samuel Huntington y el choque de las civilizaciones, esa muerte parecería señalar la posibilidad de una toma definitiva de los Estados Unidos por las bandas bárbaras del tercer mundo. Sin embargo, al final los pandilleros son apresados por una policía multiétnica que encarna la entrada legítima de los nuevos contingentes migratorios.

Muchos comentaristas han descrito el Gran Torino como una muestra celebratoria de la multiculturalidad en los Estados Unidos y como la primera representación de los Hmong en el contexto norteamericano. Sin embargo, una reciente lectura crítica propuesta por Louisa Schein y Va-Megn Thoj (2010) introduce una discusión sobre los complejos derroteros de la inserción de los Hmong a la sociedad norteamericana al tiempo que formula una crítica mordaz a las imágenes estereotipadas que el film tiene sobre ese grupo. En rigor, la presencia de los Hmong en los Estados Unidos, es una de las consecuencias de las acciones coloniales de la gran potencia en el continente asiático, específicamente de la guerra del Vietnam.

Los Hmong son un grupo étnico originario de China, que logró irradiarse en distintos países como Laos y Camboya. En los años sesenta, en pleno conflicto de la guerra del Vietnam y previendo una avanzada de las

fuerzas comunistas, los Estados Unidos llevaron a Cabo en Laos lo que se conoció como la guerra secreta, que consistió en la creación de grupos de apoyo conformados por pobladores de los países vecinos. Varios de los Hmong de Laos fueron reclutados por el ejército norteamericano como fuerzas de choque contra el avance de los comunistas y una vez que éstos triunfaron iniciaron una persecución a los Hmong quienes, a su vez, fueron abandonados por sus antiguos aliados norteamericanos. Esto hizo que muchos de los Hmong de Laos empezaran una diáspora que les llevó hasta campos de refugiados en Tailandia y eventualmente algunos viajaron hacia Norteamérica, a disturbar la casa de Kowalski.

Louisa Schein y Va-Megn Thoj (2010) realizan una serie de críticas a *El Gran Torino* y especialmente al hecho de que los Hmong sean descritos como guerreros anticomunistas ya que esto invisibiliza a quienes no participaron de la guerra y van y vienen entre Laos y otros sitios del mundo sin ningún problema. Sin embargo, entre las críticas quisiera enfocarme en una: la forma cómo son descritos los hombres ya que ésta es una muestra de la imagen estereotipada de la película sobre la inserción de los Hmong a la sociedad norteamericana y una muestra de la ilegitimidad del deseo de los ‘nuevos arribados’.

En un principio Kowalski asume la función del padre ausente en la familia de Thao, mientras éste es una figura ambigua, dominado por las bandas, por su hermana y por su familia. Los otros personajes masculinos son representados por ancianos que no tienen ningún vínculo con la sociedad norteamericana o por los jóvenes de las bandas que reafirman la imagen de los Hmong como guerreros impiadosos, que fue la que sirvió para su reclutamiento por los norteamericanos en la guerra secreta.

La ausencia de figuras masculinas adultas y asimiladas al medio norteamericano y el intento de robo del *gran Torino* por parte de las pandillas subrayan el carácter ilegítimo del deseo de jóvenes que viven al margen de la nación y de la legalidad. De otro lado, el paso de la tutoría sobre Thao de la madre y la hermana a Kowalski, establecen la premisa de la infinidad para lograr la integración social. Estas tutorías también establecen una línea divisoria entre buenos y malos asiáticos con un claro carácter de género. De acuerdo con Schein y Va-Megn Thoj (2010), la diferencia entre una banda indócil, violenta y sin vinculaciones con el trabajo legí-

timo y la figura dócil y sumisa de Thao muestra la construcción de la masculinidad a través de la asimilación cultural.

En una controversial escena, Sue, la hermana de Thao, asevera que en el contexto en que viven, las mujeres van a la escuela y los hombres van a la prisión. Este parece ser el fin de quienes permanecen al margen de la asimilación cultural, como sucede con los jóvenes pandilleros envueltos en los ciclos de violencia. Intentando satisfacer sus deseos por vías ilegítimas, el fin de la banda naturaliza el destino al que están condenados miles de jóvenes en una sociedad como los Estados Unidos donde, a la vez, que se promueve el máximo culto a la mercancía y al consumo, simultáneamente se generan las condiciones en las que la marginalidad es el único destino de vastos estamentos poblacionales.

En ciudades como Detroit impactó de modo especialmente fuerte la desregulación y aumentaron dramáticamente las tasas de desempleo como resultado del desmonte de la industria automotriz.

En Nueva York, en plena crisis de la desregulación de los ochenta y noventa, los grupos inmigrantes fueron golpeados por el racismo y la epidemia de crack que dejó a muchos jóvenes muertos, encarcelados y sin hogar y la actividad criminal devino en una de las pocas opciones de integración al sistema mientras la presencia de jóvenes de las minorías más golpeadas en esas bandas criminales hizo que se criminalizaran a comunidades enteras (Harvey, 1998: 47). En el Gran Torino, al obviarse las condiciones que suscitaban el apareamiento de bandas Hmong en la sociedad norteamericana, los jóvenes aparecen como los responsables de la descomposición social heredada de la presencia colonial y la desregulación neoliberal. También se justifican las únicas opciones de una integración tutorializada o la acción represiva contra quienes son colocados al margen.

La virgen de los sicarios, la globalización y la circulación de los deseos en el Medellín Postmoderno.

En 1994, el escritor Fernando Vallejo publicó la novela *La Virgen de los Sicarios* con el sello Alfaguara. La novela devendría en un éxito internacional y abriría una ruta de exploración del sicariato y el pandillaje en la

narrativa colombiana. Algo parecido sucedió con la versión cinematográfica que hizo Barbet Schroeder el año 2000, ya que la novela y la película darían paso a una serie de best sellers como *Rosario Tijeras*, *Delirio y Satanás* que evocando el “realismo sucio”, se asentaron en un mercado anhelante de consumir los males del país (Herrero Olaiola, 2007).

Quisiera mostrar cómo la novela convierte la dramática inserción de un importante sector de la población juvenil de los barrios pobres de Medellín al sistema mundo globalizado y neoliberal en la exploración narcisista de un gramático nostálgico, misógino y fascista.

Como ya se dijo, la globalización postmoderna profundizó la mercantilización del mundo. A partir de los años setenta, el postfordismo hizo que la austeridad disciplinar del capitalismo modernista se sustituyera por una apología del consumo y los antiguos patronos disciplinares fueran sustituidos por una frenética adoración de objetos cada vez más perecibles (Harvey, 1998; Sarlo, 1994; Jameson, 1991). Sin embargo, las consecuencias de la globalización postmoderna se ajustaron a las condiciones específicas de cada país y de cada ciudad. En el caso de Medellín, escenario de la novela de Fernando Vallejo, como condensación de un proceso que cubrió una importante parte del siglo XX la desregulación, la descentralización y la privatización se expresaron especialmente en el narcotráfico, el paramilitarismo y el sicariato.

De acuerdo con Roldán (2003), hasta 1965 Medellín había sido el sitio más importante de producción textil y fue además un espacio de recepción de muchos de los miles de desplazados y refugiados que irrigan el territorio nacional a causa de la violencia gaitanista. De otro lado, entre 1965 y mediados de los 70s se produjeron una serie de crisis que afectaron a los dos grandes rubros en los que se basaba la economía regional y de la ciudad: la crisis textil y la crisis cafetera. Estas dos crisis quebraron un sistema paternalista que había caracterizado las relaciones interclasis en la región y en la ciudad y unas altas tasas de desempleo empujaron a muchos a vincularse a la producción de marihuana y cocaína, a través de un proceso creciente que va desde los años 70 hasta ahora (Roldán, 2003: 131). En la década que va entre 1983 y 1993, año en que fue publicada la novela de Vallejo, se vivió más radicalmente la ruptura del modelo pactista que había definido las relaciones paternalistas entre los esta-

mentos sociales; mientras, los sectores subalternos, relativamente ajenos a crear modelos de organización políticas de corte clasista, entraron masivamente a las redes del narcotráfico.

De otro lado, las relaciones entre narcotráfico y pandillas en Colombia han tenido un claro vínculo político. Ya desde 1965 un decreto de Estado permitía crear organizaciones de autodefensa en la lucha contra la subversión, bajo el amparo de la guerra fría (<http://es.scribd.com/doc/46067214/Sindicalismo-y-Terrorismo-de-Estado-en-Colombia-2010>). Estos decretos se actualizarían en la década de los noventa, cuando se permitió la creación de Cooperativas de defensa denominadas *convivir*. Estos decretos oficiales confluyeron con la vieja práctica de solución violenta de los conflictos políticos y con el sicariato y el paramilitarismo creado por latifundistas de viejo cuño y por los nuevos sectores económicos vinculados al narcotráfico. A partir de estos fenómenos, se produjo desde los años ochenta un violento proceso de concentración de tierras y el desplazamiento de sectores campesinos cuyas tierras fueron utilizadas para el narcotráfico y para otras actividades económicas, como forma de lavado de activos.

Este es el contexto que inspira la novela de Vallejo, quien propone en su texto una inserción a una globalidad post-humanista, a partir de dos elementos que quiero subrayar: una descripción esencialista de la violencia entre los jóvenes sicarios de Medellín a través del uso de premisas raciales y misóginas y una construcción del deseo del narrador/autor por encima del deseo banal de los sicarios que integran las bandas de Medellín.

Raza y desorden en Medellín

El 18 de septiembre del 2000, durante el IX Festival Internacional de Arte, realizado en Cali, Colombia, Fernando Vallejo ofreció una charla en la que sintetizó los postulados sobre los que diagnostica la situación colombiana y las ideas sobre las que se fundamenta la propuesta de sus obras. Sus postulados, entre otros, pueden resumirse así: la creencia de que la situación colombiana y especialmente la situación de Medellín era

mejor en el pasado¹. El anticomunismo y el anticatolicismo². La teoría demográfica de que la principal razón por la que en Colombia existen tasas tan altas de homicidio es por la cantidad de gente. Una especial focalización de su teoría en los pobres y los feos³ y que en el caso de la novela se extiende con especial predilección hacia las mujeres pobres embarazadas. A esto le suma una teoría biologicista en la que une la lucha demográfica con la involución del mestizaje y una sistemática campaña contra toda forma de institucionalización en Colombia, especialmente contra ciertas conquistas civiles que se lograron introducir en la Constitución de 1991, como las figuras del procurador de Derechos Humanos y la Fiscalía.

Desde este cuadro Vallejo inscribe un relato testimonial de su niñez, como acción ejemplarizante desde la que justifica su posición política. Así, cuenta Vallejo que

- 1 Dice Vallejo al principio de la conferencia: “El que sí existe es el infierno y estamos en él, aquí en Colombia, un infierno cada día más caliente. Y sin embargo, esto no siempre fue así; yo recuerdo a Medellín en mi niñez fresquecito. Mataban a uno que otro, claro, eso es normal, muy humano, pero con moderación. Nada que ver con este baño de sangre que nos está salpicando hoy a todos la ropa...” (Vallejo, 2002: 15).
- 2 “Cuando estuve en Cuba la primera vez lo que más me llamó la atención, aparte de la prostitución y el hambre, fue lo bien entrenados que tenía el partido comunista a los jóvenes en propaganda y dialéctica, en el arte de polemizar para defender a como diera lugar, reconociendo a veces errores, y a veces mintiendo con la verdad, al déspota que les había convertido la isla en cárcel y la vida en miseria. Entonces me acordé mucho de los salesianos de mi niñez. Su cerrazón tenía un eco en la cerrazón de los comunistas cubanos: las sombras resonaban en las sombras. Y me lo explico porque el catolicismo y el comunismo son «ismos», fanatismos”. (Vallejo, n.m.d)
- 3 “Nadie tiene derecho a reproducirse, y el pobre y el feo menos porque los pobres y los feos multiplican la fealdad y la pobreza, según la ley del horror exponencial que yo descubrí y que dice: Nunca ha habido tantos pobres ni tantos feos sobre esta tierra como hoy. Mañana habrá más. Saltapatrases y pobres de Colombia: Mírense en el espejo antes de copular a ver si están tan bonitos como para que se pierda mucho si se les pierde el molde. Claro, como no pagan agua ni luz ni predial ni nada porque son estrato cero... Aquí los ricos son los que pagan, y rico aquí es el que tiene una casa. Pues alégrense, damnificados y envidiosos de Colombia, porque entre las pescas milagrosas del ELN, del Ministro de Hacienda y de las Farc, ya tenemos aquí a los ricos pensándolo dos veces antes de vaciar el inodoro, porque con lo que les cobramos de agua, luz, predial, valorización y toda clase de impuestos y secuestro, en cada vaciada se les va un tesoro. En cambio nosotros los pobres... Como no pagamos agua, vaciamos cuantas veces se nos dé la gana el inodoro; como no pagamos luz, dejamos prendidos toda la noche todos los focos de la casa; como no pagamos Universidad, la cerramos; y como el Papa y todo el mundo nos bendice, tenemos todos los hijos que nos plazca. ¡Ricos miserables, avaros! Con razón Lenin los llamó sanguijuelas.” (Vallejo, n.m.d)

Tuvo mi papá en mi niñez una finca en el municipio de San Carlos, departamento de Antioquia, que atravesaba un río hermoso, torrentoso... Un río conservador, del gran partido conservador que era el nuestro... Cuando mi papá fue a conocer la finca a ver si le gustaba para comprarla, el viejo dueño lo llevó cabalgando por potreros y potreros hasta un altico, desde donde se la mostró: «Todo lo que ve, doctor, en la extensión que abarquen sus ojos, es la finca. Va más allá de esa colina, y de ésa, y de ésa». Y se le iban a mi papá los ojos subiendo, bajando colinas, acariciando colinas suavécitas como lomos de gato. Y el mayordomo, Pacho Marín, que iba en el trato, aprobando todo lo que decía el patrón: «Sí, doctor. Hasta más allá de donde usted alcance a ver va la finca». «Y ese pasto de que están sembradas las colinas, ¿qué es?», preguntó mi papá. «La maciega –contestó el dueño–. Buenísima para el ganado, les encanta»...

[...] Le hizo casita nueva al mayordomo, a Pacho Marín, con más cuartos que la de nosotros porque Pacho Marín tenía más hijos que mi papá, y todavía estaba en plena furia reproductora. Paría y paría su mujer, y parían y parían las vacas. Sólo que los hijos de Pacho Marín se veían, y crecían, mientras que las terneritas no. «¿La ternerita esa pintada, la bonita, dónde está?», preguntaba mi papá el sábado, en que íbamos a la finca a pasarle revista al sueño. «Se la tragó la boa que sale por la vega del río». «¿Y el toro Fausto, qué se hizo que no lo veo?» «Se lo llevó el río». Y así. Un desastre. Por otra parte Pacho Marín era tan pobre y con tantos hijos y su necesidad tanta, que lo que producía la finca no les alcanzaba. Todo era para ellos los pobres y para nosotros los ricos nada. Los plátanos se los comían, las yucas se las comían, los marranos que engordábamos con los sobrados que traíamos de Medellín se los comían, los huevos que ponían las gallinas se los comían y las gallinas que ponían los huevos se las comían. La panela que producíamos en el trapiche de ACPM se la comían, y el ACPM se lo robaban e iban a venderlo al pueblo a la tienda de otro Marín, un primo, adonde después teníamos que ir a comprarlo. En San Carlos había Marines y Marines y Marines que ni el ejército de los Estados Unidos... (Vallejo, s.m.d.)

Aquí como en la novela la principal atribución del caos del Medellín globalizado se atribuye a la reproducción de los pobres. Esta misma retórica sirve para que el narrador/autor valide lo que aparece como uno de los elementos inconocásticos más fuertes de la narrativa de Vallejo, como es

su explícita homosexualidad. En una declaración Vallejo sostiene: “Es que yo estudie con los curitas salesianos del colegio de Sufragio. Con ellos aprendí que la relación carnal con la mujer es el pecado de la bestialidad que es cuando se cruza un miembro de una especie con otro de otra, como por ejemplo un burro con una vaca” (Vallejo; 2002, 21).

Para autores como Fernández L’Hoeste (2000) esta cita sirve no solo para ventilar la homosexualidad encubierta sino también para denunciar el dictamen desigual ratificado por la Iglesia, según el cual la mujer queda relegada a un papel de segundo nivel y serviría también para consolidar su crítica a la iglesia. Sin embargo, no hay un tono paródico en el planteamiento de Vallejo. Su afirmación pertenece a la serie de argumentos que utiliza a lo largo de toda su obra respecto a las mujeres pobres que, en este caso, las lleva a la categoría de inhumanidad como explicación sublime de su elección homosexual. De otro lado, como lo señala Gabriela Polit (2006), el anticlericalismo de Vallejo se encuentra atenuado en toda su obra por sus simpatías con la virgen como se refleja en el mismo título de su obra.

En la Virgen de los Sicarios existe una tensión entre elementos iconoclastas y una construcción autoral que refuerza los elementos más excluyentes de la cultura política en Colombia y coloca al narrador por encima del deseo banal de los jóvenes sicarios que lo acompañan en su vuelta y recorridos por la ciudad de Medellín. Entre los elementos iconoclastas encontramos una reivindicación estética del adolescente angelical asesino, la inmersión heroica del autor en el submundo subalterno, una reivindicación del habla de los jóvenes sicarios mientras que entre las matrices profundamente conservadoras encontramos el racismo, la misoginia, el clasismo y el anticomunismo. En medio de estas tensiones el narrador se coloca por encima de lo prosaico y construye una distancia con el deseo banal de los jóvenes sicarios. Estas ambigüedades de la obra terminan reivindicando el distanciamiento del autor-protagonista, quien es un gramático que ha vuelto a Medellín a morir y se encuentra con el caos generalizado en una ciudad que entró a la globalización desempeñando el poco virtuoso papel de ser el escenario de disputas del más grande cartel del narcotráfico en el siglo XX.

Recordemos que el escenario descrito por Vallejo es el de un Medellín en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Pablo Escobar

Gaviria. Una coyuntura especialmente delicada en la que jóvenes vinculados a las actividades paramilitares del capo de la droga quedaron sin ocupación. En estas circunstancias, la presencia del gramático, sus gustos y tendencias, se caracterizan por el doble juego de una distancia estructural con el medio y una total complicidad con sus protagonistas. Uno de los recursos que permite establecer la distancia se marca a partir del desapego que el autor muestra por las cosas materiales, lo que puede leerse como una crítica aristocratizante al deseo de la mercancía que el narcotráfico ayuda a generalizar en todos los estamentos de Medellín, mientras los angelicales coprotagonistas de la obra ofrendan sus vidas por cosas tan nimias como *unos tenis marca Reebok y unos jeans Paco Rabanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Calvin Klein. Una moto Honda, un Jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá.*

Esta lista de objetos fue lo que le escribió su segundo amante en la novela cuando el autor y protagonista Fernando le preguntó qué quería de la vida. Esta lista prosaica el autor la contrasta radicalmente con la respuesta que él mismo colocó en la servilleta: “Iba a escribir nada pero se me fue escribiendo su nombre...”. En este caso, la distancia moral que el gramático establece con los portadores del deseo ilegítimo es obvia. Además, esta distancia es la misma que marca el diseño del escenario físico de la obra: Vallejo describe su casa como un templo desocupado, sin cosas, en contraste con la bulla y la avidez del exterior. Este escenario es el que violentamente se pone en cuestión cada vez que sus atónitos amantes le piden que consiga un televisor o un equipo de sonido.

La distancia entre el protagonista y los jóvenes es una distancia moral y se afianza cada vez que les compra lo que le piden sin poner ningún reparo ni mostrar ninguna afectación. El protagonista, que llega al Medellín globalizado como si viajara desde el tiempo de dominio de la ciudad letrada (Rama, 1998) cuando la gramática era la una de las profesiones predilectas de las elites, se proyecta incólume al presente para constatar la decadencia que se produce por la circulación masiva de la mercancía que acompaña al narcotráfico. Pero lo único que parece paliar la distancia del gramático es la complicidad que los jóvenes sicarios tienen con él a la hora de satisfacer su deseo estético de amor y muerte. En esta descripción se opone la profundidad de las demandas del protago-

nista y la superficialidad de los requerimientos de los jóvenes. Sin embargo, en esa oposición aparece una economía moral que va más allá del campo de la ficción ya que muestra el uso de las figuras paramilitares por parte de las clases dominantes. Aprovechando su deseo por las mercancías, los jóvenes son contratados como fuerza de choque por sectores de las elites que en rigor buscan restringir la circulación de las mercancías. Además, la distancia de los gustos del protagonista y la de los jóvenes evita el apareamiento de la ética ya que para el protagonista las actividades criminales de los jóvenes son la contraparte del comercio. Mientras él les da obsequios de mercancías, los sicarios le compensan con la ofrenda tanática de sus cuerpos.

Bibliografía

- Harvey, David (1998). *La condición de la postmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Haritik. Sindicalismo y terrorismo de Estado en Colombia. (2010). "Sindicalismo terrorismo de estado en Colombia". En <http://es.scribd.com/doc/46067214/Sindicalismo-y-Terrorismo-de-Estado-en-Colombia-2010>
- Fernández L'Hoeste, Héctor (2000). *La Virgen de los Sicarios o las visiones dantescas de Fernando Vallejo*. *Hispania* Vol. 83, N.º 4 pp. 757-767
- Herrero-Olaizola, Alejandro (2007). "Se vende Colombia, un país de delirio: el mercado literario global y la narrativa colombiana reciente". Symposium – Syracuse Then Washington. *Literature Resource Center*. University of Michigan.
- Jameson, Fredric (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- Pólit Dueñas, Gabriela (2006). "Sicarios, delirantes y los efectos del narcotráfico en la literatura colombiana". *Hispanic Review* Vol. 74, N.º 2 (Spring), pp. 119-142.
- Roldán, Mary (2003). *A sangre y fuego. La violencia en Colombia 1946-1953*. Bogotá: ICANH/Fundación para la promoción de la ciencia y la tecnología.

- Sarlo Beatriz (1994). *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Schein Louisa y Va-Megn Thoj (2010). "Gran Torino's Boys and Men with Guns: Hmong Perspectives". *Hmong Studies Journal*: 10-1-52.
- Vallejo, Fernando (2002). *La virgen de los sicarios*. Buenos Aires: Alfaguara, Aguilar.
- (2011). "Los difíciles caminos de la esperanza". *Revista Número 24*. [Versión electrónica en: www.revistanumero.com/24/dificiles.htm].

La Mara como ejercicio de contrapoder

Hugo César Moreno Hernández*

Pandillas y desbordamientos

El fenómeno pandillero está imbricado en el proceso de crecimiento del sistema de sociedad capitalista, observado desde las aportaciones de Trasher (1973), en su estudio clásico de las pandillas en Chicago, pasando por la situación del fenómeno en México, Colombia y Estados Unidos, en trabajos realizados por Gomezjara (1987), Perea (2007) y Hagedorn (2008) (1998), respectivamente, así como en múltiples aportaciones sobre el fenómeno de las pandillas transnacionales (el objetivo del presente trabajo no es presentar un estado del arte sobre los estudios realizados sobre el fenómeno). Es constante en la producción de subjetividad operada por la liberación en la modernidad. La liberación, más allá de su rasgo positivo, entraña la desocialización respecto de la otredad inmediata (el individuo, el ciudadano) vinculado a través de la ley (el contrato devenido Estado y soberanía), reterritorializado en la propiedad (fuerza de trabajo igual a mercancía), interiorizando la subjetividad. Desde la visión liberal el cúmulo de libertades individuales hace sociedad, pero es en el no enlazamiento profundo, en la desactivación de subjetividades exteriorizantes que es posible acceder al orden social, al funcionamiento cabal de un grupo sin unión. La modernidad se centra en la eliminación de arca-

* Sociólogo. Doctor en Ciencias Sociales y Políticas con experiencia en investigación sobre jóvenes pandilleros. Miembro del claustro de profesores de la Maestría en Saberes sobre subjetividad y violencia en Colegio de Saberes. Universidad Iberoamericana/Colegio de Saberes. hutetes@hotmail.com

nos estorbosos para solicitar entrada al futuro. El desarrollo precisa del olvido, o apenas recordatorio histórico para representar el avance, para definir el orden y el progreso.

La pandilla, desde el clásico estudio de Thrasher (1973), deja ver su forma 'malévola', inferior o subalterna, sucia y contaminante, al ser definida como grupo intersticial. Los intersticios permiten la sombra que se oculta del gran ojo panóptico. La pandilla es un grupo de sujetos que se conectan, rompen la individualidad saludable para vociferar su condición, pues *de facto*, carecen de la oportunidad para redactar manifiestos, articular discursos coherentes según reglas políticas y culturales. El fenómeno pandillero es, pues, supuración del sistema de sociedad. Es un nearcaísmo o salvajismo subproletario, subalterno, lumpen, juvenil, despojado, liberado, y en el fondo, la suciedad acumulada como convulsión de un movimiento forzado (migraciones coaccionadas por los mercados). La pandilla es una otredad en la medida que surge según el enlazamiento comunitario, pero no es el extraño, el extranjero, no está fuera del sistema de sociedad, aunque sea expresión de la exclusión. La pandilla es reflejo, no solo producto o desecho, es parte del sistema.

Las mutaciones del capitalismo, en términos de globalización (económica, lo que implica una sobreposición de lo económico, como desincorporado de lo social y ordenador de lo político) han desterritorializado territorios, maneras de ocupar lo urbano de los jóvenes desterritorializados, marginados y transgresores en la medida que dicho carácter se convierte en modo de reterritorializar la ciudad y sus grietas, es decir, la manera de usurpar la calle, de ganar la calle y crear territorio. La pandilla es territorial, eso le da soporte a la unión. El capitalismo de consumo (el capitalismo anclado en el consumo y ya no en la producción) opera nuevas desterritorializaciones, como es su vocación, y destruye el territorio pandillero, pero no a la pandilla, como efecto de descodificación, la pandilla se expande en recodificaciones, reterritorializando con el nombre y el rostro de la pandilla, es visible. Con el deterioro de las soberanías y fronteras nacionales efectuado por los mercados, la orientación política no alcanza para darle estatuto ciudadano y el mercado de las seguridades los despoja, los convierte en nuda vida, cuerpos humanos sin ciudadanía (Agamben; 2003). Es el caso de las denominadas pandillas transnacionales, término acuñado por la

intelligentsia de seguridad estadounidense (Sullivan, 2008; Manwaring, 2008), pero que no miente, acaso brinda una mueca de inteligibilidad a las pandillas desterritorializadas y manera de asirlas, pues la idea de transnacional, en lugar de global, les asigna un lugar no económico, casi político, distanciado de lo ‘realmente’ político por la criminalización. Criminalizar supone tomar a la pandilla por su lado más duro, por donde es más fácil de sentir y medir, sin asumir la cualidad de reflejo sobre el sistema de sociedad. No significa que la agresividad y trasgresión pandillera esté a salvo de la criminalidad, por supuesto, el delito es parte de la acción pandillera, pero no es lo que la vertebra. La pandilla no tiene, necesariamente, centro. La pandilla tradicional, estacionada en su territorio, hace una suerte de centro en la apropiación de la calle. La pandilla transnacional¹ no deja de articularse mediante el territorio, pero se convierte en un vínculo, en un nombre, un número o unas letras, en una comunidad elegida y activada mediante la pertenencia absoluta.

Un joven pandillero calmado² permite observar el lazo que posibilita la pertenencia absoluta a la pandilla, en este caso, la Dieciocho, y su cualidad rizomática (Deleuze y Guattari; 2008), desamparada por el territorio sin dejar de ejercer reterritorializaciones, mediante un vínculo fraterno, afianzado en una hospitalidad para con el amigo no anclado en el mismo territorio, sino vinculado por el número, por el Barrio³. A propósito, Derrida dice de la buena amistad:

- 1 He preferido utilizar el término “pandilla transnacional” en lugar de Mara, tanto por guardar respeto a mis informantes, quienes en su mayoría son miembros de la Pandilla 18, como para incluir a la MS y otras pandillas que no se observan aquí, como los Latin Kings, Bloods, etc., así como a los ‘sureños’, miembros de pandillas de ciudades de los Estados Unidos deportados, pertenecientes a pandillas que no trascienden aún sus fronteras. Igualmente, decidí mantener en el título la palabra Mara, para localizar mejor el fenómeno, tanto en términos de su especificidad geográfica como mediática, pues considero que Mara permite identificar mejor a los sujetos observados.
- 2 De la pandilla no se sale, esta convicción fue confirmada por todos los pandilleros entrevistados. Quienes realizan trabajo organizado, como los miembros de Homies Unidos, se declaran pandilleros no activos en violencia, pero siempre pandilleros. La otra forma es la de ‘estar calmado’, lo que en el fondo significa lo mismo, es decir, alejarse de actividades delincuenciales, de la violencia, una especie de retiro de la guerra entre pandillas. Sin embargo, esto no los pone a salvo de la posibilidad de morir a manos de la pandilla enemiga.
- 3 Barrio, para la Pandilla 18, define el conjunto de tribus, canchas o klikas. Es la comunidad, el número que acomuna, el nombre y la rostridad, el 18 tatuado en el rostro, en el cuello, en el brazo, o donde sea es el barrio manchado el cuerpo e incorporando en la comunidad pandillera.

La <<buena amistad>> supone la desproporción. Exige una cierta ruptura de reciprocidad o de igualdad, la interrupción también de toda fusión o confusión entre tú y yo [...] La <<buena amistad>> no se distingue de la mala más que escapándose de todo lo que se ha creído reconocer bajo el mismo nombre de amistad. Como si se tratase ahí de un simple homónimo. La <<buena amistad>> nace de la desproporción: cuando se estima o respeta al otro más que a sí mismo [...] La <<buena amistad>> supone, ciertamente, un cierto aire, un cierto toque de <<intimidación>>, pero una intimidad sin <<intimidación propiamente dicha>> (Derrida, 1998: 81).

En la pandilla transnacional la amistad desborda la corporalidad al representarse y sentirse en la pertenencia al barrio. Así lo dice S.⁴ “se siente la sangre, se siente la sangre que trae que sabes que es familia”. La pertenencia absoluta se refiere a través de la idea de familia y cosanguinidad, se desborda la filiación, se comparte la sangre con un toque de intimidación desproporcionada, sin proporcionar la intimidación pero desbordando, proporcionando al amigo, al *home boy*⁵ la vida más que a sí mismo, endeudándose, acomunándose. S. otra vez:

Siempre te van a preguntar de dónde eres y a qué perteneces. Como te digo, hay momentos que vas a hablar con la verdad y hay momentos que vas a hablar con la mentira. Porque tienes que abstenerte a lo que te respondan, porque no puedes lanzarte a rifar tu barrio, no sabes con qué te vas a enfrentar. Pero, como te digo, es la misma forma y tú sientes la vibra de si es hermano tuyo, pues sí vas a responder⁶.

La familia 18, la pandilla, se monta en desbordamientos. Así lo hace con el tiempo, lo que Perea Restrepo (2007) denomina *tiempo paralelo*, desac-tivar el reloj. El pandillero mide el tiempo precariamente, sin minuterio y de esta manera se apropia del tiempo, hace su tiempo transgrediendo la temporalidad de la producción. El tiempo paralelo es parte de la pandilla

4 Para proteger a mis informantes, en algunos casos, utilizaré una letra a manera de inicial, sin que ésta sea la del nombre o el apodo.

5 *Home boy* y *home girl* son la manera en como se dicen entre pandilleros de la 18. Los MS se dicen mareros. Los pandilleros colombianos se dicen parceros, etc.

6 Todas las entrevistas fueron realizadas en San Salvador y municipios conurbanos durante junio y julio de 2009.

como reflejo del sistema de sociedad y el capitalismo de consumo, expresión de su posición en los procesos productivos, expresión de su participación en un capitalismo que precisa cada vez menos del trabajo. De esta manera recodifica el tiempo. También desborda los espacios públicos, sus reterritorializaciones son recodificaciones del sentido político de la calle. Ésta deja de ser espacio para convertirse en lugar, territorio a defender. La idea de filiación también se desborda, aparece en el rostro, en la piel y define pertenencia al barrio. Pertenencia absoluta. Tatuarse el barrio es como si el pandillero dejara ver el rostro absoluto de la pandilla, a grado tal que borrarlo es traición cuya pena es la muerte, porque significa negar la pertenencia absoluta. G., Otro pandillero calmado, lo advierte como la peor de las traiciones a la pandilla: “Borrarte el barrio. Cuando viene alguien y te dice que te van quitar tu tatuaje, esa”. La pertenencia absoluta a la pandilla no implica la continuidad de una vida violenta, aunque la violencia siempre está sobre ellos. Pertener por siempre a la pandilla implica el riesgo de mantenerse bajo la mira de los enemigos. La muerte acecha. Calmarse, evitar el ejercicio de la violencia, el delito y la transgresión no significa dejar de pertenecer. Quien asume la deuda con la pandilla, solo le debe respeto o pagar la traición con la muerte. G. lo explica así:

Ahora en las pandillas, cuando vos ejercés y sabés de que hay una regla y el que se borra la pandilla se le considera eso, pero por qué paso eso, porque hay muchos en la pandilla que andan calmados trabajando, viviendo, diez, quince años, pero andan sus tatuajes, o sea, que se les demostró empíricamente que sí se puede vivir y que no es excusa eso, que mejor vengan, que no vengan por ese lado a ponerte la excusa, ahora, antes de entrar a la pandilla se conoce eso, el que no quiere aguantar con eso... sí. Porque la mayoría tienen el ideal de que te metés a la pandilla y que te vas a morir. Nadie piensa atravesar ese lado y salir al otro lado del río, ¿me entendés? Ahora, los que han llegado al otro lado ya ven la vida de otra manera, entonces por esos que ven la vida de otra manera hay programas de rehabilitación e inserción, organizaciones y ellos están proponiendo ideas y créeme que son bien recibidas, porque todo lo que venga para beneficio de la pandilla es bien recibido. Pero esos que han cruzado ese río saben cómo lo han cruzado y cómo están ahorita, y ninguno se ha quitado ningún tatuaje y están ayudando, pero ninguno se ha quitado nin-

gún tatuaje. Ahora, tenemos a esa gente y vamos a tener otro puño que se lo está quitando, esos son mentirosos, esos están atentando contra algo que muchos han perdido su vida y su libertad por eso que se considera sagrado.

La pandilla implica paralelismos, afueras, límites, contras. Son formas del límite interior del sistema de sociedad capitalista. Ése es su medio ambiente y en la medida que éste muta, las pandillas van parasitando en los movimientos. En ese sentido no son exteriores, no son un afuera absoluto, sino relativo a las confluencias de fuerzas sociales. Nos dice Agamben (2005) que el capitalismo es una religión donde todo es sagrado, donde el ahogo se halla en la imposibilidad de profanar y quien profana, por elisión o elección se convierte en Homo Sacer (2003), vida prescindible, criminalizable, nuda vida. El capitalismo de consumo despoja al Estado de su vocación conciliadora (a pesar de ser siempre el centro del poder político de una clase) entre capital y trabajo, para dejarle un papel policial y penal “la política que adopta el Gobierno, de manera explícita, es el control y la represión [...] Esta respuesta gubernamental se ha visto recrudescida [...] con los planes Mano Dura y las leyes antimaras, las cuales, a su vez, han tenido un enorme peso en la transformación de la dinámica y naturaleza pandilleril actual, caracterizada, hoy día, por un mayor uso de la violencia, sofisticación y clandestinidad con la que operan” (Aguilar y Miranda; 2006: 37), haciendo de la pandilla una incorporación más al margen, ya no solo de lo económico, a través de la marginación de pobreza, sino también de lo político, disminuyendo el estatuto de ciudadanía de los jóvenes, de por sí un tanto alienados de sus derechos políticos y, con esto, también despojados de la posibilidad de, por lo menos, exigir la garantía de sus derechos humanos. En ese estado, la pandilla se aísla, se convierte en una contrasociedad a través del enlazamiento comunitario. Es decir, a través de una subjetividad explosiva en tanto se exterioriza para ligarse con otros, para establecer una deuda con los pares y constituir el barrio.

Cada vez que ese ideal toma cuerpo en una realidad colectiva –patria chica, ciudad, fiesta popular–, la impetuosa exigencia rousseauniana de comunidad se vuelca en su mito. Precisamente el mito de una comunidad

transparente para sí misma, en la cual cada uno comunica al otro su propia esencia comunitaria. Su propio sueño de absoluta autoinmanencia. Sin ninguna mediación, filtro, signo que interrumpa la fusión recíproca de las conciencias; sin ninguna distancia, discontinuidad, diferencia frente a otro que ya no es tal, porque forma parte del uno; que incluso es ya el uno que se pierde –y se reencuentra– en la propia alteridad (Esposito, 2007: 101).

La pandilla se vuelca sobre el barrio desbordado. La calle 18 se expande y desborda fronteras, no con una forma de colonización, sino todo lo contrario, como expulsión, exilio sobre exilio, segregación y marginación. El barrio existe en el margen y desde ahí se deja ver. El barrio, instalado en el tiempo paralelo, rompe la línea dramática de la modernidad, el futuro promisorio de orden y progreso y el tiempo se detiene en el presente, en lo trágico (Maffesoli, 2005).

El tiempo desbordado, el tiempo trágico, el presentismo, crea ruptura en la sacralidad del sistema de sociedad, le revienta con fealdades y suciedades, descubre la mentira de un campo social liso, ahí están las rayas, las manchas, los tatuajes, los nombres, la rostridad furiosa mirando de frente: la trasgresión, la profanación, el desorden, la imagen sin simetría, lo heterogéneo en sentido de demasiado diferente, demasiado al margen, “y tal como lo homogéneo caracteriza la regularidad contable, la heterogeneidad es, en cuanto a ella, sinónimo de esta extraña acentuación a través de la marginalidad, la subversión, la anomia, todo esto estando a cargo de las irregularidades, las ‘clases peligrosas’ u otros desaprobados” (Maffesoli, 2005a: 120). La pandilla es una pústula en el cuerpo de la sociedad, es una infección comunitaria, con sus violencias siempre tácitas, sin metáforas, pero metaforizando el lugar comunitario pandilla con sus desbordamientos.

Un pandillero activo⁷, C., me explica la cualidad del lazo en la Pandilla 18, los gestos que permiten el abrazo en lugar de la agresión, eso que permite al uno, al individuo, al sujeto, explotar, romper su esfericidad, su interiorización y perderse para reencontrarse en la propia alteridad definida por el barrio:

7 Se entiende por activo aquel pandillero que continua inmerso en las actividades de la pandilla.

Nos identificamos por territorios men, nosotros sabemos, ahí entra el tatuaje, ve'a, ahí nosotros sabemos, si usted porta un dieciocho ya sabemos que es *home boy*, pues va y que usted está ahí y yo le puedo dar la mano libremente porque usted y yo sabemos que somos hermanos, no importa de dónde seamos, ambos sabemos que somos raza y que estamos unidos por algo y nos confiamos pues, ya usted verme el dieciocho, él puede confiar ya en mí, pues, ya sabe él que podemos confiar, ya él me recibe, me trata bien, a veces me da donde vivir, así es el barrio, así somos nosotros, en cualquier lugar donde vayamos y hay *home boys* de nosotros, nos reciben bien, como de la familia, cabal.

Las pandillas transnacionales, pensando aquí en las llamadas Maras, tienen el carácter de *transgredir* lo *transnacional* a partir de desterritorializaciones constantes, de movimientos migratorios forzados por la potencia de la economía de mercado. La pandilla 18 y la Mara Salvatrucha 13 se originan, como es bien conocido, en Los Ángeles, California. Ambas son, como P., otro pandillero calmado comentó y G. ratificó, deportadas. Es decir, en términos de ciudadanía, se deportó no ciudadanos (incluso ciudadanos por nacimiento), pero con ellos iba la filiación pandillera, la cual floreció en un terreno donde la pandilla ya estaba, pero le confirió el carácter de una especie de confederación pandillera que excede las colonias, las ciudades y los países. John M. Hagedorn (2008) explica este proceso criticando la visión de una pandilla transnacional capaz de invadir naciones, como si se tratara de una “insurgencia criminal”, es decir, una organización criminal, con valores criminales, tendiente a formar Estados criminales:

No es cierto que las pandillas “ultraviolentas” de LA se han “apoderado de América Central” como lo sostiene Ana Arana en su ampliamente citado artículo en *Foreign Policy* [...] Puede ser que la investigación acerca de la larga historia de las pandillas centroamericanas haya templado la retórica de Arana. Sabemos, basados en estudios realizados por Deborah Levenson en la década de los 80 acerca de las pandillas en América Central y más recientemente en más estudios realizados por Mario Carranza en El Salvador y José Luis Rocha en Nicaragua que las pandillas habían existido en esos países antes de las guerras civiles [...] Sus pandillas tienen un

“nombre transnacional”, como MS-13, pero sus actividades son predominantemente locales (Hagedorn; 2008).

La pandilla transnacional, al igual que la pandilla tradicional, toma forma a través de la transgresión, el territorio y el ejercicio de micropoder localizado, sin embargo, la pandilla extendida, su confederación de subgrupos, klikas, canchas o tribus, le confiere una capacidad de contrapoder inusitada. La pandilla transnacional, como cualquier pandilla, no se integra ideológicamente a partir de un fin político, de una búsqueda programática, o por un cambio social. En ese sentido es apolítica, incluso impolítica, pues es a partir de esa cualidad que estructura una acción política-impolítica sensible en la guerra de pandillas declarada desde los ochenta en las calles de Los Ángeles y extendida al sur, alcanzando en Centroamérica los niveles más brutales. Es complejo determinar si la invención del enemigo, politizar lo impolítico, crea la pandilla, es decir, si a partir del enemigo la pandilla se articula para la defensa o es la actividad pandillera la que lo enfrenta, irremediamente, a otros grupos pandilleros. En el caso de la guerra entre la Pandilla 18 y la Mara Salvatrucha 13, el inicio de las hostilidades es difuso. Tanto P. como G. ubican su origen en Los Ángeles, sin embargo, las versiones son dispares. P. se brincó⁸ el LA, G. lo hizo en la cancha Tayni, en un municipio cercano a San Salvador. En los motivos de P. para brincarse no se localiza la pandilla enemiga, es decir, la MS13. Por su parte, los pandilleros brincados en El Salvador ubican como uno de sus motivos principales “la otra pandilla”

Bueno, este, empecé a ingresar... inicié esto porque teníamos enemigos, ve'a. La otra pandilla que venía a matarlos, venían a matar gente conocida de nosotros, este, empezaban a matar a nuestros familiares a tocarnos cosas que eran de nosotros y es por eso que nosotros empezamos a luchar también, a pelear matándonos unos a otros, haciéndonos daño, como fuera posible, pues ganar una batalla, usted sabe que en una batalla pasan muchas cosas⁹.

8 El Brinco es como se denomina al rito de iniciación. Es un salto que los introduce en la pandilla.

9 C., pandillero activo.

Yo entré a la pandilla a los quince años, como se llama, y entré porque, por siempre rivalidades, vaya, y pues sí, cómo se llama, cuando uno estaba más pequeño nosotros jugábamos chibola y todo, ve'a, y ellos, los contrarios, se venía a meter aquí, ve'a, y como nosotros convivíamos con los de aquí, con los dieciochos de aquí, no nos gustaba que vinieran a molestar los contrarios de la otra pandilla aquí, en cambio y después nos fuimos viniendo a ellos, tratamos de hacer un grupo, ve'a, y pues sí... y, cómo se llama, me fui metiendo a ese grupo y, cómo se llama, fue así como me hice, ve'a, pertencí a eso¹⁰.

La alusión a la “otra pandilla” como elemento para ingresar a la pandilla supone un conjunto de motivaciones ocultas. Los informantes buscan politizar su actividad mediante la invención del enemigo, más allá de que dicho enemigo sea mortal, pues en diversas investigaciones, el vacil¹¹ apa-

10 O., pandillero activo.

11 Juego, divertimento, desmadre, desafuero, libertad sin restricciones. En el estudio de 1996, Solidaridad y violencia, el primer sondeo sistemático y representativo de los jóvenes pandilleros del Área Metropolitana de San Salvador, que contó con la participación del Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de la Universidad Centroamericana (UCA), las organizaciones Save the Children (EE.UU.) y Rädä Barnen (Suecia), y un grupo de pandilleros y pandilleras, del cual posteriormente se formaría la organización Homies Unidos, se reportó, sobre los motivos para ingresar a la pandilla:

Una pregunta muy frecuente respecto al fenómeno de las pandillas tiene que ver con las razones que llevan a los jóvenes a integrarse a estas agrupaciones. El sondeo de los pandilleros abordó esta interrogante y se las trasladó a los mismos “mareros”. El 42,5 por ciento de los jóvenes, esto es, la mayoría, afirmó que lo que más les gusta de su pandilla es “el vacil” (término del caló pandillero que expresa diversas cosas que van desde el compañerismo hasta ciertas actividades propias de las pandillas que exceden el límite de lo legal); en segundo lugar, un 17,9 por ciento sostuvo que lo que más le agrada es “llevarse bien con los *homeboys*”. El gusto por algo específico de su pandilla parece estar asociado más a la edad que a cualquier otra condición, pues a medida que aumentan los años de vida van desplazando el gusto por “el vacil” hacia “el llevarse bien”, “la comprensión” y otras respuestas; en otras palabras, entre más edad poseen tienden a valorar más otro elemento que configura a la pandilla y ya no la diversión por sí sola que ésta ofrece. En todo caso, el hecho de que los pandilleros señalen “el vacil” como lo que más les gusta, lo cual puede ser muchas cosas, sugiere un significativo nivel de ambigüedad en el tipo de vida que implica la pandilla. Ingresar y pertenecer a una pandilla puede estar motivado por el tipo de relaciones que se crean dentro de la misma, pero, al mismo tiempo, puede estar motivado por la facilitación de un estilo de vida de orden criminal, frente a la incapacidad de encontrar otras formas de ganarse la vida [...] Estos datos ratifican lo encontrado anteriormente: el gusto por esa diversidad de cosas que representa la pandilla y que se expresa en “el vacil”; pero hacen reflexionar sobre un punto. Desde los jóvenes, la razón principal para convertirse en pandillero no son los problemas familiares como suele creerse desde fuera. Sin negar el peso de las

rece como principal motivo para pertenecer a la pandilla, además de razones provocadas por la incompreensión en la familia, el respeto, etc.

Politizar la acción violenta de la pandilla implica la búsqueda por dar inteligibilidad a la guerra pandillera y expresa la dureza de la unión y su explosividad con respecto al lazo-de-comunidad forjado entre los *home boys*. Es un juego de otredades: el otro amigo, hermano, *home boy*, perrito¹² que se disuelve en cuanto individuo para devenir soldado, guerrero y la Otredad, la otra pandilla, esculpida a través del odio visceral, ostensible en el asco que provoca la sola mención de su denominación. Cuesta trabajo articular las letras para los números. Es solo la otra pandilla, H., la pandillera calmada lo explica: “Como la pandilla contraria nomás le ponemos”. Enemistad que incumbe a todos los rincones y toma las calles sin remilgos. La invención del enemigo y su concreción sangrienta politizan lo impolítico de la pandilla:

La invención del enemigo, ésta es la urgencia y la angustia, es esto lo que habría que lograr, en suma, para re-politizar, para poner fin a la despolitización; y allí donde el enemigo principal, allí donde el adversario <<estructurante>> parece inencontrable, allí donde deja de ser identificable, y en consecuencia fiable, la misma *fobia* proyecta una multiplicidad móvil de enemigos potenciales, sustituibles, metonímicos y secretamente aliados entre ellos: la conjuración (Derrida; 1998: 103).

Una búsqueda urgente, necesaria, angustiante, estructurante, de pertenencia absoluta, ésta se comprende a través de la enemistad brutal entre 18 y MS, ésta acomuna, ofrece límites bien definidos a la comunidad, pone un dentro y un afuera, politiza el espacio urbano entre *home boys*,

condiciones familiares en la incorporación a las pandillas, la encuesta muestra que los jóvenes que se integran a las pandillas no parecen tener presente tanto las condiciones de las cuales escapan como las condiciones a las cuales ingresan. Es decir, aparentemente los jóvenes llegan a las pandillas atraídos por éstas y no tanto como forma de escape consciente de sus hogares (Cruz y Portillo; 1998).

Estudios posteriores reportan resultados similares (Santacruz y Concha, 2001; Santacruz y Cruz, 2001; Sosa y Rocha, 2001).

- 12 Perrito es una forma cariñosa de llamar a un *home boy*, alude a la nobleza y lealtad del animal, es una especie de devenir-animal, una forma del nearcaísmo-tribal-comunitario de la pandilla.

chavalas¹³ y civiles¹⁴ para convertirlo en campo de batalla, “sobrevivir en un campo que muchos llaman una batalla, otros llaman una guerra, otros llaman una familia, que nosotros llamamos una familia”¹⁵. Juego de imágenes e imaginarios recodificados en el marco impolítico de la pandilla, en el adentro contra-social de la pandilla y, a fuerza de *contra*, comunitario. Con C. el imaginario de familia adquiere la expansión de la raza, se recodifica en la identidad colectiva de la raza:

La rivalidad es por razas men, en los tiempos antiguos los indígenas se tatuaban, se hacían unos signos para distinguirse entre razas, así son las pandillas aquí men, nos distinguimos, ellos se distinguen por sus creencias y nosotros por nuestras creencias. Ellos creen en el diablo, que no sé qué, en la bestia que no sé qué, y nosotros creemos en qué... en nuestra raza, en no dejarnos matar, en sobrevivir, en subsistir hacia las otras personas, hacia las personas, dicen, de la civilización, ve'a, aunque a nosotros nos toman como una escoria, como el extracto pobre de la sociedad, men, como un bicho que se para en un árbol, ve'a, entonces hacia eso luchamos, hacia las inseguridades de la gente que nos toma como anormales o nos toma como parásitos, no sé.

Esta guerra entre pandillas, lo que he llamado politización de lo impolítico de la pandilla, es explosión de reterritorializaciones violentas. La pandilla transnacional sigue siendo territorial. La cancha o tribu, el subgrupo, se coloca en su territorio y lo defiende contra la otra. Sin embargo, el barrio extendido implica la eliminación del enemigo, siendo el desplazamiento del otro, la posibilidad de poner el placazo¹⁶, una guerra a muerte, sin clemencia para el contrario.

13 Forma despectiva con que se refieren los pandillero a los contrarios.

14 Forma en que los pandilleros se refieren a los no pandilleros. La propia palabra crea límites, adentro y afuera, autoexclusión que responde a la sobreinclusión policial y, al mismo tiempo, politiza lo impolítico de la pandilla.

15 C.

16 El placazo se entiende de dos formas: según P., en su calidad de pandillero deportado, el placazo es el sobrenombre que impone la pandilla como parte del rito de iniciación. Sin embargo, esta no es una constante y varía según la clika, tribu o cancha, pues algunos explicaron que ellos se asignaban el sobrenombre y no le adjudicaron el término. El placazo, entonces, se observa en el graffiti donde aparece el número (18) o las letras (MS), cobijando el nombre de la cancha, por ejemplo: Carmen Locos Salvatrucha. El término también llega a identificarse con el tatuaje, sobre todo cuando éste delinea el barrio, es decir, las letras o los números.

Lazo-de-deuda

El territorio sigue consistiendo el trofeo. PJ. es un marero¹⁷ calmado, miembro de la Mara Salvatrucha 13. Tiene 25 años; desde los catorce pertenece al barrio. Lleva seis años sin participar activamente con su mara. Trata de hacerme entender las motivaciones de su mara y, al mismo tiempo, entender él las mutaciones sufridas por el grupo:

Sí, más que todo, hoy, como está, era defender un territorio, o sea, digamos aquí donde es esta colonia era defender el territorio. Hoy no, hoy es de ganarlos. O sea que, aquí a la par de esta colonia hay otra, tratar de ganarla. O sea, hoy ya no es como antes, ¿me entendés?, que antes uno, este, o sea, si miraba al contrario, darse duro y todo eso, o sea, a ganárselo uno a fuerza. Hoy no, hoy viene, matan a todos y ya es territorio de otro.

Así pues, entre la sobrevivencia y la territorialidad, la otredad absoluta y la pertenencia absoluta, la violencia de la pandilla alcanza niveles espeluznantes y en la medida que se cruza con el afuera de la pandilla, es decir, la sociedad a través de las fuerzas policíacas e institucionales, debido tanto a la sevicia de su asesinato como a su actividad delictiva, que oscila entre el robo menor hasta la extorsión y el narcomenudeo, implicando una organización de esto cada vez más eficiente, la pandilla se coloca en el lugar de la malevolencia social por antonomasia. Desde 2003 en El Salvador se ha legislado contra las maras, del *Plan Mano Dura* a la *Súper Mano Dura* y las leyes antimaras; además del *Plan Escoba* en Guatemala, *Cero Tolerancia* y *Libertad Azul* en Honduras; pasando por la ‘limpieza social’, la violencia de las pandillas se incrementa, aumenta en acidez y su potencia de contrapoder explota. Si bien, las pandillas no se articulan a través del delito, la actividad delictiva es parte de sus rutinas. “En realidad, a mí no me da lástima quitarle al que tiene, men”, confiesa C. El afuera de las pandillas incluye el crimen organizado, las bandas, grupos pequeños reunidos para cometer delitos, reunidos para el lucro. A diferen-

17 Utilizo aquí marero en lugar de pandillero debido a que, según el discurso esgrimido por PJ y la acotación hecha por H., los miembros de la MS13 aceptan de buen grado esta designación.

cia de las pandillas, el delito lucrativo sí es su centro. Los jóvenes pandilleros, formados en la violencia, son perfectos elementos para incluirse en grupos delincuenciales. Pero lo asumen como algo fuera de la pandilla. No significa que la clika no se organice para el robo, la extorsión u otro tipo de delito que requiera logística y eficacia para efectuarse, pero, repito, es una rutina que no vertebra el sentido de la pandilla. S. admite la actividad delincencial:

Bueno, hay momentos que es bastante fuerte y hay momentos que son pacíficos, verdad. Pero la cuestión de la parte de lo fuerte, pues es porque a veces, pues hay que hacer, por decir así, como para eh, recopilar algo para ver cómo podemos ayudar a nuestra familia. Entonces esa parte pues tiene que, como dicen, rebuscarse cada quien por su lado y a la vez aportar una parte para toda la gente que está en los penales, eso. Robar... robar... eso más que todo, para tener el sustento, como se dice, de ahí hacer otras cosas malas no. Bueno, por mi mente no pasan esas cosas, pero, como le digo, no, no, no pasa nada de eso.

Incluso, en el discurso de los pandilleros es notable la articulación del grupo a través de filiaciones establecidas mediante la pertenencia absoluta, coagulada, en gran medida, por la rivalidad, extremadamente violenta, con la otra pandilla. La otra pandilla 'debe' ser eliminada, esto excede la actitud defensiva. El desbordamiento violento de la pandilla es hacia el enemigo. El delito se admite, se asume como parte de la sobrevivencia. Si lo ponemos en palabra de C., es parte de la 'creencia', de sobrevivir a los ataques y en la cotidianidad, robar sin 'lástima' al que tiene. De esta manera, narcomenudear, extorsionar o realizar delitos más duros, se envuelve en la sobrevivencia. Ambas pandillas practican la delincuencia. Mis informantes de la 18, sin embargo, en la asunción del delito muestran una especie de repugnancia. Por supuesto, esto no significa que la mayoría de los pandilleros muestren el mismo pudor. Pero, como dije antes, esto se realiza fuera de la pandilla. G. lo pone en estos términos:

te voy a explicar algo, a mí la pandilla no me hizo caer preso. Pero lo que yo viví estando ahí fue consecuencia de mis malas prácticas aquí afuera, que era ser pandillero, andar cometiendo delitos y me llevó a un penal y

ahí sucedieron las demás cuestiones. Entonces, este, robar y que te agarran... no toda la vida se triunfa, algún día te tienen que agarrar. A muchos los han agarrado en las primeras, a otros ahí andan, salen, entran, salen, nunca escarmientan, es que aquí en la viña del señor hay de todo.

Los propios pandilleros distinguen el delito de las actividades propiamente pandilleras. Dichas actividades incluyen la camaradería y la lealtad, G. lo explica así:

Amistad, carnalismo, he encontrado cosas que no encontré en una sociedad o en una familia o una escuela. He tenido momentos gratos, he tenido momentos que no me olvido de ellos todavía. He conocido personas que aprecio mucho. Pero lejos de eso, conocí el verdadero valor de la amistad, que era el *dar la vida por el otro*, que era la cosa más valiosa que hay. Conocí *dar el todo por el todo por el otro*. He conocido el hecho de o todos en la cama o todos en el suelo, si yo como comen todos, si no comen todos, no como yo tampoco.

Por su parte, C. ratifica de esta manera: “La pandilla es un trofeo, es algo muy lindo, es algo que no se compara con nada, solo... primero dios y después nuestro barrio men, que es algo que, simón, *nunca nos va a desamparar*, men, siempre hay alguien que va a luchar a la par de nosotros, *matan a mi home boy, me matan a mí*, si aquel sufre, sufro yo y así, si uno pierde perdemos todos, todos en la cama o todos en el suelo”. El lazo-de-deuda comunitario está por encima de la rutina delincencial. La incluye, puede llegar a desbordarlo en un frenesí de desatamiento con respecto al cuerpo social, pero no es el ordenador de la práctica pandillera.

En el lazo-de-deuda comunitario de la pandilla se superpone al delito, no lo excluye, es la manera más directa con que la pandilla se relaciona con su exterior, la “sociedad”. Esto no disminuye la violencia, al contrario, es lo que la desborda. La guerra de pandillas supone la alteración total del oponente.

El lazo-de-deuda comunitario de la pandilla está signado por la violencia. No hay otro camino, la guerra contra la otra pandilla coloca firmemente en los territorios usurpados. Es a través de ésta que se alcanza a

politizar lo impolítico de la pandilla. La guerra de pandillas politiza al interior, pero la violencia extrema, necesariamente, permite el uso político de las pandillas transnacionales. Como el mismo término lo dice, la transnacionalidad implica la posibilidad de un enemigo interno o internacional internado en el sistema geopolítico definido por los Estados Unidos. La guerra de pandillas no es una guerra civil, pero la guerra de pandillas y sus actividades delincuenciales, produce una guerra civil de baja intensidad, por un lado, la propia guerra entre los pandilleros, por otro sus relaciones con el resto de la sociedad, visible, además de los asesinatos, por los delitos cometidos y las ‘bajas civiles’ ocasionadas por el fuego cruzado o las francas venganzas que tocan a no miembros de las pandillas. Se politiza lo impolítico, sobre todo, a través de la ley.

Las guerras tienen sus escaladas. La guerra pandillera en El Salvador y Centroamérica se combina con la manera en que el Estado ha procurado relacionarse con ellas. Mediante leyes de estado de excepción, es decir, leyes que criminalizan la pertenencia a pandillas, dejándose llevar por los propios desbordamientos pandilleros, lesionando derechos políticos básicos, es decir, desciudadanizando. Esto ha generado mutaciones en el actuar pandillero, provocando ensimismamientos del grupo que responden a su afuera con violencia extrema. La visibilidad, la territorialidad, los placazos, los tatuajes, la vestimenta, etc., características intrínsecas de cualquier tipo de pandilla, tornan en una clandestinidad que no borra el barrio, sino que aumenta la violencia en las estrategias territoriales y por ganar territorio, como el marero PJ. comentó: ganar territorio, incursionar en la zona enemiga, masacrar e izar el blasón.

Contrapoder ácido

La Sociedad no sabe cómo lidiar con la protesta muda de los pandilleros. Opera una respuesta legal para el tratamiento de los desechos, desciudadaniza jurídicamente a quienes ya lo estaban económicamente. G. lo observa con su gesto adusto, quizá fastidiado por mi incomprensión, por mis preguntas recurrentes, le parece complicado hacerle entender a un extranjero que además no es pandillero, cuáles son los ‘ideales’ de la pandilla:

Considero que es una ofensa a la inteligencia del salvadoreño que no copió un modelo consumista lo que está sucediendo y que el problema delincuencia-pandillas ha sido un problema exportado, no se importó, porque aquí la gente iba para allá a trabajar. Huyendo de una guerra iba un puño de bichos¹⁸, allá se transculturizaron, allá crecieron en esta vida de las pandillas, porque allá estaba este problema. Y Estados Unidos, después de los acuerdos de paz, lo que hizo es: tengan su gente, nosotros no queremos esta gente. Entonces este montón de bichos, *en el escenario de los despreciados de los despreciados* empezaron a hacer sus cosas. Aquí estamos, yo no vengo de allá, pero yo creo que tuvo algo que ver eso, yo no digo toda la culpa, pero si Estados Unidos que es una potencia mundial no lo puede solventar durante muchos años y ahora nosotros que ni llegamos a subdesarrollados.

G. expresa una metáfora de la producción de *desechos humanos*, como diría Bauman (1999). Sobreproducción de población marginada con el agravante de la desterritorialización forzada. De la simpleza del reclamo enmudecido por la carencia de organización política o el movimiento social, se niega la búsqueda del cambio con gestos salvajes y trágicos, implicando la muerte como estrategia de implosión-explosión. “Estos hombres simples y su denegación absoluta solo pueden despertarnos aborrecimiento a la autoridad. Rehusarse a someterse al trabajo y a la autoridad o, en realidad, negarse a la servidumbre voluntaria, es el comienzo de una política liberadora” (Hardt y Negri, 2002: 192), “yo no me considero un desecho” es un reclamo articulado, incluso semilla para la acción colectiva emprendida para la liberación, pero está envuelto en el ser pandillero.

El lazo-de-deuda que abre la subjetividad para explotar y empapar al otro se constituye en una comunidad contra la sociedad y debe ser inmunizado, al menos esa es la estrategia biopolítica: “El cuadro inmunitario dentro del que se ubica este proceso general de superposición entre práctica y ordenamiento político es hasta demasiado obvio: para devenir objeto de <<cuidado>> político, la vida debe ser separada y encerrada en espacios de progresiva desocialización que la inmunicen de toda deriva comu-

18 Bicho es una manera común, a veces cariñosa, para referirse a los niños en El Salvador.

nitaria” (Esposito; 2005: 199). La pandilla es una clara “deriva comunitaria” explosiva, un contrapoder ácido.

La estrategia inmunitaria-biopolítica acidifica aún más esta deriva, esterilizando su germen de liberación. “Sus líneas de fuga de la autoridad son completamente solitarias y se dirigen continuamente al borde del suicidio. En términos políticos también la denegación en sí misma (ante el trabajo, la autoridad y la servidumbre voluntaria) solo conduce a un suicidio social” (Hardt y Negri, 2002: 193), la comunidad es un suicidio social en la medida que la muerte es lo común. El asunto con las pandillas es que la actividad inmunitaria que se le aplica ha mutado su acción, haciéndolas más violentas, acelerando su autodestrucción en un juego que refuerza sus lazos-de-deuda comunitaria, y los coloca frente a un enemigo incomprensible. Hay, sí, un suicidio social, como dice G., “*Los pandilleros se vuelven una sociedad antisocial dentro de una sociedad*”, son el límite interno infeccioso-comunitario, aumenta su encono en la medida que la biopolítica opta por estrategias criminalizantes-inmunitarias. La pandilla es una alternativa real, un poder comunitario real, amparado por el lazo-de-deuda, un poder constituyente pero ácido, mejor dicho, un contrapoder ácido, en extremo corrosivo, sin cabeza, es manada, rizoma, cuerpo sin órganos con un devenir canceroso, en esa cualidad es un peligro comunitario para el cuerpo de la sociedad y para sí misma. Tiende a la autodestrucción. Su tamaño desmesurado en el barrio extendido transnacionalmente, su crecimiento en apariencia irrefrenable, exige observar dicha alternativa de una manera menos biopolítica, buscando una forma de integración de La Pandilla y no de los pandilleros individuales. Otra vez Esposito, “para devenir objeto de <<cuidado>> político”, es decir, ciudadano, “la vida debe ser separada y encerrada en espacios de progresiva desocialización” (Esposito, 2005: 199), es decir, sujeto subjetivado, donde se interioriza la producción (el trabajo, la operación de la economía política), la operación social (la conciencia, el deseo) y la vigilancia, la paranoia, la persecución, para hacer del sujeto vida, nuda vida que, para ser protegida por derechos humanos, arrojados por los derechos políticos (ciudadanía), precisa que la inmunicen de toda deriva comunitaria. La pandilla es alternativa peligrosa para el cuerpo de la sociedad. La politización de lo impolítico de la pandilla a través de la criminalización destru-

ye las cualidades positivas de su línea de fuga como acción creativa. Su capacidad destructiva es amplificada por la acción represiva. En ese cruce la pandilla tiende a la huida hacia el hoyo negro y se elimina la posibilidad de vislumbrarla como una forma de colectividad legítima y enriquecedora para los jóvenes. Si bien la violencia es parte integral de su pertenencia absoluta, aplicarle más violencia no permite pensarla como alternativa de orientación social, de liberación social.

La definición de pandillas transnacionales por la *intelligentsia* estadounidense excluye *a priori*, como el nazismo excluía, y somete a estado de excepción a los indeseables y les crea campos de concentración, espacios de indeterminación jurídica, ni inocentes ni culpables, ni humanos ni ciudadanos, nuda vida. John M. Hagedorn se pregunta “¿Acaso son las pandillas una nueva forma de ‘terroristas’ amenazando de asumir el poder en sus patrias? ¿Están determinados a infiltrar los Estados Unidos?” (2008), aludiendo a la invención del enemigo mortal, el motivo para operar el proceso auto-inmunitario de la democracia estadounidense y, de esta manera, presionar a su ‘hemisferio occidental’.

Los enemigos, en el ‘fin de la historia’, vienen de dentro y de fuera, son terroristas, a veces con intenciones atravesadas por el fundamentalismo religioso, otras por un afán criminal de lucro. Ya sean de afuera o de adentro, identificarlos, hacer idénticos terrorismo, narcotráfico y pandillas, darle un rostro criminal al enemigo para inmunizarlo y en ese afán de asegurar la vida del cuerpo de la sociedad, socavar los derechos fundamentales de sus ciudadanos.

Esta asimilación de las pandillas con la imagen del enemigo a destruir, pues amenaza la seguridad del territorio, se apoya en textualidades legitimadas por la academia, como los trabajos de Max Manwaring (2008), quien además de asimilar a las pandillas transnacionales al crimen organizado, las asimila a una insurgencia urbana, con objetivos políticos de desestabilización, como si los pandilleros buscaran el poder político, llegar al Estado e instaurar un régimen criminal. Como John Sullivan (2008), Robert Bunker (1996) y otros que afirman una evolución de las pandillas capaz de someter gobiernos, derrocarlos y asumir los ministerios ¿Para qué querían los pandilleros tomar el poder político? Ellos están en el margen, en la construcción de contrapoder y comunidad, lo cual está,

en el ambiente pandillero, en otra instancia, demasiado marginada de la posibilidad de crear pos-ciudadanías. Lo que crea la pandilla es un lazo-de-deuda comunitario, un barrio, una pertenencia fuera de la sociedad, pero implicada en ella. La cuestión sería integrarlos, no destruirlos. Pero para el pensamiento militar, la politización de lo impolítico de la pandilla es fundamental para combatirlos, antes de que inicien una insurgencia criminal capaz de realizar una Revolución Malévola que cree el Estado Marero. El contrapoder pandillero no está en ese devenir. Es violento, ácido, corrosivo, comunitario y su peligro radica en que sus líneas de fuga van hacia un hoyo negro, hacia la destrucción y no a la creación, pero, como mencioné más arriba, el germen positivo está latente, en la integración y no en la segregación biopolítica, es decir, su eliminación. Está la posibilidad de convertirla en contrapoder constituyente de liberación para jóvenes excluidos.

No obstante, Manwaring no produce ninguna prueba creíble de investigación para apoyar su tipología “genérica” o su evolución “natural”. Otros estudios han hallado que los movimientos sociales tienen crecientemente como meta la democracia, los derechos culturales y el mejoramiento básico de las condiciones de vida, no el poder estatal. Por ende la participación de las pandillas en los movimientos sociales no es necesariamente parte de una conspiración para deshacerse de la clase gobernante (Hagedorn; 2008).

En lo político, el enemigo permite legitimar la acción de un Estado que ya no puede actuar profundamente en el cuerpo de la sociedad, apenas como médico general que atiende dolencias en la seguridad. La politización de la pandilla a partir de la designación de *transnacional* implica la posibilidad de los Estados Unidos para diseñar políticas de intervención tipo contrainsurgencia y declarar a un Estado en guerra civil. Lo que pasa con las pandillas transnacionales, en su cruce con la sociedad y las instituciones gubernamentales es una guerra civil de baja intensidad que precisa del rostro perfecto para colgar en los postes y pedir recompensa. La pandilla es un buen candidato. Se crea al gran enemigo, interno y externo y la vacuna es la ley criminalizante.

Perder al enemigo, en esta hipótesis, no sería necesariamente un progreso, una reconciliación, la apertura de una era de paz o de fraternidad humana. Sería algo peor: una violencia inaudita, el mal de una maldad sin medida y sin fondo, un desencantamiento inconmensurable en sus formas inéditas, y así, monstruosas, una violencia en relación con la cual lo que se llama hostilidad, guerra, conflicto, enemistad, crueldad, odio incluso, reencontrarían contornos tranquilizadores y finalmente apaciguadores, puesto que *identificables* (Derrida, 1998: 101).

Lainie Reisman (2008) afirma que “es crucial observar que el aumento de la violencia de las bandas centroamericanas ha coincidido con la Guerra Global contra el Terrorismo”. El gran vehículo de la acción auto-inmunitaria de “la primera democracia” y el gran aparato biopolítico para la creación de nuda vida. Lo auto-inmunitario, se entiende, es el devenir paranoico del que habla Deleuze (1998, 2005, 2008). “Al considerar la amenaza de las actividades de las bandas como una amenaza para la seguridad nacional, en vez de para la seguridad pública, los gobiernos de la región tenían ahora una razón suficiente para justificar una función militar creciente para combatir la violencia de las bandas” (Reisman, 2008.) y así iniciar un proceso de acidificación del contrapoder pandillero, pues en la persecución paranoica de la línea de fuga pandillera, la dirección es hacia un hoyo negro mortífero. De esta manera, la guerra pandillera se interseca con la guerra contra el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado en general, convirtiendo el lazo-de-deuda comunitario de las pandillas en una máquina de guerra.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2003). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- (2005). *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Aguilar, J. y Miranda, L. (2006) “Entre la articulación y la competencia: las respuestas de la sociedad civil organizada a las pandillas en El Salvador”. En *Maras y pandillas en Centroamérica: Las respuestas de la sociedad civil organizada*, Volumen IV. San Salvador: UCA Editores.
- Bauman, Zigmunt (1999). *Globalización, consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bunker, Robert J. (1996). “Street Gangs-Future Paramilitary Groups?”. *The Police Chief*. Vol. 63, N.º 6. (junio 1996): 54-59.
- Cruz, José Miguel y Nelson Portillo Peña (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador: Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.
- Deleuze, Gilles (2002). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- (2005). *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1998). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- (2008). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Derrida, Jaques (1998). *Políticas de la amistad. Seguido del oído de Heidegger*. Madrid: Trotta.
- Esposito, Roberto (2005). *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2007). *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Gomezjara, Francisco (1987). *La banda en tiempo de crisis*. México: Ediciones Nueva Sociología.
- Hagedorn, John M. (1998). "Gang Violence in the Postindustrial Era". *Crime And Justice*, Vol. 24: 365-419.
- (2008). "Descifrando el Enigma de las Maras Centroamericanas". En *Air & Space Power Journal*. Última visita 4 de febrero de 2010. [Versión electrónica en <http://www.airpower.au.af.mil/apjinternational/apj-s/2008/2tri08/hagedorn.htm>]
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- (2003). *El trabajo de Dionisos*. Madrid: Akal.
- Maffesoli, Michel (2005). *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*. Buenos Aires: Paidós.
- (2005a). *La transformación de lo político. La tribalización del mundo postmoderno*. México: Herder.
- Manwaring, Max G. (2005). *Street Gangs: The New Urban Insurgency*. Estados Unidos: Army War College, Strategic Studies Institute.
- (2008). "La Soberanía Bajo Asedio. Las Pandillas y otras organizaciones Criminales en Centroamérica y en México". En *Air & Space Power Journal*. Última visita 4 de febrero de 2010. [Versión electrónica en <http://www.airpower.maxwell.af.mil/apjinternational/apj-s/2008/2tri08/manwaring.htm>]
- Perea, Restrepo Carlos Mario (2007). *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo XXI.
- Reisman, Lainie (2008). "Bandas Delictivas en América Central ¿Qué Amenazas Plantean yCuál es la Respuesta Apropriad?" En *Air & Space Power Journal*. Última visita 4 de febrero de 2010. [Versión electrónica en <http://www.airpower.au.af.mil/apjinternational/apj-s/2008/2tri08/reisman.htm>]
- Santacruz, María y Alberto Concha (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: IUOP-UCA.
- Santacruz, María y José Miguel Cruz (2001). "Las maras en El Salvador". En *Maras y pandillas en Centroamérica*, Volumen I. San Salvador: UCA Editores.
- Sosa, Juan y José Luis Rocha (2001). "Las maras en Nicaragua". En *Maras y pandillas en Centroamérica*, Volumen I. San Salvador: UCA Editores.

- Sullivan, John P. (1997). "Third Generation Street Gangs: Turf, Cartels and Netwarriors". *Crime & Justice International*, Vol. 13, N.º 9, octubre-noviembre 1997.
- (2008). "Pandillas Transnacionales. El impacto de las Pandillas de la Tercera Generación en América Central". En *Air & Space Power Journal*. Última visita 4 de febrero de 2010. [Versión electrónica en <http://www.airpower.maxwell.af.mil/apjinternational/apjs/2008/2tri08/sullivan.htm>]
- Trasher, F. (1973). *The Gang: a Study of Chicago of 1313 gangs in Chicago*. Estados Unidos: The University of Chicago Press.

El éxito de las pandillas. El fracaso del periodismo

José Luis Sanz*

La salvadoreña ha sido históricamente una sociedad de fronteras inamovibles. Y lo sigue siendo. El índice de movilidad social es de los más bajos de América Latina. El mapa de nuestras clases altas, medias y bajas apenas ha variado en las últimas cuatro décadas y la migración a Estados Unidos o a Europa es el sueño de la mayoría de la población. Lógico: abandonar tu casa, tu barrio, tu país, ha demostrado ser la herramienta de progreso más efectiva para los individuos, no solo en El Salvador sino en la mayor parte de Centroamérica; es la inversión –económica y vital– más rentable, pese a que para la mayoría conlleva un alto riesgo de sufrir asaltos, violaciones y torturas, incluso la muerte en el camino. En 2009 más de 10 000 migrantes centroamericanos de los que atravesaban México camino al sueño americano fueron secuestrados; un 70% de las mujeres en el camino sufrieron algún tipo de violación; es imposible calcular cuántos perdieron la vida. Pero El Salvador, que hasta la firma de la paz en 1992 sufrió 12 años de brutal guerra civil, cerró 2009 con una tasa de 71 homicidios por cada 100 000 habitantes. El riesgo de violación o muerte no es a estas alturas un gran disuasor.

Quedarse en el país es someterse a sus condenas y a sus fronteras, a un tablero en el que es físicamente complicado pasar de una casilla a otra. Las clases altas y medio altas vivimos en zonas residenciales más o menos seguras, más o menos blindadas; asistimos a centros comerciales

* Periodista y documentalista.

y cines con comodidades europeas, neoyorquinas; accedemos a visados para viajar legalmente a Estados Unidos; atravesamos la temida San Salvador tras los vidrios del carro o el taxi. A nuestro lado, las clases medias-bajas urbanas trabajan las horas que haga falta para poder llevar a sus hijos a una escuela privada con la intención de redefinir el perfil social de sus hijos, pero, a menudo, su salario no alcanza para elegir el lugar de residencia ni el medio de transporte. Es decir: están forzados a vivir en barrios con altos niveles de delincuencia y viajan en autobús, no solo un espacio de hacinamiento y de prostitución de lo público –pésimo servicio, conducción temeraria a alta velocidad, precios elevados– sino, además, uno de los principales escenarios de asalto y de violencia armada en El Salvador.

Al final, solo las clases más bajas viven la calle y se definen en la calle. Porque no les queda más remedio. Sus hijos asisten a centros escolares públicos que, con cada vez mayor frecuencia, son espacio de acción de pandilleros cada vez más precoces y en los que, amenazados por la mara, los profesores y directores no son la principal autoridad. Los hijos no solo de las comunidades marginales, sino de buena parte de las barriadas populares de El Salvador construyen su ocio en la calle, articulan sus relaciones en la calle, esculpen su carácter en la calle.

En este contexto, las juventudes reproducen los patrones y el comportamiento estratificado de las generaciones anteriores, bajo un doble esquema de segregación y de refugio.

Muchos de los niños y adolescentes de clase media y alta, en Guatemala o El Salvador, nunca han caminado más de dos cuadras por una acera o se han sentado en una plaza pública o un parque. Su espacio natural de relaciones es el de los hijos de los amigos de sus padres o el de los compañeros de escuela, con los que crecerán y se relacionarán cuando sean grandes. Es normal entonces que un mediano empresario salvadoreño, con estudios en Europa, reconozca que no eligió el colegio –privado por supuesto– de sus hijos bajo el criterio de la excelencia académica, sino pensando en los vínculos sociales que allí cultivarían. *Porque esos son para toda la vida*, en sus palabras textuales.

Grupos de decenas de jóvenes procedentes de las élites se toman esporádicamente redondeles o calles con banderas y pancartas... en campañas

de recogida de fondos para obras de caridad. Pero obviamente su audacia no va más allá de los espacios públicos de las partes altas de la ciudad. La calle, en estos casos, es una aventura, una travesura, un espacio que se invade en pseudotransgresión, pero sin afán alguno de ruptura de las fronteras imaginarias que impiden a esos jóvenes transitar más allá de cierta calle o avenida, frontera con otra parte de la ciudad que para ellos es otro país, otro mundo.

No difiere tanto de lo que sucede con otros grupos, o con ciertas tribus urbanas y manifestaciones, identidades alternativas, que asumen también el comportamiento sectario y circulan en zonas de la ciudad, locales y momentos propios. Sin invadir espacios, como cabría esperar de las naturaleza otrora contracultural de estas tribus. Sin desafiar a otras voces, sin dialogar con ellas.

En política, con partidos que se aferran al verticalismo interno y que, por tanto, no ejercen la democracia interna ni son incluyentes en su funcionamiento orgánico (es absurdo entonces esperarlo de su acción política) los jóvenes están encargados del pinta y pega, de la agitación de banderas, de la organización de eventos, pero permanecen apartados, sin demasiada queja, de la construcción de propuestas.

Sí, asistimos a los primeros esfuerzos, cortos, aún verticales, de clases medias acomodadas que intentan generar un cierto debate entre jóvenes acerca de los grandes temas de país y el papel de la misma juventud en la ecuación política. A través de la web, iniciativas como “Medio lleno”, “Generación 92” o “Creo”, primeras muestras de acción política juvenil desde la sociedad civil, nacieron en El Salvador coincidiendo con el desconcierto de los liderazgos sectoriales tradicionales tras la llegada al poder Ejecutivo de un partido de izquierda por primera vez en la historia del país¹.

Pero es pronto para calcular el alcance real de estas propuestas y, en general, en El Salvador los jóvenes no encuentran ni generan espacios claros de encuentro fuera de su identidad de grupo. Es, tal vez, falta de una conciencia real de sociedad común. La mayoría de convocatorias cultura-

1 El 15 de marzo de 2009, el periodista Mauricio Funes alcanzó la presidencia de la República como candidato de la antigua guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), frente al candidato de Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), partido que llevaba al frente del poder Ejecutivo 20 años.

les, de inclusión, de revisión de dogmas, no han ejercido en la última década ningún contagio hacia el resto de la sociedad, y no han logrado tener ninguna incidencia en el proceso político ni de construcción de identidad colectiva en un país de postguerra.

Con una clara excepción: las pandillas

En El Salvador muchos jóvenes solo pueden escoger entre dos espacios si quieren tener algún grado de control sobre sus vidas: el afuera, la huída, el cambio de barrio, de municipio o de país; o la mara, entendida aquí como término genérico. La tercera opción, vivir en el lugar donde se creció y permanecer fuera de la pandilla es enfrentarse como víctima a una doble represión, al choque de dos violencias: la del modelo económico-social y la de la pandilla. Por eso la entrada en la mara es, a menudo, una decisión inteligente, un ejercicio de sentido común: porque muchos jóvenes son más dueños de su vida —o del sentido de su muerte, que no es poco— en la pandilla que fuera de ella.

Si aceptamos, como ha sostenido la academia, que las pandillas nacen desde la búsqueda casi instintiva de una identidad en resistencia, de una voz, de algún poder, no es descabellado afirmar que han tenido éxito en gran medida: si desde su origen las pandillas que operan en El Salvador, como ocurre en fenómenos similares alrededor del mundo, hicieron del espacio (el barrio en un inicio) su principal seña de identidad, ahora controlan barrios y localidades enteras. Las pandillas controlan territorio en países en los que las élites no creen en lo público (probablemente ni siquiera entienden el concepto), se aíslan del espacio colectivo y desde el poder político y económico no lo defienden.

No solo eso. En estos momentos, las pandillas controlan las cárceles que ocupan (y que les fueron asignadas en exclusividad mediante políticas de segregación carcelaria que, en teoría, aspiraban a facilitar su control y garantizar su seguridad) y las han convertido en una plataforma desde la que consolidan su identidad, dirigen negocios ilegales y dan línea a sus *clicas* en el exterior. Establecen costos y estrategias para cobrar renta, validan relevos jerárquicos, ordenan homicidios... Sin obviar el carácter inhu-

mano de las condiciones de vida en las cárceles salvadoreñas, los pandilleros han roto el sentido impuesto de su marginalidad geográfica, y la han convertido en refugio, cuartel. Han reinterpretado el espacio de reclusión que el sistema penal asigna a aquellos que cometen un delito, y han hecho de él un puesto de mando y un territorio independiente de la misma legalidad que los recluye, una plataforma desde la cual sobrepasar esa legalidad, un espacio de nueva impunidad.

Sin acatamiento de las fronteras sociales tradicionales ni de las fronteras estatales, puesto que se expanden y reconocen a sí mismas en diversos países, las pandillas se asientan en Centroamérica cargadas de una identidad no ya individual sino casi nacional. Y el hecho de que sus integrantes, en reacción a las estrategias policiales, hayan abandonado progresivamente el tatuaje como seña principal, tribal, de expresión de identidad, no ha debilitado ni un ápice su conciencia de grupo.

Por otro lado, si no encontraban voz, no es necesario extenderse mucho para señalar que los pandilleros han hecho de la violencia un idioma que la sociedad salvadoreña no entiende o no quiere entender, pero sin duda escucha.

Y por último, si aspiraban, como cualquier grupo social lo hace, de forma natural, al poder, ahora son un poder real, probablemente sin articulación ideológica, aún con fines difusos (las metas económicas comienzan a desplazar a otras más simbólicas), pero un poder que en barrios y municipios enteros decide sobre la vida y la muerte, que define las rutinas de convivencia y que incluso impacta en la cosmovisión de los vecinos. En palabras de Zulma, una vecina de la comunidad Sierra Alta de Mejicanos, al norte de San Salvador, cuyo primo fue asesinado por la Mara Salvatrucha (MS): “Lo que quiero es trabajar y marcharme de este sitio. No por mí, sino porque mis hijos acaban siendo un factor de riesgo. [...] Yo si hubiera tenido la conciencia social que tengo ahora no tendría hijos; me hubiera esterilizado. Y los amo, pero este país no es apto para tener hijos”. Si asentar esa idea en la mente de una madre no es poder, difícil saber qué sí lo es.

En agosto de 2010, ese poder logró, valiéndose únicamente de la amenaza al sistema de transporte público, casi paralizar El Salvador entero, y

forzó un paro del transporte, el cierre de comercios, el adelanto de horas de salida laboral, y la suspensión de clases por dos días en escuelas públicas. Las pandillas salvadoreñas han evolucionado desde que nacieron hace más de 20 años. Son ahora más complejas en su composición, en sus métodos, en sus fines. Y ejercen en El Salvador, en estos momentos, poder político.

Por eso no es extraño que la MS y el Barrio 18 (B18), las dos principales pandillas de El Salvador sean transnacionales, y tengan presencia en Guatemala, Honduras, México, y de regreso en Estados Unidos. Al fin y al cabo se trata de un modelo de éxito, que trasciende en mucho al espacio que las élites asignan a los adolescentes de zonas marginales, y redibuja los roles tradicionales de incidencia.

Las pandillas no alteran, sin embargo, la lógica de violencia y exclusión a la que en teoría responden, sino que la multiplican. Lejos de reivindicar el espacio público lo que hacen con él es apropiárselo, someterlo a su ley; las pandillas privatizan, como una nueva élite barrial, el espacio público. Las pandillas son también sectarias y militantes, no aceptan la diferencia, no reconocen al otro. Y reproducen un modelo de sociedad que no se basa en la relación entre iguales ni en la suma de grupos diversos, sino en la exaltación de la fuerza, la represión y el castigo.

El uso de la violencia es casi natural en una sociedad, la salvadoreña, cuya historia prueba que esa fue siempre la única herramienta efectiva para ejercer poder o revertirlo. En El Salvador se hizo política desde las armas, con niveles de brutalidad extraordinarios, hasta 1992, y obviamente otras formas de violencia han sobrevivido a los acuerdos de paz. Pero no se puede obviar que en su recurso a la violencia como palanca, como grito, las pandillas acorralan a una sociedad que, en teoría, —al menos en teoría— está tratando de romper con esa tradición de violencia política.

Las pandillas son parte de la sociedad escupiéndole a la otra parte sus contradicciones y taras, pero en El Salvador se alejan mucho del concepto de *violencia revolucionaria* que en ocasiones se da desde las ciencias sociales a otros movimientos juveniles. Si, como ya se ha dicho, las pandillas actúan como espejo de la tradición histórica y de la herencia cultural de la represión, en estos momentos se han convertido en el último brazo ejecutor de esa tradición represiva, en contra, una vez más, de la mayoría de la sociedad salvadoreña.

Dicho esto, ¿dónde quedamos los periodistas, teóricos cronistas de esa sociedad? Francamente, casi en la basura. Somos parte del fracaso colectivo de quienes –incluyo a universidades, organizaciones civiles, liderazgos políticos...– estábamos llamados a lograr que una sociedad como la salvadoreña entendiera lo que le estaba sucediendo al término de la guerra, cuando las pandillas eran efectivamente una simple expresión de la marginalidad juvenil, y pudiera tomar decisiones al respecto.

Si el periodismo en general, y el latinoamericano en concreto, se alimenta de estereotipos, en El Salvador se han sumado los intereses comerciales de los medios, los intereses políticos que atraviesan toda palestra y, sobre todo, la falta de tradición democrática y la deficiente formación cultural y académica de los reporteros, para resultar en una cobertura superficial, no tanto amarillista en el habitual sentido mercantilista del término sino, más bien, alarmista (por cuando está determinada por el miedo generalizado del que también los periodistas están contagiados), e ignorante.

Hay que insistir en el miedo como factor. A comienzos de octubre de 2010, al recibir el premio de la Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano (FNPI) a toda su carrera, el periodista peruano Gustavo Gorriti decía, en referencia al tratamiento del narcotráfico en México, que los periodistas no podemos dejar que el miedo se convierta en nuestro editor. En El Salvador, aunque esto es aplicable a todo el triángulo norte de Centroamérica, se perdió esa batalla, y hay que reiniciarla.

En parte esa derrota ante el desafío de narrar y explicar se debe a la falta de habilidades, en parte al temor, pero también a una desidia asentada en la soberbia de creer que la pandilla es ‘eso otro’, que los pandilleros son ‘ellos’, grupos ajenos a la sociedad deseable, que habitan un espacio marginal y, cuando matan o roban, invaden a los buenos ciudadanos entre los que los periodistas, aun los más corruptos o negligentes, se ven a sí mismos. Por eso en El Salvador ningún reportero ni medio ha dedicado gran esfuerzo a hablar de los procesos de cambio experimentados por las pandillas en la última década; a la evolución de su red de relaciones con las comunidades en que se asientan; al papel de las jainas, las mujeres pandilleras; al adelanto en la edad de inicio en la pandilla; a la evolución de sus negocios, ilícitos unos, lícitos otros; o a la importancia de las cárceles en la estructura de las pandillas hoy. Las lógicas internas y cam-

bios de filosofía en ese mundo paralelo no importan; los que están en la cárcel, ya que es políticamente incorrecto exterminar a los que están fuera, que se mueran, que se pudran.

Como defienden algunos estudiosos, es probable que sea necesario abrir nuevas formas de expresión política a grupos que, como las pandillas, se han pronunciado hasta ahora esencialmente a través de la violencia. En el caso salvadoreño parece una premisa aplicable a una parte, solo una parte, de los actuales pandilleros; aquellos que exploran aún su propio rumbo y no conforman todavía redes de crimen organizado. Pero de un periodismo que no logra, no sabe, promover la democracia incluyente en los espacios centrales de la sociedad, ¿cabe esperar buen pulso al abordar la reorientación de un fenómeno de la intensidad y desafío que suponen las pandillas? Sin caer en la autocomplacencia: de un periodismo que no encara al poder político y económico, y que, cuando da espacio a las juventudes integradas en el discutible mundo de lo válido, lo hace solo con secciones musicales, de tecnología o de moda, ¿cabe esperar que se arriesgue y además sepa ayudar a que los salvadoreños asimilen de forma productiva la quema de un bus con 20 pasajeros dentro, como parte de una pugna por mercados de droga?, ¿que contextualice el hecho de que una pandilla arrebate a un bebé de 13 meses de los brazos de una joven rival y lo degüelle con una cuchilla de afeitar? ¿Que busque la raíz del hecho de que pandilleros chantajeen sistemáticamente a familias y las obliguen a que envíen a sus hijas adolescentes a visitar cárceles y mantener relaciones sexuales con reos pertenecientes a la misma pandilla?

En 2005, la redacción de La Prensa Gráfica, espoleada por el asesinato de uno de sus miembros en un robo, inició un proceso de reflexión y debate que derivó en la elaboración de un manual de tratamiento de la violencia. Sin entrar en el acierto o desacierto de su contenido que, por ejemplo, prohibía nombrar a las diferentes pandillas por su nombre, para evitar así que compitieran por ocupar espacio en las páginas de sucesos, o incitaba a dar espacio a iniciativas exitosas de prevención o rehabilitación, lo cierto es que el esfuerzo derivó en fracaso. Al cabo de tres años ciertos aspectos del manual se aplicaban convertidos en rutina, pero no había sobrevivido ningún intento por garantizar una cobertura comprensiva de los múltiples fenómenos asociados a la violencia; se seguían opacando

ciertas prácticas criminales con una montaña de noticias sobre asesinatos atribuidos con ligereza a las maras; y la labor de investigación se limitaba a vencer el silencio policial sobre la cifra de homicidios de cada mes, o a lograr, antes que la competencia, ciertos informes de la Fiscalía.

Ahora que la pandilla ha evolucionado y la barrera entre síntoma y problema se desdibujan, todos los días se pone en evidencia la incapacidad de los medios de comunicación salvadoreños para procesar esa complejidad. Si nunca se hizo entendible para la sociedad el discurso que escondía la violencia de las viejas pandillas, ahora no se alcanza a distinguir dónde termina la vertiente social del fenómeno y dónde arranca su carácter de grupo puramente criminal, regido por los intereses comerciales de familias enteras que viven del delito.

En el actual contexto de crisis de los periódicos de papel y vanalización de la programación televisiva, no hay señales que hagan esperar cambios rápidos en el periodismo que hacen los principales medios de comunicación centroamericanos en su abordaje de las pandillas o de otras facetas de nuestra realidad de violencia. Cambiar, mejorar, sería caro y requeriría una creatividad poco habitual. Además, los abordajes nacionales del problema son insuficientes; la violencia en Centroamérica, asociada a rasgos culturales, a las pandillas o al empuje del narcotráfico y el crimen organizado, solo se puede entender desde la mirada regional. Solo el trabajo de reporte especializado, paciente, y probablemente desvinculado de las redacciones tradicionales puede servir para explorar, al menos, los derroteros por donde deberá transitar el periodismo centroamericano en este campo.

Pero ese desafío no es solo de los periodistas. Si aceptamos que el fracaso es colectivo, todos los liderazgos deben hacer autocrítica y también la academia debería revisar sus formas de incidencia y de comunicación con la sociedad; así como sus formas de abordaje de fenómenos extremadamente cambiantes sobre los que todos necesitamos información comprensiva casi en tiempo real.

En Centroamérica, si hablamos de pandillas, de homicidios, de narcotráfico, de normalización de la violencia, nadie puede, salvo desde la soberbia del observador externo y libre de consecuencias, decir que sabe dónde está parado. Y reconocerlo, y revisar premisas y métodos de trabajo, puede ser un buen comienzo.

Este libro se terminó de
imprimir en septiembre de 2011
en la imprenta Rispergraf
Quito, Ecuador